

LIBRERIA DE LA CIUDAD DE MADRID



V
VERDADERA CIENCIA
ESPAÑOLA.

BIBLIOTECA ECONÓMICA

bajo el patrocinio del Beato José Oriol.

VOL. LIX.

**QUEVEDO-LA CUNA Y LA SEPULTURA
Y LAS CUATRO PARTES DEL MUNDO.**

1885

-1
87

D-2

280

LA CUNA Y LA SEPULTURA.

LAS CUATRO PESTES DEL MUNDO.

B.P. de Soria



61116439

D-1 2087

D-1
2087

Con censura de la Autoridad Eclesiástica.

LA VERDADERA CIENCIA ESPAÑOLA.

LA CUNA Y LA SEPULTURA,

PARA EL

CONOCIMIENTO PROPIO Y DESENGAÑO DE LAS COSAS AJENAS

POR

D. Francisco de Quevedo Villegas,

caballero de la orden de Santiago, señor de la villa de la Torre de Juan Abad.

LAS CUATRO PESTES DEL MUNDO,

Y

LAS CUATRO FANTASMAS DE LA VIDA,

POR EL MISMO AUTOR.

BARCELONA.

DIRECCION Y ADMINISTRACION

calle de los Angeles, núm. 14.

1885.

Es propiedad de los Editores, que se reservan todos los derechos que por la ley les competen.

A LOS DOCTOS, MODESTOS Y PIADOSOS.

SIENDO bastantes mis ignorancias para culparme, la malicia ha añadido á mi nombre obras impresas y de mano que nunca escribí (algunas impresas antes de mi prision, con nombres de sus autores). No deja de ser nota mia el ser tal, que se me puedan achacar semejantes tratados.

He tenido aviso que prosiguen en esta persecucion, por dar los riesgos de su intencion á mi persona. Y viendo cuán impiamente han perseverado en esta maldad los envidiosos de las obras de don Luis de Góngora, sin hartarse de venganza en la primera impresion, añadiéndole en esta postrera cosas que no hizo, he determinado de imprimir lo que he escrito todo.

Conténtense con el mal que me hacen en obligarme á padecer la penitencia de mis yerros, imprimiéndolos de miedo de que no me los aumenten, escogiendo por mejor el padecer su reprehension vivo que su venganza muerto. Y protesto que nada es mio, sino lo que yo, pidiendo licencia para imprimir, sacaré á luz. Y todo lo escribo debajo de la correccion de la santa Iglesia romana y de sus ministros.

Don Francisco de Quevedo Villegas.

PROEMIO.

*AL DOCTÍSIMO Y REVERENDÍSIMO PADRE
FRAY CRISTÓBAL DE TORRES, religioso del
glorioso Patriarca Santo Domingo, verdadero disci-
pulo de la santa doctrina del angélico doctor Santo
Tomás, predicador evangélico de la Majestad del
Rey nuestro Señor.*

Son la cuna y la sepultura el principio de la vida y el fin della; y con ser al juicio del divertimiento las dos mayores distancias, la vista desengañada no solo las ve confines, sino juntas con oficios recíprocos y convertidos en sí propios: siendo verdad que la cuna empieza á ser sepultura, y la sepultura cuna á la postrera vida.

Empieza el hombre á nacer y á morir; por esto cuando muere acaba á un tiempo de vivir y de morir. Yo, que de las horas á que me prestó la cuna he sido desperdicio y no logro, por desquitar mi culpa escribo doctrina, para que otros no me imiten, y me sobrescribo como peligro que todos deben evitar. Y ya que no escribo lo que he obrado para el ejemplo público, escribo lo que he dejado de hacer para el escarmiento: que la virtud, tanto se vale para su crédito de lo que padece el malo que no la sigue, como de lo que goza el bueno que la obedece. Y como en mí he reconocido la dolencia de los perdidos, determiné de escribir este tratado breve, porque no amedrente con prolijidad el gasto de muchas horas.

Y considerando cuán poco puede con los hombres distraídos la autoridad, por estar los sentidos y poten-

cias humanas mas de parte de lo que ven que de lo que se les promete (de donde nace caudalosa la licencia en las culpas), he querido (viendo que el hombre es racional, y que desto no puede huir), valiéndome de la razon, aprisionarle el entendimiento en ella. Y para fabricar este lazo, en que consiste su verdadera libertad, me he valido en los cuatro primeros capítulos de la doctrina de los estóicos. Y siguiendo á santo Tomás, que en ellos cristiana y religiosamente impugnó el principio de la insensibilidad de afectos (lo que en la gentilidad habian hecho Aristóteles y Plutarco), tomo otro principio en que se acomoda bien su doctrina, en lo demás útil y eficaz y verdaderamente varonil y robusta, y que aun en la idolatría animó con esfuerzo hazañoso las virtudes morales: doctrina que en aquel siglo, que no habia amanecido Jesucristo nuestro Señor, Dios y hombre verdadero, tuvo por séquito las mayores almas que vivieron aquellas tinieblas. Y porque los filósofos no usurpen con sus estudios la gloria de alguna verdad que escribieron (siendo cierto que la verdad, díjala quien la dijere, es del Espíritu-Santo y dél viene y se deriva), afirmo que Zenon y Epicteto la mendigaron del libro sagrado de Job; trasladándola y haciendo sus preceptos de sus obras y palabras. Y si bien á la prueba universal desto, me remito al libro que tengo escrito sobre Job, cuyo título es, *Themanites redivivus in Job*, por prenda desta opinion mia la verifico desta manera.

En el manual de Epicteto el cap. 45 dice estas palabras:

«Nunca digas que perdiste nada, sino que lo volviste. ¿Murió tu hijo? dí que le pagaste. ¿Hurtáronte la

hacienda? ¿por ventura no dirás que la pagaste? Dirás que no, porque es malo quien lo hurtó; ¿qué te toca á tí calificar las personas por quien cobra lo que te ha dado el que te lo dió? Solo te toca gozarlo como ajeno el tiempo que te lo concediere su dueño.»

¿Quién será tan impío y tan ignorante que no confiese este precepto, que es la llave de toda la enseñanza estoica, por hurto literal de la principal accion de la historia de Job? En el capítulo primero dice el texto sagrado que vino un mensajero á Job, y le dijo que estando banqueteadose sus hijos y sus hijas en casa de su hijo primogénito, vinieron los sabeos y los robaron, y degollaron los criados. Otro vino, hablando este, y dijo: «Fuego cayó del cielo y abrasó tus ganados y tus pastores.» Y antes que este acabase de hablar, vino otro y dijo: «Los caldeos en tres escuadrones acometieron á tus camellos y los llevaron, y pasaron á cuchillo los que los guardaban.» Y estando hablando este, vino otro y dijo: «Estando en la casa de tu hijo mayor tus hijos y tus hijas comiendo y bebiendo, de repente se arrojó un huracan de la region del desierto; y acometiendo los cuatro ángulos de la casa, la derribó, y con ella enterró tus hijos.»

Aquí se ven á la letra los sucesos que en su capítulo especifica Epicteto: muerte de hijos, y hacienda robada por los ladrones. Y Job respondió las mismas palabras que Epicteto manda que se respondan: «Dios me lo dió, Dios me lo quita; como Dios quiere ha sucedido: sea el nombre de Dios bendito». No dice que lo pierde, sino que lo paga; que Dios que lo dió, lo cobra. Y lo mismo que responde al fuego que bajó del cielo y al viento que

derribó la casa, responde á los ladrones que le robaron la hacienda y los ganados. Conoció Job y enseñólo á Epicteto y á Zenon, que no toca al hombre calificar sus cobradores á Dios. Y que como lo es el fuego y el huracan, lo es el ladron. Y esto, que es en lo que Epicteto hace fuerza, lo dice Job clarísimamente en el cap. 49, vers. 12: *Simul venerunt latrones ejus, et fecerunt sibi viam per me, et obsederunt in gyro tabernaculum meum;* «Juntos vinieron sus ladrones, y se hicieron camino por mí, y sitiaron en torno mi tabernáculo.»

Aquí hablando con Dios, dice que usa su providencia de los ladrones para cobradores, como del fuego y de la tempestad; y los llama suyos. Y por no hacer libro este proemio, no verifico todo el manual de Epicteto, remitiéndome á mi impresion; pues este lugar, que es el mayor, da promesa de grande crédito para los demás.

Por estas razones hallé calificada la doctrina estóica, para gastar en ella los cuatro capítulos que con el quinto y postrero, perficiono en la verdad cristiana con la poquedad y mengua de mi doctrina.

El tratado de la *Sepultura*, previniendo los riesgos de la postrera hora, he dividido en dos defensas, de que á mi parecer necesita el hombre, que en poco rato abrevia cuenta de muchos años.

El 1.º es, que no desconfie por sus pecados de la misericordia de Dios, fiando en ella y en su sangre, y intercesion de los santos.

El 2.º, que no se confie en algunas buenas obras que á su parecer ha hecho, porque no le condene la presuncion propia, asegurada en sí.

Yo puedo asegurar á vuestra paternidad reverendísi-

ma que mi intento en este libro, bueno es, si le acompaña pobremente mi ignorancia: esta confesion, ya que no lo mejora, me disculpa. Suplico á vuestra paternidad reverendísima lleve á cuenta de su humildad, con la modestia ejemplar que tiene; esta mortificacion de verse nombrado en este proemio mio, y perdone con caridad lo que se baja por lo que me autoriza. Y dé Dios á vuestra paternidad reverendísima larga vida con buena salud, como deseo y ha menester la voz de la verdad y la dotrina verdadera para las mejoras de la conciencia. Madrid, 20 de mayo 1633.

Don Francisco de Quevedo Villegas.



LA CUNA Y LA SEPULTURA,

PARA EL

CONOCIMIENTO PROPIO Y DESENGAÑO DE LAS COSAS AJENAS.



CUNA Y VIDA.



CAPITULO PRIMERO.

Informa el juicio de la opinion que ha de tener de todas las cosas; alumbra el conocimiento propio; y amanece con el desengaño la noche de la presuncion.

Dos cosas traes encargadas, hombre, quando naces: de la naturaleza la vida, y de la razon la buena vida. Aquella primera te solicitan y acuerdan las necesidades del cuerpo, y esta postrera los deseos del alma. Advierte que en lo necesario no contradice una á otra; antes al vivir de aquella añade esta que sea bien. Solo son contrarias quando la una quiere para vivir lo supérfluo, que la parte del alma contradice porque embarazan con la vanidad su pretension, que es lo mas importante. Debes segun esto, lo primero, considerar antes que uses destas dos cosas, para qué te fueron dadas; y tomar firmemente la opinion que dellas conviene. Y si lo miras, tu principal parte es el alma, que el cuerpo se te dió para navío desta navegacion, en que vas sujeto á que el viento dé con él en el bajío de la muerte. Y dántele como instrumento,

que sigue la condicion de los demás que sirven á algun ministerio ; pues cuando tú no lo gastes con el uso , él se consumirá con su propia composicion , que encierra muerte y nació della. Dentro de tu propio cuerpo , por pequeño que te parece , peregrinas ; y si no miras bien por dónde llevas tus deseos , te perderás dentro de tan pequeño vaso para siempre. Has de tratarle , no como quien vive por él , que es necesidad , ni como quien vive para él , que es delito ; sino como quien no puede vivir sin él. Trátale como al criado : susténtale y vístete y mándale ; que seria cosa fea que te mandase quien nació para servirte , y que nació confesando con lágrimas su servidumbre ; y muerto , dirá en la sepultura que por sí aun eso no merecia.

Bien permite la razon que vivas con el cuerpo , y lo ama ; mas no se halla con caudal de sustentar sus apetitos ; que esos , como hijos de la vanidad , te gastarán todo el caudal , y desperdiciarán los tesoros del entendimiento.

Y si bien conocieres lo que es la vida , y para qué te la prestan y con qué condiciones , hallarás que no eres señor de un momento , y que todo te has menester para dar buena cuenta de tí.

Es , pues , la vida un dolor en que se empieza el de la muerte , que dura mientras dura ella. Considéralo como el plazo que ponen al jornalero , que no tiene descanso desde que empieza , sino es cuando acaba. A la par empiezas á nacer y á morir , y no es en tu mano detener las horas ; y si fueras cuerdo , no lo habias de desear ; y si fueras bueno , no lo habias de temer. Antes empiezas á morir que sepas qué cosa es vida , y vives sin gustar della , porque se anticipan las lágrimas á la razon. Si quieres acabar de conocer qué es tu vida y la de todos , y su miseria , mira qué de cosas desdichadas ha menester para continuarse. ¿Qué yerbecilla , qué animalajo , qué piedra , qué tierra , qué elemento no es parte ó de tu sustento , abrigo , reposo ó hospedaje ? ¿Cómo puede dejar de ser débil , y sujeta á muerte y miseria la que con muertes de otras cosas vive ? Si te abrigas , murió el animal cuya lana vistes ; si comes , el que te dió sustento. Pues advierte , hom-

bre, que tienen tanto de recuerdos y memorias como de alimento. Por otra parte, mira cómo en todas esas cosas ignoras la muerte que recibes; pues los manjares con que (á tu parecer) sustentas el cuerpo (y es así), en su decocion, por otra parte, gastan el calor natural (que es tu vida) con el trabajo de disponerlos. Vela eres: luz de la vela es la tuya, que va consumiendo lo mismo con que se alimenta; y cuanto mas apriesa arde, mas apriesa te acabarás.

Considera que sin los venenos las mismas cosas saludables te traen muerte: un airecillo, si te coge el cuerpo destemplado; un jarro de agua, si sudas; el baño, la comida, si es demasiada; el vino, el movimiento, si te cansas; el sueño prolijo. En ninguna cosa tienes segura salud; y es necedad buscarla, pues no puede dejar de estar enfermo quien siempre en su misma vida tiene mal de muerte. Con este mal naces, con él vives, y dél mueres. Dejo de contar los venenos y cosas que la naturaleza crió contra tu vida: las sierpes, víboras, animales y peces, yerbas y piedras, ó minerales, que ó mordido dellas ó tocado mueres. Dejo los sucesos desdichados que el decreto del cielo y su providencia permite: la ruina de las casas, los rayos, el fuego repentino, los ladrones, la muerte violenta, los diluvios, las guerras, los castigos, las traiciones: cosas que no puede prevenir nuestro juicio, y que las sabemos y pasamos á un punto. Y estas cosas, que no están en tu mano, no las debias sentir ni quejarte dellas. Tu mayor miseria no es sino que entre todos los animales tú solo naciste contra tí mismo. ¿Qué enemigo tienes mayor de tu vida y quietud que tú, pues de las cosas ajenas te congojas? Si el otro anda de espacio, te infadas; si habla mucho, te enojas; si le suceden desdichas, te deshaces en lástima; si tiene prosperidad, te carcomes con envidia; si te dicen una mala palabra ó te dan un golpe, te afrentas y deshaces; y no teniendo tú culpa de que el otro sea desvergonzado, si no te puedes vengar, te mueres de coraje. Y toda la vida te mueres de miedo de morirte, ó vives tan solícito de las cosas de acá, y con tanto trabajo como si no fueras mortal, y esta vida perecedera.

¿Cuál animal, por rudo que sea (escoge el mas torpe), es causa de sus desventuras, tristezas y enfermedades, sino el hombre? Y esto nace de que ni se conoce á sí, ni sabe qué es su vida, ni las causas della, ni para qué nació. No te ensoberbezcas, ni creas que fuiste criado para otro negocio que para usar bien de lo que te dió el que te crió. Vuelve los ojos, si piensas que eres algo, á lo que eras antes de nacer; y hallarás que no eras, que es la última miseria. Mira que eres el que há poco que no fuiste, y el que siendo eres poco, y el que de aquí á poco no serás: verás cómo tu vanidad se castiga y se da por vencida.

¡Grandes cosas caben en el entendimiento del hombre! ¡Gran dignidad es la suya, pues tiene alma semejante á Dios, inspirada dél, y eterna! Mucho le favorece Dios, pues le dijo que todo lo criaba para que le sirviese á él todo, y que todo lo ponía debajo de sus piés. ¿Quién cabrá con el hombre ni se averiguará con él, cierto destas cosas, que cuando se desvanece le dejan tan divertido, que no tiene razon para considerarlas como deban ser, y entenderlas como se las dieron?

Pues siendo cierto que caben grandes cosas en el entendimiento del hombre, es mas cierto cuán pequeñas son las que se le embarazan con la estima de las cosas que solo merecen desprecio. Alma eterna semejante á Dios tiene; mas no la tiene ni la trata como á semejanza de Dios ni como á eterna, mientras la hace seguir al cuerpo y la olvida por cualquier apetito. Todo lo haces al revés, hombre: al cuerpo, sombra de muerte, tratas como á imagen de vida; y al alma eterna dejas como sombra de muerte. Y sucédete desto lo que á la república donde reina esclavo, que se pierde y asuela. Nada te está bien á tí, que eres compuesto de cuerpo y alma, pues no tienes cosa bien puesta, ni en su lugar, ni contenta. Obedeces al cuerpo, y hállase indigno con lo que no es suyo; y al cabo, como ruin en honra, se ensancha y da en tirano, y levántase con todo. El alma oprimida padece, y atiende á sufrir la que había de ocuparse en gobernar; y cuando llega la hora postrera, que es forzoso apartarse el uno del otro, hallas

que el cuerpo te deja, y que tu mejor parte es el alma; y para pena tuya conoces entonces que te dejaste á tí viviendo por lo que es mortal y ceniza, y ves tu cuerpo, causa de tus delitos y de tus culpas y yerros, que depositado en tierra y en poder de gusanos, desengaña la estimacion en que le tuviste: tan feo y disforme, que la memoria de haber vivido en él te castiga. Todo lo crió Dios para que te sirviese: así lo dijo él; mas como te dió razon con que entendieses, tambien te mandó juntamente que era para que le sirvieses tú con todo. Hizo el primer hombre como que no le habia entendido, y costónos á todos caro; y aun no escarmentamos, que despues vivió el hombre de suerte, que ni bastó fuego del cielo, diluvios, ni confusiones para darle á entender que no le mandaba solo que se sirviese de todo, sino que tambien que con todo sirviese á su Dios; y esto por el interés de los hombres, pues así lo logran, y si no, lo pierden. Y viendo que aun se daban por desentendidos, por atajar su malicia, dando la ley él mismo, lo primero que mandó fué que amara á Dios sobre todas las cosas. Mal te gobernaste, hombre, pues has aguardado á que sea precepto lo que habia de ser agradecimiento.

Mira bien cuán diferentes consideraciones de estas cosas, con que te ensoberbeces, son las que debes hacer de las que haces, y cuán diferente fruto tienen unas de otras; lo que debias considerar para conocerte, y conocer tu miseria: como fuiste engendrado del deleite del sueño, el modo de tu nacimiento, el recibimiento que te hizo la vida. Desta suerte nacieron los reyes y los tiranos, los poderosos, que piensan que nacieron para destruir los menores, y que crió Dios para alimento suyo á los que menos pueden, habiéndolos criado para su cuidado. ¡Oh si considerasen cuán pequeñas y viles cosas pudieron ser causa de que no fueran ni vivieran! pues el humo de un pávilo, un golpe, un susto, una pesadumbre, el antojo de una legumbre, el miedo de un ratoncillo, pudo hacer mover á sus madres; y aun estuviera mejor no haber sido que no ser tales como debian ser.

Empieza pues, hombre, con este conocimiento, y ten de tí

firmemente tales opiniones : que naciste para morir y que vi-
ves muriendo ; que traes el alma enterrada en el cuerpo, que
cuando muere , en cierta forma resucita ; que tu negocio es
el logro de tu alma ; que el cuerpo sirve á esa vida prestada
que gastas ; que es tan frágil como ves , tan perecedero como
parece , y que es mas feo que parece , y que en breve tiempo
lo estará mas ; que tu cuidado es tu alma , y que solas sus
cosas son tuyas , y las demás ajenas ; que no debes trabajar
en otras , sino en esas , por estar á tu cargo ; que has de dar
cuenta dellas al que te las dió , y que se las agradeces solo
con dársela buena ; y que el premio ó el castigo se te aguarda
á tí ; y que pues será forzoso morir para tí , y á tu riesgo , es
razon que vivas para tí , y á tu provecho.

CAPITULO II.

Ordena el tribunal de las potencias del alma, para que preceda en todas las acciones su consulta. Desarreboza los disfraces con que la hipocresía introduce enmascarados los vicios.

Asegurado con las opiniones dichas, debes considerar y disponer todas las cosas del mundo que codician tus deseos, para servicio tuyo, por el decreto que hicieron las potencias de tu alma, que son entendimiento, memoria y voluntad. Y no hagas lo que muchos, que no tienen sino la potencia de la voluntad, y pierden las otras dos; porque, aunque se acuerdan y entienden, no se acuerdan sino de lo que quieren. Y ha de ser al revés: que te debes acordar de lo que te conviene y entender lo que te está bien á tí, y luego querer eso. De otra suerte anduviera el mundo si los hombres usaran destas tres potencias como se las dieron y para lo que se las dieron. La memoria, de lo que fueron y cómo nacieron y para lo que nacieron, es necesarísima para no entender que son mas de aquello, y que antes de mucho serán menos. Y así, estas dos potencias prevendrán que la voluntad no quiera la vanidad ni la locura, sino la medicina y el provecho.

No tienes memoria si no te acuerdas de tu miseria; ni entendimiento, si no entiendes que pues tú la mejor criatura de todas, eres tan miserable, ¿qué serán las demás, por quien á veces te olvidas de tí mismo?

Ni tienes voluntad si no quieres lo que por sí es amable; y si mortal, no quieres lo eterno; y si pobre, no quieres la riqueza y tesoro; y si inquieto, no quieres la paz; y fatigado, el descanso; y mentiroso, la verdad.

Y al fin, cuando no fuera por deuda y por tu interés, por razon natural debes querer solo á Dios. Y es así, que en el mundo inferior y superior, generalísimamente dividido, no hay sino Criador y criaturas: Criador, que cria todas las cosas para tí, y á tí para sí. Luego de las unas debes usar, y al otro debes querer: por sí, que es el sumo bien; por tí, que le debes todas las cosas; por todas las cosas, que secretamente queriéndole y alabándole, te enseñan eso mismo.

Dirás que los deseos te arrastran; que ves la mujer hermosa, y tienes concupiscencia; que ves el palacio suntuoso, y estás en el campo sin abrigo; que ves oro, perlas y riquezas, y andas desnudo; que ves á los otros en oficios y dignidades, estimados y respetados, mandando el mundo, y que te ves despreciado y abatido y sin que hagan caso de tí; y dices que no puedes dejar de desear la comodidad que el otro tiene, para tí, que te debes mas amor. Dices bien en eso solo, y engañaste en lo demás. De verdad te digo, hombre, que no tuvieran los hombres vanos deseos si usaran del entendimiento como debían; no los vencieran las apariencias de las cosas, no por cierto, ni se les atrevieran. Si de todas las cosas que te faltan y ves en otro hicieras tal exámen, en vez de desearlas, tuvieras lástima á quien tienes envidia. Debias considerar para qué cosas te hace falta á tí, cuál es en sí la cosa, y qué provecho da su uso al dueño della. ¿Ves la mujer hermosa, y al mancebo poseido de su belleza? Mira primero para qué te hace falta: para un breve contento, á quien da prisa un dolor forzoso y natural, á quien precede una vergüenza enterada de su horror, y un menoscabo de las fuerzas y virtud natural y de la vida; pues engañada con el placer la salud, sin

dejar saber á los mas qué es vejez, los llega á la muerte.

Pues si miras en sí qué es la hermosura, que te aparta de toda paz y de todo bien, verás que es un cautiverio de tus sentidos, donde tu memoria, entendimiento y voluntad padecen servidumbre de vicios, á quien da imperio sobre tí el regalo y amor y pasión.

Verás acreditadas todas tus desdichas en las causas por que las padeces, de manera que para tu vida aun sea peligroso el desengaño, si no fuere imposible por tener hondas raíces; que las echa tales en poco tiempo el apetito desordenado.

Verás un ídolo que solo tiene bueno para tí el engaño de parecerlo, ufano con la idolatría de tu alma eterna, y haciendo triunfo y pompa de tu perdicion, ocupado solo en aparejarte desagradecimientos. Esto verás; porque si miras qué es la mujer que al otro codicias, no es otra cosa. Y no te quejarás de que en otros no te ha enseñado el ejemplo y el suceso que es así. Si quieres ser dichoso, sé sabio con el ajeno peligro; y si eres sabio, sé escarmentado con el tuyo; que solo el necio tiene al trabajo por solo trabajo, pues no le sirve de otra cosa; que en los demás es maestro.

Si quieres ver qué provecho da el uso della á su galan, considera, lo primero, como se echa menos á sí mismo para todo lo que le conviene, pues no se halla cuando se ha menester; mira su salud sirviendo al deleite y gastada en alimentar su apetito; su vida aventurada cada punto por un gusto que solo le deja tarde un arrepentimiento porfiado; ves la hacienda despendida en vanidades, banquetes y galas, que solo sirven de facilitarle la perdicion; mira la honra peligrosa en este estado, sujeta á lo que una mujercilla la necesitare; mira la religion y entereza de costumbres llegada del olvido al desprecio; mira vuelto con la costumbre naturaleza el pecado, y acreditado el delito con el poder. Y tras todo esto, considera cuán caro te cuesta el dolor, pues todo lo que das por él habias de dar por no tenelle; — y es cierto que no te hallarás capaz de otra cosa que de lástima. No por esto pretendo apartar los hombres de sus legítimas mujeres; pues antes que filósofo, me mostrara enemigo de la naturaleza, pues

al amor dellas correspondido debe el mundo el ser habitado, y nosotros el ser. No quiero severo reprehender el amor que se les tiene y se les debe, sino la concupiscencia y el apetito.

Querer á las mujeres permite la naturaleza, y la ley de gracia enseña cómo sea sin delito; pero adorarlas y sujetar á ellas el alma no lo aconseja sino el deleite y vicio, que es tan poderoso, que persuade tales cosas; y no sé si lo atribuya tanto á sus fuerzas como á nuestra flaqueza. De la mujer, como de las otras cosas, usa; pero no te fies.

Vives pobre casa, sea cabaña; ves al poderoso (á lo menos al que nos pretende hacer creer que lo es) en grandes palacios, ¡cosa es digna de risa! ¿qué te falta á tí en la cabaña, que te abriga y te cubre todo? ¿Puede el rico ocupar del palacio con su cuerpo mas que tú con el tuyo? No por cierto. Pues ¿de qué le sirve lo que le sobra ó lo que no le sirve ó lo que sirve á otros? Sin razon te quejas de la casilla, que te da todo lo que tiene y lo que has menester y te basta. Si tuvieras muchos cuerpos y tu grandeza te necesitara de mayores espacios, perdonárate los sentimientos; mas siendo uno solo, tal, que no hay aposento tan estrecho adonde no sobre habitacion, ¿qué envidias y qué lamentas? Dígote de verdad que ni el fuego tiene hambre de las cabañas y chozas y alquerías, ni las hacen sospechosas los ladrones, ni las amenazan las guerras; porque los que no las perdonan, las desprecian; y en cierto modo va el cuerdo ensayando el cuerpo para la sepultura, que hecho á tales habitaciones, no se le hará angosto el ataud ni le espantará el forzosó hospedaje de la muerte.

Pobre estás, y seguro de lo que no lo están los ricos; váyase lo uno por lo otro. Ves largas rentas en tu vecino, gran cantidad de hacienda y posesiones, copia innumerable de oro y joyas: dime ¿qué otra cosa es eso que desigual carga al que aun desnudo camina cargado de sí propio? Sin duda irá con poca comodidad, ajeno de descanso y temeroso. Veamos: este que lo tiene, ¿ha de pasarlo desta vida? No. ¿Puede gozarlo en esta? Tampoco, si no lo da á los que lo han menester, pues para eso lo tiene en depósito y administracion.

Puede gastarlo en su sustento y abrigo? No, que es mucho

menos lo que ha menester. ¿Qué será pues desto, que forzosamente ha de dejar? Gran locura es, siendo esto así, gastar la vida toda en juntar cosas para dejarlas con ella. ¿Crees que aprovecha al difunto algo lo que dejó al otro que lo gasta ó desperdicia? No serás tan necio que lo creas. Pues si esto es así, ¿por qué no tasas tus deseos y los vas á la mano, y tomas pues es lícito lo que has menester, que es con lo que te está rogando naturaleza francamente, que lo que te esconde y dificulta es lo supérfluo? Injusto eres, pues quieres que á tí te sobre lo que á otros falta, y quieres mas tener ociosos los dineros en tu cofre, que alimentando al necesitado. ¿Dejáronte tus padres hacienda? No te dejaron rico por eso: dejáronte con que lo puedas ser, gastándola bien. Si la tienes y no la gastas, es como si no la tuvieses, pues no tienes provecho de ella. Si la gastas, no la tienes: luego forzosamente se colige que es bueno tenella para no tenella. Dirás que tienes hijos y que los quieres aventajar. Doy que te afanas por dejallos mas ricos, y estos á tus nietos, y tus nietos á los suyos: ¿dónde ha de parar esto, que todos dejan unos á otros, y todos lo dejan acá? Los bienes y posesiones no son firmes, y particularmente de nadie; son de la sucesion y la suerte. Aunque tienes tú hoy tal hacienda y tales posesiones, ellas no te conocen ni respetan por dueño, ni te tratan como á tal; saben que has de pasar por ellas, y siempre aguardan de la mano del tiempo nuevo señor. Bajo y vil eres, pues amas tanto á quien tanto te desprecia, y tienes fe con quien ninguna ley te guarda. ¿Hállaste pobre? No te aflijas, que todos lo son por mas que tengan; y solo diferencian de tí en que no lo quieren parecer; y les llevas de ventaja el no tener trabajo de fingir lo que es imposible disimular. ¿Con qué agradecerás á la pobreza el hacerse exento de aduladores que, alzándose con tus oídos, te trajeran ignorante de la verdad, y te los escondieran á la reprehension y advertencia? Las artes que la pobreza enseña, mas las debe al miedo con que vive y al cuidado con que habla (cierta de que no la guardarán respeto), que al estudio continuo. Y lo que en los poderosos parece privilegio que no se les atreva nadie ni les contradigan, es desdicha, pues eso

les causa ignorancia ; y quien los hace libres de reprehension, los niega poder saber ; y la verdadera doctrina en el temor de Dios (dice el Espíritu Santo) empieza y la sabiduría del alma ; y en el temor de las gentes, la de las cosas desta inferior república. Así que, en temor empieza toda sabiduría, y quien no tiene temor, no puede saber.

¿Sabes los privilegios de la pobreza? Pues yo te los diré: nadie sino ella los ha merecido. Todas las cosas están sujetas á leyes ; sola la necesidad libre carece de ley : así lo dice el proverbio.

Estás pobre, pero seguro de que la honra que se te hiciere se hace á tu persona ; y tienes consuelo en la que no te hacen, pues es cierto te la quita la falta del oro, de quien se dejan comprar y á quien cautelosamente se venden los falsos amigos. Tan seguro estarás de ladrones, que antes te temerán por testigo y huirán de tí por estorbo, que te acecharán por el provecho.

« Esto tiene malo la pobreza » (dijo un sabio), « que hace ridículos á los hombres. » Engañóse ; que la pobreza no los hace ridículos, sino la opinion que della (ciegamente) tienen los que la desprecian.

Pero hagámosle esta lisonja : concedámosle que los hace ridículos, que es decir que se rien todos dellos. ¿Qué culpa tiene la pobreza santa, agradecida y segura, de que el otro sea necio y de que no tenga entendimiento para conocerla como es, persuadido del oro? De verdad dice el pobre, ridículo me hace la pobreza, mas á tí te hace lamentable el dinero, que desde que le tienes andas inquieto con el pleito eterno sobre quién ha de ser dueño de quién, y al cabo por tener el oro le vienes á tener por señor. Tú le sirves, tú le desentieras, tú le guardas y él aun no te halla digno de algun agradecimiento, pues se apodera de las noches con el cuidado y del dia con la solicitud. Y si mueres, él es el primero que le pesa de que te lloren, pues luego enjuga las lágrimas á quien te hereda. ¡ Y que viendo esto, haya heredero que se alegre con posesion que es tirana de la vida y de la muerte del que la tiene ó la sirve ! ¡ Fuerza de hechizo tiene tu precio, oro ! pues con

malas obras y mal tratamiento granjeas sin ningun provecho voluntad tan enamorada. Considerado he que donde te crias haces inútiles los montes, intratables al ganado, ásperos, desnudos y sin yerba y estériles á todas las sazones del año; que en tí gastas todo el caudal de la naturaleza. De costumbre lo tienes: no olvidas esa condicion aun fuera de las entrañas de los cerros, pues lo mismo haces con el hombre que te busca y te posee. ¡Qué estéril es de buenas obras el rico avariento! No da fruto. Menos provechoso es que el monte donde estabas; propiedad es tuya la esterilidad.

¿Quién bastará á entender al avariento? Para tenerte, cava y te desentierra; y en teniéndote, por no tenerte (que es por no gastarte), torna á cavar, y te entierra otra vez.

¿Cómo puede ser bueno quien, como tú, oro poderoso, se parece tanto á los males y enfermedades, que lo mejor dellos y de los malos humores es gastallos? Y si no, ellos gastan la vida, y tú en gastalla eres mas pródigo que ellos.

Ves aquí tu mayor poder, que ni la experiencia del mal que haces en vida, ni de la poca lealtad que guardas en muerte, ni el acreditado conocimiento de tu ingratitud, es bastante á contrastar tus fuerzas; y estás con esto tan ufano, que por gloria y con soberbia, respeto de los muchos que te siguen, puedes contar los pocos que te desprecian, y alabarte de que aun esos, si te dejan, es no menos que por Dios.

Y lo que es más de considerar es que, aunque por la prodigalidad, por el ladron dejas á muchos, y por otros casos tan feos, ninguno ó pocos dejas que se queden; todos se van tras tí, y por ver si te pueden cobrar, trabajan de nuevo, sin perdonarse en el mar y la tierra alguna peregrinacion ó naufragio.

Pasemos á las honras, oficios y dignidades que tanto codicias, en compañía de todos. ¡Oh, cómo te gobiernas mal! Vayan delante los decretos del entendimiento y de la memoria; no acompañes la voluntad con los apetitos y deseos, que son apasionados. ¿Qué opinion tienes de esas grandezas, que así mueres por alcanzallas? Yo lo diré por tí, si tienes vergüenza.

Gran cosa es mandar, ser reverenciado, que todos me hayan menester, y yo á nadie; poder hacer lo que quisiere, y al fin gozar en este mundo todo lo que él puede dar.

El dia que tal creiste, ese dia no le quedó á la ignorancia qué vencer en tí. Todas las prevenciones y reparos del entendimiento quedaron por suyos.

¿Quién bastará á entenderte, si todo tu deseo y pretension es (así lo dices) ser libre, que todos te obedezcan, y tú á nadie; y lo primero que haces es cautivarte del oficio, del cargo, de la dignidad? Mírate con atencion, y quizá acertarás á conocer tus disparates, que para que tú los abomines no les falta sino estar en otro. Bien empiezas, pues para no estar sujeto á nadie tomas por medio hacerte esclavo de la codicia y de la ambicion de lo que pretendes, y alcanzado de la vanidad y soberbia. Da licencia que los otros se rian de lo que te rieras tú si lo advirtieras en un furioso. La culpa tiene el amor propio, de que reprehendamos por vicioso en el vecino lo que en nosotros presumimos ser digno de imitacion.

Gran cosa dices que es mandar; tú me ayudas á convencerte. Quede por todos que la cosa mejor es mandar. Pues dime, ¿en qué te fundas para dejar que en tí manden los vicios bestiales (siendo tu alma la mayor provincia que Dios crió en este mundo), por mandar á otro en lo que no importa? Y al cabo tú no mandas en el otro, sino en las acciones suyas; y en lo de fuera y en tí no hay vicio que no tenga imperio.

Todas las cosas que para tí codicias, si no son de provecho para tí, desatinado eres. Doyte que tu voluntad sea ley de todos los otros que te obedecen y están á tu disposicion. Si ordenas cosas justas, ¿qué soberbia es la tuya? ¿No ves que la fundas en la virtud ajena del observante y religioso? Y si juez en solo el nombre, lo que mandas es injusto, ¿qué otra cosa eres sino disculpa y abono del que no te obedece? Y del que oprimido y amenazado de tu tiranía te obedece, eres martirio. Saca pues destas cosas lo que mejor te está; verás cuán ajenas son de lo que pretendes.

Si piensas que es dignidad el mandar á los otros, y que lo

mereciste al cielo por tí, respóndeme si naciste de otra suerte que los que llamas súbditos? Si tu vida tiene algunos fueros diferentes, enséñame los privilegios particulares de tu naturaleza. Por más que se desvele tu vanidad, no ha de hallar alguno. Luego cierto es que por tí no lo alcanzaste, y que el cielo que te permite en tal oficio, siendo malo, te escogió para azote de los que gobiernas; y tú, que no lo entiendes, vi ves ufano con tu castigo y haces majestad de la miseria ajena, y llámaste juez, siendo á los ojos de Dios verdugo.

Querrás decir que no deja de tener majestad poder dar muerte y destruir, y que ese poder sin duda es digno de estima. Traido has tu discurso á mi conclusion. Yo te lo confieso; pero advierte que lo mismo hace una yerba y una víbora y un veneno y un susto y un aire y una piedra, y que á ninguno destes les es de alabanza quitar una vida, que no tiene con que resistirse y que ayuda contra sí misma, y que su ruina consiste mas en su flaqueza que en el poder dellos. Condenas á muerte al delincuente; ¿piensas que haces algo nuevo? No, que ya le tenía sentenciado la naturaleza, y desde que nació empezó á sentir la ejecucion de esa sentencia. Condenas en el pleito al pobre: quitasle lo que no era suyo, no le agravias; y si le quitas lo que con justicia poseia, ¿tu oficio y el del ladron, dime, en qué se diferencian, pues entrambos quitais los bienes al dueño dellos? Y considerado, solo os diferenciais en que el ladron hurta para sí y por su provecho, y vosotros robais para terceras personas. Por honra eres recto, y ¿haces pompa de juzgar á los otros? Oye á san Pablo cuando dice severo, y advertido en la soberbia, por lo cual no tienes excusa: «Todo, hombre que juzgas, con tu juicio te condenas.» ¡Gran cosa es tu oficio! ¿quiéreslo ver? Que en habiendo paz y hermandad, vaca, y no es menester; y todo hombre cuerdo está fuera de tu jurisdiccion y dominio; pues solo el litigioso y el malo da que hacer á los tribunales. Dirás tú que tambien se defiende el bueno y justo en ellos. Dígote de verdad, y Dios te lo enseñó, que el que lo es de todo punto, aun acusado no se defiende. Mira á Cristo en las audiencias, cómo desprecia con suma sabiduría y con elocuente si-

lencio los jueces dellas, y siendo inocentísimo, quiere mas la pena que la defensa y altercacion.

Dejemos esta parte, y vamos á la que mas agrado tiene con la codicia de los hombres. ¿Es tuya la voluntad de tu rey? Privado eres, á tí miran todos, de tí penden los negocios. ¿Dichoso te sueñas por eso? Pues despierta y mira cómo lo han pasado otros que en el mundo lo han sido. Habla con sus fines, y verás que escarmientan y no incitan.

Lo primero has de confesar y creer que estás envidiado de todos los que son vanos y desean lo mismo: si eres bueno, te aborrecen los malos; si eres malo, los buenos; tu dia postrero todos le desamparan. Si no eres culpable, serás inocente, mas por esto mas envidiado; y debes considerarlo.

Lo segundo es, que en ese estado y lugar estás cuidadoso de conservarte y de adquirir.

Lo tercero, que andas solícito de nuevas honras.

Lo cuarto, temeroso de desgracias.

Lo quinto, que el rato que todo esto consideras ser así, te hallas peligroso. Dime, ¿cuál trabajo se iguala al tuyo? Si atiendes á tus negocios propios, eres tenido por codicioso; si á los ajenos, eres desdichado, pues sirves á los demás de la república. Si das el cargo al benemérito, no te le agradece, diciendo que le pagaste y que le diste lo que merecia y era suyo; si al indigno, ofendes á tres en un punto: á Dios con la sinrazon, al cargo con el mal ministro, y á tí con el mal nombre que cobras. Esos que te acompañan con ruido y polvo por las calles, esforzando tu divertimiento con lisonjas, y comprando tu favor con mentiras, no pasan de tu oficio, cargo ó privanza las lisonjas; y si no, descúidate y véante sin ellos, verás por quién lo hacian. No es dichoso aquel á quien la fortuna no puede dar nada mas, sino aquel á quien no puede quitar nada. A la estatua pequeña no la hace mayor el pedestal grande, ni á la mengua de tu espíritu la grande basa de tu puesto. Aprende de un caballo, que cargado en su propio adorno de inmensa cantidad de oro, desea que le descarguen, y no que le alaben. Al revés lo entiendes todo, pues tienes soberbia de los méritos ajenos y que no son tuyos. Necio eres

si andas ufano y haces grandeza de la humildad del que te ha menester, y no entiendes que (astuto, conociendo tu vanidad) hace el acompañamiento y la visita y la cortesía cautela contra tu presuncion mal prevenida.

CAPITULO III.

Descifra los miedos de la opinion vulgar y desarma las amenazas de la credulidad ignorante. Mortifica y doctrina la estimacion propia. Desembaraza de espantos la muerte: no solo prueba que no es fea, sino que es hermosa. Y afirma la paz interior encaminando los afectos.

Dirás que bien que este conocimiento reprima los deseos y dé seguridad y paz al alma que le cree y estima, que desees componerte con las opiniones de las cosas, las cuales las hacen terribles, y con la persuasion bestial de las pasiones del cuerpo; y desees cuerdamente. Conviene que te certifiques de que la opinion hace medrosos muchos casos que no lo son; sea por todos el de la muerte. ¿Qué cosa mas terrible, así representada, mas fea ni mas espantosa? Y si dejas la opinion que della tiene el pueblo, verás que en sí no es nada de eso, y antes hallarás que hace mucho por hacerse amable, y aun digna de desprecio antes que de miedo.

Lo primero, el ser forzosa, la excusa de prevenciones y diligencias; pero advierte que es forzosa porque es necesaria. Dime, ¿qué descanso tuviera la vida, qué libertad el espíritu, qué quietud el cuerpo, qué fin las molestias de la vejez, aborrecida de sí misma, si no hubiera muerte? Dirás que es dolorosa y llena de congojas y parasismos. Pues dime, si eso no hubiera en la muerte, siendo tan desdichada la vida, ¿quién no la tomara por sus manos? Prevenida la naturaleza la cercó de congojas, y la hizo parecer temerosa, para que los hombres viviesen algun tiempo. Y si bien lo consideras, llevando á todos y no excetando á nadie, con razon ninguno puede estar quejoso. Querer tú vivir siempre, fuera hacer agravio á los que murieron para que vivieses, y á los que aguardan que te vayas para venir; que ella llevando á unos, da lugar á otros. Y así es ley, y no pena, la muerte.

Si has vivido contento y todo te ha sucedido bien, harto de vida despídete della. Y si todo te ha sucedido mal, ¿para qué quieres añadir cada dia mas trabajo? Vete enfadado. Y si te ha sucedido unas veces mal y otras bien, no hay mas que experimentar; cánsate de repetir una misma cosa. Poca honra tienes, pues sabiendo que te ha de dejar á tí la vida, aguardas ese desprecio della, y no la dejas antes, pudiéndolo hacer.

Oido habrás decir muchas veces que no hay cosa mas cierta que la muerte ni mas incierta que el cuándo. Dígote que no hay cosa mas cierta que el cuándo, pues no hay momento que no mueras; y que (de verdad) siempre está llegando este cuándo que dices tú que no se sabe, y acertaras si dijeras que no se cree. ¿Para cuándo guardas la risa, pues no te ries del que se está muriendo y dice: ¿Quién pensara que yo me muriera en dos dias desta manera? Y cuando dicen «Fulano murió en dos dias», mienten y no lo entienden, que cualquiera (aunque muera en un instante) muere en tantos dias como ha vivido, y tantos dias habia que estaba enfermo como habia que nació. ¿Tú piensas que pasan en balde los dias? Pues dígote que no hay hora que pase por tí, que no vaya sacando tierra de tu sepultura.

Pues ¿quién entenderá tan grande confusion como esta? Tú temes la muerte, y tu mayor deseo es que se llegue. ¿Quiéreslo ver? ¿En qué otra cosa gastas la vida que en desear, siendo niño, verte mancebo y que llegue el tiempo de verte mayor, y luego de verte hombre? ¿Qué verano hay que no desees que se pase, y que llegue el invierno? Y siempre suspiras porque llegue el dia venidero; que no me negarás que en todo desees tu fin, pues no puedes desear que tras este instante venga otro, sin desear que se acerque un paso mas tu muerte. ¿De qué sirve pues huir de lo que desees, y temer el llegar adonde á toda diligencia caminas y te llevas á tí mismo? ¿Por qué tienes miedo á la última obra de naturaleza? Lo menos de la muerte temes, que es aquel punto, y lo mas della (que fué toda tu vida) pasaste riendo.

¿Por qué, como para saber navegar te llegas á los marine-

ros, y aprendes el arte militar de los capitanes, y las cosas del cielo de los astrólogos, no aprenderás el modo de vivir y morir de los filósofos y buenos? ¡Cosa extraña, que creas de los vivos que es temerosa la muerte, no sabiendo lo que es! Los experimentados gozan, tras su quietud y paz, de eterno silencio. Por esto Sócrates dijo que la muerte es un secreto reservado y una conjetura triste.

Dirás que el ánima teme la muerte: por sí no, que es inmortal; sí por su cuerpo. Sentir el dolor de su enemigo, excusada piedad es, y sería sentir que el cuerpo sea lo que es y para lo que nació, y en lugar de ser piadoso, sería desagradecido á quien le da libertad; y si él teme verse libre, mucho ama sus grillos, mucho su cárcel.

¿De dónde viene este miedo de la muerte, que ha crecido tanto arrimado á la ignorancia, que aun oirla nombrar no quiere alguno, como si por el oído secretamente se le entrara? Pues esté cierto el mas recatado que presto padecerá la que ahora no quiere oír; y que en aquel estrecho, la voz nunca oída y la opinion siempre rehusada y la memoria que se despreció, y ella misma, se harán mas ásperas; que sin duda, prevenida y imaginada y creída, no lo fuera.

Dime, ¿para qué guardas tu memoria, ó de qué te puede servir mejor que de acordarte de tí mismo? Si á tí te olvidas, eres como si no fueras, y ninguna memoria sino la de la muerte acuerda al hombre juntamente lo que es y lo que ha de ser. Si tomas mi consejo y el del Sabio, que dice: «Mejor es ir á la casa donde hay lágrimas que á la del convite, y mejor es el dia de la muerte que el del nacimiento;» tú oirás de buena gana y buscarás las conversaciones donde se tratare de la muerte, y á solas no te acompañarás de otra cosa que de su memoria: y así verás que la mucha conversacion en ella, como en otras cosas, será causa de menosprecio. Dichoso serás y sabio habrás sido, si cuando la muerte venga no te quitare sino la vida solamente; que en los necios no solo quita la vida, sino la confianza necia, el descuido bestial, el amor de las cosas temporales; todo lo cual habrás tú dejado antes, y así aliviarás mucho la postrera hora. ¡Dichoso aquel que en

su fin da á la muerte lo que pide, y desdichado del que se defiende á ella, y la niega lo que la debe y ha de cobrar!

Por este modo, pues, debes apartar todas las cosas de las opiniones que las afean y hacen espantables, y anteponer á todo la paz de tu alma, y no tener por precioso lo que no sirviere á la quietud y libertad de tu espíritu.

¿Quieres ver cuán desdichado te haces, no lo siendo; que á tí mismo y á tus imaginaciones y pensamientos debes todas tus inquietudes y desasosiegos? Si oyes que dicen malas cosas de tí en tu presencia, te enojas; y afrentándote porque dices que es perderte el respeto decírtelo en la cara, aventuras tu vida y riñes. ¿No miras que si son verdad las cosas que te dicen, era justo enojarte contigo, porque haciéndolas diste ocasion al otro de decírlas; y que siendo así, habias de agradecer por reprehension lo que aborreces? Dirás que aunque las cosas son así verdad, que él no las dice porque te enmiendes, sino con celo de afrentarte. Pues por eso, pudiendo escoger, por no darle venganza á tu enemigo, no habias de hacer lo que él desea, que es que te afrentes; sino enmendarte, que es lo que te está bien, y tú dices que él no pretendia. Si te enojas, ya salió con su intento; tú fuiste de su parte.

Muchas veces dirás que dicen con mal intento lo que no es verdad y lo que presumen maliciosos; y que así, es necesario responder por tí. Y es excusado, porque no sirve de nada; que quien dice y afirma la cosa que no es ni hiciste, no se ha de convencer con tus razones. Y si dices que ya que ese no sea, servirá la pendencia de castigo; — lo primero, eso no está á tu cargo; lo segundo, no es ese el que se le ha de dar, porque igualmente le padeceis entrambos con la inquietud y desasosiego. El que es bueno se venga de su enemigo no dejándolo de ser; y el que es malo, siendo bueno.

Y en cuanto á decir que te perdió el respeto en decírtelo en la cara, declárate: si te lo dicen en la cara, lo llamas desprecio; si en ausencia, dices que es traicion. ¿Ves cómo de ninguna suerte quieres que te digan nada, y cómo son achaques para vivir á solo tu gusto? Pues ten por cierto que nunca habrás sido mejor, ni tendrás necesidad de ser mas santo,

ni habrás tenido mas maestros para serlo, que cuando tuvieses muchos enemigos, cuyo miedo te traiga cuidadoso y advertido. Dichoso serás cuando de los enemigos supieres sacar provecho, y sabio cuando dieres lugar á que todos te digan lo que sintieren de tí; que entonces (libre de lisonjas) tus faltas serán advertidas. No dormirán tus vicios con descuido, y tu presuncion tendrá desengaño y tu ignorancia remedio. A nadie deben tanto los hombres como á la reprehension; aquel es perfecto en toda buena filosofía, que la reprehension no solo la oye, sino la agradece.

De aquí debes colegir cuán agradecida cosa es amar á los enemigos, que tú aborreces tanto. Y en realidad de verdad ni tú sabes cuál es tu amigo ni cuál es tu enemigo; antes lo entiendes todo al revés. Llamas amigo al que te presta para el juego, al que te divierte y entretiene, al que come y cena contigo, al que te hace espaldas y al que te alaba; y enemigo llamas al que, no haciendo nada desto, dice mal de tí y te reprehende y va á la mano en todo: siendo al revés, que este es amigo tuyo, pues es amigo de tu alma, que eres tú, y el otro es enemigo tuyo y amigo de tu hacienda, apetito y perdicion. Y sin duda para el provecho al enemigo solo has menester; y al otro para la locura, entretenimiento y vanidad solamente. Haz cuenta que tienes dos espejos, y que el uno (aunque tengas muchas fealdades) no te enseña sino lo que está bien puesto; y este solo sirve de que te desvanezas con él, pues lo que está como habia de estar, no era necesario verlo, si te miras para solo ordenar lo que no estuviere así. En el otro ves solas las cosas desaliñadas y mal puestas y las faltas que tienes. Díme, ¿este no es el que te conviene solamente, y el otro el que te sobra? Pues así debes entender que truecas los nombres y los oficios de las cosas.

Pero demos que sea tu enemigo un hombre en cosas de veras; mas fácil es perdonarle y mas justo quererle que aborrecerle y vengarte.

Fonseca, doctísimo español, predicando, dijo: «No solo es mejor perdonar al enemigo que vengarse, sino mas fácil y mas acomodado. Así lo mandó Cristo: Amad á vuestros ene-

migos. Rigurosa y desabrida cosa fuera y llena de peligros, si te mandara vengar de tus enemigos, salir á media noche (ó solo, cargado de armas, ó acompañado, de amigos) á acecharle, y al cabo procurar su muerte. ¿Cuánto mejor es perdonarle, cosa que puedes hacer cenando y en tu casa y acostado y con todo tu descanso?»

Y dígame que la venganza solo es de Dios: por eso le llaman Dios de las venganzas. El solo puede castigar las almas, que son las que con sus intenciones ofenden; que el cuerpo solo sirve á esta composicion. Quitate uno la honra, y véngaste tú en su vida, que no te ofendió. Dijo uno mal de tí; no digas tú mal dél, siquiera por no parecerle á él y por no imitarle. Dirás que quién podrá acabar consigo esto. Respondo que cualquiera que conozca que no hay mayor venganza del que hace mal, que sufrille con paciencia, que lo que pretendia era acabártela; y del que dice mal, desmentirle con las obras. Y hazte capaz de que no te es posible vengarte en la cosa que te ofende, y que es mal hecho ofender la cosa que no tiene culpa, como es la vida, la salud y el cuerpo del otro.

¡Extraña locura se ha acreditado con los hombres, que crean que si uno les ha cortado las narices, con cortarles las orejas ó matarle están satisfechos! ¡Extraña cosa! Díme, ¿remedióse tu herida con la del otro ó con su muerte? No por cierto. Pues ¿qué resultó de ahí? Que sepan que tú sabes hacer tan bien ó mejor insultos que el otro: que yo aquí no hallo nada remediado, sino ofendidos entrambos, y los odios mas vivos, y recién nacida la pendencia y mas encendida la guerra; y tú, que antes solo estabas lastimado, vives receloso y inquieto y con cuidado y miedo de mayor mal. Y al fin os haceis el uno al otro espectáculo á la gente, como fieras ó condenados á muerte.

Y porque las desgracias todas nacen de la ira, quiero decirte lo que es, y advertirte de los malos sucesos que á ella andan arrimados, para que sepas prevenirte contra sus repentinas y no pensadas tiranías.

No dividamos la ira, pues mas ó menos, cualquiera es dañosa y por sí aborrecible. La mansedumbre es el medio acer-

ca de la ira, y ella en sí no tiene medió. Digamos lo que es, antes que la consideremos.

La ira es una breve locura y repentina, un olvido de la razon, y si dura, un desprecio della, un afecto rebelde al entendimiento y un motin de la sangre y una soberbia inconsiderada. Es enfermedad del corazon, peligro de la vida, confusion de sí misma, temeridad acreditada y valentía de cobardes y flacos. Y porque no parezca que hablamos como en causa ajena, oigámosla á ella misma lo que dice y confiesa de sí. Que es locura y furor y todo lo dicho vedlo en un airado en el centellear de los ojos, en el temblor de los labios, en el ceño de la frente, en la color perdida, en el movimiento y dificultad de la lengua y porfiada repeticion de las palabras. No solamente no te conocerás airado, pero te tendrás miedo. Dame un leon ferocísimo y un tigre horrendo y manchado y un jabalí espantoso; enójense: míralos airados y verás que no hay fiereza tan grande, donde la ira no halle y añada nuevo horror. Así que es vicio tan feo como dañoso. ¿Qué hombre leerá esto, que no tenga alguna queja della; que no lllore alguna desgracia por su causa? Soy de parecer que en esto sin argumentos nos hemos de convencer unos á otros con los sucesos propios y ajenos, con lo que hemos visto y oido. Airase uno: dice y hace cosas ajenas de toda razon; despues vergonzosamente, como pára otro que era entonces, diferente del que ya es, reducido á mansedumbre, pide perdon.

Que no es natural la cólera prueba Séneca. Mas mostramos nosotros, que es contra naturaleza, no tan agudamente, pero con mas facilidad.

Solas aquellas cosas debemos llamar naturales, que son para la conservacion de la compostura y órden deste compuesto de cuerpo y alma, y contranaturales las que procuran lo contrario. Claro está que las ponzoñas y venenos no son naturales para el hombre, pues le acaban. Lo mismo la ira, pues su efeto no es otro que la alteracion de todos los sentidos, perturbacion y fealdad de todos los miembros, inobediencia del alma á la razon y al entendimiento. Cierito es que en los compuestos de cosas diferentes la unidad, que forzosamente re-

quiere el gobierno acertado y seguro, no es la de una de las partes, sino la que de la templanza é igualdad de todos resulta; porque en los tales, luego que una parte prevalezca y domine mas que las otras, es tiranía y enfermedad, y no hay composicion.

Así se ve en el cuerpo, donde la salud y conservacion de la vida consiste en la amistad y igualdad de los humores y calidades; y la muerte, disolucion y enfermedad, consiste solo en que uno de los humores predomine sobre los otros, como el mucho frio ó mucho calor. Lo mismo es en los afectos que tienen las potencias nuestras, que igualmente corregidos de la razon, naturalmente conservan la paz del alma; mas el dia que la templanza crece y, saliendo de sí, llega á ser gula, ó la modestia insolencia, ó la humildad soberbia, ó la mansedumbre ira, — todo está perturbado, y los que fueron compañeros son enemigos, y todo es guerra y violencia contra la naturaleza.

Veamos ahora qué principios tiene la ira, porque sepamos donde se podrá con mas facilidad atajar; y aunque son los principios varios, todos son por un camino y de una condicion, pues vienen de afuera. ¡Gran locura que cosas ajenas sean poderosas á quitar la paz propia! ¡No hace el criado lo que yo le mandé, ó hace mas de lo que yo le mandé, ó no tan presto? Enójome y la ira me despeña. ¡Triste cosa, alma mal prevenida y poco estimada; pues el que te tiene permite que hasta su criado pueda, todas las veces que quisiere, perturbarla y herirte: si lo hizo adrede, por la malicia; si erró por descuido, porque no miró lo que hizo; y si pensando acertar, porque lo miró demasiado! Y al fin son tantas las causas de la ira ajena, cuantos pueden ser los descuidos y malicias ajenas, aprendidas de la presuncion y ignorancia propia, la cual enciende la sangre y arma con ella el corazon descuidado. Segun esto, paréceme que fácilmente hallarás camino para defenderte della y apartar de tí tan dañoso afecto.

Ten firmemente por cierto que á tí no te toca perturbacion de lo que otros hicieron ó dijeron mal ó bien; que eso es á su cargo, aunque el mal ó bien te toque á tí ó á tus cosas: por-

que lo que no está en tu mano y está fuera de tu poder, solo te toca, si lo previenes, evitarlo; si lo padeces, sufrirlo, y procurar remediarlo para no padecerlo. Vana cosa es querer tú que el otro no haga lo que quiere hacer, y mas vana querer que no haya hecho lo que ya está hecho, que es lo que procura la ira ciegamente. ¿No te quitó uno el sombrero, dióte un golpe, tratóte mal? Dime, ¿el ser descortés y desvergonzado es malo? Dirás que sí. Pues respóndeme: Si el otro es malo del vicio ajeno, ¿por qué te perturbas y te enojas, debiendo á la caridad fraterna tenerle lástima? Cierta cosa es que si tú quieres que los otros hagan todo lo que tú deseas ó te está bien, así como lo deseas ó mandas, y crees que mereces tú esto, que cualquiera cosa que te sucediere de otra suerte te perturbará y sacará de juicio.

Bien cierto estoy que sabes que eso es imposible, y que no puedes quitar la malicia de los hombres, ni el descuido; lo que te es posible y fácil es quitar de tí la presuncion y opiniones erradas y la ignorancia, para que no sintiendo nada de lo que no está en tu mano ó sucede no por tu culpa, sean y las hayas como si no las hubiese, y tengas en paz tu ánimo. Si ves á uno lleno de enfermedades corporales, te compadeces y no te enojas. Dime, ¿por qué con aquel que tiene vicios y pecados, que son enfermedades del alma, te airas y no te apiadas?

Andará el mundo cuerdo y en paz cuando cada uno sintiere solas sus culpas, y no las ajenas, y aun tendrá enmienda.

¿Hay ladrones? Guárdate y apártate dellos; pero si te robaren, escarmienta para otra vez, que así castigarás tu descuido. Y no te enojés con el ladrón porque lo es, que eso no está á tu cuenta, que ya castigaste con el escarmiento el descuido que lo estaba.

Si dos cosas apartases de tu ánimo, tanto por dañosas como por inútiles, serás buen ignorante. La primera es no entristecerte en las desdichas, y la segunda, no airarte ni encolerizarte en las ocasiones.

Si se te muere tu padre ó tu mujer ó tu hijo, ¿de quién te quejas sino es dél, pues él se va, que acabó ya el camino que

hacia; que ni le lleva la fortuna ni otra cosa? ¿Muéreste tú, y lloras y quéjaste de lo poco que has vivido? Advierte el disparate: que te mueres tú, y te quejas y entristeces de lo mismo que tú haces en tí mismo.

¿Dirás que no se puede quitar este sentimiento propio de la naturaleza? Engañaste. ¿Qué hicieron dél, si sabes, aquellos filósofos antiguos que ó codiciaban la muerte ó la despreciaban; aquellos soldados que no hallaron en ella cosa fea ni temerosa, y se ofrecieron á ella y la buscaron? ¡Cuántos millares de valerosos mártires, soldados católicos, la pasaron con risa y contento! ¿Qué te parece? Pues en estos naturaleza humana habia, mas tenian diferente opinion de la vida y de la muerte que tú; que si no piensas que eres eterno tú y los que te tocan y quieres bien, sientes que no los traten como si lo fueran, y que les suceda lo que es forzoso y necesario. Perdiste el dinero, cayósete la casa, engañóte el logrero; ¿de qué sirve llorar y entristecerte? Dime, despues que te has deshecho en lágrimas, y consumido el corazon con sentimientos, y secado el cerebro con imaginaciones, y fatigado la lengua con quejas, ¿hallas edificada la casa, y restituido el dinero, y deshecho el engaño? No. Pues ¿de qué sirve ayudar al que te quiso hacer mal, y darte pesadumbre, y gastar el tiempo mal, pudiendo la diligencia, ó recobrar algo ó socorrerlo? Así que, lo que en las desdichas debes hacer es consolarte contigo ó con los otros, así con el desprecio ó conocimiento de la cosa en que sucedió, como con el conocimiento y desengaño del daño que trae el dolor de lo que ya se hizo, y cuán inútil es.

Para la segunda cosa, que es no airarte en las pendencies ó ocasiones, desprecios, malicias ó descuidos, á lo dicho solo anadiré que para la cosa que todos los hombres desean y alaban la ira, es para el castigo de su contrario y para la venganza de su agravio; y en nada vale menos ni es mas dañosa. Porque, dime, ¿qué cosa quiere mas entendimiento y discurso, astucia y consejo, que hacer esto y salir bien dello? Porque si no, cuando te vengas del otro y te sucede mal, tú le vengas juntamente de tí, y él sobra donde tú estás con ira, pues eres contra tí.

Veamos ahora: ¿parécete bien, según esto, ir á la venganza y al castigo, ciego y sin razón ni entendimiento ninguno, ajeno de tí mismo cuando más te habías menester?

Ten por cierto que bien puedes tú ir con ira cargado de armas, más que las armas van sin tí y sin dueño que las rija; y que yendo airado, tendrás más razón de temerte tú á tí mismo que el contrario de temerte á tí, viendo que vas enojado. Y es sin duda que peligras en tí más y peor.

CAPITULO IV.

Cura el seso mal informado, con el desengaño de su ignorancia; dispónete á ser sabio con enseñarle que no lo es. Advértele cuál estudio le conviene, y en qué lección le asegura, y cuál debe ser la lección.

Resta ahora desengañarte del estudio vano y de la presunción de la ciencia, y enseñarte como es ninguna tu sabiduría, y ninguna cosa es más verdadera de las dichas, ni más clara, ni más dificultosa de arrancar de tu estimación propia, donde tiene tantas raíces. ¿Quién duda que ninguna cosa sentirás tanto como que te llamasen ignorante de todas las cosas? Mira quién eres: y no sientes el serlo, ni aun sabes que lo eres. Pues ¿qué sabrá ó podrá saber de las otras cosas quien de sí mismo no alcanza á saber eso que es verdad?

Lástima tengo á la niñez que gastas en estudios menos provechosos que los juguetes y dijes, porque estos divierten y entretienen, y aquellos embarazan y persuaden á lo que después no admite sin gran dificultad desengaño. Quien te ve fatigar en silogismos y demostraciones, no pudiendo, si no eres matemático, hacer alguna; fatigarte en lógicas mal dispuestas y menos importantes; y en filosofía natural (así la llaman ellos, siendo fantástica y soñada): y en las burlas de que se ríe Persio cuando dice que «andan los afanosos Solones cabizbajos, horadando el suelo con los ojos, royendo entre sí con murmurio rabiosos silencios, pesando con hocico las palabras, meditando sueños de enfermo de muchos días, como si dijésemos:

De nada se engendra nada; en nada, nada se puede volver. ¿ Por esto amarilleas? ¿ Esto es por lo que alguno no come? Estos son (dice Persio) los que rie el pueblo. » Y yo te digo que estos son los que hoy estima, y los que debia despreciar.

La mayor hipocresía y mas dañosa y sin fundamento, es la de la sabiduría; porque la del dinero fúndase en que le hay, y que tiene alguno el que se trata como si tuviera mucho. La de la virtud, hayla tambien, y la del valor; pero la de la sabiduría, como no hay ninguna, no se funda sino solo en presuncion.

Parece que se han concertado los hombres, y por consolar-se desta ignorancia se creen unos á otros lo que dicen que saben. Y dejando esto al voto de cada uno, si quieres averiguar por su boca de todos y por la tuya que nadie sabe nada, cree á esos mismos sabios lo que dijeren, y verás cómo nadie sabe nada; que en persuadiéndose ellos á que saben lo que piensan y otros dicen, afirman que los otros no saben nada, y creen que con ellos ha de morir la sabiduría. No hay modestia que baste á confesar que el otro sabe mas. Y si alguno confiesa que otro sabe tanto, es solo adonde á él le parece que no le creerán y que le tendrán, en decirlo, por humilde, y no por verdadero.

Ello bien podemos nosotros dejar de confesar que somos ignorantes, pero dejar de serlo no podemos. Toda nuestra sabiduría es presuncion acreditada de la ignorancia de los otros. ¿ Qué soberbio está el gramático con la inteligencia literal de las voces, que ni sabe qué significan ni conoce el uso propio dellas en las lenguas peregrinas! ¿ Con qué ceño y desprecio mira á los demás el que dice que no hay cosa dificultosa para él en la lengua hebrea y griega, siendo verdad que la propia que naturaleza le enseñó, no la sabe y que no puede hablar ni escribir en ella sin reprehension! Cierto es que todos estos hombres saben estas cosas sobre su palabra, y no saben mas de lo que ó la cortesía ó la inocencia ajena les creyere. Y demos que sabes todas esas lenguas y que tienes de memoria todos los libros que en ellas hay escritos, ¿ por eso piensas que sa-

bes algo? Pues engañaste; que ni aquellos supieron qué enseñarte, ni tú puedes saber lo que ellos no alcanzaron. Sospecharian mejor en las cosas que tú, y estarían en la menos dañosa opinion; pero otra cosa no le es concedida al hombre, porque la sabiduría verdadera está en la verdad, y la verdad es una sola, y esa verdad una es Dios solo, que por eso le llaman Dios verdadero: y fuera dél, todo es opinion y los más cuerdos sospechan. Así debes tener por cierto que la primera leccion que lee la sabiduría al hombre es en el dia de su muerte, y que cuando muere empieza á aprender, y que solo entonces está el alma capaz de doctrina, pues se desnuda en el cuerpo de la rudeza y de las tinieblas y ignorancia deste mundo. Trabajosa cosa es la muerte, pero docta. ¿Quieres ver cuánta sabiduría se enseña en aquel postrer suspiro? Que él solo desengaña al hombre de sí mismo, y él solo confiesa claramente lo que es el hombre y lo que ha sido. Providencia del sumo Señor es negar licencia á los muertos para hablar con los vivos, porque los desesperaran de la pretension con que se entretienen de saber algo, advirtiéndolos de que la sabiduría empieza á tenerse en la muerte.

Dijo el Espíritu Santo, tratando de los pregones que se dan para hallar la sabiduría por sus señas, que dijo el abismo: «No la tengo;» y el mar: «No está en mí;» y que la muerte y la perdicion dijeron: «Oimos su fama; nuevas tenemos della (1).»

Esto confirma que la sabiduría no llega á oídos de nadie, sino de la muerte y de los trabajos. Dirás que es temeridad y manifiesta locura decir que no supieron nada tantos antiguos filósofos. Y si lo miras bien, el que los dió tal nombre (porque tú los llamas sabios) los trató de ignorantes; pues *filósofo* no dice otra cosa que amante de la sabiduría, que fué reprehension de los que antes se llamaban *sophos*, sabios.

Lo otro, no soy yo el primero que los llamó ignorantes; que dellos aprendí á llamárselo; ellos me lo enseñaron; á imitacion suya hablo, y porque los creo, los llamo ignorantes. Y Sócrates (el primero á quien canonizó el oráculo), si crees

(1) Son palabras del libro de Job, cap. xviii, vers. 14 y 22.

á Aristófanés, era mentecato. A Platon llamaron el divino, y Aristóteles reprobó toda su doctrina; y la de Aristóteles Platon y, en nuestros tiempos, Pedro de Ramos y Bernardino Tiesio. A Homero llaman Platon y Aristóteles padre de la sabiduría y fuente de la doctrina; y Escalígero y otros muchos le llaman caduco y borracho; y á ellos los tratan otros peor. Los estoicos contradijeron á los epicúreos, y estos á los peripatéticos, y aquellos á los demás, y á estos otros. Así que de sus mismas bocas oirás mi conclusion; y lo que en mí reprehendes por temeridad, hallarás que es confesion suya dellos, y que quieres tú que sean lo que ellos mismos dicen que no son.

Preguntarásme que, supuesto esto, cuál es la cosa que un hombre ha de procurar aprender (—No me parece que el trabajo y el estudio del hombre se logrará en nada, fuera de la consideracion y ejercicio de las virtudes, que es solo lo que á un hombre pertenece): procurar persuadirte á amar la muerte, á despreciar la vida, á conocer tu flaqueza y la vanidad de las cosas que fuera de aquel solo Señor son; pues solo el buen uso de todas, ordenado á aquel fin, está á tu cargo.

¿Qué cosa mas digna de estudio y de alabanza que el ejercicio del sufrimiento, armado de prudencia y modestia contra las insolencias de la fortuna? ¿Qué mayor riqueza que una humildad atesorada de tal suerte, que ni desprecies á nadie ni sientas que te desprecien todos? Estas cosas sirven á tu alma y le son de interés.

¿Quién te dió á tí cuidado de las estrellas y puso á tu cargo sus caminos? ¿Para qué gastas tu vida en acechar curioso sus jornadas? Deja el cuidado á la providencia de Dios y á la ley que las gobierna, en cuya obediencia trabajan dia y noche; que por mas que te fatigues en entender los secretos del cielo, no has de saber mas de lo que tú inventares y soñares, disponiendo las cosas para entenderlas, y nunca las entenderás como están dispuestas, por mas que estudies.

¿Qué locura mayor que verte tratar de la adivinacion, y presumir de llegar con la ciencia á los dias antes que ellos lleguen, y de salir á recibir los sucesos y determinaciones del

cielo, siendo imposible saberlas, y cosa justamente negada á todos? Las estrellas piensas que te han de hablar lo que no saben; y dando crédito á las compleciones y humores, olvidas la razon ó la fuerza, que todo lo puede mudar.

No echan menos la adivinacion los sabios que saben despreciar lo próspero y sufrir lo adverso, usar de lo presente y aguardar lo por venir. Nada de lo que le conviene ignora el virtuoso; en salvo tiene su paz y sin miedo su libertad; y el ignorante sabe solo lo que no le aprovecha ni pertenece.

¡Qué ocupadas están las universidades en enseñar retórica, dialéctica y lógica, todas artes para saber decir bien! Y ¡qué cosa tan culpable es que no haya cátedras de saber hacer bien, y donde se enseñe! Los maestros (según esto) enseñan lo que no saben, y los discípulos aprenden lo que no les importa; y así nadie hace lo que habia de hacer, y el tiempo mejor se pasa quejoso y mal gastado, y las canas hallan tan inocente el juicio como el primer cabello, y la vejez se conoce mas en las enfermedades y arrugas que en el consejo y prudencia. Pocos son los que hoy estudian algo por sí y por la razon, y deben á la experiencia alguna verdad; que cautivos en las cosas naturales de la autoridad de los griegos y latinos, no nos preciamos sino de creer lo que dijeron; y así merecen los modernos nombre de creyentes como los antiguos de doctos. Contentámonos con que ellos hayan sido diligentes, sin procurar ser nosotros mas que unos testigos de lo que ellos estudiaron. Cualquiera cosa que Aristóteles ó Platon dijeron en filosofía, defendemos, no porque sabemos que es así, sino porque ellos lo dijeron; y aun los mas no saben eso, sino que oyen decir, ó leen en otros que lo dijeron ellos.

Sea que estés versado en todos los libros de generacion, alma y cielo y meteoros, y que sabes defender todas las cuestiones problemáticamente, dime, ¿de qué te puede aprovechar á tí saber si la generacion es alteracion, y si á la alteracion se da movimiento; si la materia prima puede estar sin forma ó no, y qué es, y cuál; y toda la confusa cuestion de los indivisibles y entes de razon y universales, siendo cosas imaginarias, y fuera del uso de las cosas no tocantes á las cos-

tumbres ni república interior ni exterior, universal ni particular, y que cuando las sepas, no sabes nada que á tí ni á otro importe á las mejoras de la vida, si bien sirven á la cuestion escolástica ?

Acaba de persuadirte á que dentro de tí mismo tienes que hacer tanto, que aun, por larga que sea tu vida, te faltará tiempo; y que no puedes saber nada bueno para tí, sino fuere lo que aprendieres del desengaño y de la verdad; y que entonces empezarás á ser sabio, cuando no temieres las miserias, ni codiciaras las honras, ni te admirares de nada, y tú mismo estudiases en tí; que leyéndote está tu naturaleza introducciones de la verdad. Cada dia y cada hora que pasa es un argumento que precede para tu desengaño á la conclusion de la muerte. Y está cierto, así lo dice el predicador hijo de David, «que sabiduría, ciencia y alegría, solamente la da Dios al bueno, y en su presencia;» y que sin él, y ausente y desterrado, la ciencia y sabiduría que tuvieres será la que te fingieres á tí mismo; y el contento, el que el engaño del mundo te persuadiere á tenerle por tal. Considera que un hombre que hubo sabio pidió la sabiduría á Dios, y él se la dió, como fuente de toda verdad; y que la perdió en llegándose á las cosas de la tierra. Sea pues tu estudio, ó hombre que desees ser sabio, para merecer este nombre, cerca de las cosas espirituales y eternas. Trata con los afligidos y estudia con ellos, comunica á los solos; oye á los muertos, por quien hablan el escarmiento y el desengaño; ten por sospechosas tus alabanzas, y cree apenas á tus sentidos; préciate de humano y misericordioso; conténtate con lo que tuvieres, y no de suerte, que te aflijas si te faltare; oye á todos, y sabrás mas; y en los libros imita lo bueno y guárdalo en la memoria, y lo que no te pareciere tal no lo repruebes; discúlpalo, si sabes; disimúlalo, si puedes; que no sé yo que haya mas desdichado ni mas ignorante género de gente que aquel que muestra su estudio en advertir descuidos y yerros ajenos, que las mas veces los hacen ellos, no entendiendo lo escrito. Comparo yo estos censores ceñudos (que se precian de severos, siendo invidiosos) á los gusanos, pues no están sino donde hay algo po-

drido; gente que se hace y se alimenta de la corrupcion. Y destos hay tantos, que los libros apenas alcanzan un letor, porque todos son ya notadores y verdugos. Y sin duda es mas fácil advertir faltas en los mas doctos, que escribir sin ellas. No dejes de la mano las *Sapienciales* de Salomon y la *Dotrina* de Epiteto, el *Comonitorio* de Focílides y Theognis, los escritos de Séneca, y particularmente pon tu cuidado en leer los libros de Job; que aunque te parece que te sobrar  tiempo, por ser pequeños volúmenes, yo te digo que si repartes tu vida en leerlos y en entenderlos y en obrarlos, imitando los unos y obedeciendo los otros, que la has de haber gastado bien y logr dola mejor, y que no te ha de sobrar tiempo. Ser s estudiante y bueno si la leccion de san Pablo fuere tu ocupacion, y el estudio de los santos tu tarea.

CAPITULO V.

Perficiona los cuatro capítulos precedentes de la filosofía estoica con la verdad cristiana, acompa n ndolos con tres oraciones   Jesucristo nuestro Señor.

Ya que moralmente quedas advertido, quiero que en lo espiritual oigas con mas brevedad lo que te puede ser provechoso y no molesto; que estas cosas son las que mas te convienen y menos apacibles te parecen, y es menester   veces disfraz telas,   con la elocuencia   variedad   agudeza, para que recibas salud del engaño.

En esto, como en las demás cosas, debes hacer juicio de los libros mas importantes. Ten de memoria,   por continua leccion, los cuatro capítulos donde por san Mateo habla Cristo, y repite contigo muchas veces aquel sermon de la propia sabiduría; y por su glosa y comentario, pon todo tu cuidado en leer y meditar las epístolas de san Pablo, doctor de las gentes, y no pases en ningun capítulo adelante primero que poseas fácilmente la sentencia por la meditacion; que así es de provecho lo que se lee, que de otra suerte solo es entretenimiento.

Y para aliviar con la variedad la molestia del estudio, escoge entre los libros que se han escrito los que mas se llegaren á la dotrina y estilo dicho, y léelos, que sin duda son infinitos los discursos que España debe en pocos años á la religion de sus hijos. Bien sea verdad que algunos son mas piadosos que doctos, y que consiente la devocion muchos que condenará el buen juicio.

Has de acudir con codicia á las conversaciones donde se trata de cosas tocantes á la grandeza de Dios; que esto es recuerdo de los olvidados dél, y alimento de los que se acuerdan, y el alivio de nuestra peregrinacion.

Si es así verdad que el cautivo y huésped en tierra extraña no se aparta del que le habla del lugar donde nació y de la casa donde vivia, y le da nuevas de su patria, forzoso es que un alma eterna (que está cumpliendo un destierro en el cuerpo) se alegre y consuele oyendo tratar de su natural, que es el cielo, y de su fin, donde camina, que es Dios. No la invidies ese bien, ya que no se le buscas; tenga ese consuelo entre tantos trabajos, oiga nuevas del lugar para que nació; lisonjéala con estas conversaciones, que todo resultará en tu interés.

No hallo yo cosa tan ociosa en este mundo, ni tan sola como el gusto y el contento. Nada hacen, con nadie están y nadie los halla. Cosas viles (cuya sombra es el arrepentimiento) que los hurtan el nombre, eso sí hallarás. Digo cierto que no tendrás gusto ni contento hasta que todas tus cosas hagas comunes á tu sustento y á la necesidad de tu prójimo, hasta que conozcas el bien y la grandeza que se encierra en la limosna. Oficio de Dios es: él te lo dió á tí, y tú lo das al otro. Tú eres para el pobre lo que Dios para tí, y en pago es Dios para tí cada pobre. No te dió á tí tanto en darte la hacienda como en dar la necesidad al mendigo para que te hubiese menester. Si remedias la necesidad que sabes ó ves, aunque no te pidan que la remedies, haces lo que debes, pero hácelo bien; y es digna de premio tu diligencia y tiene precio tu cuidado. Si te pide el pobre, no digas que le diste, sino que le pagaste que el pobre que pide al rico lo que le falta y á él le

sobra, mandamiento trae, á cobrar viene. Y advierte que la limosna no solo tiene caridad y piedad, sino que merece el limosnero nombre de fiel, pues vuelve lo que le prestaron cuando se lo piden.

Trampa hace á Dios el rico que no da limosna; con la hacienda suya se alza, ladron es. No le dirán: «levántate, criado bueno, porque en lo poco fuiste fiel; yo te encargaré mayores negocios ó te pondré en el mayor puesto.»

Si el hombre fuese el que trata sus negocios propios, podría justamente dudar si tendrán próspero fin ó adverso; mas tratándolos Dios, no hay duda. Dice el Apóstol: «Si el Señor es con nosotros, ¿quién contra nosotros?» (*Rom VIII.*) Imagina tú que hubiese algun género de mercaduría donde estuviese segura la ganancia por cualquier camino que fuese, y que en ninguna manera hubiese peligro de perder en ella; que si se hundiese en la mar, ganase mucho su dueño por haberse hundido; si llegase salva, ganase mucho, si la hubiesen robado ladrones, si se abrasase ó gastase; al fin, que de cualquier manera se le recreciese ganancia, y que en todo tuviese logro: desta manera son los negocios del bueno, encargados á Dios y gobernados por su mano. «Señor y Señor, Dios mio (dice el Profeta), en vuestras manos están mis suertes.» Si estuvieran en otras manos ó en las mias, dudara si me habian de salir buenas ó malas; mas estando en las de Dios, en su poder, saber y misericordia, en todo doblas el caudal. Así que, tu buena dicha solo está en resignarte todo en las manos de Dios.

Conviene pues que no te hagas juez de tu prosperidad ni adversidad, ni de los bienes ni de los males. Solo has de tener cuenta y estudio en la ley del Señor, enamorando cada día mas los ojos del alma, della. Para esto ha de entrar en juicio con su conciencia, y oír della la amistad ó enemistad que tiene con el pecado. Con esta ley mide tus obras y pensamientos, y no te entremetas en lo demás, confiado todo de la voluntad de Dios. «Buscad lo primero mi reino (dice él mismo), y eso todo se os dará despues.»

Y es singular merced la que Dios hace al hombre para dar-

le mucho, mandarle que no le pida por su voluntad. Él, que es Dios (sin duda y con evidencia), será mas largo en dar que el hombre en tomar dél y pedirle. Díme, ¿supiera el hombre pedirle que encarnara? ¿Atreviérase á pedirle que muriera? No. Pues eso supo él dar y hacer por el hombre. Segun esto, dejémosle á él el cuidado de lo que nos conviene. No le tase-mos con deseos ni ruegos el mal ni el bien. Grande es la so-berbia del miserable hombre que se atreve á poner tasa á tan gran señor para la manera de su prosperidad, que quiere pri-mero mostrarle la medida y hechura de los bienes que ha menester, para que por ella se los envíe. Hombre loco, díme, ¿qué sabiduría es la tuya para dar consejo á la de Dios? ¿Qué bondad puedes tú señalar, que no sea miseria? ¿Qué puede pedir tu pobreza, qué puedes desear ni querer para tí mismo, que no esté mucho mas largo en las manos del Señor que te crió y te redimió, y que en lo que quiere hacer por tí quiere mostrar quién es él?

¡Cuánto acertarias mejor si, con sospecha de tí y descon-fiado de tu poquedad, de tí mismo huyeses y de tu juicio, y te pusieses silencio para que tu escaseza no te destruyese; y confiarte todo de quien emplea su sabiduría, que es infinita, en guardarte; su poder, que es incomparable, en favorecerte; sus tesoros, que son inestimables, en honrarte; su bondad, en comunicártela; su justicia, en limpiarte; su misericordia, en darte el premio que por él mereces dél mismo!

Entonces serás buen principiante en la filosofía cristiana cuando no rezares escondido y entre los dientes, y pidieres por los rincones á solas á Dios aquellas cosas que te da ver-güenza que las oigan los hombres. Pídele á Dios lo que á su grandeza se puede pedir y lo que no se dedignará su mano poderosa de dar: no hacienda, que esa es dádiva de los hom-bres; no oro, que le tiene la tierra; no honras acreditadas de la vanidad, que esa es invencion de la soberbia; no vengan-zas, que esas son persuasiones bestiales de la ira. Pide á Dios su favor, que es todo amable y todo poderoso, su graeia, en que está toda la hermosura espiritual; su misericordia y su auxilio y su reino; que estas son, no solo cosas que da él, sino

cosas tuyas y para llevar á sí los que las merecen, y pidiéndolas las alcanzan; que son las por que se deben hacer votos.

¡Qué ceguedad mayor que ver al negociante usurero decirle á Dios: «Señor, dame buen suceso en mi mal trato, y haréte veinte ó mas sacrificios; vestiré pobres, haréte altares y imágenes! ¡Oh atrevimiento! ¡Oh ignorancia! ¿A Dios pretendemos honrar desta manera? ¿Ofrécesle injustas dádivas, como si tuviera necesidad de ellas? ¿Das á quien pides? Mas compras que das; sospechosos haces tus ruegos; por mas cautelosamente que escondas en el corazon tu intento, lo has con quien te entiende. Cuando todo eso hagas, por tí lo haces; que á Dios nada le añades ni le das. Y si recibiere eso que le ofreces aun justamente por reconocimiento humilde, favorecido quedas, gusano vilísimo.

Así que, Dios no tiene necesidad de tus bienes para nada. En esto ya estamos convenidos. Otra necesidad debe de quedar escondida en vuestro corazon, que es de ser honrado, de ser servido de vos. ¿Paréceos sin duda que le cogéis por necesidad, y que en tan gran cantidad de malos (que lo son con tanto extremo) estima mucho que vos le hagais una reverencia y que le confeseis por Señor, como necesitado de quien lo haga? No sois vos el primero que habeis caido en esta locura: vieja es y no vale mas por serlo. Por el camino que vos caminais y os perdeis, se despeñaron los que decian: *Templum Domini, Templum Domini, Templum Domini est.* (Jerem. VII, 4.) Pensaban que porque en toda la tierra no habia otro templo dedicado al verdadero Señor, sino el suyo en que le adoraban y sacrificaban, que Dios, como puesto en necesidad de honra y agradecido, les habia de perdonar lo demás, y no habia de permitir fuesen castigados conforme al dicho de los profetas. Topado habemos con vuestra locura en las cabezas destes, y vos no escarmentais en cabeza ajena, pudiendo. Digo pues que tan poca necesidad tiene Dios de vuestra hacienda para sustentarse, como de vuestra honra para ser honrado. Mucho querria que tuviédes entendido cuán á su salvo tiene el Señor su gloria y su honra. Querer ser servido y glorificado de vos, ya lo hemos dicho, grandísima merced es, que os hace;

descúbreos el camino por donde podais ganar mas: cosa es debida para quien es, y gran misericordia para con los hombres. Tan cobrada está su honra, que no hay poder en el mundo para estorbársela ni escurecérsele. Vos mirad lo que quereis escoger: si le quereis dar gloria y honra por el camino de su misericordia, de grado, que es lo que os estará mejor; porque si no, de su parte os digo que, aunque no querais, se la dareis por el de su justicia y vuestro daño. No hayais miedo que su gloria salga dél, porque cuanto le quitáredes por la una parte, le dareis por la otra.

Veamos pues (como dice Job) qué esperanza es la del hipócrita. Sepamos qué oracion es la que reza al Señor, que tan confiado está en ella, sabiendo que para Dios ni el infierno tiene cubierta, ni la muerte. Demos que rezas el *Pater noster*, oracion hecha por Cristo, donde el que ha de dar enseña cómo le han de pedir, que, segun esto, los que rezan van seguros de no errar en el modo.

Sea pues así que rezas esta oracion, donde está toda la retórica y dulzura y eficacia del cielo. En las manos te tenemos; tú te has traído á la prision, que dices: *Padre nuestro, que estás en los cielos, santificado sea el tu nombre.* ¿Búrlaste con él ó diceslo de veras? ¿Es cierto que deseas eso que pides, ó es cumplimiento? Si es lo segundo, engañarle quieres; por esta parte en el lazo estás, y mas verdadero me sacas que quisiera. Si lo primero, ¿cómo es posible que tú de verdad deseas la gloria de Dios y la obediencia de sus mandamientos, y que hagas lo contrario? ¿Por qué no pones en ello las manos si te sale de corazon, ó te das por vencido, diciendo: « Señor, por los otros lo digo, que no por mí; ellos os santifiquen, mientras yo os ofendo? » Vamos adelante. *Venga á nosotros tu reino.* Declarad lo que quereis decir; si no, declararélo yo, si os fiais de mí. Yo os declaro; así es vuestra intencion: « Venga, Señor, vuestro reino; mas en viniendo él, huiré yo, por no entrar dentro; porque si quisiera ser morador dél, venido es ya para mí. » ¿Qué decís en lo demás? *Cúmplase tu voluntad así en la tierra como en el cielo.* Mirad qué desea este hombre, y tomad el dicho á sus obras, que ellas lo rezan desta mane-

ra: «Así, Señor, se quebrante vuestra voluntad en el cielo, como yo la quebranto en la tierra, para que así como yo vivo contra vuestros mandamientos, entre en vuestros reinos contra las leyes de vuestra justicia.» Pasa adelante, y dice con los labios: *El pan de cada día dánosle hoy, Señor, y perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos á nuestros deudores.* ¿Qué digo, hipócrita? Contra tí pides con el corazón. ¿Sabes lo que dices? pues oye á lo que haces: «No nos perdones, Señor, nuestras deudas, así como nosotros no perdonamos á nuestros deudores.» Y si te sucede todo así, ¿de qué te quejas? que tú lo mereces así y lo alcanzas, aunque no lo dices así con la boca. Darás voces, dirás que no dices tal.

Luego no rezas verdaderamente ni de corazón. ¿Querías que de una manera se cumpliera la divina voluntad y de otra la justicia, y no en tí? Deja, hombre, de presumir codicia en la suma bondad, y no gastes muchas y vanas palabras con quien lee los corazones; que él dijo que no está en el mucho hablar la oración. Bien puedes rezar con los ojos abiertos: el corazón da voces, y siendo puro halla á Dios siempre cerca de sí. El sabe tus necesidades, y él te las puede remediar. No cuides tú primero de otra cosa que de merecer que te las remedie; que no ha menester que se las digas con hipocresía para saberlas.

Cree firmemente que los mandamientos de la ley de Dios son todos medicina para el alma y para el cuerpo, y que todos se encaminan á tu provecho; y así te fiarás mas dellos, y te preciarás de obediente.

No te dejes llevar de populares aficiones y de invenciones acreditadas por el vulgo, cosa trabajosa y que distrae.

No admitas otra declaración á las palabras de Cristo que la de la Iglesia romana, que es sola y verdadera iglesia. Y haciendo esto, verás que las cosas con que fueres bueno y agradable á Dios, y hijo de su ley, te darán salud y vida en el cuerpo y paz y gozo en el alma. Y sobre todo, atesora en tu pecho el temor de Dios, que ese te dará valentía en las demás cosas, asegurará los sucesos de tu amor y el premio dél, pues en el temor de Dios empieza la sabiduría, crece el amor y se

deshace el miedo de las demás cosas que nos hacen terribles las opiniones recibidas. Que Dios estará en todo suceso contigo, porque si él por su inmensa bondad busca al que huye dél, ¿cómo puedes tú creer que se ha de esconder del que le sigue, estando convidando consigo mismo á todos, por ser él quien hace nacer su sol sobre los buenos y sobre los malos, y con cuya lluvia igualmente en la tierra se alimenta y crece la miés y los abrojos? Que á nadie niega sus beneficios; que todos hallan en él abundancia de lo que han menester? ¡ Dichosos los que aprovechan en su servicio; y tristes de aquellos que lo convierten en veneno contra sí propios, y fiados en su misericordia, la llegan á tal estado, que en hacer pruebas de ella gastan la vida, cuando ella no los halla capaces de sí misma, y la muerte, no esperada ni creida, los deja en manos del rigor!

Tú, pues que como cristiano vives y quieres morir como cristiano, haz en tu vida todo lo que te parece que desearas haber hecho cuando te mueras. Y no aguardes á que ajena voluntad dispense en las cosas de tu salvacion; que si tú no fuiste bueno para tí, excusado estará contigo el heredero que no lo fuere. ¿Quién puede ser mas cuidadoso testamentario de tu alma que tú mismo, á quien solo importan las cosas de ella? Pues segun esto, todo lo necesario y forzoso y de alguna importancia hazlo tú en vida, y lo piadoso solamente (por ser fuerza) fíalo de los hombres, que por haber hecho lo primero, permitirá Dios que te sea leal el testamentario; y si te faltare, tendrás consuelo que no fué en lo mas importante ni en lo que tú pudiste hacer. «Maldito sea el hombre que en otro fia;» maldicion que cada dia se cumple. ¿Quieres ver lo que contigo harán otros si mueres? Mira lo que tú hiciste con los que murieron y heredaste. Si lo sentiste, ¡qué presto llegó el consuelo con la herencia, y cuánto procuraste (por aumento tuyo) disimular en sus mandas y trampearlas! Tú, que á Dios te encaminas en todo, para ir á él fia dél solamente, y usa de las demás cosas sin hacer dellas mas confianza de la que ellas dicen con sus fines y sucesos que merecen.

MODO DE RESIGNARSE EN LA VOLUNTAD DE DIOS
NUESTRO SEÑOR.

Señor, pues tu poder me hizo de nada algo sin que yo lo pidiese, tu misericordia me haga de malo bueno cuando te lo suplico. Llévame á que obre tu voluntad, que el premio se debe á las buenas obras, si se hacen; mas tu gracia, que no se debe, precede para que se puedan hacer. Pues te llamo padre porque me lo mandaste, mírame como á hijo, de quien eres juez. A tu tribunal alego lo flaco de la naturaleza que no escogí; al rigor de tus leyes, tu sangre. Señor, mi voluntad es mis delitos; mi entendimiento, mi fiscal; mi memoria, mi miedo; dentro de mí vive mi proceso y el testigo que sin respuesta me acusa. Tú, que has de ser el juez, eres el ofendido. Si no admites por nulidad mi madre, que me concibió en pecado, y la tuya, que fué concebida sin él, la sentencia contra mí será pronunciada. Bien sé, Dios mio, que si me condeno daré gloria á tu justicia, y si me salvo, á tu misericordia. Conozco que, contra lo que debo, puedo ofenderte; mas confieso que no puede dejar de glorificarte mi castigo. Para el descanso criaste al hombre, y la pena para los pecados del hombre. Vuelve, Señor, por lo que hiciste, que fué el hombre; que el pecado el hombre le hizo, y le cometió. Yo supongo que soy tan malo que me quiero condenar; yo sé que eres tan bueno que quieres que me salve. Para este aprieto guardo el decir con tu boca en tu oracion: «Hágase tu voluntad, y no la mia.» Oye lo que me conviene, no lo que merezco, pues quien pide salvacion y comete delitos, no solo quiere que le den lo que no merece, sino lo que desprecia. Dame lo que sabes dar, quítame lo que no sé poseer. Si para asegurar las insolencias de mi maldad conviene ninguna hacienda, poca salud, corta vida, vengan de tu mano por tu misericordia la pobreza, la enfermedad y la muerte, y deje las lágrimas en la sepultura quien las estrenó en la cuna. Y en el número y con las circunstancias que están en tu memoria para el castigo mis pecados, pasen por tu muerte para el perdon á tu clemencia, pues Dios todopoderoso me criaste, y hombre y Dios todo

enamorado me rendiste, y solo reinas en justicia y misericordia, y eres vida y verdad y camino; y yo muerte y mentira y peregrino descaminado.

POR LOS ENEMIGOS.

Señor, muchos y poderosos enemigos me cercan: yo suplico á tu bondad los disponga á que me perdonen, por el mérito que les ocasiono y consiguen amándome como tú lo mandaste; que yo, reconociendo mi maldad, no solo de todo corazón los perdono, antes con agradecimiento los reverencio, por la parte que de tu justicia tiene en mi castigo la persecucion que me hacen. Ordena, Señor, que yo sea su mérito y ellos mi enmienda, para que ni en su venganza ni en mi enojo se pierdan los méritos de tu pasion. Y juntos en esta caridad, seamos, para tu gloria, obediencia premiada de tus divinos mandamientos.

AL ANGEL DE LA GUARDA.

Espíritu soberano, á quien pertenece mi guarda por la voluntad divina, que en este piadoso cuidado distribuye las jerarquías de los ángeles para la tutela de los hombres; tú, parte esclarecida de su eterna milicia, por la gracia con que permaneciste sin perder la silla que tantos ángeles perdieron, -- te ruego que me guies y defiendas de la maldad de mis apetitos, de la debilidad de mi naturaleza, de las insolencias de mi voluntad, de la malicia de los pecadores, del ejemplo de los malos, del poder de los tiranos, de la venganza de mis enemigos, de la invidia de los espíritus amotinados, que no perseveraron como tú, y pretenden que yo caiga como ellos. Angel santo, yo no sé tu nombre para llamarte por él, mas sé tu oficio para valerme dél. Atiéndeme de suerte que mi alma logre tu cuidado, y mi vida tu inspiracion, para que por tí en la gloria restaure tu encomendado el lugar que perdió tu compañero, y tú goces el fruto de tus advertimientos, y yo el de mi obediencia; porque yo contigo y por tu inspiracion merezca el reino de la paz y de la gloria. Así lo conceda el que te crió con su poder y me redimió con su sangre.

DOTRINA PARA MORIR.

MUERTE Y SEPULTURA.

RECELAR decir á vuestra merced que se muere, es acusarle el discurso de hombre y negarle la razon. Bien claro se lo dijo el primer instante de su nacimiento. ¿Qué dia se lo ha llamado? ¿Qué hora, qué instante no ha sido cláusula con que el tiempo ha pronunciado á vuestra merced esta ley, que llama sentencia? Señor, vuestra merced está ya fuera de la porfía de los remedios y de la presuncion de la medicina. Ya los médicos reconocen que esto por la enfermedad ha venido á ser paga y restitucion á la naturaleza; vuestra merced reconozca la justicia, y no haga pleitear á la tierra lo que le debe. Prevéngase vuestra merced, obedeciendo á san Pablo (1): «Arrojemos pues las obras de las tinieblas, y seamos fortalecidos con las armas de la luz.» Menester es desnudarse de las tinieblas quien se quiere vestir de claridad. Debe vuestra merced oír lo que le digo, con gozo y no con tristeza; restituir con dolor es negar; obedecer con lágrimas y gemidos no es virtud, sino villanía (2): «Los que vivimos en este tabernáculo gemimos, porque no queremos ser despojados, sino sobrevestidos de tal manera, que sea lo mortal incluido en la vida.» Quisiéramos morir sin muerte, y que la vida nueva comutara en sí la ya cansada y caduca. Vuestra merced dé buenas nuevas á su alma y á su cuerpo; al uno se le previene descanso,

(1) Adjiciamus ergo opera tenebrarum, et induamur arma lucis. *Ad rom.*, XIII, 12.)

(2) Qui sumus in hoc tabernaculo, ingemiscimus gravati: eo quod nolumus spoliari, sed supervestiri; ut absorbeat quod mortale est, á vita. (*Epist. II ad cor.* v. 4.)

á la otra libertad. Necedad es temer lo forzoso, y delito negar lo debido. Ya, señor, se acabaron todos los negocios; la hacienda se queda, la salud nos fatiga, la vida nos deja. Solo hemos de tratar de calificar el olvido para los unos y el desprecio para los otros. Toda la vida se han llevado aquellos cuidados; levantándose han con las horas aquellas vanidades y distraimientos. Demos á la conciencia esto que ya sobra á todas estas cosas referidas, y no le aflija á vuestra merced aquel desperdicio de tantos años, abreviado en este punto, que nos aguijan los accidentes y parasismos. Oiga vuestra merced á san Pedro Crisólogo cómo le anima, de qué manera le exhorta en el sermón XLII (1): « Esta es la grande y larga y sola misericordia de Cristo, que guardando todo el juicio para un día, diputó todo el tiempo para las treguas de la penitencia, para que la parte que de los vicios recibe la niñez, arrebatada la mocedad, recoge la juventud, ó la corrija la vejez, ó por lo menos entonces le pese de haber pecado, cuando siente que ya no puede pecar; y deje el reato, cuando el reato le hubiere dejado á él; haga de la necesidad virtud; muera inocente quien todo vivió en delito. » ¿Qué hay que temer con esta misericordia que nos perdona, si dejamos el pecado; que nos admite, si el pecado nos deja; que guarda todo el juicio para un día, y todos los días para espacio, plazo y espera del arrepentimiento y de la penitencia? Apadrinado deste consuelo, vengo á decir á vuestra merced que su vida va acabando de ser muerte para empezar á ser vida. Así lo espera vuestra merced en los méritos de la sangre de Jesucristo, en la intercesion de los santos, en el patrocinio de la Madre de Dios. No me acuerdo de obras ni virtudes, que no es ocasion de confiar por nosotros; menos de desconfiar con los tesoros de la clemencia divina.

(1) Hæc est Christi magna, larga, sola misericordia, quæ judicium omne in diem servavit unum; et homini totum tempus ad pœnitentiæ deputavit inducias; ut quod de vitis infantia suscipit, rapit adolescentia, invadit juvenus, corrigat vel senectus: et de peccato, vel tunc pœniteat, quando sentit jam se non posse peccare, et tunc saltem, reatum deserat, quando illum reliquerit jam reatus: faciat de necessitate virtutem, moriatur innocens, qui totus vixit in crimine.

Vuestra merced está ya en estado que habiendo muerto la salud propia, la enfermedad está para acabarse. Oigame vuestra merced con atención, y empiece á militar contra los enemigos invisibles, pues nos representan la batalla. Hagamos primero una confesion fervorosa y ardiente, que proteste cuál estandarte seguimos.

«Señor mio Jesucristo, Dios y Hombre verdadero: Yo, miserable gusano, que habiendo pasado tantos siglos antes de mi nacimiento sin ser algo, el haber sido algo y ser tierra y ya ceniza es prodigio para la incapacidad de mi miseria; confieso á tí por Dios todo poderoso en lo que haces, todo misericordioso en lo que perdonas, todo enamorado en lo que padeciste, todo justo en lo que juzgas. Te confieso por mi criador y por mi redentor; te oso llamar padre, porque tú me lo mandaste; te pido perdon de todas mis culpas, porque tú le prometes al verdadero arrepentimiento. Y protesto que sola es alma mia y sentidos y potencias las que siempre te confesaren, adoraren y firmemente creyeren todo lo que cree y enseña la santa y sola y verdadera Iglesia de Roma. Y es declaracion que si alguna potencia ó sentido mio desesperare, confiare sino en tí, dudare ó consintiere en algo que sea contra esta verdad, que confieso que no es mio y le niego, y le desmiento y le acuso, y declaro por condenado, como el enemigo invidioso, que en estos trances siempre usa destas armas, por acompañar á costa de tu sangre su desesperacion.»

Ya, señor, que nos habemos declarado, y tenemos hecha tal protesta, que ha de ser nulidad cuanto el demonio maquinare contra la valentía cristiana con que vuestra merced se defiende, entremos con él en el campo. Si dijere: «Hombre, que esperas salvarte, concebido en pecado; y tú, pecador gravísimo, en tribunal de Dios, cuya justicia halló mancha en sus ángeles (á quien nada es oculto, ante quien tiemblan las potestades y los serafines), ¿no te contentas de ser pecador, sino que añades tal insolencia como entrar en juicio con aquel á quien David decia que no entrase con él en juicio?» Respóndale vuestra merced con el propio profeta, y diga-

le (1): «Yo diré: Aparta, Señor, tu cara de mis pecados, y mírame en la cara de Cristo Jesús.»

Malo soy, Señor; mas diré con san Pablo (2): «¿Para qué pues, como hasta entonces fuésemos enfermos según el tiempo, Cristo murió por nosotros? ¿Apenas alguno muere por el justo; acaso atreveráse alguno á morir por el bueno? Encomienda Dios su caridad en nosotros, porque como fuésemos pecadores, según el tiempo, murió Cristo por nosotros. Mucho mas seremos justificados en su sangre, ahora salvos de su ira por él. Pues si cuando éramos enemigos nos reconciliamos con Dios con la muerte de su Hijo, ahora reconciliados, mucho mas seremos salvos en su vida.» ¿Qué confianza no nos es lícita por la sangre de Cristo con estas palabras del Vaso de Eleccion? Juntemos, pues, á estas las de san Juan en la Epístola 1, cap. 1, donde aconsejando y enseñándonos, dice lo que el ángel amotinado y rebelde nos propone cuando nos tienta (3): «Si dijéremos que no tenemos pecado, nosotros propios nos engañamos, y en nosotros no hay verdad. Si confesamos nuestros pecados, fiel y justo es para perdonarnos nuestros pecados y limpiarnos de toda maldad. Si decimos que no hemos pecado, hacemosle á él mentiroso, y su palabra no está en nosotros.» Pecadores somos, y en el hombre que es mentira (*Omnis homo mendax*), solo esto es verdad. Así lo confiesa vuestra merced con san Pablo, y con san Agustín, que dice (4): «De su cosecha no tiene el hombre sino

(1) *Averte faciem tuam á peccatis meis: et respice in faciem Christi tui Jesu.*

(2) *Ut quid enim Christus, cum adhuc infirmi essemus, secundum tempus, pro impiis mortuus est? Vix enim pro justo quis moritur: nam pro bono forsitan quis audeat mori. Commendat autem charitatem suam Deus in nobis: quoniam cum adhuc peccatores essemus, secundum tempus Christus pro nobis mortuus est: multó igitur magis nunc justificati in sanguine ipsius, salvi erimus ab ira per ipsum. Si enim cum inimici essemus, reconciliati sumus Deo per mortem Filii ejus; multó magis reconciliati, salvi erimus in vita ipsius.*

(3) *Si dixerimus quoniam peccatum non habemus; ipsi nos seducimus, et veritas in nobis non est. Si confiteamur peccata nostra; fidelis est et justus, ut remittat nobis peccata nostra, et emundet nos ab omni iniquitate. Si dixerimus quoniam non peccavimus; mendacem facimus eum, et verbum ejus non est in nobis.*

(4) *De suo non habet homo nisi peccatum, et mendacium.*

pecado y mentira.» No solo le confiesa vuestra merced al enemigo que ha pecado en algo, sino en mucho, antes en todo; no solo que es pecador, sino todos los pecados.

Esto es acusarse á sí, y vencerle á él. No queria él pecados de vuestra merced para que los confesara á Dios, sino para que por ellos desesperara de su misericordia; eso queria. Mas consecutivamente san Juan, el querido, el que primero se recostó en la cena tras su maestro Dios y Hombre, en el capítulo II de la misma epístola dice así (1): «Hijos míos, esto os escribo para que no pequeis; pero si alguno pecare, acerca del Padre tenemos á Jesucristo abogado justo, y el propio sacrificio por nuestros pecados.»

Este desesperado, que ni se puede arrepentir ni enmendar, con la verdad no se convence, antes se irrita; dirá: «Dios no quiere que pequen los hombres; él manda que no pequen; ¿cómo salvándote, pecador, contradirá lo que manda?» Respóndale vuestra merced y castíguele: «Los hombres no lo hacen, que son frágiles y vengativos; tú no lo aconsejas; tú no quieres perdon para algunos, pues ni para tí le quisiste. Dios, que es sumo bien y suma verdad, y como es suma justicia es suma misericordia, manda que no pequemos, murió por nuestros pecados; y pecando siempre, á nuestra confesion y dolor está rogando con el perdon. Que otro no haga lo que Dios hace, que nadie sea como Dios, bien lo sabes tú; caro te cuesta: *Quis sicut Deus?* ¿Quién como Dios? Mi defensa es hoy contra tí lo que fué tu sentencia cuando empezaste á ser contra Dios: yo te repito lo que Miguel te dijo.»

El con ansia confiada dirá: «¿Tú, lleno de maldades y de torpezas, irás á la gloria, y estarás descansando con Pedro y con Pablo?» Respóndale vuestra merced: «No iré, si eso fuere, sino con el ladron á quien, para animarme, dijo: *Hodie mecum eris in Paradiso*. Allí veré á san Pedro y á san Pablo; y en el uno me será consuelo la negacion, y en el otro la enemistad que antes de convertirse tuvo con Cristo.

(1) *Filioli mei, hæc scribo vobis, ut non peccetis. Sed et si quis peccaverit, Advocatum habemus apud Patrem, Jesum Christum justum: et ipse est propitiatio pro peccatis nostris.*

El miró al uno y llamó al otro; yo espero en su sangre que también para mí tendrán vuelta sus ojos y eficacia su voz. El es mi Padre, él me mandó que le llamase con este nombre; yo le alego á tu pesar estas palabras que dijo, y refiere san Lucas: «Quien de vosotros pide á su padre pan, ¿por ventura darále una piedra? Y si le pide un pez, ¿por ventura en lugar de pez darále una serpiente? O si pidiere un huevo, ¿por ventura darále un escorpion? Pues si vosotros, siendo malos, sabeis dar cosas buenas á vuestro hijos, ¿cuánto mejor vuestro Padre celestial dará buen espíritu al que se le pide?» No puedes negar que estas palabras no son del Padre celestial, que las dice á todos los que como yo le llaman. Yo le pido perdon, y tú me quieres persuadir que él me dará infierno. Yo digo con san Pedro Crisólogo en el sermón LV (1): «¿Cómo el padre podrá dar á sus hijos males por bienes, estando él dispuesto á padecer por ellos todos los males?» Perdonaráme el Padre celestial luego, si yo acudo á él con verdadero dolor.

Y si dijere á esto el enemigo que con qué confianza se promete vuestra merced esto, responderá san Pedro Crisólogo, sermón II: *Qua spe? qua fiducia? qua confidentia? qua spe?* (el propio santo lo pregunta, y el mismo responde) *Illa qua pater est. Ego perdidit, quod erat filii; ille, quod patris est, non amisit.* Diga vuestra merced: «Yo perdí por mis pecados lo que me podía valer por ser su hijo; mas él por su amor no perdió el ser padre.» No tardará en perdonarme; porque como dice el propio santo llamado palabra de oro, en el sermón III (2): «¿Veis que no ve los delitos la fuerza del amor? El padre no sabe qué es misericordia perezosa.»

Falto de razones acudirá el demonio á la desesperacion con insolencia sacrílega, y dirá: «Serás llevado á los infiernos.» Responda vuestra merced (3): «Mi cabeza está en el cielo.» Si le replicare: «Condenaráste,» responderle: «Tú condenado eres, no condenador; enemigo y acusador, no juez.»

(1) Quomodo Pater.

(2) Videtis quia delicta non videt vis amoris? Tardam misericordiam pater nescit.

(3) Caput meum in cœlis est.

P. «Muchas legiones de demonios esperan tu alma.»

R. Desesperara si no me socorriera quien venció y castigó vuestra tiranía. Vosotros, que no esperais cosa buena y sois desesperados, ¿esperais mi alma? Los ángeles, que son milicia de Dios, la defienden; los santos, que gozan de Dios, la amparan; la Virgen María, que es madre de Dios, intercede por ella; la sangre de Cristo y su pasion la fortalecen.

P. «Vana esperanza te alienta.»

R. Dios es verdad, y no puede mentir; y tú eres el padre de la mentira y el príncipe de las tinieblas.

P. «Lo que dejas ves, y no lo que esperas.»

R. Lo que veo es mortal y perecedero; lo que no veo es eterno. Mas verdad dice la fe que los ojos; mejor es ver lo que no miro, por las promesas de Jesucristo, que seguir lo que aparentemente engaña mi vista; tú me quieres cegar el alma, y que solo vea con el cuerpo.

P. «Desdichada cosa es morir.»

R. Bienaventurados los que mueren en el Señor. En todo mientes; morir es descanso del cuerpo y justa restitución á la tierra de la parte que me ha prestado; es libertad del alma, que en cierta manera resucita. Tú me engañaste cuantas veces he creído que nací á vivir, pues en naciendo empecé la muerte. Hoy no me engañarás, que espero que muero para nacer á la que solamente es vida.

P. «Dejas el mundo y sus deleites.»

R. En eso no me tientas; por amenaza me dices lo que merecia albricias si me las pidieras. El mayor beneficio de la muerte es sacar al hombre del mundo y de sus gustos. Por ahí empieza á ser vida. Mi dolor es que no le dejé yo, antes que la enfermedad y el tiempo me le quitasen.

P. «Dejas los amigos.»

R. Ejercitas tu natural, que es no decir verdad; no los dejo, adelantome dellos poco espacio, para llegar donde ellos caminan tan aprisa. El aire que los detiene en esta vida, los embaraza; y la duracion de su salud es estorbo para desnudarse desta cárcel, que yo dejo. La muerte no es pena, sino ely; es mandamiento de soltura para la alma, que deja estos

gusanos que la sirven de grillos, y esta ceniza á que está amarrada. Pena fué del pecado; desembarazo es del espíritu; si mis amigos son cuerdos, invidia me tendrán quedándose; si yo soy bueno, lástima tendré de que se queden.

P. «Dios, que te quita y arranca de tu mujer y de su compañía, y la deja viuda; de tus hijos, y los deja huérfanos, ya te empieza á condenar.»

R. Dios es padre de huérfanos y juez de las viudas (1). Según esto, no pierden mis hijos padre, antes mejoran dél; mi mujer no queda viuda, pues si Dios es padre de sus hijos, mejor es tener á su divina Majestad por juez que á mí por marido. Yo le doy muchas gracias por la inefable merced que me hace de encargarse, siendo Dios todopoderoso, eterno é incomprehensible, de la familia de tan miserable criatura. Y yo, no solo le dejo obediente la mujer y los hijos que me quita, antes se los doy reconocido, y se los ofrezco de todo corazón, por no aguardar que la muerte, que es cobrador de Dios, me ejecute por lo que yo le debo. Señor, yo pago agradecido, y no apremiado; y en esto que dejo y vos recibís de mí en este paso, conozco vuestro amor, y señas en su efeto de la salvación que espero por vuestros méritos; pues como dice san Agustín (2): «Tales nos ama Dios, cuales hemos de ser por su dádiva, no cuales fuéramos por nuestro mérito.»

P. «¿Qué sabes tú lo que será de tu alma, ni donde irás?»

R. Yo no sé dónde iré: por mis pecados merezco ir contigo; por mi dolor y por la sangre de Cristo, y intercesion de la Virgen y madre de mi juez, y por los ruegos de los santos, y por la solicitud de los ángeles, y eficacia de los sufragios de la Iglesia, espero que no iré donde tú fuiste porque desesperaste. Tampoco sé lo que será de mí en cuanto al juicio; mas sé que le costé á Dios mas que tú, pues al criarme añadió el redimirme.

P. «Mira que con la vida se acaba todo; que no hay otra vida.»

(1) Pater orphanorum, et iudex viduarum.

(2) Tales nos amat Deus, quales futuri sumus ipsius dono; non quales nostro merito.

R. Mientes en eso, como en todo, pero con mayor desvergüenza. Yo creo la inmortalidad del alma y la vida perdurable, que nunca se acaba para la pena ó para la gloria. Esta perdiste tú; estotra que niegas, la padeces; y tu condenacion eterna es argumento contra tu falsa dotrina. Eterna es mi alma, eternas penas merezco por mis pecados, eterna gloria espero por la sangre de Jesucristo. Hizo eterno tu castigo tu culpa, y ¿no habia de haber eternidad para mi alma, haciéndola Dios, que la inspiró en mi cuerpo; para mí, que me arrepiento como puedo, ya que no como debo? ¿Hay y habrá otra vida para tí, que pecaste sobre el pecado con la obstinacion? (Es verdad que no hay otra vida, sino otra muerte sin fin y sin consuelo.) Tú perdiste ya el imperio de la muerte; por eso muriendo estoy fuera de tu jurisdiccion. San Pablo lo dice así (1): «Para que la muerte destruyera al que tenia el imperio de la muerte, que es el demonio.» Segun esto, ya no tienes jurisdiccion en esta hora, ni puedes negar que no habla contigo, pues te nombra. Yo he de resucitar á otra vida eterna, no lo dudo; firme y verdaderamente lo creo, y de tal suerte, que si se puede decir, merezco por ello el premio que se gana por la fe. Delante de los ojos me ha mostrado este artículo san Pablo y los apóstoles: ellos vieron resucitar á Jesucristo; y le vieron, con multitud de judfos, que resucitó á Lázaro; y otros vieron resucitar muertos á estos santos apóstoles; y toda la habilidad de la naturaleza consiste en solas resurrecciones, y no hay cosa que sea, que no resucite de la corrupcion y muerte de otra. San Pablo á los de Corinto (2): «Dirá alguno: ¿Cómo resucitarán los muertos? ¿Con cuál cuerpo vendrán?» Responde (3): «Necio, lo que siembras, si primero no muere, no renace.» Luego yo siembro este cuerpo y esta miserable vida; que si no pasa por la muerte y la corrupcion, no puede renacer.

¿Lo que es agricultura de gloria llamas tormento y mise-

(1) Ad Hebr., 2. Ut per mortem destrueret eum, qui habebat mortis imperium, id est, diabolum.

(2) I, cap. 15. Sed dicit aliquis: Quomodo resurgunt mortui? qualive corpore venient?

(3) Insipiens tu, quod seminas non vivificatur nisi prius moriatur.

ria? Por eso te llama necio el doctor de las gentes, y dice mas adelante (1): « Siémbrase en corrupcion y resucita incorruptible; siémbrase en oprobio, y resucita en gloria; siémbrase en flaqueza, y resucita en virtud; siémbrase cuerpo animal, y resucita cuerpo espiritual. » Y esto porque el propio santo nos lo enseñó cuando dijo (2): « Y lo que siembras no es el cuerpo, que ha de ser lo que siembras, sino un grano desnudo como de trigo. » Este artículo de la fe católica nos le enseñan en las hazas los gañanes. El labrador no siembra el grano y lo entierra para que vuelva á renacer el propio grano; antes para que con su corrupcion y muerte resucite en espiga vivificante. Así dice san Pablo, que no sembramos estos cuerpos en la tierra, ignominiosos, flacos y corruptibles, para que renazcan y resuciten con la misma miseria, sino para que se levanten los propios, nobles, incorruptibles y espirituales (3): « El primer hombre Adan fué hecho en alma viviente, y el postrero Adan *in anima vivificante*. » Aquel terreno me siembra y me entierra, y este segundo celestial me vivifica. Por esto, aunque me siembra la muerte por el pecado, no he de ser cosecha tuya, sino del postrer Adan, para quien fuí semilla y cuyo soy de todas maneras. Enemigo, no voy á la tierra de asiento, sino de paso; la muerte me renueva, no me aniquila; sepulcro se llama la que tiene obras de cuna. Tiene prodigios en fertilidad y sucesion sin fin la esterilidad de la llama (que tiene propiedad de consumidora, y no de fecunda), ¿y será estéril la tierra, que siempre y de todo es madre, que es el vientre de la naturaleza, de quien deciden todas las sucesiones de los elementos? Hacen los elementos esta fineza con un pájaro, ¿y negarásela Dios á un hombre? Si lo fundas en que este cuerpo es de tierra y de lo do, enfermo y poseido de infinitas miserias, oye al santísimo

(1) *Seminatur in corruptione, surget in incorruptione. Seminatur in ignobilitate, surget in gloria. Seminatur in infirmitate, surget in virtute. Seminatur corpus animale, surget corpus spirituale.*

(2) *Et quod seminas, non corpus, quod futurum est seminas, sed nudum granum, ut puta tritici.*

(3) *Sicut scriptum est: factus est primus homo Adam in animam viventem, novissimus Adam in spiritum vivificantem.*

padre Cirilo Hierosolimitano en la *Catechesis* IV, tit. *Del cuerpo*: (1) «No consientas que alguno te persuada que es ajeno de Dios este cuerpo: luego cosa de Dios es; y así tambien mirará por él, y no consentirá que sembrado en la tierra, sea para el resucitar de peor condicion que el grano de cebada.» Oye, enemigo, á tu pesar, la docta y elegante persuasion deste santo padre en la dicha *Catechesis*, tit. *De Resurrectione*:

«Que trates modestamente tu cuerpo te aconsejo, porque con el cuerpo resucitarás en el juicio; pero si alguna mala imaginacion se te atreviere al entendimiento, como que esto no pueda ser, de aquellas cosas que en tí son puedes ver las que no parecen. Dime tú propio á mí, ¿adónde estabas ahora cien años? Imagina de cuál pequeñez y de cuán vil sustancia, en tanta grandeza de estatura y en tanta dignidad de belleza has crecido. Despues desto, quien pudo lo que no era producirlo para que fuese algo, lo que ya es cuando cayere, ¿no lo podrá restituir, para que vuelva á ser?»

Quien el trigo, que por nosotros se siembra mortificado, resucita cada año, ¿por ventura á nosotros, por quien él propio resucitó, no podrá resucitarnos? Ves tantos árboles cuántos meses están sin flor, hojas ni fruto, que pasado el invierno reviven como de la propia muerte, ¿y podrás dudar que nosotros no resucitaremos mas fácilmente?

La vara de Moisen por la voluntad de Dios se mudó en serpiente, forma tan disparatada de la suya; ¿y el hombre cayendo, no se restituira en sí mismo? Yo no lo dudo, ni consiento contigo, que me aconsejas que no lo crea; y hay eternidad á tu pesar, para tí, que la acomodaste á los tormentos, y la ha de haber para mí, que espero emplearla en alabanzas de la misericordia de Dios.

Señor, en esta parte de la inmortalidad no he sido largo, sino forzoso. Este es el barranco donde muchos se hunden y pierden el camino. Aquí los entendimientos sensuales y brutos se dejan convencer del pecado y se aprovechan de las du-

(1) Non patiaris tibi a quoquam persuaderi, quod alienum sit a Deo corpus hoc. Qui enim alienum esse a Deo corpus credebant, tanquam alieno quodam vase in scortationem ipso facile abusi sunt.

das de los sentidos, para licencia de los apetitos. Dé vuestra merced á Dios muchas gracias que le ha dado su auxilio para vencer la mejor municion del contrario, y no entienda vuestra merced que hemos acabado con él. En otra senda mas peligrosa veo que tiene á vuestra merced prevenidos lazos con otro nombre, y que disimulan el serlo. Ya le veo desbaratado de la parte de las amenazas y temores, muy entremetido con su entendimiento de vuestra merced y con su esperanza, mudando lenguaje para no ser conocido, decirle: « Bien haces en esperar salvarte, pues has hecho buenas obras y se les debe la gracia. »

Señor, mal se cubre con rebozo tan corto, tanto enemigo. El es, y ahora peor. Respóndale vuestra merced con san Agustín (1): « Premio se debe á las buenas obras, si se hacen; mas la gracia que no se debe, precede para que se hagan. » Luego si he hecho algo bueno, que no lo hallo, al que me dió la gracia para que lo hiciese se debe. De mis obras, en diciendo que son mias, solo me defiende el arrepentimiento que tengo yo de mí. Cuanto he hecho mal, lo he codiciado hacer; si algo he hecho bueno, entendí que era malo cuando lo hacia y fui veneno de las virtudes. Y así pido á la divina Majestad perdon de todas mis obras y pensamientos y palabras, y de las buenas palabras y obras y pensamientos que por ser buenos desprecié. Y os pido, Señor, perdon, apadrinado de las afrentas de vuestra pasion, de todas las malas obras de que me acuerdo y de todas las que no me acuerdo, como están en vuestra memoria, y de la insolencia de no acordarme de cosas que han sido en vuestro deservicio. Señor y Dios y Padre, perdóname los pecados todos que contra tí he cometido, y los que he ocasionado y los que he cometido contra otros. Y aunque me los hayan perdonado, te pido, Señor, con voces del corazon, que me perdones el mérito que en su mortificacion, al perdonarme las injurias que les hice, les ocasionó mi insolencia. Y porque no se esconda alguna cosa de

(1) Merces debetur bonis operibus si fiant; sed gratia, quæ non debetur, præcedit, ut fiant.

tu perdón, perdóname, Señor, todo cuando sabes que en mí necesita de tu clemencia.

Señor, en remitiéndose el hombre á Dios, nada puede errar; cara le ha salido la tentacion al demonio; no era esto lo que él queria; solicitaba satisfaccion, y halló reconocimiento.

P. «Mucho has ayunado, y el ayuno es muy poderoso.»

R. Tú no dices la verdad por decirla, sino por deshonrarla, haciéndola servir á una mentira. Poderoso es el ayuno, es verdad; mas que yo he ayunado mucho, no lo es. Ayunos llamas los míos, porque tú los quieres así, y si yo no los llorara y los alegrara, hecho habias tu hacienda. Yo confieso que muchas veces no he cenado ni comido, mas esto antes ha sido ahorro que ayuno, y miseria que virtud, porque como dice san Pedro Crisólogo (1): «Quien ayunando no da su comida, sino la ahorra, pruébase que ayuna á la codicia, y no á Cristo; porque esta miseria, cuanto enflaquece el cuerpo, engruesa la bolsa.»

Yo ayunaba y no comia, ni daba de limosna al pobre lo que excusaba aquel dia de gasto; esto no fué ayunar yo, sino matar de hambre al ayuno y de sed, pues como dice el propio Santo (2): «Hermanos, el ayuno muere de hambre y sed, si el alimento de la piedad no le sustenta, si la bebida de la misericordia no le riega: hiélase el ayuno, el ayuno perece, si el vestido de la limosna no le abriga.» Ves aquí que mis ayunos han sido hambre y sed del propio ayuno y desnudez y muerte, porque como dice el propio Santo (3): «El ayuno sin misericordia, simulacro es de la hambre, de ninguna manera es imágen de santidad.» Por eso me acuso de los ayunos que he hecho, porque he sido tan malo, que me he empleado en las virtudes para profanarlas. Yo, como hipócri-

(1) Qui jejunans prandium suum non erogat, sed reponit, cupiditati probatur jejunare, non Christo.... quia parcitas ista quantum siccatur in corpore, tantum tumescit in sacco.

(2) Serm. viii. Fratres, esurit jejunium, jejunium sitit, quod non pietatis cibo pascitur, quod potu misericordiæ non rigatur. Alget jejunium, jejunium deficit, quod non eleemosynæ vellus tegit.

(3) Jejunium sine misericordia simulacrum famis est, imago nulla est sanctitatis. (*Ibid.*)

ta, no adquirí precio, sino compré vanidad; del crédito de Dios hice negociacion humana; de los remedios hice enfermedad; la santidad convertí en delito, la disculpa en condenacion, la seguridad en peligro.

P. « Muchas limosnas has dado, y la limosna mata la culpa; mucho has orado al Señor. »

R. Todo lo que refieres de mí, hicieron los fariseos condenados, y aquellos hipócritas malditos, que se contentaban con los semblantes de los hombres que los aplaudian. Yo he dado limosna; no he dado la que podia y debia dar, ni á quien debia darla, ni en la manera que mandó Jesucristo que la diese. ¡Cuán grande parte del patrimonio de los pobres ha usurpado mi gula, tirano de su alimento, y mi avaricia, robadora de su caudal, y mi vanidad, causa de su desnudez, y mi lujuria, de su oprobrio! ¡Qué sentido tengo, qué miembro, que no tenga obligacion de restituir á los pobres infinita hacienda! Por esto pido á Dios perdon, tanto de las limosnas que hice mal como de las que dejé de hacer bien. Y le pido que no desquite la trompeta del postrero dia lo que disfamó en los pobres la que yo toqué cuando les daba aquello que solo bastaba á avergonzarlos con recibirlo. Yo que dí con testigos, incurrí en el sacrilegio que acotó el Santo palabra de oro (1): « Por lo cual, hombre, si en el pobre logras á Dios, no busques hombres por testigos; la fe no busca árbitros; de la verdad del que recibe duda quien no da sin medianeros; quien disfama lo que presta, abrasa con la vergüenza al deudor. » Y como culpado en semejantes delitos, me acuso dellos, y pido de limosna á todos los que afrenté con mi limosna, me perdonen, porque se logre la suya, ya que yo me perdí con la mia.

Orado he, mas no me acuerdas tú de cuál fué mi oracion. Acuérdamelo la conciencia, que á pesar de mi olvido, solicita mi salud con todos sus dientes y me dice, prestándole la sen-

(1) En el sermón ix. Unde homo si in paupere Deo fœneras, testes homines non requiras: fides arbitros non requirit. De accipientis fidē disputat, qui sine mediatoribus nil dat: qui credita diffamat, urit verecundia debitorem.

tencia el grande padre Agustino (1): « Hablar bien y vivir mal, no es otra cosa sino condenarse por su voz. » Por esto yo que me condeno por mis palabras, me amparo de las de Jesucristo, y de sus promesas contra las tuyas.

P. « ¡ Gran sacramento es el de la Eucaristía; grande eficacia tiene! Frecuentemente le has recibido; él es viático, no tienes que temer: poco ha que te le dieron. »

R. Eso me dices tú, y san Pablo dice que quien indignamente le toma, que come y bebe juicio contra sí. Segun eso, yo he comido juicio contra mí. Mas no por eso desespero; que ya sabe Dios perdonar delitos de comida, y quien perdonó lo que se pecó comiendo contra él, perdonará lo que se ha pecado comiéndole á él; que quien no comulga dignamente, no comulga; porque, como dice san Agustin (2): « Quien no obedece á Cristo, ni come su pan ni bebe su sangre, aunque el sacramento de tan grande misterio para juicio de su presuncion cada dia le reciba indiferentemente. » Yo le he recibido por viático con la mejor disposicion que he podido, y espero en sola su piedad que me será gracia, y no condenacion, y que su sangre bebida y su cuerpo comido me ampararán con su sangre despreciada y su cuerpo tantas veces vuelto á crucificar por mis ofensas. Y al fin, enemigo de Dios, y por Dios enemigo mio y por tu invidia y iniquidad, te despido con decir y confesar que ni confio nada en mis méritos ni obras, ni desconfio de la clemencia y piedad de Jesucristo, Dios y hombre verdadero.

Ahora armémonos, señor, con toda la valentía cristiana; pidamos á Dios lo que nos conviene; no inventemos oracion, que pues el que nos ha de dar, nos enseñó cómo lo habemos de pedir, seguros vamos de no errar la manera del ruego. Diga vuestra merced conmigo la oracion del Padre nuestro, y advierta vuestra merced que diciéndose en la misa tantas oraciones y el sagrado Evangelio y las palabras de la Consagra-

(1) Bené autem loqui, et malé vivere, nihil aliud est, quam se sua voce damnare.

(2) Qui discordat á Christo, nec panem ejus manducat, nec sanguinem bibit, etiamsi tantæ rei Sacramentum ad judicium suæ præsumptionis quotidie indifferenter accipiat.

cion, solo cuando se llega el sacerdote á decir *Pater noster*, dice primero, previniéndose con tan humilde reverencia: «Enseñados con los preceptos saludables, y informados por la divina institucion, nos atrevemos á decir: *Padre nuestro*, etc. Y Tertuliano, *De oratione dominica*, cap. 9, da la razon de la majestad desta oracion con tales palabras, que parece siguen causales á mi discurso (1): «¿Qué hay que admirarse? Dios solo pudo enseñar cómo queria que le rogasen, pues ordenada la religion de la oracion y animada de su espíritu, cuando de la boca divina se llevase, en virtud de su privilegio subiese al cielo, encomendando al Padre lo que enseñó el Hijo.» Por esto conocerá vuestra merced cuál virtud tiene esta oracion y cuán seguro camina el memorial que con su nota se presenta. Digámosla con esta confianza y atrevámonos á decirla, porque nos la enseñó Dios nuestro Señor, y nos mandó que la dijésemos.

PADRE NUESTRO.

Grande principio para seguridad de buen despacho, pedir el Hijo al Padre, siendo así que dijo él (como hemos referido) que pues los hombres, siendo malos, saben dar cosas buenas á sus hijos, que él, siendo buen padre, lo hará mejor.

Esta esperanza tiene por fiador en el Evangelio estas palabras del propio Cristo. Hijo es vuestra merced, y va á ser juzgado de su padre. Animosamente puede entrar en este juicio, porque aunque es Dios tan justo que no perdonó á su propio Hijo, su Hijo, á quien no perdonó, murió porque fuesen perdonados otros hijos que á él le bajaron á la muerte.

QUE ESTÁS EN LOS CIELOS.

Porque son habitacion de los ángeles, que te alaban, y de los santos, que te conocieron y confesaron, y de las vírgenes, que te acompañan, y están abiertos para los que desta vida

(1) *¿Quid mirum? Deus solus docere potuit ut se vellet orari. Ab ipso igitur ordinata religio orationis, et de spiritu ipsius jan tunc cum ex ore divino ferretur, animata suo privilegio ascendit in cœlum commendans Patri, quæ Filius docuit.*

pasaren en tu gracia, uno de los cuales deseo ser yo por tus méritos y con el favor de tu gracia.

Que estás en los cielos: para que se vea que no hay otro como tú, que estando en lo excelso de los cielos, miras lo humilde de la tierra. Esa confianza tengo, que por ser yo de la tierra lo mas humilde, me mirarán tus ojos, que tantos corazones han derretido.

Que estás en los cielos: juez y padre, que estás en los cielos, tan apartado de las pasiones de la tierra, no acobarda tu enojo contra mis ofensas el arrepentimiento con que te llamo desde encima de la tierra; cuando voy debajo della, para que me llesves al cielo, donde estás; pues la casa del padre es nido de los hijos; aunque se huyan, se vuelven: lo que yo hago con mas vergüenza que aquel perdido, pues en mis pecados y abominaciones he guardado peores y mas bajas bestias que él.

Alegróse con el pródigo el padre que estaba en la tierra; mas te alegrarás tú, Padre, que estás en el cielo, con el pródigo de vicios, con el miserable de virtudes.

SANTIFICADO SEA TU NOMBRE.

Si me castigas, Señor, santificado sea tu nombre de justo juez en mis tormentos; si me perdonas, el de misericordioso en mi descanso; si me acoges, el de padre en mi refugio; si me consuelas, el de consolador en mi gozo; si me quebrantas, el de vengador en mis penas; que yo, Señor, no puedo, aunque lo rehuse, dejar de dar gloria y santificacion á tu nombre, pues la que no te diere (salvándome) en el cielo (como espero de tí por tí) á tu clemencia, le daré condenado, á tu justicia, lo que temo. Por que, aunque yo he ofendido todos tus nombres y no los he santificado, para desenojarlos me acojo al de Padre, que tú me mandaste decir cuando algo quisiese alcanzar.

VENGA Á NOS TU REINO.

Señor, ¡ qué misericordia no usas con los hombres; pues siendo nuestro bien y nuestra obligacion ir nosotros á tu reino, viendo que huimos dél, humillas la majestad del impe-

rio inmortal tuyo; y porque no carezcamos de tu reino, nos mandas que podamos decirte que le invies á nosotros, que no queremos ir á él; andando en busca nuestra y rogándonos tu misericordia con su reino, que despreciamos por nuestra cárcel!

Mas elocuente que ladrón era Dimas, y tambien sabia pedir como hurtar, y con mas dicha. El no dijo: «Venga á mí tu reino;» sino: «Cuando estés en tu reino acuérdate de mí, Señor.» Por eso oyó: «Hoy serás conmigo en el paraíso.»

Yo, que no soy tan bueno como él, no me atrevo á decir que te acuerdes de mí en tu reino, sino que venga á mí, para que yo entre en él.

**HÁGASE TU VOLUNTAD ASÍ EN LA TIERRA COMO
EN EL CIELO.**

¡Qué mal he repartido mis obras con tu voluntad y la mía! Todo el espacio de mis años he dicho que se haga mi voluntad, y la he hecho, y solo este breve instante de mi muerte digo que se haga la tuya. Con todo, Señor, pues mi voluntad siempre ha sido de pecar y perderme, y la tuya de darme perdon y salvarme, en pedir que se haga tu voluntad pido mi remedio y mi perdon. Hágase, Señor, así en la tierra, que soy yo, como en el cielo, donde tú, eterno y clemente padre, estás.

EL PAN NUESTRO DE CADA DIA DÁNOSLO HOY.

Cierto es que tú, todopoderoso, que nos das tu pan, y no solo nos le das sino que en pan te das á nosotros, que nos darás, siendo tus hijos, el pan nuestro de cada dia. Yo te le pido hoy; dame, Señor, aquel alimento de que necesitan los descaecimientos de mi espíritu. No te pido de aquel pan por quien tú dijiste: «No en solo pan vive el hombre,» sino de aquel pan hombre y Dios, en que solamente se puede vivir, por ser pan vivo y pan de vida, que decendió del cielo.

**PERDÓNANOS NUESTRAS DEUDAS, COMO NOSOTROS PERDONA-
NOS Á NUESTROS DEUDORES.**

Señor, antes que incurramos en el rigor desta cláusula y pidamos contra nosotros mismos, digamos, Señor, delante de vuestra presencia y para mi remedio: Yo perdono de todo corazon á todos mis enemigos todo lo que les puedo y debo perdonar, y les pido perdon á ellos de no haberlo hecho antes, y á tí de no haberte obedecido hasta ahora. Y en virtud deste perdon y alegándole á tu clemencia, en virtud de tus promesas, te pido que me perdones á mí, pues yo he perdonado á los que fueron mis deudores.

Y NO NOS DEJES CAER EN TENTACION.

Y pues, Señor, contra tus mandamientos, yo me he arrojado y despeñado en tantas tentaciones y sé de mí que me he de hacer caer en ellas, como padre que estás en los cielos, aunque yo me deje caer en tentaciones por mi flaqueza, no me dejes tú caer en ellas por tu bondad.

Y LÍBRANOS DE MAL.

Yo me confieso esclavo y prisionero del mal, á quien me entregué de mi propio albedrío. Tú eres mi redentor; líbrame del mal que yo escogí por dueño, de quien sin tí no puedo librarme y por quien te dejé á tí, que eres sumo bien.

Señor, yo te he pedido á tí, que eres mi padre, lo que tú me mandaste que te pidiese, con las mismas palabras que tú dijiste. Oyeme en tí propio, mírame en la cara de Jesueristo, y aparta de mis pecados tu cara. En tus manos encomiendo mi espíritu, pues tus manos me hicieron. Yo, delincuente mas que el ladrón, te pido que, pues estás en tu reino, te acuerdes de mí, como él te pidió que te acordases dél cuando estu-

vieses. En tus manos, Señor, encomiendo mi espíritu. Las llagas de los clavos que están en ellas te dirán que son efectos del amor con que padeciste por mí, y en ellas verás lo que de tu pasión se pierde, si recibiendo mi alma en ellas, no la defiendes. Y por tus méritos y la intercesión de tu Santísima Madre, que invoco, y en cuya abogacía me afirmo, me hagas partícipe de tu misericordia en el descanso de los escogidos, para que siempre te alabe.

FIN DE LA CUNA Y LA SEPULTURA.



LAS CUATRO PESTES DEL MUNDO

v

LAS CUATRO FANTASMAS DE LA VIDA.



VIRTUD MILITANTE

CONTRA LAS CUATRO PESTES DEL MUNDO.



INVIDIA.

La Iglesia católica nos ha enriquecido con la doctrina de tantos santos padres y doctores, que no tenemos ocasion de mendigar enseñanza de los filósofos; mejor y mas segura escuela es la de los santos. Agudísimo y admirablemente docto fué Séneca; su estilo, con la brevedad de las sentencias, tiene obras de estrecho, que ciñe en pequeños espacios corrientes de profundos mares de ciencia. Empero todas estas dignidades de espíritu sublime, que fulmina con las razones, que hace hablar cada letra de por sí, se lee aventajado en san Pedro Crisólogo. Por esto yo, que quiero enriquecer mi discurso con el oro de sus palabras, y para escribir en buena moneda, empezaré con las que predicó en el sermón cuarto del hijo pródigo: «La invidia es mal antiguo, primera mancha, anciana ponzoña, veneno de los siglos. Esta en el principio echó y der-

ribó al ángel del cielo. Esta desterró del paraíso á nuestro primero padre. Esta arrojó de la casa paterna este hijo primogénito. Esta á la progenie de Abrahan, al pueblo escogido, armó para la muerte de su autor y de su salvador. La invidia es enemigo doméstico; no bate los muros de la carne, no conquista las fortificaciones de los miembros; solo combate los alcázares del corazon, y antes que las entrañas lo sientan, captiva y lleva en prision la misma alma, señora del cuerpo.»

Aquí está la invidia difinida, aquí ejemplificada; aquí se descubre su intento, se nombran sus armas; se dan sus señas. Su linaje es el mas antiguo de todos los vicios; mas no por eso adquiere nobleza. Antes nació que el mundo, para que hubiese quien destruyese el mundo en naciendo.

La invidia fué vientre de los pecados, el pecado fué parto primogénito de la invidia. Adelantóse el ángel al hombre en este parto; sucedió al ángel el hombre. El bien fué primero que la invidia, porque es tan mala, que solo aguardó á tener buena madre para ser ruin hija. Si el bien la hizo mala, ¿quién la hará buena? Ella hizo ascuas del infierno las luces del sol: persuadió á los serafines á ser demonios; hizo que perdiesen las sillas de gloria, y luego que el mundo fué recien nacido, procuró que el hombre no las poblase. Dilatólo en Adan; osó estorbarlo en Cristo con el sueño de la mujer de Pilatos, que procuraba excusar en su muerte el medio de aquella restauracion. ¿Qué no ha intentado la invidia? En el cielo y en la tierra ¿qué ruina no se escribe debajo de su nombre? Por eso la llama nuestro santo «veneno de los siglos.» Ella atosiga todas las edades; ella es inducidora de muertes. El propio santo en el mismo sermon lo dice: «¡Oh hinchazon de la invidia! ¡En una casa grande no caben dos hermanos! Hizo la invidia que toda la latitud del mundo fuese angosta para dos hermanos; pues ella incitó á Cain para que diese la muerte al que era menor, para que hiciese solo la malicia invidiosa al que la ley de la naturaleza hizo primero.» Ella derribó al ángel, sedujo á Adan, hizo á Cain fratricida, y dió la muerte á Abel, cuya sangre fué la primera mancha de la tierra; y por esto la llama san Pedro Crisólogo primera mancha de enfer-

medad, que se introdujo en la salud de los ángeles, que estrenó al primer padre y al primer hijo. ¿Cuál descendiente presumirá, rodeado de cuerpo, asegurarse della? Y si en el cielo ya no puede entrar, de la tierra, por el pecado que introdujo, ya no puede salir. Fué causa del pecado, y es su castigo. Conócese la vileza de la invidia en que no hay envidioso tan vil, en quien no halle otro envidioso que envidiar. De nada tiene asco, pues de sí no le tiene.

No sólo se invidian los bienes, sino los males; no solo las honras, sino las afrentas; no solo la prosperidad, sino la miseria. Tanto siente el envidioso que otro tenga poco mal como mucho bien, poca afrenta como mucha honra, poca miseria como mucha prosperidad. Grande invidia anda desconocida en los palacios con nombre de alabanza, con rebozo de respeto; en los tribunales con nombre de interpretacion y de medio; mucha en las amistades con traje de celo; mucha en los padres con semblante de gobierno; mucha en los hijos en figura de obediencia. El hombre, ó ha de ser envidioso ó envidiado, y los mas son envidiados y envidiosos; y al que no fuere envidioso, cuando no tenga otra cosa que le invidien, le envidiarán el no serlo. Quien no quiere ser envidiado, no quiere ser hombre; y quien es envidioso, no merece serlo. El envidioso es adúltero de los bienes, pues deja los propios por los ajenos.

Los que mas se quejan porque los invidian, son los que siempre están haciendo porque los invidien. Quéjense de lo que hacen; en esto se verá la calidad de lo que hacen. Muchos blasonan con vanidad el tener muchos envidiosos, y estos son los peores envidiosos de sí mismos. De la invidia los que mas frecuentemente se quejan son los propios envidiosos; y con razon ellos solos se deben quejar della, pues solo para ellos es mala, si bien para todos es peligrosa la invidia. Atormenta al que la tiene, y canoniza al bueno que la padece. Virtud envidiada es dos veces virtud.

La invidia está flaca porque muere y no come. Sucédela lo que al perro que rabia. No hay cosa buena en que no hincque sus dientes, y ninguna cosa buena la entra de los dientes

adentro. No hay envidioso que confiese que lo es, y que no se queje de que lo invidian. No quiere ser lo que es, y quiere que los otros sean lo que no son.

Ninguno invidia en otro la virtud; proposición que sacaré de paradoja, mostrando la verdad manifiesta. Invidian al virtuoso, no la virtud: invidianle la alabanza que le dan, la paz de que goza, el crédito que tiene, el respeto que le tienen. Invidian riquezas y hermosura; mas ninguno invidia al mar los tesoros que anega, ni á los montes los que sepultan, ni al sol la belleza que derrama, ni á las estrellas la que centellean. Empero no es moderación ni modestia de la invidia el no invidiar su hermosura al día y sus tesoros al Océano, cuando invidia remedos desaliñados de belleza en otro, y átomos de oro en un mendigo. No es (como dije) moderación sino malicia, pues solo no los invidian porque los montes, el sol y los mares son cosas que no pueden afligirse de que los invidien.

Muchos hombres hay invidiados de otros, y muchos que invidian á otros, y muchos mas que se invidian á sí mismos. Parece esta invidia nuevamente hallada, y es la mas antigua. No la vemos, porque está en nosotros. Dime, hombre, que extrañas esta doctrina, ¿qué instante vives sin que los apetitos del cuerpo no te invidien las virtudes del alma, los gustos de la tierra los gozos del cielo, los pecados de tu flaqueza los méritos de tu espíritu? Segun esto, tú propio en tí solo eres invidiado y envidioso. El Apóstol dijo que el espíritu militaba contra la carne, y la carne contra el espíritu. Luego tú, que eres compuesto destas dos cosas, eres y una perpetua milicia, tu combate continuo: campo de batalla eres dichoso, si en tí vence la mejor parte.

Poco he dicho en decir que el hombre es envidioso de sí mismo: oso afirmar que todo el hombre está compuesto de invidias. No tiene el hombre sentido que no invidie á los otros sentidos; no tiene miembro que no sea invidiado de los otros miembros. No nos detengamos en lo material del cuerpo: no tiene potencia que no invidie á las otras potencias. Yo lo verificaré por su orden.

¿Quién encarecerá la invidia que tienen los ojos, y la vista

del lujurioso á los demás sentidos : pecado indigno solamente de sentido diáfano y resplandeciente, que en el cuerpo humano con la luz parece que solo desmiente la ceniza y el polvo mortal ; que en la noche de nuestra corrupcion tiene presunciones de cielo ; que en tanta tiniebla de tierra hace oficio de dia ; que por su belleza parece mas de casta de alma que de cuerpo ? ¡ Oh, cuán indigna mancha es la invidia en tan noble parte, que por su esplendor mas parece constelacion que sentido, en quien parece que juntamente se ve el alma cuando con él ve el cuerpo ! Consideremos sus distraimientos en el lujurioso. Por satisfacer este á sus ojos disipa su patrimonio á los demás sentidos ; no se viste, por ataviar su pecado ; no come, por alimentar su perdicion ; no oye su enmienda y su remedio, por atender á su desvarío ; no toca ni trata lo que le habia de guiar, y gasta su tacto en lo que le atormenta y despeña. No tiene olfato para la hediondez de su culpa : todos sus sentidos despoja y pone en esclavitud la invidia desordenada de sus ojos.

Pues considera el oido, que en la eminencia del edificio del hombre tiene su órgano, compitiendo el sitio á los ojos ; en la cabeza, palacio ; en la corte del discurso racional, camino retorcido y paso al comercio del entendimiento ; locutorio angosto, en las clausuras del alma retirada. Mira en el vano y presumido, con cuánta invidia tiraniza sus legítimas á los demás sentidos. Atiende al ambicioso y vano, y verás que porque sus oidos, glotones de alabanzas, lisonjas y adulaciones, se embriaguen en un ahito perpetuo desta vianda contra los ojos, no puede ver sino al cauteloso que lo lisonjea, al astuto que lo adula, al mentiroso que lo alaba ; que para pagar mentiras y falsos testimonios se empobrece y desnuda ; que por dar de comer al que lo engaña y desvanece, no come ; que gasta lo que tiene porque le digan lo que no tiene ; que porque le digan que es lo que él sabe que no es, y lo que el que se lo dice sabe que no quiere ser, deja de ser lo que es y lo que debia ser. Este no ve lo que mira ; este no huele en la vanidad de la adulacion el humo del engaño ; este en la golosina de la lisonja no gusta el acibar del peligro ; este en lo blando de la

mentira no toca lo áspero de la perdicion; hace que la vista y el gusto y el olfato y el tacto sirvan violentamente á la invidia del oido.

Si esto osas considerar en los príncipes, colmarás de congojas tu consideracion. No hay en la universidad del mundo cosa peor habitada y ahitada, y peor asistida que la oreja del príncipe; no la Libia, con sus venenos animados; no la Tesalia, con sus yerbas, milicia de la muerte; no el Africa, con el horror de sus fieras. Estos en los desiertos y las montañas tienen ociosa su malicia, sin ejercicio su muerte, sin culpa su veneno. Advierte, empero, que todo el tráfigo de los soberbios, de los invidiosos, de los tiranos, de los impíos, de los crueles, de los hipócritas, no sale de la oreja del príncipe; que cuando por su bondad no la inficionan, la embarazan, la dificultan y hacen temerosa con grande riesgo del monarca; pues si bien le es fácil no dejar que todos pasen de su oido, casi le es imposible echarlos de su oido á todos. Poco caso hace la maña de los que sitian las coronas, de la libertad y desembarazo de sus ojos, del desahogo de su olfato, del apetito de su boca, del ejercicio de sus manos. Déjanle estos cuatro sentidos desembarazados, porque embarazado en estos, les deje desembarazada la oreja. Y si se ha de decir todo, su invidia no le deja algun sentido, pues por ella le cierran los ojos, le usurpan el gusto, le estragan el olfato y le atan las manos.

La propia invidia se verifica en el gusto de la boca del gloton, no menos vil, y mas bestial y asquerosa. Este se bebe la vista, se come sus manos, se traga sus vestidos y su patrimonio. No come para vivir, vive para comer, y muere porque come, y las mas veces comiendo. Nació para consumir las cosechas, para agotar las vendimias. Este embriaga su olfato, aprisiona sus piés y sus manos con la gota vengadora de los brindis; restituye en lágrimas vergonzosas por los ojos las bodegas que enjuga.

La misma invidia no menos disfamados tiene á los demás sentidos: el tacto, en las manos del jugador, del homicida; el olfato, en el afeminadamente delicioso, que afecta disimular la corrupcion de su cuerpo y quiere mas oler á carbon disimu-

lado en aromas y á embelezcos del cerebro distilados en aguas, y á vómito precioso del mas fiero monstró del mar, que á hombre, sin ver que presto olerá mal á los hombres, y que despoja los demás sentidos, por presumir de una mentira, que en tanto que los demás tuvieren olfato, no puede ser verdad ni desconocida. Dime, hombre, ¿ qué dia no padecen por esta razon unos sentidos tuyos invidia de los otros, ó uno de todos, ó todos de uno? No tiene esta disension medicina, si no los haces servir á todos en la obediencia de la ley de Dios, que entonces considerados, cada uno asiste al otro, y todos á tí.

Llegado hemos á la invidia sediciosa que amotina todos tus miembros, unos contra otros, en discordia rebelde. Mira en la invidia de tu cabello (que por espléndido que sea, no puede disculparse de excremento), el cuidado en que pone á tu cabeza la presuncion con que está encima della, el trabajo que da á tus manos su composicion y aliño. Nota en los afanes que los caprichos de tu cabeza ponen á tus ojos, á tu boca, á tus manos y á tus piés. ¡ Cuántas peregrinaciones debe la curiosidad de tus ojos á tus pasos, cuántos riesgos debe tu cabeza á los pasos de tus piés, cuántos peligros todo tu cuerpo á las palabras de tu boca, cuántas enfermedades á tu estómago las demasías de tu garganta, cuántos temblores y sustos á tu corazon el arrojamiento de tus manos! Si eres gloton, andas desnudo por comer; si eres galan, no comes por vestirte: si eres soberbio, no hay miembro que no adventures por vengarte ó por despreciar á los otros; si eres jugador, tus manos te disipan todo; si lujurioso, tus ojos. Segun esto, tú eres una poblacion de invidias, que vives y padeces.

Hasta aquí no pasa de la corteza la invidia; yo te la hallaré en lo mas interior, habitando las potencias de tu alma, que son memoria, entendimiento y voluntad. Esta invidia es eterna y facinorosa contra la salvacion. Prevente.

No solamente estas potencias son invidiosas unas de otras, sino de sí mismas. La memoria de lo que es un hombre, y no de lo que no era ni de lo que dejará de ser, mas es olvido que memoria. San Pedro Crisólogo acusa gravemente la invidia desta memoria, que se hace olvido y la llama causa del ma-

yor desatino del alma en el sermón es: « Hombre, tú no te viste cuando Dios te amasaba polvo: pues si te vieras hacer, no lloraras verte morir. Vístete perfecto, vístete viviente, vístete hermoso, semejante á tu autor te viste. No sabías de qué eras, cuál eras, porque ni te viste nacer ni morir. Por esto á la naturaleza lo diste todo, á tí mismo á tí, á Dios nada. »
¿ Ves la invidia de tu memoria en no querer acordarte de lo que oyó para tu remedio, sabiendo que tus ojos no lo pudieron ver? Nota para tu desengaño cuántas invidias amontonó con la suya: invidió á la naturaleza, con dárselo todo, los premios de la gracia: invidióte los premios de la gloria, con hacer que te diceses tú á tí mismo, pues por estas dádivas descaminadas quedaste pobre de tí para dar á Dios algo, á quien te debías todo: invidió á tu entendimiento el reconocerse, y á tu voluntad el elegir lo mejor.

La propia invidia se tiene el entendimiento á sí propio muchas veces: cuando se da por desentendido de lo que solo debía entender, cuando asiste á las noticias pasadas, con que la memoria lo divierte, y no á los escarmientos y advertencia con que le amonesta; cuando gasta su atención el entendimiento en lo que sucedió, para ostentarse erudito, y no en las causas por qué sucedió, y para qué, con que pudiera ser acertado; cuando quiere mas ser docto que aprovechado. Entendimiento que se detiene solamente en la narracion de la memoria, mas se muestra memoria que entendimiento; esta, invidia es que tiene al oficio de la memoria. Entendimiento que no entiende sino lo que quiere entender, y no lo que debe, antes es voluntad que entendimiento: él confiesa la invidia que tiene al ministerio de la voluntad.

La voluntad con mas encarecido perdimiento se invidia á sí y á las otras potencias: ella con su culpa es culpa y pena de las demás. No la excusa el querer el mal, debajo de razon de bien, despues que la ley evangélica con sus preceptos quitó al bien el rebozo del mal. Dejar el bien que está encima del mal, y buscar el mal que yace debajo del bien, es delito y rodeo. No es bien perfecto el que sirve de máscara al mal. Bien que anda con malas compañías á nadie acompañará bien.

No es bien el mal que parece bien, antes es mal hipócrita, que para ser peor añade el ser hipócrita al ser mal. Por la razón que la voluntad debe huir del mal que parece bien, ha de seguir el bien que parece mal. Todo lo hace al revés la voluntad cuando está doliente de invidia, pues con ella se hace de las otras dos potencias. A la memoria la convierte en voluntad cuantas veces se acuerda de solo lo que quiere y se olvida de lo que no quiere acordarse, y al entendimiento siempre que entiende lo que quiere y ignora lo que debe querer. En ella está el acierto del entendimiento. David lo dijo en el salmo primero cuando trató del varon justo y del impío, cuando hablando de la voluntad del varon bienaventurado, dice: «Y en la ley del Señor su voluntad, y en su ley meditará de día y de noche.» ¿Ves cómo la voluntad, que hace su oficio estando en la ley del Señor, causa que el entendimiento medite en la ley del Señor de día y de noche; y que desto resulta lo que en otra parte dice el Espíritu Santo cuanto á la potencia de la memoria, prometiendo que «en la memoria eterna será el justo?» No puede la memoria alegar que el Espíritu Santo no la advirtió de su ocupacion. Ya dijo: «Acuérdate de tu Criador en los dias de tu juventud.» Esto cuanto al alma. La Iglesia, viendo que se desentendia, por acordarla de sí, la dice: *Memento homo, quia pulvis es.* «Acuérdate, hombre, que eres polvo.» Si la memoria te acuerda de tu Criador, que la crió de ceniza á su semejanza, y de sí, que fué ceniza y la vive y lo será; y desto acuerda al entendimiento para que lo medite, y á la voluntad para que ame á su Criador y se tema y se desprecie á sí, haciendo su oficio ocasionará que le hagan las demás potencias, y á ellas y á sí librará de su invidia. Persuádate, hombre, que padeces en tí mas invidias que en los otros, que no solo eres envidiado y envidioso, sino república de invidias, que no solo están cerca de tí y arrimadas á tu persona, sino en tu persona y dentro de tí mismo.

No lo hemos dicho todo. ¿Quién se persuadirá que se sirven los hombres de las propias virtudes para envidiar las virtudes á los hombres? Si los que lo hacen lo ignoran, verifiquemos esta malicia facinorosa, este sacrilegio enconado y cruel.

La misericordia es virtud muchas veces coronada, es merced enternecida, es un amor materno; la mas amartelada diligencia para el perdon, la medicina mas eficaz y suave para nuestras dolencias, de quien nuestra voluntad usa sin consentimiento á veces de la justicia. Esta queremos todos para los otros, y pocos para sí. Aquella queremos todos para nosotros mismos, y no para los demás. Atiende agora, ó tú cualquiera que pretendes informarte con útil verdad, á la sagacidad hipócrita con que el invidioso, enmascarado de piedad, viendo á su amigo en trabajo y pobreza, empieza la murmuracion invidiosa, por la aparente misericordia, diciendo: « El corazon me lastima ver á fulano pobre ó preso; porque aunque es verdad que se ha bebido su hacienda, ó cometido graves delitos viviendo perdidamente, es lástima verle en tanta miseria y aprieto y que no se haya sabido gobernar. » Y si ve en honra y prosperidad al que conoció en miseria, arrebozándose de alabanzas caritativas, le lima la prosperidad y le mancha la honra, diciendo: « Grande virtud es la deste buen hombre, que siendo hijo de gente baja y vil, y no ayudado de partes personales, se ha hecho tan buen lugar con su industria. »

Y siendo esta invidia tan delgada, aun juega lances mas sutiles, valiéndose de la caridad y de la limosna. ¡Oh incomparable maldad, hacer á la limosna, que es el precio de la gracia y de la salvacion, tramposa de la seguridad del alma, y á la caridad (corona y majestad y perfeccion de todas las virtudes, como enseña el Apóstol) libelo infamatorio del prójimo! Sabe el pobremente rico que su conocido, que es ricamente pobre, padece en secreto y con paz tan dichosas como últimas calamidades. Hácese encontradizo con él en parte pública, donde la trompeta que Cristo nuestro Señor mandó que no tenga voz, tenga voz y auditorio; dale limosna, porque vean se la da, no por dársela; dícele sus miserias, porque las sepan los que no las saben. Con lo que le da, mas lo afrenta que lo socorre. No le saca de pobreza, sino á la vergüenza.

Otro camino menos conocido y mas dañoso frecuenta la invidia en los palacios y puestos. De las alabanzas mayores se

vale para derribar á los mayores; zancadilla que los mal advertidos tienen por apoyo, y antes la agradecen que la contrastan. Para malquistar á uno no hay envidia mas bien lograda que alabarle mucho. Esta es envidia que engendra envidia: en los príncipes capital, en los demás sediciosa. Mas privanzas han arruinado las alabanzas que las acusaciones. Quien alaba en presencia del rey á su valido, cuanto mas lo alaba, lo contrasta mas, porque produce la envidia donde no puede ser evitada, y la persecucion del alabado acredita su presuncion.

Los discípulos de la fortuna han aprendido otro género de envidia de sus locuras, mas perniciosa y ejecutiva que las referidas. Esta es honrar, adelantar y enriquecer. ¡Oh gran Dios! ¡con cuánta sangre está formidable la experiencia de la envidia de la honra! La honra es la mas poderosa municion de la envidia. No hay otro medio para librarse della, sino despreciarla. Muchos burlaron todas las diligencias de la envidia, que en esta de ser honrados perdieron el seso, el entendimiento, la vida, y á veces el alma. La fortuna á cuantos da honras tiene envidia, á cuantos la niega tiene lástima. Pocos juicios hay á prueba de prosperidades. Hanse visto y se ven hombres en la pobreza ricos, en la persecucion alegres, y en el desprecio estimados; empero pocos se cuentan en la buena fortuna cuerdos. Conoció esta verdad Dario cuando, viéndose lleno de victorias y felicidades no esperadas, exclamó: «¡Oh fortuna! conténtate con darme un pequeño mal.» Conoció la treta, advirtió que fortunarle era envidia, y no liberalidad. A los reyes mas decente les es ser envidiados que envidiar. Han de temer siempre la envidia de la fortuna, y despreciar la de los hombres. La peor y mas frecuente envidia que padecen algunos reyes, es la que se tienen ellos á sí propios. Desta pocas veces se libran, porque ellos la solicitan, y todos se la fomentan y la facilitan y califican. A nadie duele sino es al bien público. Tal es la envidia que san Crisóstomo, declarando el texto sagrado de san Juan, dice: «El ojo del envidioso se derrete con tristeza. El envidioso vive muerte continua.» Y el gran padre san Agustin: «Aparte Dios la peste de la envidia

de los ánimos de todos. La envidia es vicio diabólico, del cual es reo el demonio, y no solo es reo, sino reo sin disculpa. No fué condenado porque cometió adulterio, porque robó, porque usurpó la posesion á alguno, sino porque al hombre que estaba firme le envidió, luego que él cayó, su firmeza.»

Oigamos á Plutarco, porque oigan los redimidos con la sangre de Cristo cómo detestaron la envidia los idólatras. Dice que la envidia es solo vicio del hombre, de que no participan los animales brutos. Yo añado que esta verdad tiene excepcion en solo el perro, que á su modo padece envidia y es invidioso; lo que le pega la compañía de los hombres. Adviértase la descendencia y progenitores de la envidia. San Agustín dice que es vicio propio del demonio; Plutarco, que es solo y propio del hombre. La consideracion colige que al hombre se le pegó de tratar con el demonio, de oírle, de responderle. Es epidemia infernal la envidia, y contagio tan dañoso y veloz, que no solo conviene no ser invidioso, sino tambien no tratar con el que lo es; pues al hombre se derivó del comercio con el demonio, y al perro de la compañía del hombre. Por esto es tan meritorio padecer la envidia, como dañoso tenerla.

Rematen sagradamente mi antídoto á esta peste las soberanas plumas de san Agustín y de san Buenaventura. San Agustín en la enarracion al salm. 104, § 17: «La envidia es tristeza de la felicidad ajena, y alegría en la ajena miseria.» Graduada queda de antípoda de la caridad. Prosigue san Buenaventura: «Lo tercero, la envidia es semejante al leproso, á Judas el traidor y al demonio; porque el leproso no querria que nadie estuviese sano, y el diablo, que ninguno fuese bueno; porque se dijo: La envidia del diablo introdujo en el mundo la muerte. Judas se entristeció por la uncion del ungüento en los piés de Cristo.» Y poco mas abajo dice: «La envidia se compara á la nada, porque no se parece al Criador ni á las criaturas, y carece de todo bien criado.» ¡Quién sabrá ponderar el horror de los invidiosos, pues por serlo ellos todo, y que los otros sean nada, se hacen la nada ellos!

Tratando en presencia del rey Frederico los médicos de

qué cosas aumentaban la vista, y afirmando unos que la eufasia, otros la celidonia, otros el hinojo; Aecio, sincero varon de raro ingenio y de alta nobleza, dijo: «La cosa que mas aumenta la vista es la invidia.» Riéronse los filósofos, y Aecio los enmudeció diciendo: «¿Puédese negar que la invidia hace ver mas altas, mas numerosas y mas llenas todas las cosas?» Toda es contrariedades la invidia: crece y aumenta las cosas ajenas, y para deshacerlas las hace mayores, deshaciéndose á sí misma. Por esto la invidia es injustísima y justificada; injustísima, porque es molesta á todos los buenos y persecucion á todos los bienes; justificada, porque carcome y atormenta á los que la tienen; es verdugo de sí para serlo de los otros. No hay dientes de fiera tan abominables ni dentadura asistida de tan buena vianda; no se ven en ella sino sangre de virtuosos, pedazos de honras, desgarros y bocados de virtudes. Tal es, que el mas sagrado mantenimiento la hace peor estómago, y el bueno la enferma. Con felicidad la comparó un poeta al Etna.

*Nihil aliud nisi se valet Ætna cremare:
Sic se non alios invidus ipse cremat.
Invidus invidia comburitur intus, et extra.*
No puede arder el Etna
Fuera de sí otra cosa;
Así la invidia á sí se quema sola,
Y no á los otros; arde el invidioso
Con la invidia interior y exteriormente.

No se contenta la invidia con ser mala en todo, en todos y en sí; tambien herética y condenada, se introduce en la predicacion de Jesucristo crucificado. Esto enseña san Pablo (*Philippens.*, I, v. 15): *Quidam quidem et propter invidiam, et contentionem: quidam autem et propter bonam voluntatem Christum prædicat.* «Algunos por invidia y contencion, algunos tambien por buena voluntad predicán á Cristo.» No pudo la invidia crecer mas su insolencia. Dolorosamente se verifica este sacrilegio. Quien predica la doctrina evangélica de Cristo, profanándola con galas de elocuencia facinorosa, y la dispone al halago del oido doliente y no á la enmienda, este por

invidia y contencion predica á Cristo. Aquel que con espíritu esclavo y comprado, por adormecer la conciencia en el poderoso, y arrullarle el sueño mortal en que yace sepultado, trastorna con palabras juglares el rigor de las sentencias sagradas, violenta con entendimiento tirano la verdad provechosa de los Padres: por contencion é invidia predica á Cristo. Quien solo estudia lo que no ha de decir por no disgustar, y nunca estudia lo que debe decir por guarecer, invidiosa predicacion de las almas profesa. Quien pretende la mitra con la adulacion de su doctrina, la invidia al martirio y al rigor apostólico que ella busca. Aquel monedero falso de textos, falsificador de doctrinas, que con novedades sediciosas viste la predicacion de trajes idólatras y herejes, por contencion é invidia predica á Cristo; comprehendido es en la advertencia del Apóstol. Este postrero delito de la invidia es el mas pernicioso; yo acabo con él, porque él acaba con todo.

Y siendo tan varia, tan introducida, tan multiplicada la invidia, su remedio es uno, es fácil, es útil. ¿Quieres no ser invidioso? Pues ten tanto contentamiento de los bienes ajenos como de los propios; tanta misericordia de las calamidades de los otros como de las tuyas. ¿Qué cosa mas fácil ni mas útil que tener contento en lo que tienes y en lo que tienen los demás? ¿Qué cosa mas fácil que persuadirte á tí la alegría que deseas? ¿Qué cosa mas útil que no hacer verdugos de tus bienes los bienes de tus conocidos, hacer disculpa de los trabajos ajenos los propios, y mérito de los propios los ajenos? Si estás contento con las felicidades de los otros, las haces tuyas; esto logro es. Si las invidias, haces malaventuradas tus dichas; lo que es miseria. Si miserable te alegras de la calamidad ajena, añades al ser miserable el merecerlo ser por delincuente. Si te apiadas, te acompañas, que es género de consuelo.

Afirmo con novedad católica que, reconociendo á la invidia por origen de todos los pecados, la suma bondad y inmensa sabiduría de Dios, con todos los preceptos del decálogo quiso que sus mandamientos uno por uno fuesen su medicina. «Amar á Dios sobre todas las cosas» expresamente se opone

á todas las cosas que son invidia de la gloria, y bienaventuranza que solo tienes en tu Criador, y te quieren apartar dél. « Amar al prójimo como á tí mismo » te estorba todas las invidias de hacienda, de honras, de puestos, de deleites, de venganzas, de adulaciones, de odios y de homicidios; de manera que los diez mandamientos de la ley de Dios son otras tantas medicinas preservativas desta peste mortal. Que sean remedios fáciles y suaves, como dije, conoceráslo en que en todos ellos se manda que hagas todo lo que para la salud y paz de tu cuerpo y alma desean todos los hombres. Y no hay, ni puede haber ninguno tan malo, que por su comodidad no desee que el otro no sea homicida, por asegurar su vida; que no sea ladron, por asegurar sus bienes; que no sea lujurioso, por asegurar su familia; que no levante falsos testimonios, por asegurar su honra; que no mienta, por asegurar su noticia y su confianza. Pues dime, ¿á quién no es fácil y suave, si lo considera, ser como desea que sean todos? ¿Y general cosa mas injusta, que no querer por la invidia ser invidioso, queriendo que lo sean todos?

INGRATITUD.

SEGUNDA PESTE DEL MUNDO.

¿Cuál hombre escribirá contra la ingratitude, que acordándose de Dios no escriba contra sí propio? ¡Oh afrentosa culpa de la razon humana, que entre todas las criaturas, sólo el hombre, que es la mejor, sea ingrata á Dios! Y no solo le es y fué ingrata como á Criador, sino aun mas ensangrentada y cruelmente como á Redentor. Olvidóle en la creacion, desprecióle en la redencion; esle ingrato, con villanía sacrílega, en el sacramento que se llama bien de la gracia con el nombre de *Eucaristia*.

Que todas las otras criaturas á su modo y con su ser (digámoslo así) le sean agradecidas en todas tres acciones, se ve en todas las edades de la vida del mundo. Los cielos siempre cuentan sus glorias, siempre le son obedientes: no se ha visto motin de alguna luz fija ó errante de los orbes; nunca discreparon de la luz que les puso quien las encendió en hermosura tan grande y tan admirable con su palabra. Si para que venciese su capitan, quiso que el monarca de los fuegos celestiales se parase, alargando la vida al dia, luego clavó su inmensa velocidad en su obediencia. Si para señal de su promesa en Acáz, convino desandar sus jornadas irrevocables, luego se volvió los grados prefijos al oriente, repitiendo su infancia; haciendo desdecir de sus señales las sombras en el reloj del rey obstinado. Ya el fuego se fabricó en columna, y para encaminar el pueblo de Dios, substituyó el dia en las tinieblas del desierto. El viento fué cazador de su mesmo pueblo, lloviendo codornices. En el maná guisó á las condutas de Moisen en un manjar todos los sabores. Las peñas al golpe de su vara se derritieron liquidas en fuentes; las aguas en el mar

arrollaron sus olas en pretilos diáfanos, y enjugaron en vereda sus golfos.

Tal reconocimiento tuvieron en el Viejo Testamento; y en el Nuevo se encendieron en las finezas. El cielo llovió coros de ángeles sobre el pesebre de Cristo. Despachó estrella nunca vista ni ocupada en humano ministerio, á conducir los reyes y los misteriosos tesoros. El agua en las bodas del Arquitriclino volvió en vendimias los cántaros, mudándolos en vino. El mar pacificó con su palabra sus borrascas, y á sus piés se fijó en llanura. La muerte aprendió á restituir sus despojos por su mandamiento. La enfermedad en su palabra no aguardó la solicitud de otra medicina. La salud se introducía en la desesperacion de las dolencias; del ruedo de su vestidura sacaba el tacto remedio. El agua destilada en lágrimas renovó las almas. Los demonios le confesaron, vencidos. Sus palabras militaron en el prendimiento. En su muerte el aire clamoreó con suspiros; el día en su juventud se vió noche; el sol se ennegreció con luto, en que no tuvo parte la luna; la tierra, con el terremoto, arrojó de los sepulcros sus muertos y rasgó en sepulcros los montes; las piedras batallaron hasta romperse unas con otras. Y todas estas demostraciones de agradecimiento irracional hicieron por la ingratitud que cometía el hombre con el Señor que le crió para señor de todas ellas y que murió por él.

Pues en el tercero beneficio del Santísimo Sacramento, no fué menor sino mas misterioso el agradecimiento de las criaturas. El pan dejó de ser, y sus accidentes se mantuvieron sin substancia de pan, calificados en velo del cuerpo verdadero de Cristo. El vino, en competencia del agua, que en el convite de Caná se volvió en vino, en este se vuelve en sangre. La ausencia perdió sus distancias y apartamiento, quedándose el mismo que se iba. ¿Qué hizo el hombre? Judas lo dirá, que le comulgó para venderle; que habiéndosele entrado Satanás en el corazón, se atrevió á recibirle en su boca. Todas estas maravillas y demostraciones son dura reprehension para el hombre, y rigurosa advertencia de que entre todas las criaturas, quien menos debía ser ingrato á Dios, le es ingrato solamente.

He querido empezar antes por la doctrina que por la definición del desagradecimiento. No es menester definir lo que todos somos cada instante, mas por cumplir con el orden dialéctico, lo definiré. Ingrato es quien no conoce el beneficio que recibe, quien le desprecia, quien le olvida, quien le acusa: por todas estas cosas es un hombre ingrato. Lilio Gregorio Giraldo, ferrariense, hombre docto, en su libro, que intitula *Contra los ingratos*, dice: «El cual vicio, porque le juzgaron execrable y abominable aquellos nuestros antiguos latinos, ni nombre le pusieron. Cuando lo revuelvas todo, no hallarás cómo llamaron los latinos la *Acharisia*; porque lo que algunos deste tiempo llaman *ingratitude*, y algunos doctos agora usurpan por lo mismo, los mas eruditos afirman que no es palabra latina.» Así lo advierte el doctísimo maestro Barrientos en su *Lima barbariei*, advirtiendo que por este defecto huyó tanto Ciceron la traduccion desta voz $\text{A}^{\prime}\chi\rho\rho\iota\sigma\iota\lambda\alpha$, que antes quiso en latin escribir griego que mal latin, lib. 9, ep. 7, ad Attic. *Sed ita meruisse illum de me puto, ut A'χρρισιας crimen subire non audeam.* Y por excusar la mala palabra, en el mismo lib. 9, epíst. 2. *Sed quia ingrati animi horreo.* Cierto es que la palabra *ingratitude* es mal latina; mas no sin misterio los latinos pusieron nombre al ingrato, y no al vicio. A mi ver quisieron enseñar que este vicio es el hombre, y que es vicioso y vicio. Por esta razon, ya probada brevemente y definida, diremos: «*Ingratitude* es hombre, y el hombre república de *ingritudes*, y la república poblacion de ingratos,» como lo probaré en sus lugares. Para que admitamos la palabra *ingratitude*, basta que la usa santo Tomás y los escolásticos, á quien se debe seguir.

Escribió contra la *ingratitude* Juan Antonio Campano tres libros doctos y de sólida erudicion; empero, arrimándome en todo lo substancial á los santos y sagradas escrituras, seguiré mas seguro camino.

He asegurado el nombre de los ingratos y definídole; resta dar sus señas y retratarlos con las palabras del Eclesiástico, hijo de Sirach, cap. 29. *Donec accipiant, osculantur manus dantis, et in promissionibus humiliant vocem suam: et in tempo-*

re redditionis postulabit tempus, et loquetur verba tædii et murmurationum, et tempus causabitur: si autem potuerit reddere, adversabitur, solidi vix reddet dimidium, et computabit illud quasi inventionem: sin autem fraudabit illum pecunia sua, et possidebit illum inimicum gratis: et convitia et maledicta reddet illi, et pro honore et beneficio reddet illi contumeliam. No los perdouó el sagrado pincel faccion, ni seña, ni sombra, ni semblante, ni ceremonia. ¡Qué parecido retrato es de muchos hombres de diferentes caras! La primera seña es que «besan la mano al que da, mientras reciben.» La segunda, que «en los prometimientos humillan su voz.» Estos besan la dádiva, no la mano, pues no la besan sino mientras da; antes la muerden que la besan. «Prometen con humildad» para recibir con soberbia. Bien lo muestra el retrato en lo que hacen, pues dice «que cuando llega el tiempo de la paga piden tiempo,» no por pagar, sino por pedir. «Y hablan palabras de enfado y de murmuraciones.» No se dirá deste retrato que no le falta sino hablar, pues habla. «Trampean el tiempo;» esto es, por hurtar lo mas precioso y de todas maneras; en el oro y en los beneficios lo que no quieren volver, y en el tiempo lo que no pueden volver. Dice que «aunque te puedan pagar, lo rehusarán de lo que recibió; cuando pague, pagará apenas la mitad y lo tendrá por dádiva que hace, no por paga que debia;» que es peor ingratitud que negarlo todo, pues haciendo del beneficio ajeno robo, cuenta su robo por beneficio. «Empero si le negare cuanto le dió, será su enemigo de balde.» El mundo se divide en padecer esto y en hacerlo. Conozco muchos que lo hacen con muchos y lo padecen con muchos. Recebir mercedes y beneficios y socorros, y ser enemigo del que los hizo, es pretender, es negociar, es ser cortesano; dígase mas universalmente, es vivir en el mundo. «Págale con afrentas y maldiciones, y por el beneficio y la honra le da infamia.» Aquí se conoce quién son los ingratos, que en ellos el bien se vuelve mal, la honra afrenta y el beneficio enemistad.

No hay fiera tan abominable en el mundo, que trueque naturaleza con ellos. Todos agradecen el moderado agasajo, y

para el reconocimiento remedan la razon. Fierísimo es el leon, y el sacarle una espina de un pié pagó liberalísimo con dar la vida al que se la sacó. Mas horrendo animal es la serpiente, parto de veneno de la tierra, y ella veneno animado. Ya se vió un áspid (así lo escribe en su *Oficina histórica* Juan Felice Astolfi, de Juan Ravasio) que, doméstico, y á modo de perrillo, acudia en una casa á las horas de comer, y se alimentaba con familiaridad pacífica y entretenia á los dueños. Sucedió, que estando comiendo un dia, parió debajo de la mesa, y un hijo suyo picó en un pié á un niño de la casa; y de tal suerte se enfureció, que arremetió á su propio hijuelo y lo mató y se fué, y no volvió mas. ¡Oh si así puede decirse, suma honra de áspid, en afrenta de todos los hombres, que pudiendo volver y ser mejor recibida de los dueños de la casa por agradecida despues, que antes por mansa, de afrentada de haber parido (aunque áspid) un hijo desagradecido al beneficio, se escondió! Pudo esto ser verdad, y cuando no lo fuese, grande afrenta es para el hombre desagradecido que se inventase en un áspid, para creído, lo que dél no se podia esperar. Y es mas fácil y mas conforme á razon creer que una serpiente aborrezca la ingratitud, que creer que un hombre racional, hecho á imágen y semejanza de Dios, la ame; y pues esto veo, aquello creeré. Socórreme con alta consideracion el salmo 90, en el vers. 13: «Sobre el áspid y el basilisco pasearás, y pisarás el leon y el dragon.» Literalmente nombra el salmo las dos fieras mas brutas, de quien yo refer los dos ejemplos de agradecimiento, leon y áspid: así llaman estas palabras toda la fuerza y atencion de la consideracion humana. El Espiritu Santo, en el lugar citado del *Eclesiástico*, dice que el hombre, aun dejándose pisar y acocear del ingrato, padecerá su veneno. Y en el salmo, por David, dice que podrá pasear sobre el áspid sin temer su ponzoña, y acocear al leon sin padecer sus garras.

Pretensiones tiene en muchas plumas doctas la ingratitud de preceder á la invidia. Presumo es primero ser ingrato que invidioso, y aquí la ingratitud se ejercita negando el origen que le da la invidia, por ser juntamente ingratitud y ingrata.

No se puede negar que es primero invidiar el bien que recibirle, y por esto recibirle y desconocerle es parto del invidiarle. Luego la invidia, que es madre de la ingratitude, incestuosamente en la ingratitude, que es su hija, engendra todos los vicios y pecados; descendencia numerosa, como bastarda y vil, infamada en propia generacion. Yo no me atreveré á determinar si la invidia es peor por sí que por madre de la ingratitude; diré, empero, que la invidia se atormenta con la virtud y con el bien, mas la ingratitude atormenta al bien y á la virtud. A la invidia la pesa de los beneficios que otro goza; la ingratitude hace que los beneficios que recibe sean afliccion y pesar de quien se los da y concede. Ella es tan abominable, que conviene mas guardarnos de ser ingratos que de los que son ingratos. Quanto es mejor, por mas meritorio, padecer en otro el martirio por nuestra virtud, que ser martirio de la virtud de otro.

El refran castellano que dice: «Haz bien, y no cates á quién; haz mal, y guarte,» por el primero consejo es necio, y por el segundo necio é impío. Condena el primero el Espíritu Santo con estas palabras: *Si benefeceris, scito cui feceris, et erit gratia in bonis tuis multa.* «Si haces bien, mira á quién, y tendrás mucha felicidad en tus cosas.» Ya el texto del Eclesiástico enseñó que el hacer bien y los beneficios acarrear enemistad y afrenta. No dice que no haga bien, sino que lo haga mirando á quién. Bien se verifica esto, y frecuentemente en lo político. El ruin en honra siempre fué acusacion y ruina del que le puso en ella. Muchos grandes ministros he visto yo en mis días condenados por los que pusieron en puestos, y por las mismas cosas que los aconsejaron que hiciesen (puede ser) para tener que acusarlos por haberlas hecho. Tambien dicta la caridad que se ha de mirar á quién se hace bien, por no hacerle mal. Hay muchos que siendo pobres merecen ser ricos, y en siendo ricos merecen ser pobres; muchos que despreciados y escuros se muestran beneméritos de las dignidades y honras, y en alcanzándolas son reos afrentosamente de las honras y dignidades: y es causa desto, que los dieron lo que les faltaba para poder ser lo que dejaban de ser,

porque no podían. El que á estos tales niega lo que le piden, es liberal con lo que niega, y bienhechor de aquellos á quien no concede el beneficio; y por la propia razon el que se le da es juntamente ingrato á sí y al que le recibe.

La segunda parte del refran condena todo el *Decálogo* y toda la ley de Jesucristo y toda la Iglesia. «Haz mal,» es precepto del demonio; es decir, que hagan lo que él hace. Esta cláusula es impiamente facinorosa. La necedad es añadir al consejo «haz mal», el «guarte»; debiendo decir, no «Haz mal y guarte», sino «Guárdate de hacer mal». Porque hacer mal y guardarse, es imposible, siendo así que se pierde en haciéndole. Puede el malhechor guardarse con dificultad del ofendido, y casi no puede de la justicia. Es imposible que se guarde del verdugo; del verdugo, digo, invisible de la conciencia y de la culpa, cuyo castigo y pena está por cuenta del tribunal de Dios, donde el oro no tiene valor, ni la dádiva estima; ni la negociacion, poderosa voz. La santa Iglesia señala sola qué cosas en aquel tribunal y juicio hacen efectivo el alegato de nuestra defensa, y señala arrepentimiento, satisfaccion, perdon de la parte, sufragios, indulgencias, intercesion de los santos, para alcanzar gracias que encaminen á estos medios. De manera que para no ser ingrato dando ó negando, haciendo ó dejando de hacer, no se ha de hacer mal y se ha de hacer bien, mirando á quién se hace, por no hacerle mal y malo con el bien.

Conviene por esto, para ser verdaderamente agradecidos y para no ser ingratos, conocer cuáles son bienes verdaderos, cuáles aparentes; el mal que se disimula en algunos bienes, el bien que yace secreto en algunos males; la felicidad que encierran las desdichas, y las desdichas que ocultan las felicidades. Por ignorar esto muchas veces, ingratos á nuestro provecho, agradecemos los males, y agradecidos á nuestro mal, somos ingratos en él á nuestros bienes. Beneficios universales son la enseñanza, el buen ejemplo y la reprehension y advertencia; porque estos enmiendan las costumbres, mejoran la mente, y disponen al entendimiento para lograr los beneficios particulares, y la conciencia para lograrlos, recibéndolos ó

dándolos. Estos beneficios pocas veces y en pocos se oyen con este nombre: la enseñanza se aborrece por prolija, á persuasión de la presunción propia; el ejemplo se desprecia por impertinente, á persuasión de las interpretaciones del gusto; la reprehension se abomina por injuriosa; la advertencia por entremetida. Veis aquí como los malos en su vocabulario mudan los nombres á las virtudes, en el cual antes las infaman que las nombran.

Ello es cierto que solo son bienes y beneficios los que enriquecen el alma y disponen el cuerpo á la obediencia del espíritu. Son eternos: no se pueden perder, ni pueden ser robados del ladrón ni del usurero; ni el fuego los halla, ni la edad los gasta, ni los embarga la muerte, ni los cierra la sepultura.

Séneca dice que las riquezas ni las honras no son beneficio, sino señales visibles por donde se conocen los beneficios, los cuales están radicalmente en la intencion del que los da. En esta materia mejor es remitirme á Séneca que desaliñar su doctrina con mis palabras. Solo añadiré que no puede ser beneficio, aunque lo agradezca el que lo recibe, aquella dádiva que sirve al apetito ó al pecado. Agradece el vengativo que le encaminen á su puñal su contrario, el lujurioso que le faciliten el adulterio, el envidioso que le crean la calumnia y la acusacion, el ambicioso que concedan á su soberbia los premios de los méritos. Estos, tan ingratos son á su conciencia en lo que reciben como los otros en lo que dan; y con todo, este es el agradecimiento que mas se gasta en el mundo y el mas corriente, y el que anda en mejor hábito y mas espléndidamente acompañado. Discurrámos en las malas costumbres de la ingratitud; en ella hallaremos todos los pecados mortales, y á ella en todos ellos. Es soberbia, por ser una de sus principales causas el amor propio. Es envidia, porque consta del aborrecimiento del prójimo. Es avaricia de la misma avaricia, pues lo es de los bienes propios y de los ajenos, de lo que tiene, y de lo que los otros tienen. Es homicida en el hijo, deseando la muerte al padre por la herencia: en el hermano contra el hermano: en el amigo contra el amigo, por la manda. Es ira rabiosa, nacida del beneficio contra el bienhechor.

Es el ingrato el peor de los ladrones: él solo halló modo de añadir abominacion á la infamia del robo. El ladrón es aborrecido del robado: el ingrato aborrece al que roba. El robado persigue al ladrón: el ingrato persigue al que robó. El ladrón hurta lo que le niegan y le esconden: el ingrato hurta lo que le dan y lo que pide y recibe. Del ladrón se guardan todos: del ingrato pocos. Aquel para robar se vale del descuido del dueño de lo que hurta: este se vale de la piedad y magnificencia del que le da lo que pide. El ingrato es lujurioso, y la lujuria es toda ingratitud á la propia vida, á la salud, á la hacienda, al sosiego y á la honra. Tal es la ingratitud, que á la lujuria la hace facinorosa y homicida y ladrona. El adulterio y el estrupo y el incesto, ¿quién se le dicta á la lujuria, sino la ingratitud contra el marido que le admitió en su casa, contra la parienta, contra la doncella que se fió del ingrato? Al pecado de la lujuria la ingratitud le añade los gravámenes nefandos, las circunstancias detestables.

Verifiquemos esto en el cuidado que Satanás tuvo de introducir la ingratitud en el mundo, y en el que tiene de conservarla en él para destruirle. El demonio, que sabia que siendo ángel, la ingratitud le habia hecho diablo, la tomó por eficaz remedio y experimentado, para hacer demonio al hombre. ¿Quién ignora que el pecado de Adán y de Eva fué ingratitud? Desde entonces la dádiva se confesó inducida de la ingratitud. Valióse della el demonio, dióla que comiese la fruta del árbol vedado, tomóla Eva, y de Eva persuadido Adán. Dióles Dios licencia que comiesen de todos los árboles del paraíso; exceptuóles uno: y perdieron aquel y todos los demás por uno solo. Esta fué ingratitud á Dios y á sí, y para todos la primera y la mayor. Acababan de amanecer en las manos de Dios la mejor criatura para reinar en todas las demás, y al instante con ingratitud suma aceptaron el ser semejantes á Dios. Ninguno despues acá, del ángel que se lo ofreció á sí mismo, y del hombre que lo aceptó de la serpiente, quiso ser á su Señor semejante, que no fuese en la ruina y caída semejante al que se lo ofreció á sí, diciendo: «Seré semejante al Altísimo,» que fué el propio que le ofreció á los primeros pa-

dres. Y para ver la fértil fecundidad de la ingratitud, luego fueron ingratos unos á otros: Eva á la dádiva de la serpiente, pues la acusó: Adán á Eva, á su dádiva y á Dios, diciendo: «La mujer que tú me diste me engañó.» La ingratitud es mal contagioso y hereditario. Verificóse luego en Cain y Abel. Ofrece Abel sacrificio de sus primicias: ofrécele Cain de las suyas: hace Dios mejor acogida al sacrificio de Abel que al de Cain, no por lo material del sacrificio que le daba, sino por la intencion con que le ofrecia. ¿Veis que no es el sacrificio ni la dádiva lo que se ofrece, sino el corazon que le ofrece? ¿Veis en Cain que hay ingratos, dando y ofreciendo? Hace Dios á Cain hermano mayor: él, ingrato al beneficio de la primogenitura, da muerte á Abel, porque, no contento con ser primero quiere ser solo. La grandeza y los puestos superiores y primeros son la disposicion mas poderosa para inducir á la ingratitud. El hombre desea para sí toda la riqueza y honra que ve en los otros: en alcanzándola, tiene por infamia el agradecerla. Pretende con engaño lo que no tiene: recibe con malignidad lo que le dan: tiene por desdicha el no alcanzarlo, y por afrenta el reconocerlo. El que está en la mayor cumbre, no ha de mirar con tanto cuidado cómo tiene los piés sobre la cabeza del monte cuanto de qué manera tiene la suya sobre sus piés: quien esto mirare, no caerá, no será ingrato. Cundió la raza de la ingratitud en los sucesores de Adán. Ya se vió en la torre que fabricaron á fuerza de ladrillos, donde de uno en otro temerarios quisieron, para subir al cielo, introducir en méritos los escalones: no merecerle, sino escalarle. Obligó la ingratitud á que Dios diese licencia á las aguas para anegar la tierra: este no es el mayor encarecimiento de su iniquidad. Obligó á Dios á que se hiciese hombre: obligóle á que padeciese y muriese.

Consideremos agora cómo fueron diferentes el segundo Adán Cristo Jesus y la segunda Eva María sacratísima, que hasta el nombre de Eva le contradijo, volviéndole en el de Ave. En Adán fué primero el hombre que la mujer. En Cristo primero fué la mujer que el hombre, en cuanto Dios y hombre. Allí el hombre dió parte de su cuerpo, para que de-

Ita se fabricase la mujer. Aquí la mujer fabrica de su cuerpo, y en su cuerpo, por la obra del Espíritu Santo, al Hombre Dios en cuanto hombre. Adán, de quien sacó Dios materiales para formar la mujer, dormía cuando para fabricarla le quitó la costilla. La toda santa y siempre purísima mujer, cuando concibió á Cristo, segundo Adán, velaba orando. Mirad cuán diferentes son en todo los que introdujeron la ingratitud, de los que la castigaron y satisficieron por ello.

¡Oh, si yo mereciese que aquella excelsa pureza y aquella virginidad Madre, que coronada de gloria reina con su Hijo, Dios y hombre, sobre los ejércitos de los ángeles, me dispensase lumbre de sabiduría ardiente para discurrir mas allá de la miseria y poquedad de mi talento, y fuera de las tinieblas de mi ignorancia, los misterios de la disposicion de su parto! Yo, llevado de la devocion y confiado en este ruego, ponderaré algunas cosas que puede ser haya dejado el gran Dios á mi ignorancia, para que en todo tiempo se reverencie y se vea lo que él dijo, que escondió el Padre eterno muchas cosas á los sabios, que reveló á los pequeños. Y si Cristo dió gracias por esto á su Padre, ¡cuáles se las debemos dar á Cristo los pequeños por las que dió por nosotros!

Llegó el tiempo de la encarnacion del Hijo de Dios, en que se desempeñaron los profetas, cumpliéndose lo prometido en las semanas. Y siendo el hacer Dios á María su madre la merced mas colmada de divinidad, envia al ángel Gabriel por su consentimiento. Si Dios para hacer el mayor de los beneficios á su criatura la pide consentimiento, ejemplo es que no debe apartarse de la atencion de los reyes de la tierra.

Dios no puede llamarse agradecido, pues no puede recibir beneficio de nadie; y de su mano le reciben todas las cosas. El llueve para los buenos y los malos, y manda nacer su sol sobre los justos y los impíos. Toda buena dádiva deciendo dél; sin él no hay bien, y él es el solo y el sumo bien. Dios como hombre (á nuestro modo de entender, digámoslo así) fué agradecido, de la manera que se puede decir de Dios hombre. Tuvo Cristo pasiones de hombre, porque era hombre real y verdaderamente. Empero túvolas tan eminentemente,

preservaría totalmente de culpa con santificación especialísima á su madre? ¿Puede haber mas encarecida miseria que recatear por un instante la limpieza de la Madre de Dios?

Por María murió como por todos; entiéndese que murió por ella, porque tuvo della cuerpo y ser de hombre para morir. Murió para todos, porque todos comprendidos en el primero pecado le trujeron á la muerte. El privilegio fué que gozase de los méritos de su pasión, libre de culpa. Nació de María, murió con María al lado, y murió por María, como hemos dicho. No murió la Vírgen Madre viendo morir á su Hijo, y habiendo muerto otras madres de dolor de ver á sus hijos morir, con ser su amor infinitamente mayor que el de todas; porque, como aquella muerte era para matar la muerte y dar vida á todos, aun de lástima no pudo dar muerte. Yo mostraré que no ha sido digresion esta, y que no me he apartado del discurso de la ingratitud, la que voy mostrando que Cristo y su Madre contradijeron en Adán y en Eva. Dijo Gabriel: «Ave, llena de gracia, el Señor es contigo, bendita entre las mujeres.» Angelo Caninio, varon doctísimo en las lenguas orientales dice que aquella palabra «llena de gracia», que el griego dice «graciosísima»; en el propio sentido en el siriaco idioma, que razonó el ángel, se dice así: *Scelam Cechimariam Maliath, Tabutha*. «Paz á tí, María, llena de gracia; el Señor nuestro sea contigo». Y advierte que aquel *Tha* es relativo y señalaba persona: fué lo que obligó á la Vírgen á turbarse. Así lo dice el texto: «La cual como lo oyese, se turbó en las palabras que la decia, y imaginaba cuál sería esta salutacion.» Parecióle á Angelo Caninio que en la salutacion, cuando se turbó, no habia relacion particular que ocasionase la turbacion; empero está en la palabra «El Señor es contigo», que la palabra sira pronuncia «Señor nuestro». Considerad á la Vírgen turbada de oirse llamar llena de gracia, y que es bendita entre todas las mujeres, y que el Señor es con ella. Considera, ó hombre, que teme las mayores mercedes y alabanzas que oyó criatura. Aprende, vilísimo gusano, desta humildad á turbarte con las alabanzas, á temer los grandes beneficios.

que los teólogos modernos, para diferenciarlas de las nuevas, las llaman propasiones. Tuvo piedad, misericordia y justicia, todas virtudes; empero Cristo no se puede llamar virtuoso, porque este nombre es de aquella naturaleza que obra el bien, venciendo repugnancia que se le contradice. Digo pues que de la manera que Cristo fue caritativo y clemente, y piadoso y justo, siendo la misma caridad, clemencia, piedad y justicia, fué agradecido. Y en este sentido se entenderá cuando yo le llamare agradecido en alguna obra.

Digo que el Verbo eterno antes de encarnar en María y antes de ser su hijo en cuanto hombre, usó con aquella sacratísima alma, con aquel purísimo cuerpo reverencia de hijo. Ninguna cosa es mas propia á los hijos que para lo que han de hacer pedir el consentimiento á sus padres. Esto hizo Dios, que para encarnar en María la pidió el consentimiento para que fuese su madre. Y tanto se glorificó en ser su hijo, que antes de serlo por la concepcion, lo quiso parecer en el respeto. Pues ¿cómo (¡oh piedad cristiana!) quien para encarnar en María y habitar en sus entrañas la pidió, digámoslo así, licencia, la daría á la culpa original para que cupiese en ella algun tiempo, algun instante ni parte dél? Quien la escogió para «madre desde el principio y antes de los siglos», para satisfacer por el pecado original, la preservó por madre. Para pagar deuda del hombre, no convenia hacerse hombre en cuerpo que algun tiempo hubiese sido deudor de la misma culpa. Y por la misma razon que todos pecaron en Adán, no pudo pecar en Adán la madre del que pagó por todos. Las dificultades que á esto se oponen, todas las previno y convenció el ángel, cuando dijo: «Porque no será imposible para Dios toda palabra,» Luc. 1; *Quia non erit impossibile apud Deum omne verbum*. Pues si acerca de Dios no será toda palabra imposible, esta palabra «Concebida sin pecado original» ¿cómo le dejará de ser, no digo posible, sino toda decente? Lo que no pudo alcanzar la naturaleza humana ni la mente, fué que Dios se hiciese hombre; y eso creyó la Virgen María en diciéndola el ángel que se obraria por el Espíritu Santo. Y ¿dudará alguno que Cristo, hijo de Dios y Dios verdadero,

Oyelos María Vírgen; túrbase y teme, y pasa (si puede decirse) á dificultarlos con estas palabras: «¿Cómo se obrará esto, porque yo no conozco varon?» Pregunta que suena duda, siendo el requisito para que se efectúe el ser madre de Dios. El no conocer varon, esa es la disposicion en aquella angélica virginidad y pureza inefable.

Nota la diferencia de María á Eva. Aquella acepta, y cree de la boca de la serpiente el ser como Dios. La siempre vírgen se turba, y teme cuando oye del ángel que es llena de gracia, que el Señor es con ella. Andan Dios y su Madre compitiéndose los agradecimientos. Dícela el ángel que della nacerá el Altísimo, que será madre del Hijo de Dios, que Dios hombre será su Hijo. María, á quien Dios escoge por madre, agradecida no dice: «Yo seré su madre;» sino: «Yo soy su esclava; hágase su voluntad.» Concibe á Cristo Jesus, párele y recuéstale en un pesebre. Cristo, en agradecimiento de la humildad de su Madre, llueve ángeles sobre el portal: da comision á estrella embajadora que traiga reyes de Oriente para que hagan corte el pesebre en que le tiene su Madre en vez de cuna; para que el portal donde le parió vea de rodillas aquellas majestades, á quienes todos hablan de rodillas en sus palacios. En el pesebre, adonde acaba de nacer de madre libre de la culpa, porque viene á morir, nace entre ángeles y reyes; en la cruz, donde le ponen las culpas y el pecado primero, muere entre delinquentes y en medio de dos ladrones. Allí, que nace de purísima madre, le ofrecen la mirra; aquí, que muere por los culpados y en poder de los ministros impuros, se la dan á beber. Cuando nace mueren por él los inocentes; cuando muere inocente, muere por los culpados. En el Calvario el cielo se oscurece, añocheciendo y ocultando el manantial de las luces visibles; en el pesebre inventa el cielo nuevas luces y resplandeciente ministro de fuego. Y pues en todo, el segundo y eterno Adan fué contrario del primero, para serle propicio; como Adan culpó á Eva, Cristo *ab initio* disculpó á María, quitándola la culpa; eso es disculpar. ; Mirad qué agradecimientos, estos referidos, tan dignos de Dios y hombre, tan dignos de madre y vírgen!

Resta enseñar cuánto aborreció Cristo la ingratitud. Dirélo con las palabras de san Pedro Crisólogo en el fin del sermón XLVIII, sobre aquellas palabras del Evangelio: «Y no hizo allí muchos milagros por la incredulidad de aquellos.» Dice el Santo: «No se obra allí milagro donde la incredulidad no lo merece. Si bien cuando Cristo sana no pide paga; con todo, se indigna cuando por la honra que se le debe se le hace injuria.»

Dos cosas se coligen destas palabras. La una, que la ingratitud obligó á Cristo á que no obrase milagros; que fué carecer de la apelacion que de la limitada virtud de la naturaleza tiene nuestra flaqueza para la omnipotente virtud de Dios; fué carecer de los testimonios de la verdad para creerla. De manera que la ingratitud se quitó en Cristo el remedio temporal y los medios para la salud espiritual. No obró otro algun pecado tales efectos de perdicion. Lo segundo que se colige es, que los judíos fueron á Cristo ingratos con todo infernal encarecimiento; pues no solo no conocieron, no confesaron, no creyeron el beneficio, sino que por honra que le debian, le pagaban con injurias. No es enfermedad curable incredulidad nacida de ingratitud. Esta es y fué y será la dolencia de los pérfidos judíos; esta llora sobre todos ellos su rey David, salmo CIV, donde al principio, para remediar su ingratitud, los exhorta diciendo: «Ingratos, acordaos de sus milagros que hizo, de sus prodigios y de los juicios de su boca.» Sabia el santo Rey que como ingratos los habian olvidado; así lo dice, prosiguiendo en el salmo CV, despues de haber referido inmensos beneficios que Dios los habia hecho: «Olvidáronse de sus obras, y no sufrieron su consejo.» Y mas abajo: «Olvidaron á Dios, que los salvó, que hizo milagros grandes en Egipto, maravillas en la tierra de Cham, cosas terribles en el mar Bermejo.» Debemos considerar la afliccion de aquel Rey santo y profeta, viéndose rey de pueblo ingrato á Dios tan propicio y benigno, y siendo él tan agradecido á los beneficios de Dios, que en el salmo CXV exclama con voces del corazon estas bien reconocidas palabras: *Quid retribuam Domino pro omnibus quæ retribuit mihi?* «¿Qué le daré al

Señor por todo lo que me da?» No ha de pedir el buen rey siempre á Dios, que le dé mas; ha de ocuparse en buscar qué le dará por todo lo recibido. En buscar cómo agradecer á Dios lo recibido está el poder conservarlo. Para recibir beneficios de Dios basta ser cualquiera criatura; para reconocérselos es menester ser justa y reconocida criatura.

Dije que la incredulidad que procede de ingratitud es incurable. Probé con David que esta es la dolencia obstinada de los judíos. Que sea incurable, lo pruebo con ellos y con su dureza. Hay incredulidad que se cura fácilmente, por no ser de aquella mala casta. Esta se vió en Tomás apóstol, cuando dijo: «Si no viere la figura de los clavos, y metiere mi mano en su lado, no he de creer.» Discurre en esto para mi opinion san Pedro Crisólogo, sermon LXXXIV. Daré á leer en estas palabras mucho oro, razonado de la mina de sus escritos: «¿Por qué así Tomás inquiere los vestigios de la fe? ¿Por qué al que tan piamente padece, tan duramente le examina resucitando? ¿Por qué aquellas heridas que rompió mano impía, así la mano devota las inquieta? ¿Por qué el lado que con lanza el soldado despiadado descubrió, porfia á desgajar la mano del que obedece? ¿Por qué los dolores que causaron las manos de los perseguidores, los renueva la mano curiosa del discípulo con crueldad? ¿Por qué con tormentos al Señor, con penas á Dios? ¿Por qué, queriendo probar al Médico celeste el discípulo de la herida, le trata así? Cayó la potestad del diablo, descubrióse la cárcel del infierno, desatóronse las ligaduras de los muertos; muriendo el Señor, se arrancaron los sepulcros, y resucitando el Señor, toda la condicion de la muerte se mudó; del sepulcro sacratísimo del Señor se levantó la losa, las ataduras y sudario se desataron, y la muerte huyó de la gloria del que resucitaba; volvió la vida, levantóse la carne, que no habia de caer mas. Y ¿por qué á tí solo, Tomás, deseas que se te entreguen las heridas con demasiada curiosidad para el juicio de la fe? ¿Qué fuera si estas con las demás se hubieran borrado? ¿En cuál peligro hubiera incurrido tu curiosidad? ¿Persuádeste que no hay algunas señales de la piedad, ningunos documentos de la resurreccion del Señor,

si con tus manos no aras las entrañas que así surcó la crueldad judaica? Encaminó, fieles, la piedad esto; esto quiso la devoción para que después no lo pudiera dudar la impiedad. Empero Tomás no solo curaba su incertidumbre en su corazón, sino la de todos los hombres. Procuraba, habiendo de predicar esto á las gentes, cómo podría autenticar el sacramento de tan grande fe. De verdad mas fué profecía que duda; porque ¿para qué habia de pedir tal cosa, si no hubiera conocido con luz de profecía que Cristo habia reservado sus heridas para el juicio de su resurrección?»

Alumbrado del Espíritu Santo este grande y elegantísimo padre, demuestra que la de santo Tomás apóstol no fué incredulidad ingrata, sino profética. Fué incredulidad contra la incredulidad de los judíos y de las gentes. Por eso mereció que Cristo, renovando después de resucitado su pasión en cierto modo, le concediese manosear sus heridas.

Veis que á la ingratitud se le niegan los milagros, que no se negaron al fariseo, á quien cortó la oreja san Pedro, pues Cristo se la restauró; á la adúltera, por quien en la tierra hizo señales tan milagrosas, que dicen algunos padres que todos los que la acusaban leyeron sus pecados en ellas; á María Magdalena, de quien echó siete demonios, la pecadora de la ciudad, y conocida por este nombre. No es posible encarecer mas el detestable horror de la ingratitud.

Resta mostrar cómo fué Cristo agradecido. Convídanle á las bodas de Canaá en casa del rey del banquete. Va con su santísima Madre y sus discípulos; falta el vino, y hace que se vuelva el agua en vino. Por una comida obró el primer milagro de los que hizo, que fué honra grande y singular prerogativa darles la primera señal milagrosa con abundancia tan magnífica de lo que faltaba. Aquí se ofrece un lugar que ha fatigado muchos discursos doctos y piadosos, para interpretarlos. «Dijo su madre á Cristo: No tienen vino. Respondióle: Mujer, ¿qué nos toca á mí ni á tí?» Estas palabras tienen semblante despegado; empero consideradas con espíritu, y consultando para su declaración la pureza y excelencias de la Madre, y el amor que su Hijo Dios y hombre la tenia, me ar-

rojó á decir que no solo no fueron palabras dañosas, sino tan favorables, que en ellas me parece pronunció el texto irrefragable de su purísima concepcion, diciendo: «En el oficio de redentor de la culpa original, que hoy empiezo con el primero milagro en Canaá, á tí y á mí nada nos toca: á mí, porque soy Dios; á tí, porque yo te preservé.» Y esto tiene fuerza; pues siendo Cristo su hijo en cuanto hombre solamente, por la culpa original pudo decir: ¿Qué nos toca á tí y á mí? Y antes parece decisión que despego. Ni los de la opinion contraria podrán hablar otra cosa aquí, que á la Vírgen y á su Hijo no tocasse. Segun esto, fué decir muy amorosamente á María: «Mujer, de las faltas de los hombres á tí y á mí nada nos toca, tócales á ellos. A mí no me tocan por ser Dios, á tí por ser mi madre; no ha llegado mi hora en que con el nombre de mujer, padeciendo en la carne que me diste, te nombraré.» Este milagro, que fué el primero con que en Canaá se manifestó, fué para que los apóstoles creyeran en Cristo. Así lo dice el texto sagrado: «Este principio hizo de sus señales Jesus en Canaá de Galilea, y manifestó su gloria, y sus discípulos creyeron en él.» Lo que dice el doctísimo Cayetano no lo consiente el texto (estas son sus palabras: «Fué decir: A tí, como mujer, no te toca que falte el vino; y que por eso el Arquitriclino llamó al esposo de las bodas, y no á alguna mujer»), pues el texto dice que la Vírgen María, y no el rey del banquete, dijo á los ministros: «Haced cualquiera cosa que él os dijere.» Y consecutivamente Cristo mandó que llenasen las hidrias de agua, y que sacasen dellas el agua convertida en vino. De que se colige que, pues Cristo luego hizo el milagro, socorriendo la falta del vino que su Madre dijo que habia, que las palabras: Mujer, ¿qué nos toca á tí y á mí? no miraron al socorro del vino, sino que forzosamente fueron misteriosas. Ni habia de extrañar Cristo que su Madre intercediese con él por las necesidades de sus huéspedes, ni habia de frustrar su intercesion; pues esta fué la vez primera que expresamente en necesidad se halla escrito que intercedió. ¡Dichosa boda y casa donde Cristo hizo el primero milagro, donde la Vírgen hizo el primero ruego!

No merece nombre de digresion esta advertencia, pues ya que no toca á la ingratitud, la huye; pues lo fuera referir este texto y no solicitar esta explicacion en favor de la pureza de la Virgen.

Dícele el ladron: «Señor, acuérdate de mí cuando estés en tu reino.» Y ofrécese luego diciendo: «Hoy serás conmigo en el paraíso.» ¡Oh inefable grandeza! ¡Dichoso quien persuadiere al frenesí de la honra del mundo á que se acuerde del que le acompañó en la afrenta! ¿Quién en el mundo no aborrece el testigo de su miseria, y al que le acuerda las ignominias que le vió padecer? Muere Cristo escupido, abofeteado y azotado y en una cruz, como malhechor, entre dos ladrones, y pídele el bueno que se acuerde dél cuando esté en su reino, que es acordarse de su mayor oprobrio; y no solo acepta el acordarse dél, sino el hacerle partícipe de su reino consigo en el propio día. ¡Grande é inmenso beneficio, que apreció conforme á su justicia el conocimiento de un malhechor, que en hombre visible (que con él padecía como delincuente) creyó reino, y reconoció entre la borrasca de las afrentas majestad soberana!

Tal se mostró Cristo con los hombres cuando todos fueron ingratos, los mas toda su vida, y los agradecidos, alguna vez en ella. De sus apóstoles unos le dejaron, otro le niega, otro le duda y otro le vende; este fué Judas, llamado varon de Carioth: no perdonemos á su patria esta infamia. Esté fué el ejemplo de los ingratos, este fué la misma ingratitud, con toda su genealogía. Tuvo por madre la invidia en el unguento de la Magdalena, que invidió á los piés de Cristo; luego se valió de la dádiva, que induce la ingratitud, pues para vender á su Maestro empezó diciendo: *Quid vultis mihi dare?* «¿Qué me quereis dar, y yo os lo entregaré?» El ingrato no señala precio, porque lo es por poco y por mucho y por cualquiera cosa. Diéronle treinta dineros de plata; tomólos y entrególe. Arrepintiósé Judas y volvió el dinero, y arrojóle y ahorcóse: era tan malo, que aun arrepintiéndose de pecar, pecó. En esto le imitan todos los desagradecidos. Ahorcóse por ser desagradecido á su mismo desagradecimiento, pues pu-

diendo lavarle con lágrimas, le ahogó con la soga. ¿Cuál desagradecido logra lo que recibe? ¿Cuál no se desespera en tanto que es desagradecido? Todo desagradecimiento es horca, donde es verdugo de sí propio el desagradecido. ¡Oh todo infernal vicio! ¡Oh pecado todo infierno, que persuades á los hombres á ser antes desagradecidos á Dios que al hombre! Los escribas y fariseos preguntaron á Cristo si se habia de pagar el tributo á César. Y Cristo, que veia cuánto cuidaban de solo pagar al César y cuánto olvidaban lo que debian á Dios, sin tomar ellos en su pregunta á Dios en la boca, los respondió: «Dad á César lo que es de César, y á Dios lo que es de Dios.» Esto mismo nos dice á todos, y los mas nos desentendemos dello. Cristo á los que le seguian no les dijo que le trujesen lo que tenian, sino que lo dejasen con todo lo que pudieran tener. Así lo dijeron ellos: «Ves que lo hemos dejado todo y te seguimos.» Los apóstoles fueron agradecidos á Cristo, destituyéndose de lo que tenian y dejándolo, y por eso le siguieron. Los que contradicen con sus costumbres la vida de los apóstoles, dicen aquellas palabras al revés: «Ves que lo seguimos todo y te dejamos.» No pueden los verdaderamente pobres ser desagradecidos á lo que reciben, porque dice Dios que lo recibe él y que á él se le da y se obliga á la paga. Conviene que entendamos la calidad de las mercedes de Dios y que son beneficiós los castigos y los regalos. Conociólo y enseñólo Job en su miseria, cuando dijo: «Si recebimos los bienes de la mano de Dios, ¿por qué no recibiremos los males?» Declara san Agustin que estos males son bienes con este nombre. «Quien alaba á Dios por los milagros de sus beneficios, alábele por el espanto de sus venganzas, porque amenaza y halaga; si no amenazara, no hubiera alguna correccion; si no halagara, no hubiera alguna exhortacion.» De aquí nace que los mas seamos desagradecidos á Dios, porque sus beneficios pocos hay que no los olviden, sus castigos, menos que no los aborrezcan. ¿Quereis ver cómo hace Dios beneficios castigando, cómo da con lo que quita, cómo levanta al que derriba? Poned los ojos en san Pablo; espántale para animarle, derribale para levantarle, quítale la vista para dársela y para que

la dé á las gentes. Lo que conviene es saber recibir cualesquiera dádivas de Dios; no escoger unas por beneficios y dejar otras por trabajos. Todo lo que da es mercedes; no permitamos á nuestra locura que por su antojo las ponga diferentes nombres.

Descendamos mas particularmente á la doctrina política, y enseñemos cómo las dádivas pueden ser persecucion. Este ejemplo no se halla sino en Satanás y en los que le imitan, que no son pocos. «Retírase Cristo Jesus al desierto, ayuna cuarenta dias, y ofrécele el demonio piedras. Lévale al pináculo del templo, y dícele que se arroje de allí abajo. Súbele al monte, enséñale todos los reinos del mundo, y dice que se lo dará todo, si cayendo le adora.» Esto mismo hacen infinitos en el mundo, que con lo que dan tientan, con lo que ofrecen deshonoran, al que levantan lo despeñan. No se puede negar que son mas los que hacemos ingratos con nuestros beneficios que los que lo son á nuestros beneficios. Hay dádiva y honra y oferta que es tentacion y ruina. La desdicha es que tentándonos cada dia Satanás con estas propias tentaciones disfrazadas, las aceptamos por beneficios. Dar el oficio de justicia al codicioso y vengativo, ¿no es darle piedras para que las vuelva en pan? Vuélveselas en pan el cohecho, y entregándole, se le vuelve en piedras la conciencia. Poner en las mas altas dignidades eclesiásticas al indigno, para que con la conciencia mandada y alma venal se despeñe, ¿no es pináculo que se acepta cada dia y se rueda cada hora? Ofrecerlo todo el ministro Satanás, porque lo adoren de rodillas, ¿no es idolatría con que se ruega? ¿Quién juzgará que reduciéndose á estas tres tentaciones todos los que llama beneficios el mundo, que no merecen antes fuga que agradecimiento? ¿Quién negará que el que los hace no es desagradecido con una misma accion á Dios y á sí y al prójimo? Quien me da lo que me faltaba para ser ruin, y lo que yo deseaba para poder ser ladrón, ó lo que echaba menos para ser tirano, este no me hace beneficio, sino ruin, tirano y ladrón. Y aun estas maldades, que solas tienen por beneficios, no las agradecen los ingratos, El ruin en honra, el primero á quien desconoce es al que le

puso en la honra que le hizo ruin. Es vanidad de los delinquentes no conocer fuera de sí principio en sus culpas. Los privados de los reyes pasan sin saber qué es agradecimiento, porque aunque dén á todos lo que piden, ninguno dice que recibió lo que merece. Si da el privado á todos, dicen todos que los iguala y que con eso los afrenta. Si da á pocos, dicen los mismos que lo hizo á mas no poder. Si tarda en el despacho, dicen que se le hizo desear, y defalcán del beneficio los pasos y las palabras; si abrevia el decreto, que por no verlos ni oírlos; si hace merced á sus parientes y criados, que es codicioso, que solo es mérito ser su deudo, que ser de su sangre es solo suficiencia; si no los favorece ni ayuda, que es demonio; que quien no honra á sus deudos, ¿cómo honrará á los que no lo son? Si recibe, dicen que es ladron; si no recibe, que es mejor venderlo bien que darlo mal. Si asiste siempre á su rey, dicen que le cerca y le teme; si no le asiste, que le desprecia. Ella es una dignidad esclava del trabajo, combatida de la invidia, cercada del aborrecimiento; que siempre vive en peligro, que sube por asperezas trepando, que baja resbalada por hielos, que nadie la ve subir que no la aguarde caer, que nadie la ve caída, que no le ahonda la caída para que siempre caiga. Él es el solo beneficio con que la fortuna siempre da codicia con el escándalo. Los privados son mártires (digámoslo así) de la lealtad á sus reyes, del amor á sus patrias. Tal es la naturaleza suya, que el delito es la prosperidad. Y así como el hombre adolece porque es hombre, así el privado padece solamente porque lo es,

Los reyes son en la tierra retratos de Cristo en el cuidado y ser pastores de los suyos, que por él le fueron encomendados. Empero las facciones y señales en que se le parecen, no son las coronas de oro, que la suya fué de espinas; no los cetros, que el suyo fue caña afrentosa; no la púrpura, que la suya fué escarnio; no el trono, que el suyo fué cruz y clavos y angustias. Las señas son los desagradecimientos que padecen, los desagradecidos que tienen, los cuidados continuos, los desvelos desconsolados, las asechanzas alevés, las traiciones domésticas. Y estas cosas que afligen, las deben

los reyes estimar con reverencia, pues en virtud dellas son retratos de Cristo parecidos, y dejándolas, le borran y ofenden al original. Y pues los reyes juzgarian por crimen de lesa majestad y castigarían al que á su retrato añadiese en público una cola de escorpion, unas manos de tigre, una boca de lobo, una lengua de áspid; consideren cuánto mas sacrílego delito cometen si en el retrato de Cristo, que son ellos, añadiesen estas fierezas detestables, con la crueldad, con la soberbia, con la avaricia y con la lujuria. Lucifer cayó por querer ser como Dios; ellos caerán por no querer ser como él. Habiendo el mismo Cristo predicado para su enseñamiento: «Aprended de mí, que soy humilde y blando de corazón,» — ingrato es á Dios y á su reino quien no lo hace.

Descendamos al hombre en particular, y en cada uno veremos que el ingrato es el que mas se queja de la ingratitud, porque el ingrato es mentiroso de obras, y por eso es el peor de los mentirosos; es avariento del bien, por ser pródigo del mal; tan venenoso, que hace desdichada la buena dicha. Es esterilidad de la gracia; yo le considero discípulo del fuego, que consume cuanto en él echan. Arde un árbol, y la llama es verdad que vuelve á cada elemento lo que le toca; mas vuélvelo de manera, que antes es ofensa que restitution: al aire da su parte, empero en humo negro y ofensivo, que le oscurece y le mancha; á la tierra la suya en ceniza inútil y despreciada; el agua con ruido la distila en vapores y la consume sediento. No menos se puede afirmar del ingrato lo que del fuego, que nunca dijo: *Basta*. Sucede á la cantidad del beneficio en el ingrato, lo que al bulto de la encina en el fuego, que en apoderándose dél, derrama su estatura en un puño de ceniza. El es el ladrón que recibe con una medida y paga con otra. La ingratitud es el vientre de las herejías y de los herejes. Parto suyo son todos los venenos de la verdad y de la fe; madre fué de los herejes en todo tiempo. Hijos suyos son aquellas pestes racionales que refieren Filastrio y Cipriano y Cirilo. Ella produjo al detestable Mahoma, Arrio, Pelagio, Ecolampadio, Melancton, Lutero y Calvino, tósigos de Alemania y Francia; y cada dia fecunda de muertes y conta-

gios, está engendrando cismáticos y novatores. La ingratitud persuade á los padres á cuidar de que sus hijos queden antes ricos que virtuosos, y á los hijos á que por la herencia aborrezcan la vida de los padres, á que tengan por mayor beneficio que se mueran que el haberlos engendrado. Y lo peor es, que ella es una perpétua dolencia del hombre y una disension que vive incorporada con él, pues hace que cada dia y cada hora su cuerpo sea ingrato á su alma, su voluntad á su entendimiento, su memoria á los dos. Ella es tambien zizaña de sus sentidos, pues cada uno es ingrato á los demás, y todos á cada uno. La boca del gloton es ingrata á todo el hombre, sentido por sentido, miembro por miembro; bébele los ojos, trastórna el juicio, humedécele el entendimiento, embrutécele la voluntad, obliga á que trastornadas hagan las manos el oficio de los piés, despues de habérselos desvariado. Empalágale la vida con demasías, ahógale el estómago en superfluidades, indúcele dolencias asquerosas, y déjale desfigurado de hombre, aun indigno de misericordia, y entrégale á las afrentas populares. Así la lujuria, desde los ojos del que se entrega á ella, con ingratitud rabiosa destruye la paz de todo el cuerpo, confunde su concordia y le rebela contra la razon. Lo propio hace la ira y la avaricia y los demás vicios, que para ser totalmente infernales en todo encarecimiento, se valen de la ingratitud. Tal es, que no hay pecado ni maldad ni traicion que para ser en el gravámen peor no se valga della. Doctrina es del angélico doctor santo Tomás (1): «La ingratitud es especial pecado por razon del desprecio del beneficio, mas es circunstancia respecto de los otros pecados.»

Y siendo el hombre ingrato y ingratitud, y todo ingratitudes, se queja de que le es ingrato el sol y el cielo si no llueve y se serena cuando y como su codicia lo desea para la fertilidad de sus cosechas. Quéjase del viento, y le llama ingrato, si para pasar su codicia á las orillas que apartó el mar, no se tasa con sus velas en su nave. Llama ingrata á la tierra, que á su simienza no vuelve ciento por uno, siendo esta cosecha solamente debida á la limosna, que él contradice con su ava-

(1) 2, 2, quaest. 107, 2.

ricia. Cada día dice que nació en mala estrella, y es ingrato á la que naturalmente influyó en su nacimiento; siendo así que si oímos á todas estas cosas, con evidencia le convencerán de ingrato: el sol, con que le dió luz que no merecía y que trocó á las tinieblas de sus retiradas usuras, que le trujo sucesivamente los días y los años que dejó pasar sin reconocimiento á Dios; el cielo, que se le mostró premio para sus virtudes, como trono de Dios y patria de los bienaventurados, y él le quiso siervo que le obedeciese á la desórden de sus codicias. El aire, que le fué aliento para vivir, y que, como por la continua respiracion tenia comercio con sus entrañas y veia que sus cargazonas eran para robar á los que compraba y destruir á los que vendia, le advirtió de su descamino piadoso con borrascas bien intencionadas; y que siendo él criatura de Dios, y de las cuatro que en los elementos atienden á la conservacion del mundo, como naturales dignidades, osó pretender que fuese cómplice en la maldad de sus designios. El agua, con que derramada en mares le fué divorcio de las naciones, en cuyos montes estaba enterrado el precioso peligro de su vida, el veneno resplandeciente, la tierra de mejor labor y peores hechos, que obedeciendo su soberbia procelosa la cárcel de flaca arena en que se cierra, le amonestó que obedeciese la que en ella le puso Dios con sus golfos. La tierra, con que le fué madre, vistiéndole el cuerpo en que vive, que él ha disfamado con vicios y torpezas tales, que le aguarda de su muerte con horror y asco; que le ha ofrecido lo necesario, y muchas veces importunada le ha dado lo supérfluo. De suerte que no contento con ser ingrato el hombre al cielo y á los elementos, los llama ingratos. Y es tal la iniquidad de la ingratitud, que no contenta con perseguir á los vivos, persigue á los muertos mas allá de las sepulturas. Considerad los herederos y testamentarios con cuánta prisa y puntualidad pagan el entierro y le disponen, y cómo luego falta para las mandas, y cómo se desentienden de los descargos de la conciencia; cuántas cosas hallan que se han de cumplir primero y cómo á todo lo importante responden que hay tiempo, que las deudas son muchas, que la ha-

cienda no es la que se pensaba, y que cada día van saliendo nuevas trampas, y de aquí, tras robar su hacienda al difunto y dificultarle el descanso á su alma, le deshonoran, diciendo: «Dios le haya perdonado, que era un hombre perdido, sin cuenta ni razon, y á todos nos tenia engañados; murió como vivió;» y otros tales oprobrios y afrentas. Ingratitud es esta la mas pesada, y no la que menos se usa. Mas porque acabeis de conocer á la ingratitud y al ingrato, diré su mas larga, primera y infame maldad.

El ingrato no se contenta con ser ingrato á todos y á sí vi- viendo, sino que pasa á ser ingrato á sí propio aun despues de muerto. Y esto lo consigue con no hacer por su alma mientras vive las cosas que le importara haber hecho en mu- riendo; y por esto manda cuando muere que las hagan otros, porque es tan maldito, que ya que no puede muerto hacer mas ingratitudes contra los que viven, quiere, encomendán- doles los descargos de su alma, hacer mas ingratos, pues los mas hacen con los difuntos lo que tengo referido. ¿Cuál es aquel que no ha visto esto por otros? ¿Cuál el que no lo ha hecho con otros? ¿Quién no teme que otros no lo hagan con él? No se cansa el ingrato de serlo. Todos los vicios y pecados acaban con la vida del hombre; el ingrato á sí en no disponer su alma para morir, muerto está, y está siendo in- grato.

Mas porque los que buscan achaques para no ser bienhe- chores, no se valgan desto, diciendo que siendo los hombres ingratos y la ingratitud tan condenada, que no es justo hacer- los bien, respondo que el virtuoso ha de hacer bien aun al ingrato por dos cosas: por no ser como él, y por no ser in- grato á Dios. A nuestro cargo está no ser ingratos, y procu- rar en cuanto pudiéremos que los otros no lo sean. El bene- ficio aun en el ingrato no carece de agradecimiento por muchos caminos, pues el hacer bien es premio, y Dios agra- dece el que se hace; y es mérito solicitar con nuevos benefi- cios la enmienda del que olvida ó desprecia los pasados. Si haces bien porque te le agradezcan, mercader eres, no bien- hechor; codicioso, no caritativo. No digo y o que si te pagan

el beneficio no recibas la paga, sino que no la codicies. Quiero que te alegres con ella, no porque te dan agradecimiento, sino porque tu prójimo no es desagradecido. Ninguna dádiva tienes en la cuenta de Dios con mejor calidad que la que sin tu queja no te pagaron. Por esto, no solo no has de negar tus beneficios á los ingratos, sino rogarlos con ellos, y socorrerlos con mas liberalidad sobre el engaño que cuando primero le experimentaste. ¿Qué otra cosa nos enseña aquel ardiente precepto de Cristo: «Amad á vuestros enemigos,» sino esta doctrina, tan importante, que la mandó con las palabras y con las obras? ¡Cuán innumerables y eternos beneficios habia hecho á los judíos antes de encarnar y encarnando, y viviendo y predicando, y obrando milagros y padeciendo! Todos con infernal ingratitud los habian despreciado y á su sacrosanta persona, hasta ponerle en la cruz como delincuente y entre dos ladrones; y cuando muere clavado por sus manos, pide á su Padre que los perdone: «Perdónalos; que no saben lo que hacen.» Esta doctrina, en razon de los beneficios, siempre estuvo remontada de la mente de los filósofos; por eso no los nombro en este tratado, no porque los desprecio para él, sino porque no los hallo en él. Algunos crepúsculos desta luz se divisan en mi Séneca, algunos en el doctísimo Campano; empero participan debilidad de la voz humana: son luz dudosa; aquí solamente amanece colmada de divinidad, sin confinar con las sombras de la noche.

Cristo fué liberalísimo dando y pidiendo. ¿Quereislo ver? Miralde pidiendo de beber á la Samaritana, para darla agua viva y salud eterna. Miralde pedir de beber á los fariseos en la cruz, diciendo: «Sed tengo,» para darles agua y sangre de su costado por hiel y vinagre.

No se ausente para nuestra exhortacion y enseñanza, y para temor de nuestra memoria, la parábola del que debia al señor muchas sumas. Mandóle prender y que le vendiesen la hacienda y la mujer y los hijos; afligido, se hincó de rodillas, y le dijo: «Ten paciencia conmigo, y yo te pagaré toda la deuda.» Mandóle soltar y perdonóle la deuda. Este en saliendo topó con uno que le debia á él cien dineros, y arremetien-

do á él, le ahogaba diciéndole : « Págame lo que me debes. » Dijo : « Ten paciencia conmigo, y yo te pagaré lo que te debo. » No quiso : fuése, púsole en prisiones hasta que le pagase. Súpolo el señor, llamóle y díjole : « Mal criado, yo te perdóné tu deuda porque me lo rogaste. ¿ No tenias obligacion de condolerte de tu deudor, como yo me apiadé de tí ? » Y enojado, le entregó á los verdugos hasta que pagase todo el débito. Veis aquí con cuánta facilidad perdona el Señor á sus deudores, y con cuánto rigor castiga á los ingratos. No siente que no le paguen lo que dió, tanto como siente que le sean ingratos en no imitarle en cobrar sus deudores de los que los deben. Dios, siendo ingratos á sus beneficios, nos hace beneficios, para que á su imitacion los hagamos á los que nos son ingratos.

He referido los agradecimientos de Cristo Dios y hombre en toda su vida, y antes de nacer, para encarnar en su Madre, los que usó con ella. Resta que diga los que con María, siempre vírgen, mostró muchos años despues de muerto y resucitado, por santificar con ellos todas las edades del mundo. Consideracion es mia ; si en ella hubiere alguna docta y piadosa consideracion, la reconozco de Dios en mi rudeza é ignorancia. Lo que no supiere discurrir con palabras decentes, es de la cosecha de mi culpa y miseria. El pesebre, el portal, el pozo en que se sentó cansado, la casa del desposado en Canaá, otra en que fué huésped, la casa de Lázaro, la columna, la cruz, el sepulcro y el rótulo, vinieron á nosotros. La cruz sacrosanta, señal de nuestra redencion, fué hallada. Las casas donde habitó y comió, y su santísimo sepulcro, y todos los lugares santos, están en Jerusalem ; y solamente la casa en que vivia María Vírgen, donde recibió la embajada, donde concibió á Cristo, fué traída entera por los ángeles con milagro prodigioso á Loreto, donde está, despues de haber mudado otros lugares, reinando en majestad soberana. ¿ Cuándo se vió fineza de amor tan preferida, que dejando en poder de turcos el pesebre que le sirvió de cuna, y su sepulcro, cargase sobre alas de ángeles aquel edificio, y solo cuidase de rescatar aquellas paredes ? La devocion estudiosa me dicta que le

movió á Cristo á esta demostracion tan agradecida (así se diga) el ver que aquella sola era la prenda en que habia vivido la que sola fué sin pecado, y donde habia sido concebido el que solo no lo tuvo por naturaleza, yvenia á quitar los pecados del mundo. Aquella casa era el solar de la redencion del mundo, siempre habitado de santidad altísima, de virginidad sacrosanta, de pureza inmaculada : premió Dios con tan maravillosa transmigracion tan esclarecidas prerogativas. Santísimo lugar es el pesebre donde nació, porque se reclinó en él Cristo Jesus; empero antes habia servido á un buey y á una mula. La cruz en que murió es un divino instrumento de nuestra redencion y donde se obró; señal gloriosa en que nos defendemos, estandarte que acaudilla los fieles : por esto se le debe la mas preferida adoracion ; empero, antes que Cristo Jesus muriese en ella, era patíbulo infame y afrentoso. La casa de María antes y despues y siempre fué albergue de toda soberana santidad, y por eso su hijo quiere que aquella casa y ladrillos y piedras que su Madre le guardó en pureza angélica antes, sea defendida por él, despues, de captiverio, y exaltada con translacion angélica. Pues si cuida con tal providencia, estando triunfante á la diestra del Padre, de la decencia de la casa en que fué concebido, ¿cuánto mas se debe creer que cuidó de la inmunidad de aquella en que fué concebido ? Y en privilegiar la casa de María tanto despues, enseña que preservó á María mucho antes, pues con razon debió honrar mas el vientre y entrañas en que estuvo que la casa en que su Madre vivia. Consideremos, ingratos, que seguimos en obediencia de la serpiente el ejemplo de la primera mujer y del primer hombre (que introdujeron con su pecado la muerte en el mundo para todos), y que dejamos el de María y Cristo, que dieron muerte á la misma muerte, á quien con la suya venció Cristo, dejándonos en su ley por su pasion vida eterna. Así nos llama : agradecidos nos quiere, ingratos nos desecha. Que nos quiere agradecidos lo mostró expresamente con el sacramento de la Eucaristía, que si se interpreta « bien de gracia, sacramento de gracia » (á cuyos misterios se opone el nombre de la ingratitud), ¿qué alma cristiana no aborrece-

rá vicio que se opone á la Eucaristía, que, en contradiccion de su nombre, que es gracia, se llama sin ella?

Que desecha Cristo los ingratos se ve, pues cuando envió á sus apóstoles á llevar en su Evangelio al mundo su gracia y la salvacion en su ley, los mandó que en las casas donde entrasen á predicar redencion dijesen: «Paz sea en esta casa;» y que si ingratos al mayor beneficio, no los admitiesen, que saliesen della, que su paz se volveria á ellos, y que se sacudiesen el polvo de los piés. ¿Veis cuánto asco quiere Dios que sus apóstoles tengan de los ingratos á sus beneficios, que aun no quiere que en los piés lleven el polvo del lugar donde vive el ingrato?

He considerado tambien por qué los mandó que no llevasen el polvo, y hallo literal la declaracion en David, salmo 1. Ha dado las señas del justo y sus felicidades, y tratando de los ingratos (que así lo entiendo yo, pues los opone al agradecido cuando dice que «el varon justo da su fruto á su tiempo», y esto es agradecer), canta este verso: «No así el impío, no así, sino como el polvo que arroja el viento de la cara de la tierra.» Por las cuales palabras se conoce que los mandó limpiar el polvo de los piés, por ser el polvo el retrato y similitud de los ingratos, y de los tales se ha de huir, no solo dellos, sino de cualquiera cosa que se les parezca. Que el ingrato sea como el polvo, se conoce en que así como el polvo ciega al hombre que le levanta, y le ensucia y escurece y enturbia al aire que le alza, así él ofende á quien le saca de su bajeza y le extiende y le sublima. Es pecado tan feo y tan abominable como habeis visto, y tan sumamente pernicioso, que el postrero dia del mundo, en que Cristo lo juzgará, la sentencia de los buenos los declara por agradecidos, y se salvarán por serlo, y la de los malos los declara por ingratos, y se condenarán por haberlo sido. Oid á Cristo por san Mateo, cap. xxv: «Entonces dirá el Rey á los que estuvieren á su diestra: Venid, benditos de mi Padre, poseed el reino que os está aparejado antes de la constitucion del mundo. Tuve hambre, y dístesme de comer; tuve sed, y dístesme de beber: era huésped, y me albergastes; estaba desnudo, y me vestistes.» Palabras son es-

tas expresas de paga y agradecimiento á los que le fueron agradecidos en sus pobres con lo que les dió. Oid, ingratos, las palabras de vuestra sentencia: «Entonces dirá el Rey á los que estuvieren á su mano siniestra. Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno, que está prevenido para el diablo y sus ángeles. Tuve hambre, y no me distes de comer; tuve sed, y no me distes de beber; era huésped, y no me recogistes; estaba desnudo, y no me distes vestido; estuve enfermo y preso, y no me visitastes.»

Ya hemos oído el último encarecimiento de la miseria de los ingratos, el alto y soberano mérito de los agradecidos. Seamos pues agradecidos á Dios por todo y en todo; á todos los hombres: á los buenos porque se les debe, á los malos por no ser como ellos, porque lo dejen de ser. No hagamos usura el beneficio ni intereseamos la caridad. Hagamos bien al que no lo merece, por el que Dios nos hace sin merecerle. Cristo, por san Mateo, cap. v, dice: «Si amais á los que os aman, ¿qué merced recibireis? ¿Por ventura no hacen eso propio los publicanos?» Y por san Lucas, vi: «Y si hiciéredes bien á los que os hacen bien, ¿qué gracias se os deberán; siendo así que los pecadores hacen esto mismo?» Hagamos lo que Dios nos manda, animados destas grandes palabras del doctísimo Agustino: «Nada manda Dios que á él le aproveche, sino á aquel á quien se lo manda. Por eso es verdadero Señor, que no ha menester á su criado, y á quien ha menester su criado.» Este Señor nos manda que hagamos bien á los que nos aborrecen: pues su mandato es merced, agradezcámosle con nuestra obediencia, para que con la piedad que nos redimió captivos, redimidos nos salve en su juicio. Amen.

SOBERBIA.

TERCERA PESTE DEL MUNDO.

Mas fácil es escribir contra la soberbia que vencerla. Escribiré lo que es la soberbia para el que la tiene, pues él solo es quien no lo sabe, ni lo quiere aprender de los que lo padecen. Escribiré no sin temor, porque la pluma, desde que abrasó la que volaba en las alas de Luzbel, que en su propia ceniza escribe desconsoladas y eternas tragedias, tiembla en la mano, en temor de la pronunciacion de su nombre. Escribiré de la soberbia; y temo que antes (presumiendo de darla á conocer) incurriré en ella mal que discurriré bien. Por esto me rehusó á mí; y teniendo por sospechosa toda la doctrina de los filósofos, me valdré de las sacrosantas escrituras y de los santos padres, sabiendo que, como en aquellos hay algo bueno, en estos no hay algo que no lo sea.

Mas limpieza es buscar joyas en las minas que en el estiércol: asco de que ya se preció Virgilio; y en que le imitan aquellos que para la verdad cristiana solamente se valen de doctrinas de idólatras, mal guarecidas de su contagio, y dejan las que, aseguradas en el Espíritu Santo, ó establece por canónicas la Iglesia en los dos Testamentos, ó aprueba en la santidad iluminada de los padres. Yo tal vez referiré algo que dijeron los autores de la gentilidad, no para enseñar al cristiano, sino para avergonzar al mal cristiano, con hacer que lea mas honesto conocimiento en los gentiles sin verdadera luz y fe, que en el que nació en tiempo que la una alumbró y la otra reina.

No con soberbia desprecio para este grande tratado los grandes filósofos, á quien frecuentemente citan los santos pa-

dres y doctores católicos. Obedezco á mi gran Pedro Crisólogo, que en el sermón ci dice así: « Oigan los que *del bien de la muerte* revolvieron los antiguos volúmenes de los antiguos; empero de su lección no pudieron lograr conocimiento de virtud ó de consuelo; porque si bien para la tolerancia de la muerte armaron sus ánimos, enjugaron sus lágrimas, enmudecieron los suspiros, acallaron los gemidos, divirtieron los dolores, nada descubrieron á sus lectores de esperanza cierta ó de perpétua vida ó de verdadera vida. ¿ Quién al hombre; quién á la sabiduría? — Morir es natural; necesario es morir. Para nosotros vivieron los pasados; nosotros vivimos para los que han de venir; ninguno para sí. Virtud es querer lo que no se puede estorbar. Admite de grado lo que has de admitir por fuerza. La muerte no es antes que venga; cuando viene se ignora. No sientas pues perder aquello que en perdiéndolo no puedes sentirlo. — Empero cuando dijeren estas cosas, todo lo dicen con agudeza, no con vida; porque, de dónde y cuándo y cómo y por quién vino á tí la muerte ignoraron; mas á nosotros el autor de la vida nos declaró el autor de la muerte. »

Las sentencias que de la muerte refiere en este sermón el doctísimo y elegante con soberano saber san Pedro Crisólogo, son literales de Séneca; y no excluyendo en él lo sólido de la doctrina moral, lo excluye en lo demás: porque Séneca y Epicteto, que vivieron en tiempo de los apóstoles, y veían las hazañas de la fe de los cristianos y la perfección de la vida, y que la daban al fuego y al cuchillo, no solo con valentía, sino con gozo enamorado, confaccionaron con lo que veían lo que escribieron; de tal manera, que su doctrina, con resabios de aquella atención, es en muchas cosas bien parecida á nuestra verdad: tuvieron por maestros en la primitiva Iglesia á los mártires, y oyeron la doctrina de sus triunfos. Debo al ejemplo piadoso el ponderar que refutando el Santo á Séneca no le nombra, y por perdonar mejor al crédito del autor idólatra, habla antes de muchos de los antiguos, por excusar reprehensión á su nombre. Aprendamos de santo Tomás, pues él solo no se contentó con no decir algo contra lo que dijeron, sino

que no osó decir lo que en ellos no hallase. Tales son sus palabras en su *Opúsculo confesionario*, cap. 15: « Empero otras muchas cosas hay por qué el hombre se debe abstener con reverencia, las cuales no me atrevo á explicar, porque no las hallo escritas en los santos y en los doctos. Por esto determino dejarlas simplemente á la ilustracion de la gracia de Dios.»

Yo empero seguiré á la doctrina del gran Crisólogo en desconfiar de los filósofos, y obedeceré á santo Tomás en no escribir lo que no hallare en los santos, lo que san Agustin pronunció en el sétimo libro de las *Confesiones*, cap. 20, diciendo de sí « que en los libros platónicos jamás habia podido aprender algo de la caridad y de la humildad. » Remito en esto los estudiosos á este capítulo, y al 5.º del libro III de sus *Confesiones*. Y para desempeñarme, empezaré este tratado de la *Soberbia* con la division y definicion del angélico doctor.

« Soberbia se dice de dos maneras: la primera cuando excede á la regla de la razon; la segunda por cualquier exceso. La primera siempre es mala; la segunda á veces buena. La soberbia, que siempre es mala, es de tres maneras. Primero: Inclinacion á ensoberbecerse por la flexibilidad de la naturaleza ó por la corrupcion del fómes actual. Segundo: Levantamiento contra el precepto, ó desordenado apetito de excelencia en cualquiera cosa. Tercero: Desordenado apetito de excelencia, á que se debe honra y reverencia. La primera es principio y raíz de todo pecado; la segunda es pecado general; la tercera es pecado especial, y es uno de los siete mortales. Los soberbios son en dos géneros: los unos que se exaltan sobre los otros; los segundos los que exaltan algo sobre sí. »

Resta, despues de la division, definir la soberbia. El mismo angélico doctor añade: « La soberbia propiamente es apetito desordenado de excelencia, á quien se debe honor y reverencia; como si dijésemos: La soberbia propiamente mira al defecto de la sujecion del hombre á Dios, segun lo que uno se levanta sobre lo que á él está prefijo conforme á la divina regla ó medida. »

Conviene que se sepa cuya hija es, y qué descendencia tie-

ne. Mateo Timpio, en su *Mensa Theolo-philosophica*, cap. 53, de la *Soberbia*, dice en la cuest. 3, que hay cuatro buenas madres de cuatro malditos hijos. Y lo verifica en la *verdad*, que pare al *abhorrecimiento*; en la *prosperidad*, que pare y engendra á la *soberbia*: la *seguridad*, al *peligro*; y la *familiaridad*, al *desprecio*. No pueden ser mejores madres ni peores hijos. Desta mala casta está poblado el mundo, que valiéndose de la calidad de quien los parió, disimulan su infamia y la introducen. Segun esto, la soberbia es hija de la prosperidad. Empero ella tiene muchas hijas. Cuéntalas el reverendo padre Antonio Rufo de Tufaria, de la sagrada orden de los Menores, en su *Manuale diffinitionum*: *Ambicion, presuncion, curiosidad, ingratitude, adulacion, vanagloria, jactancia, inobediencia, hipocresia*. ¡Oh cuán bien puestas en estado se ven estas hijas en el mundo! ¡Oh cuán casados están con ellas muchos hombres poderosos! No se contenta la soberbia con dar á cada una un marido; no se contenta con ciento, ni con mil. Yo las he visto viudas de algunos, mas no de todos.

He dividido y definido la soberbia, declarando su descendencia y sus descendientes. Necesario es declarar cuál sea la causa de la soberbia en el hombre miserable. Esta yo no la he leido en otro autor sino en estas palabras de san Pedro Crisólogo, serm. ci. «Hombre, cuando tu Autor te hizo á tí de polvo, no lo viste, porque si te vieras hacer, no así lloraras el morir.» Lo demás ya está en la *Primera peste*. Bien hubo gentiles que dijeron que el no conocerse el hombre era ocasion de su soberbia y ruina. Eso enseñaron con aquellas palabras ricas de salud: «Conócete á tí mismo.» Empero la razon desta salud solamente la alcanzó mi Santo, que con cada palabra excede en precio todas las doctrinas de los filósofos. Cierto es que el soberbio no se conoce. ¡Mirad qué podrá conocer quien no se conoce! Aprendió todo este discurso san Pedro Crisólogo, de Cristo, cuando curó al ciego de nacimiento, que para darle vista le puso tierra sobre los ojos con que viese, para que la viese y se viese. Bien se conoce que el Santo tuvo este milagro por leccion, con el discurso de no verse el hombre hacer polvo y con la ceguedad que de su nacimiento tu-

vo. ¡Extraordinario colirio, sanar los ojos con el polvo que los ciega! A Dios nadie le puede quitar nada; el soberbio solo lo intenta. ¡Tal es su perdicion! Y cuando esto no puede, dándose todo á sí, nada le da á Dios. ¡Tal es la locura de sus pretensiones; tal la iniquidad de sus obras! Quien á Dios da nada por darse á sí, antes se quita á sí mismo que se da. ¿Cómo dará á Dios algo el soberbio que nada conoce de Dios? De manera que tan sin Dios es lo que da como lo que niega. Por esto el soberbio es el declarado enemigo de aquellos dos preceptos en que dijo Cristo estaban la ley y los profetas: «Amar á Dios sobre todas las cosas, y al prójimo como á sí mismo.» Pues quien á Dios da nada, antes aborrece á Dios que le ama. Quien se da á sí mismo á sí, no conoce prójimo, no le consiente; solo le es prójimo su castigo. Y así como la caridad está en todas las virtudes, dándoles vida, así la soberbia asiste en todos los pecados, alimentándolos de muerte. No hay pecado sin soberbia, ni soberbia á quien falte algun pecado. Por esto es sumamente á Dios aborrecible, y contra los soberbios llama David á Dios repetidamente Dios de las venganzas: «Dios de las venganzas, señor Dios de las venganzas, libremente obró. Engrandécete tú, que juzgas la tierra; da su merecido á los soberbios.» Qué sea lo que merecen los soberbios, y cuál es la retribucion que Dios les da, lo dijo el mismo santo rey, salmo LI: «¿Por qué te muestras glorioso en la malicia, tú que eres poderoso en la maldad?» Y prosiguiendo las costumbres del soberbio, llega al vers. 7, y fulmina esta sentencia contra él: «Por eso Dios te destruirá en el fin, te arrancará y te arrojará de tu tabernáculo; y tu raíz, de la tierra de los que viven.» No dice que le castigará, sino que le destruirá. El castigo hácese á los hijos, la destruccion toca á los enemigos y condenados. Dice que le arrancará; no dice que le segará, que es lenguaje para las semillas de buen fruto; no que le podará, que es diligencia para la abundancia de las vides; dice que le arrancará, lo que se hace con los cardos y las malas yerbas. Dice que le arrojará de su tabernáculo, no que le levantará ó mudará, sino con palabra de enojo y desprecio. Todo el lenguaje es de indignacion. Y porque uo

le quede esperanza al soberbio en lo por venir, dice que arrancará sus raíces de la tierra de los que viven. En esta tierra no ha de quedar dél sucesion ni memoria. Planta que teniendo sus raíces en la tierra, de que fué hecho, la olvidó y osó contra Dios, que le hizo, no es justo que sus raíces estén en la tierra. Quien fué tan rudo, que teniendo alma racional, no supo aprender la política de los árboles, solamente vegetativos, bien es que sea arrancado. El árbol, cuanto sube al cielo con sus ramas, tanto se va descendiendo con sus raíces en la tierra; y cuanto mas se ahonda y arraiga en la tierra, tanto mas seguramente se levanta. El soberbio todo lo hace al revés: tanto como se levanta á las nubes, tanto se olvida la tierra; y su pretension es apartar sus raíces tanto della, que estén mas altas que las cimas de todos. Por esto, aunque no le derriben, se cae: por esto es forzosa y grande su caída, y mayor su locura. En razon desto, en el mismo salmo, consecutivamente dice David: «Veránlo los buenos, y temerán y reirán sobre él, diciendo: Veis el hombre que no puso en Dios su confianza, antes esperó en la multitud de sus riquezas y prevaleció en su vanidad.» Parece que juntó el Santo rey cosas incompatibles, diciendo que los justos, viendo arrancar de raíz los soberbios, temerán y reirán; por ser el temor mas contrario á la risa que á la melancolía. Dos cosas se han de considerar en el soberbio: el castigo y la locura con que le mereció. Temerán los justos considerando el castigo; reirse han de la locura. Y de verdad la alegría de los justos nace del temor que los justos tienen á Dios. Así es principio el temor de Dios de la alegría como del saber. Temer á Dios y reirse del que no le temió, todo es temer á Dios y enseñar á que le teman. Y no es pequeña parte del castigo de los soberbios la risa de los justos. No es la menor pena de los malos y soberbios el que los buenos se rian sobre ellos, sino la mayor, y mayor que ser destruidos. Lo que Dios hizo con Luzbel es lo que dice David que hará con todos los soberbios: á Luzbel le destruyó, dejándole la naturaleza de ángel, sin la gracia de ángel; arrancóle con la palabra *Quien como Dios*. Arrojó de su tabernáculo al que pretendia reinar en el eterno de su Cria-

dor; arrancóle con todas sus raíces (que fué el séquito amotinado de tantos espíritus comuneros como siguieron su rebelion) de la patria de los que viven, que es el cielo, y arrojóle á la de los muertos á padecer, en noche sin fin, desesperacion eterna.

La soberbia fué fundadora de los primeros herejes, y los primeros herejes fueron los ángeles soberbios. Fué tan agradable á Dios su vencimiento, que al arcángel soberano, que como capitan suyo los derribó, desmintiéndolos con la palabra *Quién como Dios*, se la dió por nombre y blason. Eso quiere decir *Michael* en la lengua sagrada. Muchas cosas enseñó Dios á los reyes de la tierra en esta batalla y con la persona de san Miguel. Lo primero, á honrar los generales que vencen y alcanzan vitoria en nombre de su señor; lo segundo, en no mudar de general cuando sirve bien. A san Miguel, porque venció esta batalla, le encomendó su pueblo y le tiene nombrado para la postrera que tendrá contra el Antecristo. Sepán todos los que como valientes católicos se opusieren á los herejes que tienen de su parte á san Miguel, que acabó con los primeros en Lucifer y su séquito, y acabará con los últimos en el Antecristo y sus secuaces. El primero solar de la guerra fué el cielo, en el primero principio de las criaturas con guerras. El mundo empezó con guerra, y con guerra se acabará, y guerra es la vida en él. No hace á la guerra noble esta antigüedad, sino temerosa. El pecado fué ocasion de la guerra en el ángel y en el hombre. Por eso Cristo, Dios y hombre, que vino á librarnos del pecado, nació pregonando paz por la boca de los ángeles, y mandó á sus discípulos que la fuesen repartiendo por donde fuesen. Y cuando él iba al Padre, dijo que nos daba su paz y que nos la dejaba. De aquí se colige que la guerra fué invencion de la soberbia, y la paz de la humildad.

Siguiendo la soberbia á su naturaleza, sigue á los poderosos, y ellos ls siguen. No es opinion mia: ¡cuán sabrosamente lo dice Antonio Abad, epíst. II, *ad Arsenoitas!* «Cosa cierta es que, como por sí conozca el demonio que por soberbia y vanagloria fué derribado del cielo, por eso él acomete á los

que llegaron á la mayor medida.» Mostró en este discurso Satanás la agudeza de ángel y la malicia de diablo, pues colige contra los hombres que si la grandeza hizo al ángel demonio, sabrá hacer demonio al hombre; y usa della como de único artífice de condenados, asegurando de experiencia que él padece. No por esto dejó de confesar que hay pobres soberbios. Es cierto que los hay y que son los mas insufribles de todos, porque su arrogancia nace de la iniquidad y desorden de sus potencias. Son soberbios rabiosos. La soberbia es una misma en el que tiene mucho y el que tiene nada. Aquel tiene con que ser soberbio, y este lo es porque no tiene con qué. Tan soberbio es hoy Lucifer, que no tiene qué perder, como cuando tuvo qué perdiere. Ella acompaña al poder, y no se olvida de la miseria. No hay vicio que no esfuerce y agrave, no hay virtud que no acometa. Oigamos esta advertencia de san Agustín: «Todos los vicios solo pueden en las cosas mal hechas. La soberbia sola se ha de apartar en las buenas obras.» Entrase á paso descubierto en los pecados, deslízase secreta en las virtudes, con mas miedo en aquellas, uo con menor daño en estas. Son el ayuno y la limosna dos hermosas hijas de la caridad, reina de las virtudes. Tal es, que si se apartan, se echan mucho menos la una á la otra. Mi santo las juntó, y dijo el gran daño que resultaba de apartarlas (sermon VIII, *De jejunió et eleemosyna*): «Quien no ayuna para el pobre, á Dios finge. Quien ayunando no da su comida, sino que la ahorra, á la codicia ayuna, y no á Cristo.» Da la razon desto doce renglones antes: «El ayuno sin la limosna es simulacro de la hambre; de ninguna manera es imágen de santidad. El ayuno sin piedad es ocasion de avaricia, no es propósito de templanza, porque esta abstinencia cuanto se enflaquece en el cuerpo, engruesa la bolsa.» ¡Grande y católica doctrina! No puede negar el rico que, si no da de limosna lo menos que gasta ayunando, que su ayuno es ahorro y avaricia.

Pues en estas dos virtudes tan poderosas se introduce la soberbia disfrazada de la hipocresía. Mateo, 6: «Cuando haces limosna no toques trompeta, como hacen los hipócritas en

las sinagogas y plazas, para que los honren los hombres.» ¿Veis cómo la soberbia, arrebozada de la hipocresía, usa de sus aparatos en la limosna, tocando trompetas, buscando aplausos en las plazas? ¿Veis cómo se descubre en querer que por la limosna le honren á ella, y no á Dios? Su tema de la soberbia y del soberbio es querer para sí la gloria de Dios. Mendigó de los sucesos algun rasgo desta doctrina la gentilidad, pues temió tanto las malas andanzas de la soberbia y lo secreto de sus engañosas jornadas contra las mismas virtudes, que ordenaron el ostracismo y el petalismo, con que desterraban de la ciudad á todos aquellos que excedían á todos en alguna virtud, ya fuese en poder, ya en riqueza, ya en saber, ya en virtud; que como sabían que todas estas cosas excelentes quedan acechadas de la soberbia, á los que las tenían los desterraban, si no por soberbios, por hombres espíados de tan pernicioso vicio. Prudente advertencia será recatarnos en el mundo, no solo de los que son soberbios, sino tambien de su sombra. Toda esta es doctrina de las palabras referidas de san Agustín.

Malditas son las obras deste pecado; destruye las virtudes, y origina y crece los vicios. Su propiedad es destruir no solamente á los otros, sino á sí propia, y sus cosas y codicias. Bien nos lo dice de sí propio aquel rico soberbio del Evangelio, *Lucæ*, 12: «La heredad de cierto hombre rico llevó muy abundantes frutos; y pensaba entre sí diciendo: ¿Qué haré, que no tengo donde cerrar mi cosecha? Y dijo: Esto haré: destruiré mis trojes, y harélas mayores, y allí juntaré todo lo que ha nacido para mí y mis bienes. Y diré á mi alma: Anima mia, tienes muchos bienes juntos para muchos años; descansa, come, bebe y banquetea.» Mirad al soberbio avariento cómo olvida que los pobres son las trojes donde ha de guardar la abundancia que le sobra. Miralde cómo piensa entre sí, porque fuera de sí no hace caso de nadie, y esto porque la soberbia le tiene fuera de sí y de su conocimiento. Oid lo que dice: pregúntase «qué hará, que no tiene adónde juntar su cosecha.» Solo esta verdad dijo, que no tenía dónde juntarla; porque lo que la avaricia junta y la soberbia blasona no se

junta, antes se derrama y se pierde. Oid el parecer que su soberbia da á las dudas de su codicia: «Destruiré mis trojes.» ¿Veis cómo empieza por destruir lo mismo que tiene para guardar? Añade que las hará mayores. Este es el hipo de la soberbia, hacerse mayor y ensancharse; y esto con fin de juntar todo lo que ha nacido para él y sus bienes. ¿Veis cómo contradice la caridad y olvida el precepto de amar al prójimo como á sí mismo? ¿Cómo niega á Dios la obediencia, y el socorro al pobre, llamando bienes suyos los que son de Dios, que se los da sin merecerlos, pues él los niega á las necesidades á que los debe? Oid el soliloquio dél con su alma: «Alma, tienes muchos bienes para muchos años;» no sabiendo cuántos días ni cuántas horas tenia de vida. Llama bienes del alma á los que no lo son aun verdaderamente del cuerpo. Manda á su alma que se quiete en la gran cantidad de cosechas; no pudiendo quietarse el alma sino en el sumo bien, que este soberbio desprecia, que este avariento olvida. Aconseja á su alma que coma y beba; porque estos procuran que sus almas se vuelvan cuerpos, sabiendo que el alma solo tiene sed de la gracia de Dios, que es agua viva. Así lo dijo David: «Tuvo sed de tí, Señor, mi alma;» y en otro salmo: «De la manera que el ciervo desea las fuentes de las aguas, así, ó Dios, te desea mi alma. Tuvo sed mi alma de Dios, que es fuente viva.» Estos soberbios no quieren de Dios algo, porque no quieren reconocerle en algo. Este ya se ve que es aquel soberbio de que he hablado, que se gloriaba en su malicia y prevalecía en su maldad; que como dice aquel salmo: «Veis al hombre que no puso á Dios por su ayudador, sino que confió en la multitud de sus riquezas.» Pues como es el mismo soberbio en la culpa, lo es en el castigo. En el salmo se dice que Dios lo destruirá, le arrancará, le arrojará de su tabernáculo, y sus raíces de la tierra de los que viven. Veis aquí que lo que Dios prometió por el profeta rey lo cumple. Díjole Dios: «Necio, esta noche te arrancarán el alma. Lo que aparejaste ¿cuyo será?» Necio le llama, porque la mayor necedad del hombre es la soberbia. Dice esta noche, porque estos no ven claridad ni día; por eso siempre andan tropezando y ca-

yendo. En todos los soberbios tiene Satanás casa de aposento, en todos es huésped; así lo fué en este como en Judas. Mi Santo sobre esta parábola (sus palabras son tales, que con la singularidad lo nombran): «¡Miseró á quien hicieron la fertilidad estéril, la abundancia congojado, la copia cruel, las riquezas mendigo! La heredad humana alimentaba al inhumano señor; y lo que largamente daba la tierra, lo juntaba y cerraba con estrechez, para ser guarda de lo ajeno quien no quiso ser propagador de lo propio; ingrato á Dios, para sí malo, enemigo de los pobres, afrenta de los ricos, cárcel de la naturaleza.» Todos estos efectos testifican la asistencia de Satanás en su corazon, la cual declara el gran Padre pocos renglones mas abajo con estas palabras: «¿Qué haré?» Voz es de quien pregunta. ¿Y á quién piensas que preguntaba este? Habia otro dentro dél, porque ya el diablo, su posesor, se habia entrado en sus entrañas; y quien se entró en el corazon de Judas, se habia entrado en el secreto de su mente.» No puede ser uno avaro ni envidioso ni ingrato, sin ser soberbio, sin despreciar á todos por sí, sin aborrecer á todos por amarse á sí, sin acordarse que para honras y hacienda hay otros, y no él solo.

Desta enfermedad adolecieron mortalmente los judíos. Eran soberbios por sí y por todos los que los trataban y se fiaban dellos. Con novedad acompaño este lugar con el suceso del Centurion: «Y como oyese las maravillas de Jesus, envió á él los ancianos de los judíos, rogándole que viniera y salvara su criado. Mas ellos, llegando á Jesus, le rogaban con solicitud, diciéndole: Porque este es digno de que hagas lo que pide, ama á nuestra gente, y él nos edificó nuestra sinagoga.» ¡Qué palabras tan arrogantes y soberbias por el que se los encomendó y por sí mismos! Dicen que es digno de que Cristo le conceda lo que pide, porque los ama y los ha obligado; y esto, porque los soberbios solos tienen por dignos á los que los quieren y los sirven. Mas el Centurion, que conocia tocados desta peste á los judíos, y sabia que no hablaban sin la nota de la soberbia, «envió unos amigos; y llegándose á Cristo el Centurion, y rogándole, dijo: Señor, mi criado yace en mi casa

paralítico, muy apretado. Respondióle Jesús: Yo iré y le curaré. El Centurion respondió: Señor, no te canses, porque no soy digno que entres en mi morada.» Mirad, para defender su humildad, cómo diciendo que no era digno, desmintió á los ancianos de los judíos en su cara, que habian dicho á Cristo que era digno. Tan bien supo el Centurion conocer la soberbia de los judíos como la omnipotencia de Jesús, y por eso Cristo le premió, no con la salud que pedia, sino con canonizar su fe. Y la santa Iglesia, continuando el honrar sus palabras y humildad, ordenó que antes de dar el santísimo sacramento de la Eucaristía diga el sacerdote á los fieles, para exhortarles á humildad reverente para recibirle, las propias palabras que el Centurion dijo: «Señor, no soy digno de que entreis en mi pobre morada.» Cristo exaltó con inmensa alabanza su fe, y la Iglesia de Cristo ensalza con divina recordacion perpetuamente su humildad, en sus palabras. Cuanto Cristo ama la humildad, aborrece la soberbia. Esto nos enseña san Cipriano, epíst. LV *ad Cornelium*: «La exaltacion, la hinchazon, la arrogancia, la fanfarronería, no son del magisterio de Cristo, que enseñó la humildad; antes nacen del espíritu del Antecristo.» Que los judíos fuesen entregados á la soberbia, y que della proceda la dureza de su corazon, san Jerónimo lo dice del sagrado Evangelio, tratando de la soberbia, epíst. XLV: «El pueblo judío, porque pedia las primeras cátedras y las primeras salutaciones en las plazas, fué borrado.» Por limpieza que afecten en lo que escriben los que imitan á estos fariseos en codiciar las primeras cátedras y las primeras cortesías en las plazas, el mismo borron confundirá con ellos sus doctrinas. Con suma grandeza define, y con singular novedad, á la soberbia el gran padre san Gregorio Niseno *in Vita Moysis*: «Affligiéronse con la golosina de los manjares los egipcios, por lo cual las serpientes fueron enviadas; y con el simulacro de la serpiente, que pendia del madero, guarecian. Así la fe del Crucificado aun en figura sanaba. Empero, como tuviesen por cosa humilde y despreciada guardar sus ritos, procuraron introducirse en el orden sacerdotal, y no tuvieron vergüenza de repeler á aquellos que por permission divina habian adquirido

aquel ministerio; mas muchos dellos fueron de la tierra tragados, y otros con rayos encendidos. Enseña pues, á mi entender, con esto la historia el fin del sobrecejo y arrogancia, y á definir así la soberbia: La soberbia es bajada á los infiernos. Empero, si de la fuerza de la palabra á muchos pareciere lo contrario, porque el soberbio quiere decir el que está sobre los otros, no te admires; yo quiero seguir mas la verdad de la divina historia que la imposicion de los nombres, pues si algunos se quieren levantar sobre los otros, por la abertura de la tierra son precipitados á lo profundo. Y así, no se ha de despreciar la difinicion cuando decimos: La soberbia es caída á lo hondo.»

¿Quién se atreverá á no seguir esta difinicion de la soberbia, si no fuere la misma soberbia, y mas cuando vemos que toda la vida de Cristo y su encarnación, y toda la vida de su Madre Santísima fué una perpetua humildad en contradiccion de la soberbia? Nace de Madre pobrísima, elige por padre un carpintero, nace en un portal entre bestias, tiene un pesebre en lugar de cuna, rescátase como pobre en la circuncision, siendo el Señor de quien son vasallos los cielos y la tierra y todas sus poblaciones. Huye á Egipto aquel poder y brazo de quien ninguna cosa puede huir. Llama por apóstoles y pobres compañeros, pescadores. No tiene dónde reclinar la cabeza; es calumniado y perseguido con soberbia, es vendido por uno de los suyos, negado y dudado de otros [dos, y dejado de todos. Préndenle como á facineroso, condénanle como delincuente, crucificanle, como á malhechor, entre dos ladrones, no habiendo pensado hurto; toma forma de siervo. Ved si es divina contradiccion de la soberbia del hombre esta humildad inmensa del hombre-Dios. Pondero aquí bien en su lugar, que luego que la Virgen María concibió á Cristo y se llamó esclava, escogiéndola por madre; en la visitacion de santa Isabel, cuando oyó ella alabanzas suyas, dictadas del Espíritu Santo, y el fruto de su vientre fué adorado en el suyo de Juan (que antes de nacer conoció por Señor al que siendo primero, naceria despues), —á todo el aplauso desta majestad respondió diciendo: «Engrandece á Dios mi alma, y alegróse mi es-

píritu en el Señor, que es mi salud, porque miró la humildad de su esclava. Por esto me llamarán bendita todas las generaciones, porque me hizo grande el que es poderoso, cuyo nombre es santo, y su misericordia pasa de una progenie á otra en los que le temen. Hizo el poder con su brazo, desparramó los soberbios con la mente de su corazón, derribó á los poderosos de su asiento y exaltó á los humildes, llenó de bienes á los hambrientos, y despidió á los ricos vacíos.» A este cántico, lleno de divinos misterios, le podemos llamar evangélica profecía de María Santísima. Era razón que ella evangelizase antes que todos. Aquí fué la primera que dijo claramente quién era su Hijo, y á lo que venia, y lo que habia de hacer. Y la causa que da á su eleccion para madre suya y reina de los ángeles, es porque miró la humildad de su esclava. En estas palabras dijo los inmensos premios que la humildad granjea de Dios, y luego pasa á los castigos de la soberbia. Dice «que desparramó los soberbios»; y por ser doctrina tan importante, repite que derribó los poderosos de su asiento y exaltó á los humildes; porque en la distribucion de la divina justicia estos siempre truecan lugares. Caen los soberbios para que los humildes se levanten. Son los humildes como el agua encañada, que tanto cuanto baja puede subir en altó. Son los soberbios como el humo (así lo dice el gran padre san Buenaventura), que cuanto mas se levantan, mas se van desvaneciendo en menores globos, con que brevemente desaparecen, no dejando otra señal de sus caminos sino tizne y hollin. Añade la Virgen Santísima «que llenó de bienes á los hambrientos, y que despidió vacíos á los ricos». Veis aquí la eleccion de los apóstoles. Veis aquí el precepto que les dió, de que lo dejasen todo y le siguiesen. Veis aquí lo que los apóstoles hicieron cuando lo dejaron todo para seguirle. Veis aquí lo que le mandó que hiciese á aquel rico que le preguntó cómo alcanzaria el reino del cielo. Veis el milagro de los panes y los peces. Veis la historia de Lázaro y el rico-avariento. Veis aquí el artificio del riego del agua de vida, Cristo, con que se fertilizan las almas, donde los arcaduces llenos se vacian, y los vacíos se llenan. Veis aquí la igualdad y la ra-

zon de las balanzas en el peso de la divina Justicia. Cuanto el rico llena y carga su balanza para crecer y aumentarse, tanto mas se baja, levantando con lo que se derriba la que está vacía del pobre, que la cargó de bienes del cielo, que siempre caminan á su patria, como los otros temporales descienden á su centro.

Por esta comparacion se ve que el soberbio mismo se hunde y desciende; lo que el gran padre Niseno dijo, y que juntamente con su depresion levanta al humilde. Socórreme la memoria con dos versos de David: «¿Quién como Dios nuestro Señor, que habita en las alturas, y mira lo humilde en el cielo y en la tierra, levantando de la tierra al pobre y enderezando del estiércol al necesitado?» El Profeta Rey empieza á tratar de la humildad, y empieza por las palabras que fueron y son y serán castigo de los soberbios: «¿Quién como Dios?» Y luego, para decir quién es Dios, dice que es en todo diferente de los soberbios; con que muestra que estos son en todo contrarios á Dios. Nadie, sino Dios (dice), habitando en las alturas, mira lo humilde en el cielo y en la tierra: y esto porque el soberbio, habitando en las profundidades de la tierra, solo mira lo alto en el cielo para competirlo, y en la tierra para tiranizarlo. Parece cosa extraña decir que mira Dios lo humilde en el cielo, donde todo es gloria, premio soberano, vida eterna y grandeza. ¡Oh grande misterio en una palabra! Es á Dios tan grata la humildad, que en el cielo la mira como á pobladora del cielo, y en la tierra como á disposicion de poblarle. No aparta Dios en el cielo sus ojos de la humildad, porque el Padre eterno no los aparta de su Hijo Dios y hombre, ni el Hijo de su humanidad sacrosanta, que fué su humildad, ni de los que como humildes le gozan por su medio. La humildad antes crece con la suma bienaventuranza que cesa. Mira Dios la humildad en el cielo, y mírala en la tierra para el cielo. Por esto dice el salmo que levanta de la tierra al pobre y le endereza del estiércol. Parece que David repite una propia cosa, mas no es así: yo considero grande y misteriosa diligencia. No solo levanta Dios al humilde de la tierra en que le sepulta el soberbio, sino que de la pudricion

y estiércol en que con desprecio le envuelve, le endereza á manera de árbol, que con la tierra podrida y el estiércol se fertiliza. Es providencia de Dios que con la corrupcion, á que el soberbio condena al humilde, se fecunde, y que su desprecio sea el regalo que le hace crecer y dar fruto. Oigan pues los soberbios su desengaño, del grande Niseno, de quien oyeron su definicion, en estas incomparables palabras, á que no arribó otra elegancia ni discurso (1): «Ensoberbóceste, y te desvaneces con el nombre de la mocedad. Miras á la flor de la vida, y te glorias y te enamoras de tí, por la buena disposicion y hermosura; porque tu mano es vigorosa al movimiento, porque tus piés te sirven al salto veloces, porque el viento esparce tus cabellos; porque tu vestido, embriagado de púrpura, arde precioso en la luz del veneno tirio; porque tus ropas, tejidas de la mortaja del gusano, están escritas y variadas con batallas y cazas, ó historias que recamó el artífice. Hoy has puesto el cuidado en los calzados, miras con deleitacion presuntuosa la preciosa mordacidad de las fibulas, con superfluidad resplandecer en líneas sobre lo negro. A esto miras, mas no te miras á tí. Yo te enseñaré cómo en este espejo eres lo que eres. ¿No has visto en el lugar público destinado á enterrar los muertos, los misterios de nuestra naturaleza? ¿No viste los rimeros y montones de huesos sin orden, revueltos unos con otros? ¿Las calaveras desnudas de carne, que con las oscuras cavidades que fueron ojos, se muestran horrendo espectáculo? ¿Viste las bocas rígidas, y los demás miembros arrancados y desaparecidos al albedrío de la corrupcion? Si esto viste, en ello te miraste. Dime, ¿dónde está la señal de la presente flor? ¿Dónde la primavera de las mejillas? ¿Dónde la belleza de los labios? ¿Dónde la torva y espantosa hermosura de los ojos, resplandeciente debajo del cerco de la frente (2)? ¿Adónde la afilada nariz derecha, que tuvo su asiento en medio del jardin del rostro? ¿Adónde la cabellera espléndida, que descendia opulenta de guejetas al

(1) Lib. *De beatitudinibus*.

(2) Ubi truculenta ac torva oculorum pulchritudo, sub vallo protegumentoque superciliorum elucens?

cuello? ¿Adónde las manos que flechaban las saetas y arrojaban los dardos; los piés domadores de los caballos? ¿Dónde la grana? ¿Dónde las joyas? ¿Dónde los vestidos triunfantes? ¿Dónde los tahelís? ¿Dónde las espuelas, los caballos, los carros, el ruido, todas cosas porque tú agora acrecientas tu arrogancia? Dime, ¿adónde están estas cosas con que agora hinchas tu espíritu y te ensoberbeces, con cuyo nombre encaramas tu furiosa presuncion? Dime, ¿cuál sueño hay tan vano y menos subsistente? ¿De cuál sueño proceden estas fantasias y delirios? ¿Cuál sombra tan delgada hay, á quien el tacto no halla, que se pueda comparar al sueño de la juventud, que juntamente aparece y huye? Esto he dicho por aquellos que por el imperfecto valor de la mocedad tienen menor conocimiento. ¿Qué pues dirá alguno de aquellos que, ya llenos de edad, están constituidos y confirmados; en los cuales es estable la edad, empero las costumbres y el ingenio es instable; y juntamente la enfermedad de la soberbia se aumenta; por lo cual es llamado ingenio semejante con el nombre de enfermedad soberbia y arrogante (1)? Los magistrados y cualquiera cosa que de majestad y poder se les llega, las mas veces dan materia y ocasion á la soberbia. O reciben este vicio del mismo magistrado, ó impelidos deste vicio, aspiran á la dignidad; ó las pláticas halagüeñas del magistrado despiertan muchas veces la enfermedad adormecida. ¿Cuál pues será la razon que pueda penetrar los oidos que hirió la voz del pregonero? ¿Quién á los infectos desta peste persuadirá que no diferencian en cosa alguna de los que representan en teatro? Porque de verdad ellos representan una persona pulida con el arte, adornada con vestido purpúreo, variado de la amarillez del oro, y se muestran con ostentacion magnífica en carros triunfales; y con todo, ninguna dolencia de soberbia por la vanidad destes aparatos los enferma; antes, con el mismo conocimiento que de sí tenían antes de adornarse en la tramo-ya, salen adornados en ella. Y despues que se desnudan de

(1) Mors autem et ingenium instabile est: morbus ítem superbiæ augetur: nomen autem ejusmodi ingenii morbo, spiritus et fastus imponitur, *dice el Santo.*

la pompa, no sienten ni se afligen de apearse della, ni de que los desnuden y quiten las ropas espléndidas. Mas aquellos que por limitado tiempo en la comedia desta vida se visten la ropa del magistrado, no acordándose de lo que poco antes pasó, ni de lo que poco despues sucederá, con el viento se dilatan y hinchan á manera de las campanillas del agua. Y estos tales, á su imitacion, con la claridad de la voz del pregonero, se abultan y toman para sí la forma de alguna persona ajena, mudando el semblante natural del rostro y componiéndose en severidad espantosa; inventan por voz un rumor formidable para los que los oyeren, articulando fiereza horrible; ya no se refrenan entre los términos de humanidad, antes se ingieren é introducen en la divina Majestad y potencia. Esto porque creen que está en su mano la potestad de la vida y de la muerte; porque de aquellos que en su tribunal tienen causas, á uno guardan con su sentencia, al otro condenan á degollar. Y aun no ven estos quién verdaderamente tiene la potestad de la vida y de la muerte, y que no solo la tiene quien constituyó el principio y el fin de la naturaleza. Y verdaderamente solo bastaba para reprimir la vana hinchazon y arrogancia, ver que muchos, gozando de grandes puestos y constituidos en imperio en la misma comedia de sus officios, arrebatados de en medio de sus solios y tribunales, fueron arrojados en los sepulcros, en que los lamentos recibieron sucesivos la aclamacion de sus blasones.»

Grande encarecimiento del poderío de la soberbia es, segun pondera el gran Padre, que turbe mas con sus nombres vanos y su pompa hechicera el seso de los magistrados representantes en la comedia de la vida, que el de los que para espectáculo representan en el teatro; pues estos en el vestuario de la farsa se desnudan con alegría las ropas y las coronas y los triunfos de que se adornaron, conociendo lo que antes eran, y que lo que se vestian era representacion que presto dejaria de ser; y aquellos llegan al vestuario de la muerte, donde desnudan la figura y máscara de su officio, sin conocimiento de que son representantes desta comedia, que se acaba presto y que siempre se está acabando, en quien no hay

número de jornadas ni actos ciertos: porque el fin della muchas veces se adelanta al empezar de la primera jornada, y otras veces no admite el principio de la segunda; y ningun personaje desta comedia sabe si saldrá de la primera escena, porque ven muchos que apenas mediaron el prólogo. Muy enfermizos son de aqueste achaque de soberbia los que mandan y los que pueden sobre todos, porque tienen aquella grandeza que la soberbia quiere, y á que anhela y hace anhelar. Por esto una parábola que hay contra la soberbia en el Testamento Nuevo es de un juez. «Habia un juez en una ciudad, que no temia á Dios ni respetaba á los hombres. Habia en aquella ciudad unaviuda; y venia á él diciendo: Véngame de mi contrario. El no lo quiso hacer por muchos dias; mas despues desto dijo entre sí: Aunque ni temo á Dios ni respeto á los hombres, empero porque me cansa esta viuda la haré justicia.» Que este juez era soberbio antes, no puede dudarse, pues Cristo nuestro Señor dice en la parábola, que se preciaba de no temer á Dios ni respetar á los hombres; dos cosas que son el mismo furor de la soberbia humana. La parábola fué predicada para exhortar á la oracion continua, con esperanza de conseguir misericordia por su medio, y puso el Hijo de Dios el ejemplo en la soberbia deste abominable juez, que lo que despreciando á Dios y á los hombres negaba, hizo por la importunacion de los ruegos. De que se colige que los soberbios no lo son menos en el bien que hacen que en el que dejan de hacer: pues á mi juicio este fué peor soberbio, y despreció mas á Dios y los hombres en hacer justicia á la viuda porque no le cansase; pues en esto no solo despreció á Dios y á los hombres con la omision, sino que con la obra prefirió su comodidad al temor de Dios y al respeto de los hombres. Por esto dijo Cristo dél: «Oid lo que dice el juez de la maldad.» ¿Cuál nombre pues hallaremos, si á este le llama Cristo juez de la maldad, para dar á conocer á aquel juez, que no temiendo á Dios ni reverenciando á los hombres, aun no hace justicia por librarse de la importunacion? porque este tiene por descanso el trabajo del que sin fruto le ruega. Dice Jesus que en una ciudad habia un juez de aquellos; porque si hu-

biera dos dejara de ser ciudad. No dice que en una ciudad habia un juez destes que, aun por librarse de la importunacion, no hacen justicia; porque con uno solo destes la ciudad fuera desierta, y todo un reino ruina y desolacion. Muchas veces anda la soberbia en tan buen hábito, que no conociéndola pasa por virtud.

Admirablemente la penetró arrebozada de celo católico en Erasmo de Roterodam el doctísimo Ambrosio Caterino, en el libro que intituló: *Consideracion y juicio de los tiempos presentes*. Habia Erasmo escrito un libro contra Lutero en defensa de la verdad católica y opugnando su opinion del albedrío esclavo; y en él condena las novedades, palabras y costumbres de Lutero y de sus secuaces. ¿Quién no juzgará celo católico esta oposicion tan afectuosa? Empero Ambrosio Caterino, con el antojo largo de la verdad, le desenvolvió de suerte, que vió que era soberbia; y lo afirmó en el libro referido con estas palabras: «Habia empezado á bajar á esta tragedia Erasmo; mas detúvose. Tuvo por afrenta aquel hombre soberbio militar debajo de la mano de Lutero. No se atrevió claramente á pelear contra la Iglesia, para ofenderla mas con tal astucia.» Verdaderamente son todos diabólicos los ardidés deste infernal pecado; pues por la soberbia los noveleros son herejes y contradicen á la Iglesia, á los concilios y á los padres, y por ella los unos herejes contradicen á los otros. Mirad si es menester cuidado para conocerla y diferenciarla del celo y de la virtud.

No he dicho de qué es la soberbia y cuáles son sus miembros; mas haré que lo vean todos en la estatua de Nabucodonosor. Toda ella representaba monarquías y tiranías y poderíos que cayeron: representábalos todos con oro, plata, hierro y bronce; porque la cabeza y lo mas principal de la soberbia es codicia, sed de tesoros, lo que siempre fué forzosa ruina del poder y de las monarquías. El pecho y las piernas eran de bronce y de hierro, por la obstinacion con que persevera y la dureza con que camina; empero los piés eran de lodo, en que se ve la flaqueza de tan rica fábrica. Ruin arquitecto es la soberbia; los cimientos pone en lo alto y las tejas en los

cimientos. Al contrario la santa madre Iglesia, para fortalecernos, en la cabeza nos pone el lodo, y nos manda poner el oro y la plata debajo de los piés. Todo lo entiende al revés la soberbia. Por esta razon fué soberbia sentencia y castigo de aquellos soberbios, que quisieron llegar al cielo con una torre, la confusion de lenguas. Su castigo es y será siempre este, y siempre es confusion de lenguas; quiero decir que ella se confunde mudando los nombres á las cosas. Llama salud la enfermedad, y grandeza la hinchazon, y crecimiento el peligro, y camino el despeñadero, y descanso la carga, y poder la tiranía, y premio el robo. A esta confusion de su lengua se llega la confusion de las lenguas de los aduladores, que no le nombran accion ni pensamiento suyo con el nombre que tienen, sino todo al contrario.

Y hase de advertir que los aduladores con sus humildes sumisiones son soberbios aprendices de la pólvora en barriles, que se entierran y hunden debajo de los piés de los soberbios magníficos para reventar y volarlos. No de una manera sola es la pólvora retrato de los soberbios, pues en los cohetes representa el principio, medios y fines de todos los soberbios. Sube el cohete con gran ruido y aplauso festivo; en lo alto se mira estrella al parecer en el lugar y la luz; instantáneamente desciende en humo y ceniza. Y ninguno de los que le aplauden viéndole subir, ignora lo poco que ha de durar y lo breve en que ha de caer; así que ninguna cosa retrata tan vivamente la presuncion de los soberbios como las bufonerías del fuego. Solamente la pólvora, invencion infernal, pudo ser retrato de tan endiablado vicio.

Nada desto conoce el soberbio, porque está mas fuera de sí que el loco; y esto porque el loco está fuera de sí por enfermedad, y el soberbio está fuera de sí y de todos; y no solo fuera, sino léjos, y esto por malicia delincuente.

Nada consigue la soberbia menos que lo que pretende; mas su fin es ser reverenciada, y siempre al principio y al fin es aborrecida. Nadie está seguro del soberbio, y por eso el soberbio no está seguro de nadie. La soberbia nunca baja de donde sube, porque siempre cae de donde subió. Sube el so-

berbio como el ahorcado, por escalones que no ha de bajar; en el mas alto llega á la muerte. Lleva consigo la soga y por guia el verdugo. Oso afirmar que es mas execrable y facinerosa la soberbia de los poderosos (esto en la mayor parte), que la de los pobres; porque aquella se atreve á Dios y esta á los poderosos; aquella dura mas tiempo, porque Dios aguarda mas con su castigo que los hombres; empero desquita la tardanza con el rigor que acrecienta.

Hermosura, fuerza, poderío, dignidad, sabiduría y riqueza son preciosas dádivas, unas de fortuna, otras de naturaleza y de Dios, y la soberbia se introduce muchas veces en lepra destes bienes. Contra el que habia ser menos contrastable, que es la sabiduría, nos previene deste vicio el Apóstol cuando dice: «La ciencia hincha, no quieras saber lo alto.» La hermosura y el poderío, y las dignidades y la fuerza ya nos enseñó el gran padre Niseno que eran lastimosamente ocasion de la soberbia, y lo propio la riqueza. Para nuestra confusión traeré unos versos de Juvenal en recomendacion de la pobreza, que son estos (sat. 6): «La fortuna humilde en otros tiempos producía castas matronas latinas. A malos y humildes y pequeños techos que llegasen los vicios no consentía el trabajo, el breve sueño, y con la lana tusca las manos duras y fatigadas, y cerca de la ciudad Aníbal, y de guarnicion los maridos en la torre Colina. Agora padecemos largamente los daños de la paz; mas cruel que las armas nos acometió la lujuria, y vengó el mundo vencido. Ningun delito ni maldad de la desórden falta desde que pereció la pobreza romana.» ¡Oh grandes y prudentes palabras, acreditadas, no solo con la ruina de Roma, sino tambien de otras monarquías! ¡Sumo misterio político! En pereciendo la pobreza romana pereció su virtud; y esto porque con ella acabó la humildad, y con las riquezas empezó sus tragedias la soberbia. La ambicion y la avaricia, y los vicios y la locura llaman paradoja esta proposicion; empero la verdad y los sucesos los desmienten.

Pasemos á la ira y á la injuria, que son las dos manos de que usa el furor de la soberbia, con las cuales hace todas sus

obras á diestro y á siniestro. Todos los autores sagrados dicen que es mejor padecer la injuria y la ira que hacerlas padecer. De que se colige que á la soberbia siempre la toca por patrimonio el delito y el pecado, el aborrecimiento y el castigo; y á la humildad, que la padece, el mérito, la seguridad, la inocencia y la alabanza.

Que sean las iras y la injuria y la venganza soberbia, nadie lo niega, viendo que todos los soberbios son airados, y que su gozo es la injuria que hacen, y su blason la venganza que toman. Ira santa hay; esta nos enseñan los santos cuál sea, declarando aquellas palabras: «Airaos, y no queráis pecar.» Mas esta no la conocen los soberbios, porque, al contrario, por solo pecar se airan. La ira saca fuera de sí al que la tiene; efecto y contagio de la soberbia. La injuria nace del desprecio que de todo hace; la venganza es la municion con que todo lo quiere arruinar.

En ninguna cosa es la soberbia mas descubiertamente soberbia que en la venganza; pues llamándose Dios «Dios de las venganzas», quiere por ser como Dios, que es su sacrilego tema, que las venganzas sean suyas. Dice Dios en otra parte: «Para mí la venganza:» pide que se la dejen á él; y el vengativo es tan soberbio, que toma para sí lo que Dios manda que le dejemos á él. Todas estas maldades de la soberbia tienen el mismo fin que ella, y la burlan en todo de su fin: pues en la injuria que de la abundancia de su infancia hace, solo consigue peligro; y de la venganza que toma, debilidad y afrenta propia, fortaleciendo y fertilizando á los que la padecen. Oid lo que dice de la ira, cuando con todo su séquito la ponderó de Neron, san Leon papa (1): «Ya toda la inocencia, toda la vergüenza, toda la libertad padecia debajo del imperio de Neron. Cuyo furor, inflamado por todo el exceso de los vicios, le precipitó al torrente de su locura de tal manera, que fué el primero que hizo universal persecucion al nombre cristiano inhumanamente; como si con la muerte de los santos la gracia de Dios se pudiera extinguir, teniendo en esto los mártires su grande logro (2): con el desprecio desta vi-

(1) Serm. 1, *in natali apostolorum Petri et Pauli*.

(2) *Maximum lucrum*, dice el Santo.

da mortal adquirir la eterna. Preciosa es pues en la presencia del Señor la muerte de sus santos: no puede con ningun género de crueldad ser destruida la religion de Cristo, fundada con el sacramento de la cruz. No se disminuye la Iglesia con las persecuciones; antes se aumenta: y siempre la heredad del Señor se viste de mas rica cosecha, en tanto que de las espigas que se quebrantan, cayendo uno á uno los granos, nacen multiplicados. » Con muy hermosas palabras declara el santo Pontífice los intentos soberbios de la ira con la injuria, en pretender destruir la religion de Cristo; y juntamente cuán afrentosamente, burlada de su intento, la fecunda y aumenta con la persecucion, Séneca: que á mi juicio en todas las obras que escribió reprehendió á Neron, descubriéndole el horror de los vicios que seguia, y la fealdad y fiereza de las virtudes que despreciaba, como se ve escribiendo el libro de la *Ira y fiereza*, en que fué monstro de tiranos, dejando en su poder todos sus sentidos. Este libro que tocaba al Príncipe, dedicó á Novato por cautelar su intento; y el libro de *Clemencia*, virtud del Emperador sumamente aborrecida, dedicó al mismo Neron. Estratagema muchas veces bien lograda, para reprehender á los monarcas, alabarlos de lo que no hacen ni tienen ni quieren: de que da buen cobro lo propicio de su mente á la adulacion, persuadiéndose (los que son tales como Neron) que los que los alaban de lo que no tienen, lo creen y lo hacen creer. Las demás obras de Séneca todas fueron antidotos para defender los ánimos opresos de los romanos, de tan inhumana opresion: sus títulos lo dicen, de la *Providencia*, de la *Tranquilidad del ánimo*, de la *Vida bienaventurada*, que *En el sabio no cabe injuria*, de los *Beneficios*, y las *Epístolas*: todas son medicina á la tolerancia de las últimas calamidades. Digo pues que Séneca, que escribió de la ira en el tiempo que con la soberbia mas furiosa tenia corona imperial y la miraba de cerca, dijo: « La felicidad cria la ira adonde la turba de los aduladores cerca las orejas soberbias », lib. II *De Ira*, capítulo 21.

De manera que la ira es alimentada de la felicidad como la soberbia, y este alimento recibe de la soberbia, por las orejas.

Acuérdome que el propio Séneca dice, lib. III *De Ira*, cap. 3: « Como en los primeros libros dije, Aristóteles se muestra defensor de la ira, y prohíbe que se arranque en nosotros. Dice es estímulo de la virtud, y que faltando queda el ánimo desarmado, y para los grandes hechos perezoso é inútil. » Aquí el filósofo trató de la cólera, que como humor es muy necesario en el cuerpo humano; y llama ira á la cólera, á imitación y como discípulo del grande é incomparable Homero, que repetidamente dice de Aquiles cuando se airaba, que la ira le andaba encendiendo al rededor de las entrañas. Y como Homero á esta causa la tuvo por buena, haciendo la ira de Aquiles sujeto de su grande poema (en que propone cantar la ira de Aquiles), de aquí Aristóteles, que en todo le siguió como á fuente de aquel saber, hizo esta defensa de la ira que Séneca refiere en el lugar citado. La soberbia es primero intentos furiosos, y siempre que los pone en efecto es ira é injuria y venganza. No hay cosa que mas persuada á la soberbia que la mayoría, y el ser primero. El mayor de los ángeles cayó, y el primero de los hombres. Por eso Cristo condenó pretender las primeras cátedras á los fariseos y las primeras saluciones. No pongo ejemplos, porque sería escribir toda la vida del mundo; y la soberbia, prevenida en su malicia, procura que los ejemplos se oigan y se interpreten y no se crean; las sentencias se lean y no se obren; las leyes se aleguen y no se observen; los buenos se alaben y no se imiten, y los malos se vituperen y se premien: y todo este condenado aparato logra solo en su perdicion, porque la muerte se anda hecha mentís de la soberbia y del mundo, tras todas sus acciones.

Dice el soberbio que es grande; desmíentele la muerte, diciendo que es nada. Dice el mundo que es rico; dice la muerte que es pobre. Dice el soberbio que es todopoderoso; dice la muerte que miente, que todo es miseria y flaqueza. Dice el mundo que da contento y puestos y posesiones y gloria; dice la muerte que miente, que no da nada, que todo lo presta, y lo vuelve á quitar con dolor y lágrimas. Dice el soberbio que nadie es como él, que él es como Dios, que él solo lo es todo; dice la muerte que miente, que él es vil gusano; que por que-

rer ser como Dios es un demonio; que todo lo que es, es solamente ceniza y pecado, y ruinas y escándalo. Mirad si la soberbia y el mundo hallarán libro del duelo que los dé salida destos mentises: por esta razon andan afrentados sin poder volver por su honra. ¡Oh lastimoso desconcierto del seso humano! ¡Que no haya hombre que no se enoje y se enfurezca en quejas de que le comparen con otro hombre en el saber, la riqueza ó fuerzas ó hermosura, ó con algun animal; siendo cualquier hombre como otro, poco mas ó menos, y conviniendo por el género de animal con las bestias! Y hallareis muy pocos que no consientan que en todas estas cosas los iguallen con Dios las palabras blasfemas de los aduladores. ¡Cuántos oyen de buena gana que son sumamente sabios, y justificadísimos en todo, en toda perfeccion hermosos; que su poder no tiene límite, que su hermosura es incomparable, que su riqueza es inmensa, que su felicidad no tiene fin y que su dicha es incontrastable! Juzguen si digo verdad los que cada instante lo oyen, los que sabiendo que mienten lo afirman; y no se hallará quien me contradiga. Por esta causa á quien mas y primero desprecia el soberbio es á sí mismo, y nada desprecia en que no se desprecie.

¿Quereis ver cuán infame y vil pecado es el de la soberbia? que preciándose los pecadores de todos los pecados y blasonando con ellos, no hay pecador tan desvergonzado que no se corra de confesar que es soberbio, y todos lo niegan. El homicida frecuentemente se alaba de que ha muerto tantos hombres, y que nadie se la hace que no se la pague. El lujurioso blasona adulterios, incestos y estrupos, y su vanidad es que no se le escapa mujer. El mentiroso y embustero se precia de que engaña á todos, y que hace burla de cuantos trata, y que nadie sabe lo que tiene en su pecho. El ladrón se alaba de que no hay puerta cerrada para él, y de que todos guardan lo que tienen para su gonzúa; y en el número y dificultad de los hurtos apoya su eminencia. El usurero se alaba de que su real vale ciento. El avaro de lo que guarda y de lo que niega á la necesidad y á la limosna. Empero ningun hombre dijo jamás que él era soberbio, ni dejó de correr-

se y negarlo con enfado si el otro se lo llama; porque el soberbio se tiene por tal, que todo le parece poco para su mérito y presuncion, y tiene por humildad y bajeza que á su soberbia la llamen soberbia, sino pretension ejemplar y justificada.

Parece culpado en esta locura el amor propio, muchas veces delincuente y ceguera del entendimiento. Empero en el soberbio no solo es amor propio, sino embriaguez del amor propio, que á lo malo que de suyo tiene, añade para este vicio la demasía y desórden. Tales son los deseos del soberbio, que quien desea que se le cumplan, desea que se hunda; y nadie desea aquel cumplimiento tanto como él propio. Por esto con lo que sube pide albricias de lo que ha de rodar, y en cayendo no aguarda lástima, sino aplauso. Es el soberbio el monstruo mas horrendo del mundo, y el mas formidable y desemejante que puede fabricar el delirio; porque quiere ser cielo, siendo infierno; serafin y gusano, humo y sol; Dios y demonio. Esto quiere ser, y es la nada, que ni se parece al Criador ni á las criaturas: al Criador, porque no puede; á las criaturas, porque no quiere. Es como el vapor de la tierra, que subiendo hácia el cielo se cuaja en nube, y en tanto que se mantiene en lo alto, solo sirve de escurecer al sol que le levantó, de entristecer al dia y manchar la luz; y solo cuando cae en lluvia sobre la tierra es de provecho. No hay lluvia que tanto fertilice la virtud con el desengaño y el escarmiento, como los soberbios cuando caen derramados de las nubes adonde subieron. Con propiedad es el oro jeroglífico destes tales desvanecidos y presuntuosos, siendo la calamita de sus devaneos; pues siendo el metal mas pesado, cuanto mas se extiende, es tan leve, que le derrama el aliento del que le mira.

Misterio halla la consideracion en que el rayo sea la amenaza de los soberbios: sálenle á recibir las alturas, toca los robres y hayas, y perdona á las legumbres, ignoradas de su llama en su humildad. Oyen pronunciar sus enojos á los truenos pálidos los tiranos. Este pues fuego superior y municion de la ira de Dios, siendo su natural subir violentado, descien-

de para derribar al que siendo la misma bajeza, se violenta para subir. ¡Oh irracional frenesí del soberbio, siendo cristiano, que sepa que solo se exalta el que se humilla, y que se humilla el que se exalta; y para conseguir lo que desea trueque los medios! Si el hombre no saliese fuera de sí, no seria soberbio; porque dentro de sí y en sí propio no tiene cosa alguna que no le predique la humildad. Ella es, la peor de las locuras, pues con blasfemia linajuda se califica la soberbia, probando que deciendo del cielo: mala casta, decender derribada de tan alto solar; condenado blason es nacer ángel para ser demonio; descender del cielo para poblar el infierno. No son buenos serafines antepasados; que desde entonces son hoy verdugos, condenados á los tormentos eternos y á atormentar. Antigua es la descendencia y la mas antigua; empero por eso es señal que luego fué mala, que poco fué buena, que adelantó su infamia y sus castigos á todos los otros pecados. Pues si de los ángeles hizo la soberbia demonios, ¿qué no hará de los hombres que della se dejan poseer? Ella parece diligente y solícita: á esto persuaden las continuas peregrinaciones de su devaneo, las grandes jornadas de su locura. Empero bien considerado con la obra, es el pecado mas perezoso de todos, tullido en el ocio infame del amor propio, de donde no se mueve hácia el prójimo y se olvida de Dios, siempre rellanada en la propia estimacion. Es pensamiento de Carolo Babilio Samarobrino, libro de *Septem vitiis*, cap. 2, gradu 22 Por esto trata á la soberbia como ella merece, sin perdonar la oprobrio, san Juan Clímaco: «Es la soberbia abnegacion de Dios, invencion de los demonios, madre de condenacion, aumento de esterilidad, ocasion de caidas, fuente de ira, puerta de disimulacion, firmamento de los demonios, guarda de los delitos, artífice de dureza y crueldad, ignorancia de compasion y misericordia, ejecutor amargo, juez inhumano, adversaria de Dios.» Si esto es la soberbia, todo esto es el soberbio; y con todo esto, es tal, que de Dios solo se dice que resiste á los soberbios; no se dice esta palabra de los demás pecadores; «Dios resiste á los soberbios, y á los humildes los da gracia.» Quanto es difícil y peligroso y violento este pecado, tanto es

su remedio fácil, seguro y natural. ¿Cuál cosa mas fácil, mas sin contradicción, mas conforme á nuestra naturaleza, que ser humildes, pues humildemente somos engendrados y pobremente nacemos? Muriendo vivimos, y vivimos en muerte, en horror, miseria y forzoso desprecio.

El soberbio lo es porque sale de sí; el remedio es volver á sí mismo. Dice Dios «que aprendamos dél, porque es humilde y manso de corazón.» Pues si Dios se precia de humilde, ¿quién sino el demonio no se preciará de serlo? Oigamos las palabras de Beda: «Para que la causa de todas las enfermedades se curase, que es la soberbia, descendió y fué hecho humilde el Hijo de Dios. ¿Por qué, pues, ó hombre, te ensoberbeces, si Dios se humilló por tí? Pudiera ser que te avergonzaras de imitar á un hombre humilde; imita pues á Dios humilde.» Tan venerables son las palabras como el autor. Quien desea grandezas y gloria, ¿cuál mayor que ser imitador, siendo hombre, de quien siendo hombre y Dios fué humilde? Toda tu ansia es bienaventuranza, toda tu ansia es prosperidad, toda tu ansia es alteza. Preguntas qué es alteza, prosperidad y bienaventuranza: pregúntalo á Dios, que es todo eso. No seas imitador de Pilatos, que preguntó á Cristo nuestro Señor: «¿Qué es verdad?» Y no aguardó la respuesta que á tí te ha dado, diciendo: «Yo soy camino, verdad y vida; aprended de mí, que soy humilde y manso de corazón. Peor serás que Pilatos, que él preguntó qué era verdad y no aguardó la respuesta; tú la oyes y la huyes. El dice que «aquel será mayor en su reino, que fuere como el mas chico.» Persuádetes que no tienes otro camino para ser grande sino ser pequeño, y para ser exaltado sino humillarte; ni otro despeñadero para abajar precipitado, como subir soberbio; siéndolo, eres esclavo de la fortuna, que es rueda, y sube para bajar y no se detiene en la altura. Vives en el mundo, que es bola, donde con lúbricos pasos te afirmas en un punto; vives tiempo fugitivo, que ni para ni tropieza ni vuelve atrás; vives ceniza y salud enferma, y muerte que el primer día empezó, y cada día es mas muerte, y el postrero lo acaba de ser: de tal naturaleza son los que te desvanecen, de tal condicion

las cosas por que soberbio te encumbras. Si perseveras, bien te puede parecer eres mas que todos; mas es tan imposible serlo, como dejar de ser menos, pues á todos los soberbios les promete Dios por Ezequiel el caer de cabeza. Estas son las palabras: « Por lo cual yo daré tus caminos en tu cabeza, dijo el Señor. » Justo castigo, que aquel desvanecido que pretende subir á poner sus piés sobre las cabezas de todos, baje de cabeza, sirviéndole de piés por los despeñaderos la que desvanecida subió á caer precipitada. No dudes que te dará el Señor tus caminos en tu cabeza, y en tu cabeza escarmiento á la de otros. Y pues tienes atrevimiento para pedir á Dios cada dia y siempre lo que no mereces, no tengas queja de que te dé algun dia lo que cada momento le mereciste.

Dé fin á mi discurso el Eclesiástico con estas palabras, capítulo 10: « Enriquecerá el hombre, muriendo, á las serpientes, á las bestias y á los gusanos. El principio de la soberbia del hombre es apostatar de Dios, porque se apartó su corazon del que le hizo; y porque es principio de todo pecado la soberbia. Quien la tuviere se llenará de maldiciones, y al fin le destruirá. Por esto deshonró Dios las juntas de los malos y los destruyó hasta la fin. Los asientos de los príncipes soberbios destruyó Dios, y sentó en su lugar á los mansos. Secó Dios las raíces de las gentes soberbias, y plantó los humildes de las mismas gentes.»

AVARICIA.

CUARTA PESTE DEL MUNDO.

Ya que la avaricia con su caudal á nadie socorre, socorrámosla todos con nuestro advertimiento; si bien es su condicion tan dañada, que no socorre por no disminuir lo que la sobra, ni quiere ser socorrida por no obligarse á socorrer. Reciba (pues es lisonja á su condicion) la enseñanza por penitencia si no la lograre, ó por logro si la obedeciere. No doy al avaro este conocimiento porque me dé de lo que tiene, sino porque tenga él las riquezas que le tienen á él.

Escribo última peste la avaricia, no porque siempre es la última, sino porque las mas veces la preceden las tres. Muchas veces nace de la avaricia la soberbia y la invidia y la ingratitude, y de cualquiera dellas las otras, y en cada una la *s*adece el apestado. Todas son recíprocas y contagio pariente, que raramente se apartan. No dejan salud en el alma donde entran, ni seguridad en el cuerpo de que se apoderan. Con las medicinas suelen alimentar y crecer su veneno: por esto son gravemente peligrosas. Sigamos en su definicion la escuela escolástica, y oigamos la del doctor angélico santo Tomás (2, 2, quæst. 110, d. 1). «Avaricia es desordenado amor de tener. La avaricia propiamente siempre es pecado; es pecado espiritual. La avaricia, segun que se opone á la justicia deste modo, de su género es pecado mortal; es medio entre los pecados puramente espirituales y los puramente carnales; es contra Dios, contra sí y contra el prójimo. No tiene amistad con nada ni con nadie, pues ni la tiene con Dios, ni consigo, ni con el prójimo. Es el vicio que entre todos se precia mas de ser malquisto, pues tiene ofendido á Dios,

quejoso al prójimo y á sí mismo. Siendo contra Dios, es soberbia; siendo contra sí, ingratitud; siendo contra el prójimo invidia. » Véisla peste de todos cuatro costados, que no solamente es la cuarta, sino todas cuatro.

Yo conocí un avariento; perdónole el nombre, porque le conocieron otros muchos. Tenia cuatro mil ducados de renta, y mas de treinta mil á ganancias forzosas y seguras en el logro, no en la conciencia. Su vestido era tal, que antes obligaba á los que no lo conocian á darle limosna que á pedírsela. Los pobres antes le temian que le demandaban. No tenia criado ni criada, ni gastaba otra luz que la del dia, porque el sol se la daba de balde. Acostábase de memoria; comia de lo mas barato que hallaba en el público aderezado. Tenia un sobrino solo, y por no sustentarle, ó él, amedrentado el estómago de su sustento, servia á un oficial. Vile enfermo algunas veces, y no se curaba con otra cosa sino con la cuenta que hacia de lo que ahorra en no llamar médico ni pagar barbero ni botica. Supe todas estas particularidades porque todo el tiempo que estudié me pagaba por libranza de mis padres seiscientos ducados. Ahora con la consideracion haré que este cuento sea doctrina á propósito. Díjole en mi presencia un doctor de la universidad que ¿cómo un hombre tan bien nacido y rico andaba tan bajamente vestido, y sin un criado ó criada siquiera, y no se sustentaba aun como mendigo, y consentia que un solo sobrino que tenia sirviese? Y respondió que él no era vanaglorioso ni soberbio, de que daba muchas gracias á Dios, pues le inclinaba á modestia y humildad; que en cuanto á no tener criado, le era ocasion de no vivir como poltron sin ejercicio, y que procuraba excusarse de gobernar gente no conocida, puesto que sus ocupaciones eran tan pocas, que asistiendo á ellas le sobraba el ocio; que él aborrecia la golosina y la glotonería; que su natural tenia la salud en la dieta y templanza; que á su sobrino no le tenia en casa, porque con el servir aprendiese humildad y obediencia y virtud, y no se entregase al perdimiento de costumbres, viéndose heredero y con abundancia de lo necesario, y esperanza de caudal para lo superfluo. Considerad á este avariento haciendo salud todas sus

pestes, y virtudes todos sus pecados, y disculpándose con sus culpas.

Murió este avariento, que habia vivido contra Dios, contra sí y contra el prójimo, sin Dios y sin el prójimo y sin sí propio. Heredóle quien le hizo el testamento que no quiso hacer; dejó la hacienda que solo tuvo para dejarla, pues no se conoció que era suya en otra accion, ni que la tenia, sino cuando ella no le tuvo á él. Condenacion es hecha por el Espíritu Santo con estas palabras: « Hay otro mal que yo ví debajo del sol, y de verdad es frecuente á los hombres: el varon á quien dió riquezas Dios, y caudal y honra, y no le falta para su vida nada de lo que desea; y no le da Dios poder para que de sus tesoros coma, antes el hombre extraño se lo tragará todo: esta es vanidad y miseria grande.» Ejecutóse esta sentencia con todas sus cláusulas en el avaro que referí, pues tuvo mucha hacienda, y della no comió nada, y se la comió toda el extraño.

La avaricia es gravísimo pecado, es idolatría. « Servidumbre de los ídolos, » le llama el Apóstol. A esto añade ser el disparate de todos los pecados. Todos solicitan los objetos de su ape tito para gozarlos; esta los codicia para no gozarlos. Su fin es tener, no por tener, sino porque otros no tengan. Al avaro tanto le falta lo que tiene como lo que no tiene. Gasta su vida en juntar hacienda, y no gasta un cuarto en mantener su vida. Adquiere sin saber para quién, y sabiendo que no es para él. Tiene frio y no se abriga, tiene hambre y no come, tiene enfermedad y no se cura, tiene hijos y no los asiste, tiene mujer y la desampara. Adquiere oro para ser pobre, no para ser rico. No vive para sí ni para nadie. Guarda lo que tiene, tanto de sí como de todos. Junta en sus tesoros deseos de su muerte, no socorros de su vida. Niégase á sí propio lo que niega al pobre y al amigo. No saben su cuerpo ni su alma nada de sus riquezas, ni las goza ni las lleva ni las deja, porque las mas veces se las quitan. Ni el avaro estima su vida, ni cree su muerte. Es el avaro envidioso de sí mismo, nueva y perversa invencion de envidioso. No hace cosa buena sino cuando se muere. Vive en tal miseria, que quien le de-

seare trabajos, le deseará que viva. No crió Dios criatura tan vil, ni produjo la naturaleza sabandija tan abatida. No crió animal que no fuese bueno para algo y para otros, y para quien no criase muchas cosas buenas. Solo el avaro ni es bueno para sí ni para otro, ni para nadie ni para nada. El es el monstro de todas las criaturas. Tiene un ser tan inútil, que solo es útil en dejando de ser. Nace contra sí mismo y contra todos. Aborrécese á sí, y quiere todas las cosas para que le hagan aborrecible de todos. A todos parece hombre, sino es á sí propio, pues no se trata como tal, ni á los otros conoce por prójimos. El es causa de sus mismas miserias, porque las riquezas que junta le irritan y no le hartan. Es todo contrariedad, siempre está diciendo verdad y mentira con unas propias palabras. Si le piden limosna ó prestado, dice: «No tengo;» y siendo mentira, porque tiene, es verdad que no tiene para hacer buenas obras; es verdad, porque él no tiene la hacienda, sino la hacienda á él. Y sería lo propio decir el avaro que él tiene el tesoro, que si el preso dijese que él tiene á la cárcel. Estos en adquirir riquezas son como el que bebiese agua salada para matar la sed. Su ansia es adquirir, y jamás tienen contento adquiriendo, porque aunque la fortuna no los aflija con negarles ni quitarles lo que codician, es su afliccion cualquiera cosa que no adquieren. No quieren mucho, sino todo. No solo quieren tener, sino que nadie tenga. Por eso en la *Authentica, Ut judices, ff in fin.*, colum. 2, se lee: «La avaricia es raíz de todos los males ó madre.» Y por sediciosa y malhechora, dice la ley *Si quis in suo (C. de Innoffic. testament.)*: «Hase de herir á la avaricia con legítimos golpes;» quiere decir, con heridas en la raíz de su maldad. Bien obedeció esta ley el pueblo de Grecia, cuando oyendo una tragedia de Eurípides, presente el mismo poeta, y hablando en ella un personaje llamado Bellerofontes, recitó estas palabras, preciándose de avaro:

«Consiento que me llamen pésimo, como me llamen rico. Todos preguntamos si uno es rico, no si es bueno. No por qué ni de dónde, sino qué tanta hacienda tiene solamente. En todas partes tanto fué uno cuanto tuvo. ¿Pregúntasme que es

malo tener? nada. O deseo morir pobre ó vivir rico. Bien muere el que muere ganando algo. El dinero es grande bien del género humano, á quien no puede ser igual el deleite de la madre ni de los blandos hijuelos, no el padre sagrado con méritos. Si cosa tan dulce resplandece en la cara de Vénus, con razon inclina á sí los amores de los dioses y de los hombres. »

Recitó aquel representante en estas palabras todos los requiebros que el avaro dice al dinero ; y como el pueblo vió alabar tanto la avaricia, amotinado se levantó para castigar los versos y al autor. Empero levantándose Eurípides, los pidió que oyesen la tragedia toda, y que si aquel amante del oro no tuviese el mal fin que merecia, que le castigasen. Sosegóse el pueblo, y al cabo padecia el avariento, que allí se llamaba Bellerofontes, los castigos que su avaricia merecia. Todo este lugar es de nuestro Séneca, epíst. cxv. Mirad cuán aborrecido vicio es, que aun sus alabanzas en el teatro, no solo no las consintió el pueblo, sino que ofendidas las orejas, se convocó á castigarlas.

Muchas veces he considerado qué parte del hombre persuade al avariento á no gastar consigo mismo lo que tiene. No se lo persuade la razon, que le constituye en ser racional, por ser cosa contra razon ; no la parte animal, porque esa es toda atenta á su comodidad y regalo ; no sus miembros, porque si padecen frio desean abrigo ; si hambre, mantenimiento ; si enfermedad, remedio ; si trabajo, descanso ; si desvelo, sueño. No se lo persuaden sus amigos, pues le aborrecen por avariento. No los que son sus enemigos, pues lo son porque lo es. Esto me persuade que es castigo de Dios, y de los mayores que en este mundo ejecuta, por la dolorosa miseria con que aflige, y porque dispone al avariento á obstinacion ; pues si adquiere siempre, siempre quiere adquirir ; si le quitan algo, se enfurece por desquitarlo ; si le dan lo que codicia, es lo propio que echar leña seca en el fuego, que le hace mas animoso ; si le piden, piensa que se da lo que tiene negándolo al menesteroso. Judas verifica mi discurso : fué apóstol de Cristo ; y siendo apóstol, porque fué avaro fué traidor,

fué impenitente, y se ahorcó. Cuando el sagrado Evangelista dice quién era, le llama «ladron y robador, que traia bolsas y se lleva lo que dan.» Que el avaro sea ladron, se prueba con testigos que no pueden ser recusados: el primero es el mismo avariento que depone, que se hurta á sí propio lo que tiene; el segundo el prójimo, á quien hurta lo que le quita, y si es pobre, lo que le debe; el tercero es el mismo Dios, pues se le queda con todos los bienes que le da, y se los niega en los pobres y en la satisfaccion, y en sí y en los otros. Veis aquí al avariento, en el oficio, discípulo de Judas. La condicion del avariento se emplea en dos cosas solas: en pesarle que dén á otros y no á él, y en pedir que le dén. Esta misma fué la condicion de Judas. Tuvo gran dolor del unguento que la Magdalena dió á los piés de Cristo, y cuando le vendió pidió que le diesen: «¿Qué me quereis dar, y oy le entregaré á vosotros?» Sabiendo que vendia la cosa mas preciosa de la tierra y del cielo, no señaló lo que queria que le diesen; solo dijo que le dijesen lo que por ella le querian dar: porque el avariento solo estima que le dén, no otra cosa ninguna. No se gobierna por mucho ni por poco, pues es tan avaro por poco como por mucho. Si estimara alguna otra cosa fuera del recibir, luego se corrigiera, porque topara con su alma y con su conciencia sin salir de sí, y con su cuerpo, y con la ley natural y la civil y la de las gentes y la de Dios. Diéronle treinta dineros; recibiólos; y para la traicion dió por seña que daria un beso á Cristo. ¡Extraña cosa parece que el avariento dé por seña el dar aunque sea un beso! Igualmente dió con este beso á conocer quién era Cristo y quién el avariento. No se lee que otra persona besase en la cara á Cristo sino Judas, ni que otro metiese con él la mano en el plato. El avariento vende al que besa, y adquiere dinero con lo que da; y si puede tomar, no aguarda á que le dén. Deste fin se originaron estas dos acciones singulares de Judas. Entrósele Satanás en el corazon; que el avaro, por recibir, recibe á Satanás.

¿Quereis ver cuán sumamente perverso es el avariento? Pues atended á que luego que recibió de la mano de Cristo el regalo en la cena, al instante recibió á Satanás en su alma:

«Y como mojase el pan, se le dió á Judas Simon Iscariote; y despues de la sopa Satanás entró en él.» (*Matth.*, 26.) El avariento, tras los bienes y caricias que recibe de Dios, recibe á Satanás por recibir de todos y de todo. Mirad lo que junta en su corazon: disposicion halagüeña para el arrepentimiento y la gracia, y demonio y infierno. Literalmente entiendo deste lugar, que abren la boca á la mano de Dios y juntamente el corazon á Satanás.

Llegado hemos al fin infame que la avaricia dispone á los que se dejan poseer de su tiranía, y á los bienes y dineros que adquieren con la usura de la sangre inocente. (*Matth.*, 27): «Entonces viendo Judas, que le entregó, que le habian condenado, movido de penitencia volvió los treinta dineros de plata á los príncipes de los sacerdotes y á los ancianos del pueblo, diciendo: Pequé entregando la sangre inocente y justa. Ellos respondieron: ¿Qué nos importa a nosotros? Miráraslo tú. Y arrojando las monedas en el templo, se fué y se ahorcó de un lazo.»

El doctísimo cardenal Cayetano sobre este capítulo dice «que esta penitencia de Judas fué penitencia del ánimo humano sin gracia de Dios, quanto mayor mas peligrosa; porque la abundancia de la tristeza anega al hombre é induce desesperacion. Este fin probó que era tal la penitencia de Judas (1).» Doctísimamente condena el eruditísimo cardenal de San Sixto las blasfemias del terco Calvino, en las heréticas consideraciones que hace sobre estas palabras y acciones de Judas, llamando arrepentimiento verdadero el suyo en la penitencia y en la confesion de su pecado y ser Cristo justo, y restituyendo el precio de la traicion. Y doctísimamente le castiga con sus respuestas Titelman en su libro contra este blasfemo.

Este avaro fué tan malo, que su arrepentimiento es el castigo de su pecado, en que él propio fué delincuente, juez y

(1) Véase *Evangelicorum Commentariis Reverendissimi Domini Thomæ de Vio Caietani, Cardinalis Sancti Xisti, in quatuor Evangelia et Acta Apostolorum ad Græcorum codicum veritatem castigata, ad sensum quem vocant Literalem commentarii: cum indicibus oportunitis, Recens in lucem editi. Parisiis. Apud Poncetum le Preulz. 1543.*

verdugo. Es la suya penitencia, mas sin gracia de Dios; es inundacion de tristeza, que ahoga á los que le imitan; no arrepentimiento que los enmienda. Sus logros son de sangre inocente; véndenla por cualquiera precio, y juntan el dinero para arrojarle; préciáanse de padres de la ganancia, y mueren hijos de la perdicion. Al avariento Judas le llamó Cristo hijo de la perdicion.

El avariento no deja lo que junta; él mismo lo arroja. No hay fariseo ni mal ministro que no tenga asco de recibir el dinero de sus manos. Muere levantado del suelo, de donde nunca se levantó el espíritu del avariento. ¡Cuál destos no muere en el lazo con que la avaricia le tiene mientras vive, y le ahoga cuando muere!

Verifiquemos en Judas el fin de la hacienda del avaro. No la tomaron dél; no quisieron, siendo los sacrílegos compradores de su execrable venta, profanar con tales monedas el tesoro y caja del depósito del templo. Compraron una heredad para sepultura de los peregrinos.

Veis cumplido á la letra el lugar del *Eclesiástico* que recité, donde hablando del avaro y de sus castigos, y del fin dél, de sus bienes, dice en medio del lugar: «Y no le da Dios poder para que de sus tesoros coma; antes el hombre extraño se lo tragará todo.»

Veis aquí todo el dinero del logro de Judas empleado en sepulturas de peregrinos, que son los que mas propiamente se llaman extraños.

Ya hemos discurrido por las costumbres y el fin de los avarientos en esta vida, y de sus caudales y haciendas. Discurramos del avariento en los infiernos, y de su dañada condicion en la otra vida. Para salir bien de todo conviene no salir del Evangelio sacrosanto.

Lucae, 16: «Había un hombre poderoso que se vestia de preciosas ropas, y cada dia banquetaba espléndidamente; y había un mendigo, cuyo nombre era Lázaro, que yacia lleno de llagas á sus puertas, deseando hartarse de las migajas de pan que se caian de la mesa del rico, y ninguno le socorria.»

A las puertas del rico avariento y gloton siempre es des-

precio de sus umbrales el pobre, á quien no solo niega su mesa lo que tiene, sino lo que se le cae. No hubiera pobre sin socorro, si no hubiera avariento sin caridad.

«Empero venian los perros, y lamíanle las llagas.» Veis aquí los perros curando las llagas del pobre, y al rico acrecentándose las. Veis aquí á Lázaro que convida á sus llagas á los perros, y al rico que le niega de su mesa las migajas que da á sus perros. ¡Considerad cuánto peor y mas rabiosa es la hambre avarienta que la hambre canina!

«Sucedió que murió el mendigo y fué llevado por los ángeles al seno de Abraham. Murió el rico y fué sepultado en el infierno; empero levantando sus ojos, como estuviese en tormentos, vió desde muy léjos á Abraham y á Lázaro en su seno.» — Dice «que murió el pobre;» y habiendo sido sepultado, lo que es cierto, no dice que fué sepultado, sino llevado por los ángeles al seno de Abraham, porque el justo que se salva nace en la sepultura á vida sin muerte, donde la muerte corporal le sirve de partera á eterna vida. — Dice que «murió el rico y que fué sepultado en los infiernos;» y no dice que fué sepultado en la tierra, porque el sepulcro del que muere para morir para siempre, es el infierno. Y es de notar que del avariento no solo se dice que está en él como los otros, sino sepultado en él: esta consideracion me persuadió á no seguir la diferente puntuacion que hace el cardenal Cayetano, poniendo el punto detrás del «fué enterrado,» y empezando cláusula desde la palabra «en el infierno.» — «Levantó los ojos como estuviese en tormentos.» Cuando vivia jamás levantó los ojos al cielo ni los apartó de la miseria de la tierra; y cuando está sepultado en el infierno y padeciendo sus tormentos, los levanta al cielo. Todo lo hacen al revés y tarde los avarientos. Cuando estaba en este mundo, no veia aun en sí mismo (que nada puede ser mas cerca) su naturaleza, ni las llagas y hambre y miseria de su prójimo, que quiere decir cercano; y en el infierno ve de léjos y conoce á Abraham y á Lázaro en su seno. Quien no ve vivo por faltarle la caridad, para mayor pena ve con la invidia muerto y condenado. «Entonces el seno de Abraham era el limbo de

los padres, porque por el mérito de Jesucristo, que primero se prometió á Abraham, los justos conseguian aquella quietud.» Estas son palabras de Cayetano en este capítulo.

«Y él mismo llamando, dijo: Padre Abraham, ten misericordia de mí, y envíame á Lázaro, para que mojando en agua la punta de su dedo, refrigere mi lengua, porque soy atormentado en la llama.» ¿Veis que en el infierno el avariento se atormenta con serlo por haberlo sido, y que guarda en la sepultura del infierno consigo para su tormento, su condicion? Condenado está, y está pidiendo; pide, no una cosa, sino tres: que tenga Abraham dél misericordia, que envíe á Lázaro, y que Lázaro le refrigere la lengua, mojando la extremidad de su dedo en agua. ¿Quereis ver que su avaricia es su tormento? El pide que le envíen al que arrojó de su mesa; pide una gota de agua al que negó una migaja de pan; pide que en su favor extienda un dedo aquel á quien con desprecio, pidiendo, le cerró toda su mano. Cierto es que todo él padecía, y solo pide refrigerio para su lengua, porque por su glotonería y satisfacer su garganta con el sabor de su lengua habia sido avariento; y aun condenado, trata de refrigerarla solamente. Padezca la lengua del avariento, que estando en boca racional, no aprendió de las lenguas de sus perros cuando los vió lamer las llagas de Lázaro.

Mostróse este avariento inficionado de todas quatro pestes. Del desprecio, ya se vió el que hizo de Lázaro. De la invidia, dígalo el Santo palabra de oro, serm. CXXII: «Envíame á Lázaro. ¿Adónde? ¿Al infierno, del seno; del solio sublime, al caos; de la quietud santa, á los lamentos de las penas? A lo que me parece, lo que hace este rico no es del nuevo dolor, sino de la invidia antigua; y con ella se enciende mas que con el fuego. Esles á estos grande mal, esles incendio insufrible ver dichosos á los que un tiempo despreciaron. Aun poseyéndole la pena, no deja la malicia al rico; que no dice que le lleven adonde está Lázaro, sino que envíen á Lázaro adonde él está.» No pide que él sea llevado adonde está Lázaro en descanso; pide que Lázaro baje del descanso á sus penas, por quitarle el gozo que le envidia. En el infierno está

el rico avariento, y aun quiere que le venga á servir el pobre desde la gloria. Esta soberbia es.

Tuvo de Abraham respuesta, mas no consuelo: «Tú recibiste tus bienes» (quiere decir, los que tuviste por bienes, que fueron las riquezas y el poderío, la pompa y la golosina; y ahora padeces los males que no temistes). «Lázaro recibió y padeció males» (quiere decir, los que el mundo juzga por tales en la pobreza y desprecio, siendo bienes en el mérito).

Viendo que se le negaba el enviársele, prosigue, por sacarle de la quietud en que está, diciendo: «Ruégote, Padre, que le envíes á la casa de mi padre, porque tengo cinco hermanos, para que los testifique este suceso y no vengan á este lugar de tormentos.» Llama á Abraham padre, y dice que envíe á Lázaro en casa de su padre. Para pedir tiene muchos padres quien para dar no tuvo ni conoció hermano. Toda esta peticion fué vanidad y soberbia é invidia. No dice que le envíe á predicar á todos, sino á los suyos y á sus hermanos: es ruego de interés, no de caridad. No lo pide porque sus hermanos se salven, sino porque con ellos solos, por ser sus hermanos, se haga lo que á otros no se concede. En el condenado ni puede haber piedad ni caridad, ni otra cosa que condenacion obstinada. Segun esto, no deseaba estorbar su venida á sus tormentos por virtud ni amor: luego puede colegirse que, de avariento, aun no queria que participasen de sus tormentos.

«Respondióle Abraham: Tienen á Moisés y á los profetas; óiganlos. Mas él respondió: No, padre Abraham; empero si alguno de los muertos se les apareciere, harán penitencia.» No consta claramente si esta fué parábola ó historia. San Lucas no la da nombre de parábola, y el nombre de Lázaro la muestra historia. Yo por historia la tengo, persuadido destas razones y de la autoridad de san Juan Crisóstomo (oracion *De adversa valetudine*, digamos *De la enfermedad*), hablando de Lázaro. «Era de los que fueron antes de la gracia;» palabras que certifican historia. Y del texto se colige que fué realmente en este tiempo, pues dice: «Tienen á Moises y á los profetas;» tiempo antes de la gracia; y de que se colige

que Moisen vivia en aquel tiempo, pues si fuera muerto, no respondiera el avariento que no creerian sino á un muerto.

Pasemos á la consideracion, y aprendamos de Cristo á referir las historias para el ejemplo y el escarmiento. En las del mundo el pobre es á quien se llama aun vulgarmente *quidam pauper*, «cierto pobre.» La lisonja no le halla nombre, cuando al rico le da su nombre y sobrenombres, y le carga de apellidos y blasones y descendencias. En la boca de Cristo es todo esto al revés: el pobre tiene su nombre, y el rico es *quidam dives*, «cierto rico;» porque Cristo Jesus es vida, y en el libro de la vida se escriben los nombres de los justos. Así lo dice el Espíritu Santo.

Advertid la desvergonzada presuncion y soberbia deste avariento, que habiendo él muerto de hambre á Lázaro (cuando le pedia sus migajas de pan para vivir con ellas), ahora muerto y en los infiernos, osa pedir que á su instancia y por el servicio de su casa y familia resucite: quiere que Abraham resucite con milagro por su mandato al que él mató con avaricia por su iniquidad. Considerad su hinchada locura, que se arroja á enseñar á Abraham, diciéndole que no es eficaz el medio que él da de que oigan á Moisen y á los profetas, y le pretende enseñar el modo, diciéndole que si alguno de los muertos se les apareciere, harán penitencia.

Dos cosas se me ofrecen dignas de consideracion. La primera: ¿Por qué este avariento pidió que Lázaro mojase, para refrigerarle la lengua, la última extremidad de la punta de un dedo, y no que mojase la mano y le refrescase? pues á tan grande ardor como padecia, no fueran beneficio los golfos del mar. Realmente los avarientos, vivos y muertos, siempre buscan y piden lo que no los puede aprovechar: lo otro, aun duraba en su lengua y estómago y corazon el asco de las llagas de Lázaro, y por eso como melindre condenado pide que le toque con la menor parte que pudiese de un dedo suyo la lengua. Pidió una gota de agua y una punta de un dedo. Pidió tan escasamente como si pidiera á sí, que menos que esto negó á Lázaro; todo con infernal malicia, para disimular con esta humilde peticion la que luego hizo de pedir como avariento tan gran cosa como la resurreccion de un difunto.

Desto nace la consideracion segunda: ¿Por qué pidió que Lázaro fuese á la casa de su padre á decir á sus hermanos su condenacion, y no pidió que le enviase á él, para que la viesen en él, puesto que la vista se juzga por mas eficaz que el oido? No queria, no, el avariento la conversion de sus hermanos: queria que Lázaro, como fué despreciado en su casa, no fuese creido en la de su padre; queria que á su padre y hermanos fuese aborrecible por el espanto, como á él lo fué por la pobreza; queria que se lograse contra Lázaro la ponzoña que tenia en su seno, y que Lázaro dejase de gozar de la quietud del seno en que estaba: su tema es sacarle del seno de Abraham, ya que echándole de los umbrales de su puerta, fué ocasion de que Abraham lo recibiese en su seno. Veis aquí las pretensiones del avariento, aun sepultado en los infiernos. Si algo pretenden, es quitar el descanso á los que vivos negaron el socorro. No hallamos escrita la obstinacion y perfidia, hasta en los infiernos, de otro pecador que del rico avariento, teniéndola todos.

No envió Abraham á Lázaro, como el avaro lo pedia. Empero Cristo, que refirió esta historia para desengañar á los hombres de que no creyendo á los profetas ni á los vivos, ni á él, que era hombre y Dios, menos creerian á los muertos, resucitó con el mismo nombre de Lázaro al hermano de Marta y María. ¿Qué resultó deste difunto resucitado? Dícelo el Evangelio, *Joann.*, 12: «Determinaron entre sí los príncipes de los sacerdotes que matasen á Lázaro, porque por él muchos de los judíos se apartaban y creian en Jesus.» San Pedro Crisólogo en estas palabras, sermon *LXVI*, dice: «No quieren que les cuenten lo que vieron aquellos, que lo que oyeron no quisieron creer. Sabemos que está aparejada vida para los buenos y tormentos para los malos; empero, mientras captivos de los vicios no queremos que se llegue el tiempo, fingimos ignorar lo que sabemos, y no queremos que venga del infierno quien nos diga lo que hay despues de la muerte; pues viniendo Cristo del cielo y volviendo del infierno, enseñó con la palabra y afirmó con el ejemplo lo que está prevenido á los justos en el cielo y á los impíos en el abismo. Mas por

ventura no creemos estas cosas, ni queremos que Cristo venga, porque no queremos que el mundo pase; antes no porque no queremos que el mundo pase, sino porque nos pesa que nuestros vicios pasen. Cristo vino, no por ahuyentar la vida, sino la muerte; revocar el mundo, no quitarle; destruir los vicios, no su criatura.»

¿En cuál filósofo se pudo hallar rastro de tan alta doctrina? No niego empero que alcanzaron y rastrearon algo de la miseria y peste mortal deste mal vicio, lo que ingeniosamente enseñaron con la fábula de Mídas, rey de Frigia, hijo de Gordio. Fingen moralmente que como hospedase á Baco, y él le dijese que pidiese lo que gustase, y Mídas fuese avaro insaciable de dinero, le pidió que le fuese concedido que cuanto tocase se le volviese en oro. Baco se lo concedió. El luego tocó su casa y todas sus murallas de la ciudad, gozoso de verse aumentado en tan inmensa copia de oro. Empero como, obligado de la sed y de la hambre, fuese á beber y comer, y viese que en tocando el agua ó el vino se le volvía en metal, y la comida se le cuajaba en oro, perecia de rica muerte y de hambre y sed preciosas, empero mortales. Fábula fué esta en la narracion; historia es en los sucesos. ¿Cuántos son aquellos que porque todo se les vuelva oro no comen ni beben ni viven? Don de Baco, dios falso de la embriaguez y glotonería, fué el de Mídas. Mídas fué el que insta contra sí, como lo son todos los avarientos. Este fué el que juzgó tan mal en la contienda de Pan y de Apolo, que en castigo Apolo le disfamó con orejas de asno. Pena es que padecen los avarientos, porque oyen con bestialidad y no les agrada la voz del cielo. Sus orejas son de asno y sus espaldas, pues cargadas de oro, le padecen peso y no le gozan caudal.

No ignoraron que los avarientos morian ahorcados, y que su postrera enfermedad era el lazo. Algo dijo aquel epigrama del avaro que en un escondrijo guardó gran suma de oro; y yendo otro avariento á ahorcarse con una soga porque le faltaba el oro, y pareciéndole aquel mismo lugar á propósito para su desesperacion, hallando el tesoro que el otro habia escondido, dejando la soga donde le halló, se fué contento. Vino el

que lo escondió; y no hallándole, y hallando la sogá, de pena se ahorcó con ella. Mirad cuál es la avaricia, que tiene desesperación y pobreza dichosa, y riqueza y dicha ahorcada. Mirad cuál es, que al que trae sogá para ahorcarse le da el oro, y al que da el oro le da sogá con que se ahorque. Escondió el avaro el oro, y estando contento de hurtársele él á sí propio y ser ladrón de sí, se ahorcó porque le hurtó el otro avariento lo que él se había hurtado. Aquel dinero iba oliendo á esparto; al que le perdió, la sogá lo llevó arrastrando; y el que lo llevó, llevaba arrastrando la sogá, pues merece que lo ahorquen por ladrón, como el otro mereció ahorcarse por avariento.

No quiero que algunos ricos que dan y gastan, piensen que engañan á la verdad, y que por esta razón no los condena por avarientos, si bien ellos se agregan al nombre de liberales. Destos hay muchos, y son de los mas perniciosos; descúbrelos y nómbralos, y señala su castigo el Espíritu Santo, (*Prov.*, 22): « Quien calumnia al pobre por aumentar su riqueza, dará á otro mas rico que él, y empobrecerá. »

Castigo tan grande como justo que el que se hace rico con los pobres, se haga pobre con los ricos; que quite al que le falta lo que ha menester, para dar al que le sobra lo que no ha menester, y no ha menester lo que le da. No podía quitar estas máscaras y rebozos otra luz que la del Espíritu Santo, que lee lo secreto de los corazones. Avariento es quien no quitando al pobre nada, no le da de lo que tiene, y este fué el rico avariento de quien el Evangelio dice que fué sepultado en los infiernos. ¡Cuánto peores avaros son estos, que no solo no los dan algo, sino que los quitan á los pobres lo que tienen! Consideración es esta de san Juan Crisóstomo, *Oratione de avaritia*: « Si Lázaro, no habiendo recibido del rico alguna injuria, solo porque no le había dejado gozar de lo que tenía, le fué acérrimo fiscal, ¿de cuál defensa se valdrán aquellos que después de negarles lo que tienen, les quitan lo que ellos tienen? »

Bien claramente enseña el gran Padre cuánto peores avaros son estos que quitan á los pobres y los alligen, que aquellos

que solo les niegan algo de lo que tienen. Aquellos para tan grande robo y tan enorme delito se confían en sus riquezas, y desprecian la misericordia de los pobres. Por esto el propio santo, Boca de oro, los fulmina con estas palabras temerosas y ardientes, y porque no se desentiendan, habla con ellos, *ubi supra*: «Teneis vosotros poder, riquezas y dinero; empero tienen ellos las armas mas fuertes, gemidos y lamentaciones, y el mismo padecer injuria, con que atraen el socorro del cielo. Estas armas asuelan las casas, derriban los fundamentos, arruinan las ciudades, y con avenidas han trastornado todas las naciones. Tanto muestra Dios su providencia en favor de los que son ofendidos.»

Estos malditos, que quitan á los pobres para dar á los ricos, no les quitan para dar, sino para quitarse á sí lo que quitan, y empobrecer con la dádiva necia quien enriqueció con el robo sacrilego. No dan al rico, no; la suya no es dádiva, sino anzuelo; es cautela para que los dén, es mohatra y usura. Quien da al mas rico, mas quiere recibir que dar; comprar quiere, mercader es. Codicia la poquedad del mendigo, y por eso se la quita; codicia la abundancia del poderoso, y dale por engaitársela. Cúmplase en él la justicia de Dios que le sigue, y empobrece con el rico quien se hizo rico con el pobre. Tantos avarientos hay destos, que están fuera de nuestra cuenta; empero tantos como son, ninguno está fuera deste castigo.

¿Quereis ver cuán populoso es este pecado, que por él se gobiernan todos los demás? Es tal, que á las mismas pestes las apesta. ¿Quién no conoce la avaricia de la lujuria, que con el interés y por el oro y las galas atropella la honra y la castidad? La soberbia es la mas rica tienda de su trato. Por el poder y el tesoro y el puesto preferido y la opulencia, la arma contra Dios. La invidia por ella ceba en su propio corazon sus dientes: ella la arma de venenos los ojos, ella se los desvela. La gula aprendió de la avaricia á no tener por alimento el que no es tesoro, ó no le costó. No gusta de lo sabroso si no es caro, no tiene por comida la que no costó un patrimonio, no mata la sed con el vino ó agua en el barro, si

no la bebe en cristal ó oro, porque tiene asco del vaso que no es joya ó caudal. Hase pegado este contagio aun á las mismas enfermedades, que siendo el desengaño de nuestra miseria (por enriquecer, no por curar los malos humores), se beben en las pócimas el oro que no se puede digerir, las joyas que no dan alimento; siendo así que ni curan la dolencia, ni engalanan, ni hacen otro efecto que abultar con el gasto la vanidad. Si se beben estas cosas por llevarlas en su cuerpo á la sepultura, por mas ámbar y perlas y esmeraldas y jacintos y oro que junte su estómago en las confecciones, será aquella tierra que los cubriere solamente mina de gusanos y de horror. Si se juntasen los acreedores del hombre en un dia á cobrar lo que es suyo, y él blasona por propio, cosas en que funda su soberbia y su avaricia, hallaríase mucho mas desnudo que la mas humilde bestia y que la mas imperfecta sabandija. Considérale vestido de púrpura, pesada y pálida con el oro, granizada de perlas, encendida en diamantes; ó pomposo en el lustre de la seda, variado en labores: y supón que el animal, cuya sangre es la grana, le pide su veneno, los cerros el oro, las conchas sus perlas, las minas y pedrizas de Oriente sus diamantes, los gusanos su mortaja, de que hace gala; las ovejas su lana, los ganados sus pieles; el lino y el cáñamo y otras yerbas sus lienzos, holandas y cambrayes. Fuerza era que el miserable hombre, si volviese estas cosas á sus dueños, quedase mas desnudo que los erizos y las arañas, á quien ninguna cosa puede pedir parte alguna de su traje, vestido y ornamento. ¿Por qué pues, ó avariento, anhelas por tener lo que las cosas mas despreciadas del mundo te pueden con razon pedir, y de que, como ajenas, no puedes tener alguna presuncion, que las has de dejar, que han de dejarte? Sois los ricos para los pobres lo que para vosotros las grandes posesiones. Tú eres, si sabes ser rico, heredad del pobre, como la heredad es hacienda para tí. Dióte Dios los bienes para que los dieses, no para que los hicieses inútiles. Dios, que te da lo que tienes, te pide en cada pobre que le des de lo que te dió; no por quitarte lo que te ha dado, sino porque puedas con la caridad merecer que te lo multiplique. Si eres intere-

sado, no digo que no lo seas, sino que sepas ser bien interesado. Dale á Dios lo que te pide por el pobre, que él te ofrece en lo que te pide ciento por uno. No puede haber mayor ganancia ni mas cierta. O no quieres la ganancia, ó dudas del que la promete; si no la quieres, ya eres pobre; si no la crees, ya eres infiel. ¿Por qué, ó mortal, con el pensamiento presumes las cosas mayores, cuando por la fe desesperas de las menores? Grandes palabras son las con que san Pedro Crisólogo, sermón CLXIII, nos exhorta al desprecio de estos bienes en solo el nombre: « ¡O miserable y dignísimo de toda infelicidad; pues dándote un reino, suspiras por un pedazo de pan; pues dándote la perpetuidad, lloras por la bebida; que vistiéndote de inmortalidad, lamentas por la vestidura del cuerpo ! »

Teófilo Alejandrino compara la avaricia al infierno: « El infierno no se llena de muertos; antes cuanto mas recibe, mas desea: imítale la avaricia, que no puede hartarse, pues cuanto mas tiene mas desea. »

Crisóstomo alza la voz preciosa, y con boca de oro pronuncia contra los avarientos estas palabras espantosas para ellos, aun siendo pronunciadas por el metal que adoran (*homil.* 81, *in Matth.*): « Oid esto todos los avaros atentamente, los que padeceis la enfermedad gravísima de Judas. Oidme para que huyais esta pestilencial dolencia; porque si el que juntamente vivia con Cristo, que oia de Cristo la doctrina que hizo milagros, deste achaque se precipitó en el profundísimo abismo de los males, mas fácilmente os precipitareis vosotros, que ni oistes las escrituras y estais arraigados en las cosas del siglo. Aquel cada dia estaba con el que no tenia adonde reclinar la cabeza, y cada dia era instruido con sus palabras y obras, para que no quisiese tener oro ni plata ni dos túnicas; y con todo no pudo reprimirse. ¿Cómo pues esperas, sin gran desvelo y diligente cuidado, huir el contagio deste mal? Terrible es cierto, terrible esta bestia; empero si quieres, facilísimamente podrás asegurarte della. No tiene esta codicia el origen de la naturaleza. »

Por esto es fácil huir la avaricia, porque no se origina de

la naturaleza, y no hay cosa mas fácil al hombre que acomodarse y restituirse á la naturaleza, ni mas descansada, pues cuanto della se aparta se violenta. La naturaleza conócese por origen; y reconoce por parto suyo á las sierpes y animales mas ponzoñosos, empero no al avariento. Este es contra toda la naturaleza y contra las naturalezas de todos. Es contra Dios, contra el prójimo y contra sí. A su cuerpo, que se sustenta con las viandas, se las niega por ahorrar; y á su alma, que no come, la ruega con los mantenimientos. Tal se lee en el Evangelio, de aquel que se prometia largos años de vida, y tratando de deshacer las trojes para hacerlas mas capaces, murió aquella misma noche.

El avaro aun á sí mismo destruye. El avaro es comun enemigo de todos los hombres y de todos los elementos. Hace bolsa su alma. Mas quisiera al sol de oro para acuñarle, que de luz para ver y vivir. Quisiera que el aire lloviera dineros, y no agua; que los rios y las fuentes le manaran; que la tierra, como edifica las grandes estaturas de los montes de peñascos, las compusiera de plata. El avaro se congoja con la fertilidad de los tiempos, y con la abundancia se encoge; y aborrece todas las cosas de que no puede juntar moneda; y al contrario, sufre todas las afrentas, como le ocasionen interés de un dinero. Aborrece á todos los hombres, pobres ó ricos: los pobres porque no le pidan, los ricos porque no le dan y porque tienen. El se persuade que todo lo que los otros poseen debia ser suyo, y por eso los aborrece y es aborrecido de ellos. Este no sabe qué cosa es llenarse; ignora la hartura. Por eso tan miserable es como bienaventurado el que sigue la virtud contraria á su pecado. Discurso es este de San Juan Crisóstomo en la *homilia* 81, in *Matth.*

Si el desdichado avariento quiere la bienaventuranza del que no lo es, los pobres, á quien él aborrece, le ruegan con ella. Es el pobre la máscara de Dios, con que anda entre nosotros disfrazado: este nombre le da san Juan Crisóstomo, como lo refiere Damasceno (*Paral.*, cap. 37). En unos trae por máscaras las llagas, en otros la desnudez, en otros los remiendos, en otros la hambre, en otros la enfermedad, en

otros la cárcel y la persecucion. No puedes ignorar ya que el pobre es máscara de Cristo; ni negarlo, pues él dijo en el Evangelio que él tenía sed en el que la tenía, y hambre y desnudez; que padecía cárcel él con el preso, y que estaba enfermo y no le visitaron.

De aquí el grande Salviano dice, lib. 4 *ad Eccl.*, 5: «Los avarientos replican que no era Cristo el que tenía hambre y sed.» A que responde: «No solamente afirmo que Cristo es pobre entre los pobres, sino mucho mas pobre que todos los otros; porque entre los pobres no es la pobreza igual, porque hay algunos que están desnudos, mas no hambrientos; á otros falta acogida y tienen vestidos: y al fin, aunque á algunos falten muchas cosas, á ninguno le faltan todas. Jesucristo es solo pobre de todo, porque él tiene sed con el que la padece, y hambre con el hambriento, está desnudo con el desnudo, y en la cárcel con el preso. Los demás pobres son pobres en sí solos y por sí solos. Jesucristo es pobre en todos los pobres y por todos los pobres.»

Quítate, ó avariento, la máscara de tu hipocresía, y conocerás que cada pobre es máscara de los disfraces de Cristo. Aprende á liberal, de las venas de Cristo y de su sangre. Dióla á la circuncision recién nacido, porque se la pidió la ley (siendo sombra), él la luz de la ley de gracia. Pidiósele la congoja en el huerto, y sudóla. Pidiéronsele los empellones y caídas, y los juncos marinos en la corona, y los golpes de la caña, los azotes y la columna, los clavos y los golpes de los martillos; á todos la repartió. Y pidiéndosela la lanzada despues de muerto, cuando la sangre no corre, dió sangre y agua, y vista al que le dió la herida. Si eres avariento, aprende á ser liberal de la sangre de Cristo, pues es el mas precioso tesoro; conózcale tu sed, y hártese. Enriquécete con lo que da quien no empobrece dando, ni se quita nada de lo que dió, ni le hace falta para dar á otro lo mismo.



LAS CUATRO FANTASMAS DE LA VIDA.

MUERTE.

CARTA

que declara como es loable el temor de la muerte, y como puede ser necio y reprehensible.

AL DOCTOR DON MANUEL SERRANO DEL CASTILLO.

D. Francisco de Quevedo Villegas.

Escribeme vuesámerced ha leído con gusto la doctrina de Epicteto en mi traducción, y la defensa de los estóicos y de Epicuro. Esta alabanza no llega á mi estudio ni sale de Epicteto ni de Zenon. Mios son los consonantes, accidente muy delgado, si bien de buen sabor á la memoria. Díceme vuesámerced que se convence de que se ha de sentir la muerte y los trabajos, y que en favor de las virtudes lo entiende así con los santos padres; y pregúntame vuesámerced qué calidad ha de tener aquel sentimiento para no ser reprehensible, antes loable. Doctrina es esta mas para enseñármela á mí que para preguntármela. Yo, Señor, por malo no lo sé obrar, por ignorante no lo sé decir. Esta cuestión tiene autoridad resuelta por quien la obra, no por quien solamente la estudia y la par-

la. Lo que me toca es obedecer al amigo, que sabrá perdonarme si no sé obedecer.

Ya que no me puedo valer para el acierto de la perfeccion de la vida, que inculpable en los buenos hace hermosa la muerte, me valdré de las miserias que en los distraídos y delincuentes hacen aborrecible la vida. Por diferentes caminos el pecado y la virtud alivian el temor de la muerte. Aquel con el fastidio de lo pasado, esta con la esperanza de lo futuro. Entre los gentiles, pretensiones tuvo mas que de hombre quien pretendió que no se temiese la muerte ni los trabajos: entonces fué pretension vana; hoy fuera mas, pues la temió Cristo, que siendo hombre, fué Dios y hombre. No fué en agonía por no morir, que no podia rehusarlo quien encarnó para morir. No dijo: «Pase de mí, si es posible, este cáliz,» porque rehusaba de beberle, habiendo reprehendido á san Pedro tan ásperamente porque diciendo que iba á morir, le dijo; *Absit á te Domine*: «No es el morir para tí,» y habiendo dicho á san Juan y á san Jacobo que habian de beber su cáliz y que le beberian. Aquella congoja fué providencia en el que era mas que hombre, para que en la naturaleza se viese era verdadero y naturalmente hombre; y que como hombre tenia la muerte, siendo Dios, porque venia á satisfacer por Adán, que siendo hombre no la temió, por ser como Dios. Fueron congoja á Cristo los que interviniendo en su muerte corporal, habian de fabricarse su muerte eterna. Y aquel temor de Cristo y aquel sudor sangriento está animando de gozo en su muerte por su ley á todos los mártires, en quien el amor divino vence á la naturaleza humana: lo que siendo imperfecto, pretende frecuentemente el amor frenético del apetito por un bien mentiroso que se propone. Empero este amor falsificado no vence la naturaleza, antes la ciega; solo al amor de Dios es permitida la victoria destes temores. En el mártir tiemblan con los tormentos los miembros; encógense con el fuego, desátanse con el cuchillo, enflaquécense desangrados, desfigúranse defuntos; y esto cuando el alma goza constante, como enamorada. No necesitan de sentimiento las cosas para hacer demostraciones de su muerte. La llama

que en la vela se muere ó es apagada, á su modo se lamenta. ¿Quién deshará una trenza, que no deje feos los torzales que fueron labor? ¿Qué lazo ó nudo no se resiste al que le desata? ¿Cómo se deshará un edificio sin que se hienda la tabla, sin que se maltrate la viga, sin que se rompa el clavo? ¿Cómo podrá dejar de oirse el golpe del martillo? ¿Quién enmudecerá los estallidos de la madera que se quiebra? Pongan estos símiles delante de los ojos la razon de las ansias en el que padece, de los paroxismos en el que muere. No puede alguna dialéctica persuadir al ojo que no se cierre al polvo que le ciega, ni á la cabeza que no se aparte del golpe que la busca. No tuvieran ejercicio la constancia y la fortaleza del espíritu si no tuvieran que moderar en la flaqueza del cuerpo. Naturaleza es, segun esto, temer la muerte, y ella es temerosa al pecador, y por ser pena del pecado. Virtud y mérito es saber animar el espíritu contra este temor. Necio es quien le tiene porque se le acaba la vida; injusto si le teme porque se le llega la muerte, á que él se llega, á que él se va. Nacemos para vivir, y vivimos muriendo y para morir, y morimos para nacer á segunda vida. Mejor sequito tiene el morir que el nacer; á la vida sigue la muerte, á la muerte la resurreccion. Vivimos tiempo, que ni se detiene ni tropieza ni vuelve. Está en nuestra mano lograrle, no hacer que se pare; de tal condicion, que ni lo pasado se ha de sentir despues, ni lo por venir antes. De aquel es medicina el olvido, deste la prudencia. Quien se embaraza en sentir lo pasado, pierde lo presente y aventura lo porvenir. Lo que fué, como no es, no puede dejar de haber sido; lo que es, como no era poco antes, dejará de ser poco despues; lo que aun no es, si se desea ó si se teme, se padece. No hace la codicia que suceda lo que queremos, ni el temor que no suceda lo que rezelamos. Si lo pasado fué bueno, lo que alegra con el haber sido bueno, entristece con haber pasado; si fué malo, lo que alegra con no ser, affige con haber sido. ¡Oh miseria humana, no solo fugitiva, sino instantánea é invidiosa de algun momento de reposo y consuelo; que si llegas, te vas; que si pasas, no vuelves; que antes de venir molestas; venida huyes,

y pasada no tornas! Vivimos tiempo, sin poder decir cuál antes que se pase, sin poder decir cuánto antes que se acabe. En un propio instante se vive y se muere. Ninguno puede vivir sin morir, porque todos vivimos muriendo. ¿Qué puede presumir quien no posee su propia vida en algun punto de seguridad? ¿Qué puede saber quien no sabe si vivirá otra hora? ¿Qué ama en su vida quien sabe que á no volver se ausentó la pasada, que á toda prisa se le huye la presente; quien no sabe si añadirá otro instante á su vida? La vida no por eso se debe despreciar, antes lograrse; y de la misma suerte, no se debe temer la muerte, sino prevenirse. Ninguno se ha quejado de no haber sido tantos siglos antes que naciese, y todos se quejan de dejar de ser despues de haber sido; siendo así que aun no fuera menor locura quejarse de aquella nada, en que ni era cuerpo ni alma ni compuesto de los dos, que desta disolucion de cuerpo y alma, donde si no es el compuesto, dura espíritu inmortal y cuerpo depositado, para volver á la primera union.

Bueno es temer la muerte por la mala vida, si aquel miedo atiende á enmendar la vida, por quien se teme la muerte. Este solo temor se permite á la razon, y esto porque antes es temor de la vida que de la muerte. Por esto el consuelo de la muerte es la vida. Si esta es trabajo, aquella es descanso; si es descanso, asegura que no vuelva á ser trabajo. Cierto es, señor don Manuel, que la muerte trae al dichoso lo que teme, y al miserable lo que desea. No se origina la diferencia della sino del error de los hombres. Para que se acerque no basta desealarla, para que se defiera no basta temerla. Ella cumple sus cláusulas sin injuria de alguno, aunque con quejas de muchos. Ella llega á los monarcas porque son hombres, y no se olvida de los pobres hombres porque no son monarcas. Acércala á cada uno su propia naturaleza, no su crueldad ó su malicia; que es igual y piadosa. Introdújola el pecado, es verdad; empero no se dedignó de padecerla Quien quitó el pecado, Quien no le tuvo por naturaleza, y quiso que muriese su Madre, que no le tuvo por gracia. Y ¿se dolerá de morir el heredero del que con su culpa introdujo la muerte, y

aquel que por sí la está obedeciendo cada día? ¿Qué codicia el hombre en la vida mas larga, sino mas muerte? Cada día que pasó fué enfermedad del que ha de venir, y en cada día que vive, cuenta tantas enfermedades incurables como horas, tantos pasos hácia la muerte como instantes. Todo le es maestro para este desengaño, y siempre será rudo discípulo de las aves y animales, que murieron para darle sustento, de las que murieron para darle abrigo. La noche con el sueño, que cada día le descansa del afan de todo el día, le acuerda de la muerte, que es el descanso de la vida. Por esto llaman al sueño hermano de la muerte. Y algunos que apuran mas este linaje de la muerte, la llaman sueño, y al sueño muerte cotidiana. Todos los días, dice el grande Séneca, muestran cuan nada somos, y con algun nuevo argumento amonestan á los olvidados de la fragilidad, cuando atendiendo á las cosas eternas, nos fuerzan á mirar á la muerte. ¿Cuál criatura mas hermosa que el sol, y con tantas apariencias de eterna, y todos los días le vemos nacer y morir, y su tarea es pasar de la cuna á la tumba? ¿Qué ocupacion tienen la razon y el discurso en el hombre, que cuando teme que ha de morir, no conoce cuánta parte suya y de su vida es muerta?

Señor don Manuel, hoy cuento yo cincuenta y dos años, y en ellos cuento otros tantos entierros míos. Mi infancia murió irrevocablemente; murió mi niñez, murió mi juventud, murió mi mocedad; ya tambien falleció mi edad varonil. Pues ¿cómo llamo vida una vejez que es sepulcro, donde yo propio soy entierro de cinco difuntos que he vivido? ¿Por qué, pues, desearé vivir sepultura de mi propia muerte, y no desearé acabar de ser entierro de mi misma vida? Hanme desamparado las fuerzas, confiésanlo vacilando los piés, temblando las manos; huyóse el color del cabello, y vistióse de ceniza la barba; los ojos, inhábiles para recibir la luz, miran noche; saqueada de los años la boca, ni puede disponer el alimento ni gobernar la voz; las venas para calentarse necesitan de la fiebre; las rugas han desamoldado las facciones; y el pellejo se ve disforme con el dibujo de la calavera, que por él se trasluce. Ninguna cosa me da mas horror que el espejo en

que me miro : cuanto mas fielmente me representa, mas fieramente me espanta. ¿Cómo pues amaré lo que temo? ¿Cómo desearé lo que huyo? ¿Cómo aborreceré la muerte, que me libra de lo que aborrezco y me hace aborrecible?

La vida en todos empieza con los accidentes de la muerte, que son lágrimas y suspension del ejercicio de las potencias y sentidos. El que nace aun no le tiene, el que muere ya no le tiene. Nace el hombre y vive sin saber que vive, y empieza á vivir y á morir juntamente. No sabe la boca hablar, y grita; no sabe el pié andar en el camino de la vida, y sabe caminar en el de la muerte. Malicia delincuente es rehusar y temer el hombre la muerte natural, cuando en las penden- cias y guerras la busca y solicita, y la sale á recibir por el interés de la paga, ó por la ambicion de la honra, ó por el capricho de los príncipes, ó por su venganza ó por su malicia; y rehúsanla, siendo ley comun irrevocable y universal, siendo fin forzoso de la vida, siendo disposicion de gloria para el espíritu, del descanso para el cuerpo. Antes se debiera sentir el envejecer que el morir, y ninguno rehusa el envejecer, y es bendicion agradecida el llegar á viejos. ¿Quién desde que tiene razon no desea pasar de unas edades á otras? ¿Quién no desea que á la edad varonil no se añada la vejez? De manera que todos deseamos llegar á viejos, y todos negamos que hemos llegado. Queremos que se alargue la vejez y tememos la muerte, y cuando estamos peleando con ella, la rehusamos, y antes se padece que se cree. Tememos que vendrá la que no tememos habiendo venido.

La vida es toda muerte ó locura; y pasamos la mayor parte de la muerte, que es toda la vida, riendo, y gemimos un solo instante della, que es la postrera boqueada.

Esta cobardía mas parentesco tiene con la mala conciencia que con la flaqueza del natural, y por esto se debe doctrinar con la enmienda y el arrepentimiento. ¿Qué tememos fuera del castigo de las culpas y el rigor de la cuenta, que estos son santos temores? Dirán que la disolucion deste compuesto; y diré yo que se teme con poca razon, pues en ella nada se pierde, aunque se divide. Lo que anima, que es el alma, es in-

mortal; el que fué animado, que es el cuerpo, se desata y derrama, no se aniquila. El compuesto que de los dos resultaba y falleció, que es el hombre, se suspende hasta la cierta resurreccion. Es depósito breve, no divorcio perpetuo. La tierra, de que fué hecho, le guarda como madre; recíbele como semilla, para que renazca de la putrefaccion. Obras de siembra tiene el entierro.

No se puede aprender la doctrina de la muerte, de los muertos, porque no tenemos con ellos comercio los vivos. Hase de pedir á los viejos, que vivos, todo el tráfigo de sus personas le tienen con la muerte. Solamente el ser viejo al que conocimos mancebo es leccion muy docta. Mejor doctrina dan universalmente los viejos vistos que oídos; porque hay viejos de tales costumbres, que si no es contándoles los años, son muchachos. Puede la conversacion y las acciones entretener; empero la figura no puede dejar de predicar y desmentir las locuras y fantasmas con que se quiere desvivir.

Todos los que viven, si fuesen buenos, tienen obligacion de saber lo que es la muerte, pues no pueden vivir sin morir: El muchacho en quien murieron siete años de niño, y el mozo en quien murieron veinte y cinco, saben lo que es la muerte, como el viejo en quien murieron ciento. No es menos muerte la de veinte años que la de cuarenta, si bien es muerte de menos ó mas años.

Del vivo al muerto no va otra diferencia sino que el vivo está muriendo cada dia y la postrera hora. El que muere no tiene mas que morir; y el que vive tiene que morir mas. Luego si la muerte es temerosa por muerte, mas la debe temer el que la padece para padecerla, que el que la padece para acabarla de padecer. Todo, señor don Manuel, lo hacemos al revés; tememos la muerte, y queremos mas muerte; deseamos que no se llegue y queremos que no se acabe. Toda nuestra ansia es vivir la muerte, y todo nuestro miedo (temiéndola) es que acabe nuestra muerte de morir.

Yo no buscaré la muerte ni la llamaré; que las juzgo acciones dictadas del humor negro. Dispondréme á aguardarla sin sobresalto, á pasarla con prevencion católica. Ella me está

aguardando donde me llevo yo sin parar. Yo no sé dónde me aguarda; empero sé que ya no me puede aguardar mucho tiempo. Yo envio delante la consideracion, porque de mi parte la asista el entendimiento, para que su comunicacion le habilite á disponer mi voluntad.

Murió Cristo nuestro Señor, Dios y hombre verdadero (que vino á dar salud al mundo), de treinta y tres años, y ¿me quejaré yo de morir de cincuenta, que todos ellos he sido enfermedad y escándalo del mundo? ¿A cuántas travesuras de niño debo la vida? ¿A cuántas locuras de muchacho? ¿A cuántos delitos de mancebo? ¿A cuántas desdichas de hombre? No las puedo contar por infinitas, y las puedo asegurar por ciertas. Debo pues gastar este espacio que me resta, en reconocimientos á Dios destas muertes, de que quiso librarme para que llegase á la que no puede dejar de llegar.

Yo he respondido á vuesa merced en razon del temor de la muerte lo que mi poca capacidad alcanza. Vuesa merced con su doctrina me dará enseñanza, y con sus oraciones socorró espiritual, de que necesitan los descaecimientos de mi espíritu. Jesucristo nuestro Señor dé á vuesa merced su gracia y larga vida, con buena salud, y le aparte de mal. Madrid, 16 de agosto de 1635.

DON FRANCISCO DE QUEVEDO Y VILLEGAS.

POBREZA.

A DON ÁLVARO DE MONSALVE,
Canónigo de la santa Iglesia de Toledo,

Don Francisco de Quevedo Villegas.

El tratado es de la pobreza; y el caudal con que le escribo es pobre, y mis estudios la pobreza misma. No por esto me acredito, acreditando la pobreza: la que alabo es virtud, la que padezco ignorancia. Muchos presumirán digo mal de la riqueza, porque no la alcanzo; y de verdad yo digo bien de la pobreza porque me la aparta. Novedad tiene mi estudio en este discurso. He aprendido qué cosa sea la pobreza de las ansias de los ricos, y lo que es la riqueza de la paz de los pobres. ¿Quién creerá que el poderoso enseña lo que es la miseria, y el mísero cuál sea el poder? No sabe la condicion de lo que le falta (para su consuelo) el necesitado, si no mira á lo que sobra al próspero. Mejor diligencia es para huir la grandeza, considerarla en el dichoso que la padece, que en el despreciado que no la sufre. El peligro de la abundancia de manjares, mas horrible se ve en la apoplejía del gloton, que la falta en la debilidad del hambriento. Siempre la hambre es medicina, siempre el ahito enfermedad. Mas fácilmente se añade lo que falta, que se quita lo que sobra. El mendigo pide que le den lo que no tiene, el rico que le añadan á lo que le sobra. Al opulento, á pesar de lo que tiene, le hace mendigo lo que desea; porque no se juzga rico el que tiene mucho, si no lo tiene todo. Cierta es que nadie puede en este mundo tenerlo todo, empero despreciarlo todo puede cualquiera. Uno solo lo ofreció todo á uno, y ese fué Satanás; el sagrado Evangelio nos enseña que aquella no fué dádiva, sino tenta-

cion. Oigamos el sacrosanto oráculo: *Iterum assumpsit eum diabolus in montem excelsum valde*, etc.: «Otra vez lo arrebató el demonio y lo llevó á un monte sumamente excelso, y le enseñó todos los reinos del mundo y su gloria, y le dijo: Todo esto te daré, si cayendo me adorares.» Quien ofrece lo que no puede dar, y pide lo que no le deben dar, antes es tramposo que liberal. Todo se lo promete á Cristo nuestro Señor, cuyo es todo, el demonio, que solo tiene condenacion desesperada. Nadie ofrece tanto como el que nada puede cumplir. Para enriquecer á Dios hombre le dice que caiga, y se entiende literalmente en la tentacion de tenerlo todo, y que adore al que pretende hacerle caer en ella y derribarle.

Del propio estilo usa la codicia que el demonio: todo lo ofrece á todos los que cayeren en su oferta y adoraren al que los derriba. Desea el codicioso levantarse y que le adoren, y pídele el diablo que caiga y le adore. Y siendo lo contrario de lo que pretende, juzga que es lo propio, convencido de la palabra «Todo te lo daré.» Por esto es tan difícil salvarse el rico como serlo. Oigamos el peligro del rico en las palabras de Cristo nuestro Señor (*Matth.*, 19): «De verdad os digo que el rico entrará difícilmente en el reino de los cielos. Y otra vez os digo: Mas fácil es que pase un camello por el ojo de una aguja, que entrar el rico en el reino de los cielos.» Oso declarar este lugar con novedad, quiera Dios que me muestre útil, y no temerario. Afirmino que el rico, que aquí se compara al camello, es literalmente aquel rico que para tener el todo que Satanás le ofrece, le da las dos cosas que le pide por lo que le promete, que son «caer y adorarle». Verificalo el camello, animal que cae, y de rodillas recibe la carga que le quieren poner. Cristo nuestro Señor, á quien el demonio dijo que cayese y le adorase, y le daría todos los reinos y la gloria dellos, dice que es mas fácil entrar un camello (que cae y se hinca de rodillas para que le carguen) por el ojo de una aguja, que el rico en el reino de los cielos, que á manera de camello cae y adora á la ambicion, que le ofrece todas las cosas. Sé que Κάμηλος es el camello, y que Κάμιλος es *gúmena de navio*; lo que ha sido ocasion á que personas de erudicion

hayan aplicado la interpretacion de la voz griega á la maroma, y no al animal, por ajustarse mas al enhebrarla por una aguja. Empero, á mi entender, cuanto el camello es mas despropositado al pasaje de la aguja que la maroma, tanto mejor debe aplicarse la interpretacion al animal, y no á la maroma, por ajustarse mas al intento de la doctrina: lo que esfuerza literalmente mi aplicacion á las palabras de la oferta del demonio en la tentacion, y la de sus dádivas y socorros: «Dí que estas piedras se vuelvan panes;» propio socorro suyo al que no tiene panes, darle piedras. Esto, que fué lo primero que intentó con el Hijo de Dios, es lo primero que intenta con los codiciosos: en viéndolos con hambre, les da piedras, que antes son arma villana que alimento noble. Lo propio es dar á uno piedras, para que teniendo hambre se harte, que darle oro si desea ser rico, para que no sea pobre; siendo así que para enriquecer no es el remedio añadir dinero, sino quitar codicia. No dió panes, sino piedras que hiciese panes: no da oro, sino codicia, usura, latrocinio y invidia, para que dellos hagan oro. Si lleva á los ambiciosos á la santa ciudad y al templo, es para subirlos al pináculo; y si los sube, es para aconsejarlos que se arrojen de lo mas alto. Pues si al que presumia Satanás hijo de Dios (dudando si lo era el que lo era sin duda), en la necesidad y hambre y soledad le ofrece piedras, le aconseja que se precipite, le pide que caiga y se arrodille, ¿qué dará, qué aconsejará, qué pedirá al que sabe es hijo de otro hombre, hombre, digo, pecador y concebido en pecado? Segun esto, la defensa está en valernos de las tres respuestas de Cristo, que le volvió las piedras á la cara, le arrojó del pináculo, y diciendo: *Vade, Sathana*: «Vete, Satanás,» le despidió cuando le pedía que le adorase, le derribó cuando le pedía que cayese.

¡Grande texto contra la riqueza el que ocasionó la comparacion del camello y la aguja! Cuando aquel príncipe, de rodillas, preguntó á Cristo Jesus qué haria para entrar en la vida eterna, y le respondió guardase todos los mandamientos de Dios, refiriéndoselos; á que replicó que todos los guardaba desde su juventud, — dijo el Señor: «Una cosa te falta, si

quieres ser perfecto; véte y vende todo lo que tienes, y dalo á los pobres, y tendrás tesoro en el cielo, y ven y sígueme. » Luego que oyó esto el mancebo, se fué triste y afligido; y viéndole Cristo melancólico, dijo á sus discípulos: « ¡ Cuán dificultosamente los que tienen dinero entrarán en el reino de Dios ! » Luego no tener lo que para entrar en el reino de Dios es menester dejar, no es pobreza, sino diligencia; y el tenerlo no es riqueza, sino estorbo. No dice el Señor que es imposible, sino difícil; empero dice que es tan difícil, que parece imposible. Forzoso es declarar qué se entiende por aquella palabra « el que tiene dinero. » El texto sagrado decide y señala: que el que le tiene, se entiende aquel que no lo da á los pobres y se entristece de que los pobres se lo piden, y de que Dios le mande que se lo dé; porque el que tiene dinero para darle y le da, ese no le tiene para tenerle, que es el peligro, sino para que le tengan los necesitados, que es la seguridad y el mérito.

El nombre de pobre mas veces le reparten la ignorancia, la soberbia y la codicia, que la verdad. El codicioso que tiene mas de lo que ha menester, y codicia lo que no tiene, se llama pobre, porque no lo tiene todo. El soberbio en excesivo caudal llama pobre al que tiene menos hacienda que él, aunque exceda á muchos con la hacienda que tiene. Y si esta razon constituyera en pobreza, todos fueran pobres unos respecto de otros, y la comparacion hiciera pobres á los grandes monarcas unos con otros. La ignorancia llama pobre, con su mal lenguaje, á cuantos les falta lo supérfluo, sobrando á todos lo necesario; siendo estos los solos seguramente ricos, pues tienen lo que nadie les puede quitar, pues no lo niega Dios á nadie, y la naturaleza ruega con ello á todos.

Resta decir quiénes son los pobres en quien la pobreza es trabajo y el nombre infamia. Son los primeros los que careciendo de los bienes de fortuna, gastan sus conciencias en adquirirlos. Son los peores los que poseyendo mucho, desean mas. Son los terceros los que tienen sumas riquezas, y no las gozan ni las comunican. Estos son monstros, pobres con las riquezas, pobres de sí propios, pobres para sí y para todos.

Estos se hurtan lo que tienen y lo que hurtan; hacen ajeno lo propio, antes de nadie. Mas inocente fué el oro enterrado en la mina que en su poder. Son balsas que juntan el agua corriente, para corromperla. Gastan la vida en juntar dinero, y no gastan un dinero en sustentar su vida. Son como el mal estómago, que no gasta el alimento que recibe, y gasta la salud y se gasta.

Yo conocí un hombre destes, que siendo muy rico, se acostaba con la luz de las postrimerias del sol, por ahorrarse de gastar aceite para un candil; y reprehendiéndoselo, dijo: «Cuando Dios quiere que el mundo esté á escuras, no he de contradecir sus órdenes, ni contrahacer el dia con torcidas.» Por ahorrar de gasto andaba desnudo; y respondia todas las veces que se lo afeaban, que le era tan apacible la docilidad de los vestidos viejos, como molesto el domar con sus coyunturas vestidos recién acabados. La cosa mas fresca de su casa era la chimenea, y la mas limpia; tanto aborrecia el humo por parlero de banquetes, como por señal de incendio. Hallaba razon aparente para todo lo que era negarse el regalo, el alimento y el vestido. Y bien considerado, solamente tenia razon en tasar su vida y su salud en tan bajo precio, que no le merecia un ochavo de gasto.

Cuestion es forzosa cuál sea peor pobre, el rico que gasta en su glotonería, lujuria, vanidad y soberbia cuanto posee, ó el rico que se muere de hambre y de frio, por no gastar algo de lo mucho que le sobra. Yo, por errar menos en la comparacion, juzgo que ninguno de los dos puede ser peor y que cada uno lo parece. A aquel lo empobrecen los vicios, y este los empobrece á ellos; aquel se queja de sus pecados que le cuestan caros; deste se quejan sus pecados, que los quiere de balde. Entrambos son enemigos de su hacienda: el uno porque la da á los otros, el otro porque se la niega á los otros y á sí; el uno la hace ajena con la dádiva, el otro con no gozar della. Verdaderamente estos dos pobres son delincuentes. Otro tercero pobre los sigue en el número: aquel que si no lo guarda y si no lo gasta en vicios, lo gasta en su pompa, acompañamiento y excesivo adorno; este con mala salud tiene el

seso tanto de loco como de espléndido. Gasto donde la caridad no hace buenas algunas partidas, pocas pueden ser buenas.

Hemos dicho de los hombres que el mundo llama ricos siendo pobres; digamos de los que llama pobres siendo ricos, sin hacer cuenta de Craso, que solo tenia por espléndido y rico aquel que podia sustentar un ejército. Comunmente llamamos pobre al necesitado y mendigo; yo no sé qué persona está fuera de la nota deste nombre. Pide el pobre al rico, pide el rico al poderoso, el poderoso al príncipe, el príncipe al monarca; y esta soberana dignidad, porque no escape de mendiga, cuando todos la piden á ella, pide ella á sus vasallos. Segun esto, ser mendigo no puede ser nota; ¿serálo el ser mendigo del sustento de cada dia, de un remiêndo y de una limosna? Aquí está el engaño, pues forzosamente es menos mendigo el que lo es de cosas pequeñas que quien lo es de cosas grandes, y con mas breve consuelo, pues es mas fácil alcanzar lo poco que lo mucho. Demos que el mendigo sea el pobre; hablemos dél bien, pues hablamos de todos, y el que no es pobre lo fué cuando nació y lo será cuando muera. Vulgar sentencia es, que ninguno nace tan pobre que no muera mas pobre. ¿Parecerá paradoja decir que todos nacen mas pobres que mueren? Yo probaré que parezca verdad. Nada trae á la vida el que en esta vida nace. El que muere todo lo deja y nada lleva; caudal es tener que dejar. Quien nace ha menester lo que no tiene; quien muere no ha menester lo que deja; luego en aquel es necesidad y en este alivio. Aquel empieza á ser menesteroso de todo lo que este deja, porque ya no lo ha menester. El que nace empieza la jornada, para que necesita de todo lo que no tiene; el otro la acaba, y por eso no le hace falta lo que deja. El uno está confin á los umbrales de la nada, de que salió; el otro está confin á la eternidad, que le aguarda poco despues. El uno nace para vivir vida mortal, el ótro muere para vivir vida eterna. ¿Quién negará que el que nace no es mas pobre de caudal y de esperanza que el que muere? ¡Oh cuán liberal y generoso es el morir! ¡Cuán mendigo y mísero el nacer! Este todo lo pide, aquel todo lo da. Si el hombre cuando nace tuviera entendi-

miento como cuando muere, todas las criaturas me sirvieran de textos y autoridades para mi opinion. Sirva este discurso de disposicion á mi intento, y descendamos á quitar el temor de la pobreza al mendigo, á quien llaman pobre de solemnidad.

Digo que está mejor situado y á mejor finca el caudal del pordiosero que el del poderosamente rico. Dos géneros de bienes blasona el mundo; unos muebles y otros raíces. Consintamos que se llamen bienes, respecto á que dellos se puede usar bien y con ellos se puede hacer bien. Empero no es de permitir que se llamen raíces y estables, pues son tan movibles como el tiempo y como la fortuna, que á su albedrío disponen dellos. ¿Quién negará que las monarquías del mundo, los reinos y los señoríos no son bienes movibles, no pudiendo negar sus mudanzas, su inestabilidad, su fuga de unas en otras personas, de unas en otras gentes? El mundo, que fué de los asirios, pasó á los persas; destes á los medos; á estos le quitaron los griegos, y á estos los romanos. En unos fué causa el vicio de los príncipes que poseian, en otros la invidia de los vecinos, en otros la ambicion de los apartados. Pues si los reinos y monarquías y los imperios son bienes movibles, ¿qué serán los que debajo de su dominio tuvieren los vasallos y particulares? La verdad á todos los llama bienes muebles: á los unos porque los lleva adonde quiere el dueño; á los otros porque los lleva adonde quiere, sin dejarlos reposar, el tiempo y la fortuna, que hacen golfo lo que era heredades, y por otra parte enjugan en heredades los golfos; lo que era ciudad es campo, y lo que era campo es ciudad. La misma naturaleza en el grande cuerpo de todo este mundo reconoce por movibles sus mayores partes y sus mejores miembros. ¿En qué seguridad permanente podrán estos bienes, que se llaman raíces, afirmarse en quietud, si la tierra en que se fundan y el mar de que se rodean, son movibles? Antes el propio movimiento es, y un continuo contraste. No digo que se mueve la tierra, sino que toda ella padece mudanzas, continuos robos de los rios, perpétuas invidias del mar, frecuentes agravios y delirios de la fortuna, porfiadas transmu-

taciones y diferencias de la hambre del tiempo. Toda esta máquina visible va enfermando cada día para el postrero, en que será alimento de las llamas, cuando quien extendió como pieles los cielos, arrolle y revuelva á su brazo sus volúmenes resplandecientes. Tal es la situación que blasona de su socorro el rico, y la finca la que señala el albedrío de cada hora; sabiendo una misma ser madre y madrastra, pues acontece que un mismo instante se goce y se padezca. Mas segura es la situación del socorro del mendigo, mas constante su finca. Tiene el pobre su hacienda en los tesoros de la providencia de Dios; su finca es graduada por la contaduría de la caridad: ni puede faltar la una ni ser trapeada la otra. No puede quebrar la Providencia; nunca experimentaron falido su crédito, ni los hijos de los cuervos ni la mas despreciada sabandija.

Cristo nuestro Señor amó la pobreza. No puede dejar de ser hermosa y santa cosa que mereció el amor de Jesucristo. Amó los pobres para padres, amólos para discípulos. Precióse de pobre con tal encarecimiento, que dijo que las aves tenían nidos y las bestias cuevas, y que él no tenía adónde reclinar la cabeza. Lo que Cristo escogió para sus padres, para sus discípulos y para sí, grande y soberana prerogativa goza en su eleccion.

Veamos si de tanto bien comunicó Dios algunas vislumbres á los gentiles. Jenofonte, en el libro 1 de las *Sentencias con Antifon*, le dijo: « Yo creo que el no tener necesidad de cosa alguna, es cosa propia de Dios; y tener necesidad de cosas pocas, sea propio de aquellos que mas se avecinan á Dios. » Estos que tienen necesidad de cosas pocas probado está que son los pobres. Evangelicemos pues esta vislumbre. Cristo Señor nuestro en el lugar citado dijo á aquel rico: « Vé y vende todo lo que tienes, y dalo á los pobres, y tendrás tesoro en el cielo; y ven y sígueme. » Literalmente manda Jesucristo, Dios y hombre, que para llegarse á él vendan lo que tienen y lo den á los pobres; para que siendo pobres, se puedan llegar á Dios. Conocieron que no habia otro medio de llegarse á él y de llegarse á Dios y seguirle, como mas cercanos, y por eso le dicen: *Eccenos reliquimus omnia, et secuti sumus te.* « Ves

que nosotros lo dejamos todo y te hemos seguido. » ¡ Grande prerrogativa es la del pobre, estar, por necesitar de menos cosas, mas cerca de Dios, que no necesita de alguna; carecer de todo por haberlo dejado, para poder seguirle!

Juzgó Cristo Jesus por peligroso todo lo que no se gastaba con los pobres, y por poco útil, *Luca*, 14: *Dicebat autem et ei, qui*, etc. « Decia al que le habia convidado: Cuando das comida ó cena, no llares tus amigos ni tus hermanos ni tus parientes; no acaso ellos te vuelvan á convidar y cobres la retribucion. Empero cuando haces banquete, llama á pobres, débiles, cojos, ciegos, y serás bienaventurado, porque no tienen con qué poder pagarte el convite. » ¡ Oh cuánto resplandece la liberalidad de Dios en lo que recibe! ¡ Oh cuánto se muestra miserable y usurera la dádiva y liberalidad de los hombres! Aquí dice Cristo que es inconveniente para con su Padre lo que es incentivo para con las gentes. Dice á su huésped que no convide á los ricos, porque acaso no le paguen el convite; y los ricos no convidan con otro fin. Mándale que convide á los pobres, porque no le podrán convidar á él otra vez; siendo así que porque los pobres no pueden pagar el banquete nadie los convida. Toda la pretension de Dios en estas palabras es tener al hombre por acreedor. Dícele que convide al pobre, porque no recibirá dél retribucion; empero que la tendrá en la resurreccion de los justos: *retribuatur enim tibi in resurrectione justorum* dice consecutivamente Cristo nuestro Señor. Para con él tiene grande crédito el pobre; no hay paga de cosa alguna que reciba ó deuda que no acepte. Solicita Dios por este camino ser deudor al hombre. Este lugar dictó á san Pedro Crisólogo tales palabras: *Da potum, da vestimentum, da tectum, si Deum debitorem, non judicem vis habere*. « Da la bebida, da el vestido, da albergue, si quieres tener á Dios por deudor, y no por juez. » ¿Cuál socorro será tan seguro como el que Dios abona? ¿Quién será aquel que no pague letras aceptadas por Dios? ¿Cómo será rico quien por los pobres no tuviere con Dios buena correspondencia con los intereses de ciento por uno?

No solo da Dios al pobre y manda que todos le den, sino

que la propia pobreza es merced y dádiva de Dios. Alcanzaron esta piadosísima verdad los gentiles: Lucan., lib. 5:

. *O vitæ tuta facultas
Pauperis, angustique lares! ó munera nondum
Intellecta Deum! quibus hoc contingere templis,
Aut potuit muris, nullo trepidare tumultu,
Cæsarea pulsante manu?*

¡Oh privilegio de la poca hacienda,
Y del pobre seguro!
¡Oh dádivas de Dios no conocidas!
¿A qué murallas ó á qué templos pudo
Acontecer el no temblar con ruido,
Tocando en ellas la cesárea mano?

Dádiva de Dios llama el privilegio seguro de la pobreza y de la hacienda miserable. Es empero de advertir que á la pobreza santa y preciosa y encomendada de Dios, le sucede lo que á los metales preciosos y á las piedras, que se andan los falsificadores tras ellas por enriquecer con el engaño su alquimia, que la contrahace. Tiene la pobreza, como el oro y la hipocresía, su monedero falso.

Ninguno es mas pobre que aquel que enriquece de lo que quita á los pobres. Es evidencia que es mas pobre que los pobres quien ha menester quitarles su pobreza para ser rico. Y este rico que para serlo hace pobres y deshace pobres, no solo es pobre, sino la misma pobreza, pues solo la pobreza hace pobres. Este no solo es el mas pobre, sino el mas maldito pobre. Dale Dios el mas extraordinario castigo, permitiendo que quien enriquece con lo que quita, empobrezca con lo que da. Así se lo amenaza el Sabio: *Qui calumniatur pauperem, ut augeat divitias suas, dabit ipse ditiori et egebit.* «Quien calumnia al pobre por aumentar sus riquezas, dará al mas rico que él y empobrecerá.» ¡Qué docto y justificado castigo es, que quien destruye al pobre por aumentarse, dando al rico se destruya á sí! Ordena Dios que quien quitó al pobre destruyéndole, se quite á sí para que se empobrezca. Este, si edifica con lo que quitó á los pobres palacios y viñas, ni los vive ni las bebe. Literalmente lo dice el Espíritu Santo por Amós, cap. 5: *Idcirco pro eo, quod diripiebatis paupe-*

rem, etc. «Por eso y porque despojábades al pobre y quitábades dél presa escogida, edificareis casas de sillerías, con piedras cuadradas, y no habitareis en ellas; plantareis viñas de todo regalo, y no bebereis su vino.» Y si este desdichado, que enriquece de lo que quita á los pobres, sacrificare de su caudal á Dios, no le ofenderá menos que aquel detestable que sacrifica el propio hijo á su padre. Palabras son del Espíritu Santo, *Eecl.*, 34: *Qui offert sacrificium ex substantia pauperum, quasi qui victimat filium in conspectu patris sui.* «Quien ofrece sacrificio de la substancia de los pobres, es como aquel que sacrifica el hijo delante de su propio padre.» No pudo la maldad inventar pobre mas ultimado que este; si quita para enriquecer, empobrece con dar: quita al que lo ha menester, para dar al que no lo ha menester. Si en este mundo edifica palacios y viñas y jardines con el robo del pobre, ni los unos los habita ni los otros goza. Si del propio caudal, para aplacar á Dios, ofrece sacrificio, en cada pobre que robó le degüella un hijo. Segun esto, pierde dando lo que adquiere con el robo, pierde lo que edifica y pierde lo que ofrece á Dios. Esta fuera la pobreza mas feamente falsaria de la verdadera pobreza, si no se hubiera introducido otra mas peligrosa por mas bien vestida al uso de la verdad.

Esta me dió noticia aquel serviente y santo ruego en que está la salud del alma: *Divitias, et paupertatem, ne dederis mihi.* «Señor, no me dés riquezas ni pobreza.» Todos entienden esta peticion, afirmando que pide que no le dé Dios pobreza extrema ni riquezas demasiadas. Yo (quiera Dios que acierte) entiendo que pide que no le dé riquezas y pobreza, que son dos contrarios; y poseido de contrarios, será contradiccion y contraste y batalla. Declárome mas. Pide que no le haga rico pobre como el que hemos referido; que no sea rico en el caudal y pobre en el nombre, que es ser hipócrita; que no le haga rico que, siempre tomando mas, buscando mas, engaitando mas, sea siempre mas pobre, por ser siempre mas rico. Persuádome que ya me entienden todos, menos los ricos, que harán como que no me entienden. Estos san Pablo los nombra, n *Timoth.* 3: *Ex his enim sunt, qui penetrant*

domos et captivas ducunt, etc. «Destos son los que penetran las casas y se llevan captivas las mujercillas cargadas de pecados, siempre aprendiendo, sin llegar jamás á la ciencia de la verdad.» Importa tanto conocer á estos, que los tres evangelistas san Mateo, san Marcos y san Lucas refieren diferentes señas que Cristo nuestro Señor dió de sus acciones y costumbres, *Matth.*, 23; *Marc.*, 12; *Lucas*, 20: *Dicunt enim, et non faciunt. Alligant autem, etc.* «Dicen y no obran. Juntan cargas graves é insoportables, y pónenlas sobre las espaldas de los hombres, y no quieren moverlas con el dedo. Hacen todas sus obras para que las vean los hombres. Quieren andar con estolas. Quieren los primeros lugares en las cenas y en los convites, las primeras cátedras en las sinagogas y las cortesías en la plaza. Engúllense las casas de las viudas con pretexto de prolija oracion. Quieren ser llamados de los hombres, maestros.» Da Cristo nuestro Señor á sus fieles señas vivas por donde los conozcan en lo que hablan, en lo que obran, en lo que aconsejan, para cargar á los otros y aliviarse á sí en su traje, en los lugares que afectan, en los banquetes, en las cátedras, en las cortesías con que los saludan, en las plazas, en las casas que visitan y devoran, en el nombre que quieren para sí de maestros, y porque se mezclan en todo y lo quieren todo, se dan las señas de todo y de todas las acciones destos escribas.

El evangelista san Juan no quiso dejar de advertir destos escribas, que discurren como veneno y se difunden como contagio. Reprehendiendo la soberbia de uno destos hambrones de la primacía de la Iglesia, en su epístola canónica 3, dice: *Scripsissem forsitan, etc.* «Hubiera escrito á la Iglesia; empero Diotrefes, que codicia administrar el primado, no nos recibe. Por esto, si viniere, advertiré las obras que hace barbullando con malignas palabras contra nosotros, y como si á él no le bastasen estas cosas, ni él recibe los hermanos, y prohíbe á aquellos que los reciben y los expele de la Iglesia.» Hablar contra el evangelista sagrado con palabras malignas, usurpar la primacía de la Iglesia, no recibir los hermanos, prohibir á los que los reciben y expelerlos de la Iglesia, señas son y per-

files que los retratan por otro lado. Previnieron la advertencia contra estos pobres ricos los profetas, y amanecieron el maridaje adúltero de pobreza y riqueza que piden. Miqueas, cap. 2, lo refiere con execracion lastimosa: *Væ qui cogitatis invidè, etc.* «¡Ay de vosotros, que pensais con invidia y obraís mal en vuestros aposentos! A la primera luz lo obran, porque es contra Dios su mano. Codiciaron los campos, y con violencia tomaron y arrebataron las casas; y calumniaban al varon y á su casa, y al varon y á su heredad. Por eso dice esto el Señor: Veis que yo destino mal sobre esta familia; por lo cual no libraréis vuestros cuellos, ni ayudaréis soberbios, porque el tiempo es pésimo. En aquel dia se tomará proverbio contra vosotros, y se cantará con suavidad cántico de los que dicen: Con desolacion fuimos destruidos.»

Los demás lugares habian dado sus señas y dicho lo que hacen y desean; este dice que lo piensan con invidia y que obran el mal en sus aposentos, y dice á qué hora; que codiciaron los campos, que tomaron y arrebataron violentamente las casas, como si dijera que su derecho es la fuerza. Y por ultimada iniquidad añade que, despues de arrebatada la casa, calumnian á la casa y al varon y á su heredad. ¡Oh ingenio de la ambicion, hurtar la hacienda y deshonorarla, y á su dueño, porque lo que hurtan estos pobres ricos parezca que lo reciben delincuente para santificarlo! Quitan las casas y heredades á sus dueños y las honras, porque parezca que pues no merecian tenellas, fué justicia quitárselas, y no codicia. Es traicion tan facinorosa, que por eso dice Dios que destina mal sobre esta familia; de que se colige que es familia esta de los escribas pobres y ricos. Amenázalos que no librarán sus cuellos ni ayudarán soberbios. Colítese que estos andan, para asegurarse del golpe, torciendo los cuellos, ya al un lado y ya al otro. Señala el tiempo malísimo, y dice que será el dia de su castigo cuando sean proverbio, que se cantará cántico, y que serán destruidos con desolacion.

Mucho dice Miqueas, empero hemos de buscar en Habacuc quién son los que han de hacerles proverbio y clamar con-

tra ellos. Cap. 2, lo dice con estas palabras: *Et quomodo vinum potantem, etc.* «Como engaña el vino al que le bebe, así sucederá al varon soberbio, y no será reverenciado el que dilata como el infierno su alma, siendo él como muerte que no se harta; y congregará consigo todas las gentes y juntará á sí todos los pueblos. ¿Por ventura todos estos no tomarán proverbio contra él, y hablilla de sus enigmas?» Claramente dice el profeta que se levantarán contra él todos los pueblos y todas las gentes que habrá juntado él mismo.

Bien singular seña es decir que harán hablilla de sus enigmas, que es decir que será enigmas su lenguaje; cosa oscura y que con apariencia y equivocaciones de lo que no es, oculta lo que es. Es la enigma cosa de mas primor cuanto menos se acierta, y tanto ser tiene de enigma, cuanto dura de enigma y mentira; y acaba de serlo en acertando la verdad. Esto es cuanto á los que le perseguirán. Y pocos renglones mas abajo dice: *Lapis de pariete clamabit, et lignum, quod inter juncturas ædificiorum est, respondebit.* «La piedra clamará desde la pared, y el madero que está entre las juntas de los edificios responderá.» Parece que diga que los edificios que este pobre rico hiciere á costa de todas las gentes y pueblos que juntará á sí, clamarán contra él. Eso es, que «clamarán las piedras,» que se introducirán en fiscales. El Evangelio promete estas acusaciones de las piedras, cuando dice: *Si hi tacuerint, lapides loquentur.* «Si estos callaren, hablarán las piedras.» Como el miedo ó la adulacion pueden hacer callar las lenguas, la justicia de Dios hace hablar las piedras. Saben las piedras hablar bien contra el que sabe obrar mal. La venganza de Dios tiene palabras y clamores en las piedras. Dice en el lugar referido Miqueas que pensaron con invidia y obraron mal en sus aposentos. Por eso dice Habacuc que las piedras de las paredes clamarán como testigos de quien fieron sus obras estos malditos. El proverbio español dice que las paredes oyen: dales el refran oidos; añádeles el profeta lengua y voz y clamor. Conviene considerar mas delgadamente por qué clamarán las piedras y responderá el madero que está entre las juntas de los edificios. Acordémonos que un lugar del Evan-

gelio dice que penetran las casas, y otro que se las engullen, y otro que deshonran la casa y el varon. Si las penetran, forzosamente harán sentimiento; si las comen, ruido han de hacer las piedras entre los dientes; si las deshonran, responderán por sí y por el varon. Empero es necesario averiguar por qué á estos pobres ricos los ha de responder el madero que está entre las juntas del edificio, y no el varon; y qué obra hace en la casa este madero y qué nombre tiene.

Dejo la diferente leccion rigurosa, siguiendo la Vulgata; y digo que, á mi parecer, el madero que está entre las juntas del edificio son las puertas y ventanas, que están realmente entre las coyunturas de los edificios y son de madera; y digo que á ellas toca el responder á los clamores de las piedras, como á sabidras de sus entradas y salidas, de sus pasos y de sus acechos, de sus piés y de sus ojos: saben á quién se cierran y á quién se abren, qué luz admiten y adónde miran, son testigos de su comercio. Las puertas y las ventanas saben de día y de noche quién es pastor y quién es ladron. Cristo nuestro Señor lo dice (1): «Yo os digo que quien no entra por la puerta en el redil de las ovejas, sino que sube por otra parte, es robador y ladron.»

Segun estas palabras, á las puertas y á las ventanas, que son el madero que está en las juntas de los edificios, toca responder quién es pastor y quién ladron; quién entra por la puerta y quién por la ventana. Para entrar por la puerta se usa de los piés; para subir por las ventanas ó terrados, de las manos. Por eso san Pablo, para decir que habia entrado como pastor por la puerta, y no como robador por las ventanas, habla por sus manos (2): «No codicié oro, plata, vestidos de alguno, como sabeis vosotros mismos, porque para las cosas que me eran necesarias á mí y á los que estaban conmigo, estas manos me lo dieron.» Trabajaba san Pablo con sus manos, por no comer del trabajo de las ajenas; trabajaba por no ser carga con pedir limosna.

(1) Amen amen dico vobis: Qui non intrat per ostium in ovile ovium, sed ascendit aliunde, ille fur est et latro. (*Joann.*, 10.)

(2) Argentum et aurum, aut vestem nullius concupivi, etc. (*Actorum*, 20.)

Veamos estos pobres ricos, contra quien responden las puertas y las ventanas á los clamores de las piedras, cómo se sirven de las manos, cómo contrahacen con su avaricia la pobreza, cómo entran por las ventanas. San Mateo, 27, nos lo pone delante de los ojos: «Entonces viendo Judas, que le vendió, que le habian condenado, traído de la penitencia, volvió los treinta dineros de plata á los príncipes de los sacerdotes y á los ancianos del pueblo, diciendo: Pequé entregando la sangre inocente. Mas ellos dijeron: ¿Qué nos toca á nosotros? Miráraslo tú. Y arrojadas las monedas de plata en el templo, se fué, y yéndose se ahorcó con un lazo. Los príncipes de los sacerdotes, tomando el dinero, dijeron: No es lícito echarlo en nuestro depósito, porque es precio de sangre. Mas juntando concilio, compraron con él una heredad de un alfarero para sepultura de los peregrinos, por lo cual hasta el dia de hoy se llama aquella heredad Heredad de Sangre.»

Estos príncipes de los sacerdotes, que dan dineros á Judas por la sangre del Justo, y con el dinero de la penitencia de Judas, que se le trae á su casa y se le arroja, compran heredades, son los pobres ricos hipócritas, que dan el dinero para comprar la maldad y le reciben del arrepentimiento del malo, y le emplean en posesiones; y lo que aconsejaron dicen que no les toca á ellos; y si dan dinero, es para heredarlo de la condenacion del que lo recibió; y se justifican con no echarlo en su bolsa cuando lo emplean en heredamientos de sangre. Esta aplicacion aprendí de san Leon, papa. Tales son sus palabras (1): «¿De cuál corazon es esta disimulacion? La conciencia de los sacerdotes recibe lo que no recibe el arca del templo. Témesese el precio de aquella sangre, de quien la efusion no se teme.»

Conozcamos la hipocresía infernal. Hacen escrúpulo de echar en su depósito y arca el dinero que de su mano recibió Judas por la venta de Cristo; y no le hacen de habersele dado porque le vendiese. Pretenden excusarse de darle y volverle

(1) Cujus cordis est ista simulatio? Sacerdotum conscientia capit, quod arca Templi non recepit. Timetur illius sanguinis taxatio, cujus non timeatur effusio.

á recibir, con no echarle en su arca; empero empléanle en posesiones. Estos hacen las ventas y las compras por mano ajena, para que se pierda quien las hace. Son causa de perdicion, y dicen que no tienen culpa en la que ocasionan. Estos se valen del séquito de Cristo contra el mismo Cristo. Ahórcase el ministro que obra la traicion que le pagan, y ellos son herederos de la paga de Judas y del precio de su maldad. Siempre han sido dolencia de las edades estos pobres y ricos; que, como el Sabio pide que no le dé Dios riqueza y pobreza, ellos piden que les dé riqueza para tener y pobreza para no socorrer con ella á otros pobres, y para pedir siempre con ella á otros ricos. Si los he dado á conocer, no he sido largo; si los he mostrado aborrecibles, no he sido inútil. Muchos malos pobres que se llaman ricos he desconsolado con ellos; quiero consolar al pobre que llaman mendigo.

No hay hombre tan pobre que le falte para vivir, ni pobre á quien no sobre para vivir bien; pues cuanto menos tiene de bienes deste mundo, tiene mejor aparato para los del otro. La fortuna á muchos dió demasiado, mas no harto. El recibir della es enfermedad, que crece con la misma dádiva. Con lo necesario ruega la naturaleza; lo supérfluo no es caudal, sino demasía; no es hacienda, sino carga. De nada hace Indias quien se contenta con nada. No es poco lo que basta, pues basta poco. Hacienda que da codicia de mas hacienda, no es mas hacienda, sino mas codicia. Lo mucho se vuelve poco con desear otro poco mas. Lo que bebe el hidrónico, no le mata la sed, antes le aumenta la hidropesía que le mata. Si algun hombre se contentara con ser muy rico, pudiera llamarse rico; empero pocos se tienen por muy ricos en tanto que ven en otro algo. Por esto en el mundo no puede tener quietud quien tuviere cosa en que quitándosela pueda otro medrar ó enriquecer. Querer coger riqueza con la codicia, es querer coger agua con harnero. En el infierno es pena, que refieren los poetas; en el mundo locura en que se disfaman los avarientos. La ambicion es vaso quebrado, que vacia cuanto recibe; si siempre se está llenando, siempre se está vertiendo.

Un cuerpo tenemos, solo, flaco y corruptible, que no le puede fortalecer ni preservar el oro; una salud enferma, á que ni es medicina ni sanidad; una vida trabajosa, á que no es alivio breve, á que no es dilacion. Tenemos un alma eterna que no le ha menester para alimento ni para ornato. Si quiere el hombre ser rico, disponga que el oro suba á la patria del alma, que es el cielo; estorbe que baje el alma á la patria del oro, que es lo profundo de la tierra. ¿Quién dirá que esto no es lo que se debe hacer? ¿Quién lo hará? Todos aprobamos lo bueno y todos lo huimos. Sabemos dónde está y en qué la felicidad y la verdadera riqueza, mas no caminamos á ella. El hombre cuando nace, solo trae necesidad de cuanto ha menester para vivir. La naturaleza le da el sustento, que ni puede buscar ni pedir, y en creyendo que le puede recibir y pedirle, desconfia de la naturaleza y sigue á la fortuna. Nada falta al que se contenta con lo necesario, al que se contenta con lo que á otros sobra, con lo que otro desprecia, con lo que le dispensa la caridad por la limosna. Si llamas pobreza no tener con que sustentar muchos criados, considera que naturaleza te dió un cuerpo, y no muchos; no te debe mas alimentos que para uno. Si te afliges porque tu aposentillo no es grande palacio, considera cuánto espacio dél sobra á tu persona y dejas desocupado, y le darás gracias por lo que te sobra, y no quejas por lo que te falta. Si te congojas que estás pobremente vestido, acuérdate que naciste desnudo y que á las sedas y bordados del rico en su postrera hora sucederá una mortaja, con que habrá de contentarse, y que su heredero condenará la peor sábana para que le envuelvan. El año, cuando se muestra mal acondicionado con el frio ó el calor excesivo, no se enoja y enfurece con la pobre lana ni se mitiga cohechado con el oro. Muchos remiendos, uno sobre otro, son de tanta defensa como una tela sobre otra; no son tan rica defensa, empero son mas barata. Mas abriga al pobre la costumbre de no tener abrigo y de padecer las heladas, que al poderoso las pieles de fieras. Mas calificadamente se aforra el pobre con lo que desecha otro hombre, que el rico que se aforra de lo que desecha un lobo ó un gimio. En muchos

aquella piel no muda de fiera, aunque muda de lobo. Dirás que tu comida es desazonada, que comes lo que no se guisó para tí; y padeces engaño, que tu hambre sazona para tí cuanto los cocineros guisan para los demás. Ella te adereza lo crudo, te multiplica lo poco, te hace agradable lo austero. Fáltale algunas veces el alimento al pobre, y entonces es medicina la falta. Pide, y no le socorren: el rico pierde la cosa mas bienaventurada, que es el dar, y el pobre la menos, que es el recibir. Cristo nuestro Señor lo dijo: *Beatius est magis dare, quàm accipere*: «Mas bienaventurada cosa es dar que recibir (1).» Síguese que el rico que da menos, menos bienaventurado es que el pobre. Tener y no dar es culpa del que tiene; pedir y no alcanzar es mérito del que pide, y siempre es culpa del que no da. La pobreza es hastío de todos los vicios y pecados. Todos huyen del pobre, cuando el pobre no huya dellos. El adulterio y el homicidio y la gula y la soberbia se gobiernan por el precio, se andan tras el oro, se facilitan con el caudal. Cuando su inclinacion sea mala para apeteer los vicios, su miseria es buena para que los vicios le desprecien á él. Verdad es que el pobre no tiene aduladores, empero tiene ocasion de serlo; no teme ladrones, empero teme por ladron. De todo esto se asegura el pobre que está contento de serlo. Santa es la pobreza alegre. Mas ¿cómo siendo alegre y santa será pobreza? La mayor vileza de los pobres es el pedir; empero no los condenó á pedir quien mandó á los ricos que les diesen lo que les sobra. Si les dan el socorro antes que se le pidan, son fieles y liberales; si aguardan á que se le pidan, pagan apremiados lo que deben; si lo niegan, son ladrones de lo que guardan.

La hipocresía, que pretende dar buen color á la codicia, dice que el pobre no puede favorecer á nadie; que es gran bien hacer mucho bien, y que se ha de buscar la riqueza para hacer bien á muchos. Esto dicen para buscarla y en tanto que la buscan; y en hallándola y poseyéndola, nada de lo que dicen hacen. Estos, en decir que el pobre no puede hacer bien

(1) Act., xx, 35.

á nadie, mienten. El pobre á todos hace bien : á sí el primero, porque la pobreza tiene bien ordenada caridad ; luego hace bien á todos los ricos, á quien da ocasion de mérito y de ganancia en los cambios de la gloria. Hácele seguro su tesoro, multiplícale eternamente, ocasionale el buen uso de sus riquezas. Solamente lo que se da al pobre se asegura de fuego y de ladrones y de todas las venganzas de la fortuna, porque aquellas dádivas que recibe el pobre las paga Dios. ¡ Gran dignidad la del pobre, tener por pagador de sus deudas á Dios ! Mas pidió Cristo con mandar que les diesen á los pobres, que ellos para sí. Cristo á todos llamó á lo mejor. El llamó al rico que estaba en el banco, para que fuese pobre. El aconsejó que fuese pobre al príncipe, dando su riqueza á los pobres. El dijo que con él se hacia lo que se hacia con cualquier pobre. El nos enseñó que el rico que no quiso dar al pobre una migaja de pan en la tierra, le pidió desde los infiernos una gota de agua, estando el pobre en el seno de Abraham.

En la gentilidad, hasta los poetas pusieron en el infierno al rico avariento ; y fué pena infernal la avaricia para la impiedad : eso representaron en la sed de Tántalo en medio de las aguas y la hambre con la fruta que le alborozaba los labios, cuando una y otra le burlaban huyendo. Virgilio, entre otras pestes, puso en el umbral del infierno la torpe pobreza : *Et turpis egestas*. Empero no dijo que la pobreza, por ser torpe, era aparato de la condenacion, sino que aquella pobreza que era torpe, lo era. ¿ Cuál cosa mas torpe que la que no halla lo que tiene ? y esa es la del rico avariento, que en las aguas no halla bebida, que nadando se abrasa, que en la fuente se muere de sed. Puede ser que moralmente y á la letra sea yo el primero que haya dado luz provechosa á este lugar.

El angélico doctor santo Tomás, en el opúsculo que intitula *De la erudicion del Principe*, tratando de los que no se contentan con no dar á los pobres, y les quitan (á quien llama *raptores*), dice (1): « Podrá el diablo justificarse el dia del juicio

(1) *Poterit diabolus se justificare comparatione raptorum in die iudicii, dicendo: Domine, ego illos solos afflixí, qui te offenderant; sed raptores isti illos deprædaverunt, et afflixerunt, qui non meruerunt.*

con la comparacion de los arrebatadores, diciendo: Señor, yo affligí á aquellos que te habian ofendido; empero estos arrebatadores robaron y affligieron á los que no lo merecian.» ¡Temerosas y grandes palabras son! Prosigue esta amenaza en el cap. 7 (1): «Si se condena quien no da lo que tiene á los pobres, ¿qué sucederá á quien les quita lo que tienen?» San Juan Crisóstomo, en la *Oracion de avaricia*, da esta doctrina ejemplificada (2): «Si Lázaro no habiendo recibido alguna injuria del rico, solo porque no gozó de lo que era suyo, le fué acerbo acusador, ¿de qué defensa se valdrán aquellos que, además de no dar de lo que tienen, quitan tambien lo ajeno?» Infinitos mas son los que están en el infierno por lo que quitan á los pobres, que por lo que no les dan. La perfeccion cristiana es quitar de sí para darles. No puso Dios á los ricos y poderosos encima de las cabezas de los pobres y humildes, porque le son mas preciosos, sino porque le guarden lo mas precioso. Diga esto el angélico Doctor en el mismo opúsculo, lib. 1, cap. 1 (3): «Frecuentemente por la utilidad de los súbditos se pone uno en tal estado antes que por la suya, y el fieltro se pone sobre los demás vestidos por la conservacion dellos; no por su bien, no por mas querido, sino antes porque él solo se llueva.»

Dios nuestro Señor guarda los pobres con los ricos; de fieltro quiere que los sirvan. Pónelos encima de la humildad de los pobres, no para que se defiendan, sino para que los defiendan. Aquel es buen fieltro que no deja pasar las inclemencias del tiempo en nieves, lluvia y granizos al vestido que cubre. Aquel es buen rico que defiende de la desnudez, hambre y sed al pobre que le trae sobre su cabeza. Sea pues el consolado y el defendido el mendigo; sea el combatido y el defensor el poderoso. Este trabaje para que el otro descanse.

Nació el mendigo pobre, vivió pobre y murió pobre. Tuvo menos, tiene menos de que dar cuenta y menos que dejar.

(1) Si enim damnantur qui sua pauperibus non distribuunt, quid fiet illis qui bona eorum auferunt?

(2) Si Lazarus nulla affectus injuria a divite etc.

(3) Frequenter propter utilitatem, etc.

Vivió como nació y como había de morir. Fué solo una persona. Conoció por madre á la naturaleza; no padeció por madrestra á la fortuna. Fuera de la vida no tuvo qué quitarle la muerte. Murió con lástima de todos y sin albricias y regocijo de herederos. Enterráronle los ascos del olfato, los melindres de la vista, los horrores de la imaginacion, si faltó caridad en los vecinos. Enterráronle sin pompa, empero sin quejosos ni acreedores. Fuéle la tierra, sin mármoles y bultos, cubierta y no carga. Careció de epitafio (que tambien tienen su soberbia los sepulcros y su vanidad los muertos); empero no temerá la segunda muerte en los blasones de su memoria, que acallarán los días, que borrarán el tiempo. No gastará en desvanecer sus gusanos con túmulos magníficos lo que debía gastar en acallar el gusano de su conciencia. Aguardará el pobre el postrero día sin presuncion. Por eso el Señor (así lo dice David, salmo 71) (1) «juzgará los pobres del pueblo y salvará á los hijos de los pobres y humillará al calumniador.» Y luego da la causa: «Porque libraré al pobre del poderoso, y al pobre que no tenia socorro. Perdonará al pobre y al necesitado, y salvará las almas de los pobres. Redimirá de las usuras y de la maldad sus almas, y delante dél será honrado su nombre.»

Este sí es epitafio eterno, que vive en la presencia de Dios, sin que le gasten en las losas los pasos de las horas. No se sabe dónde estuvieron los sepulcros de infinitos monarcas, en que consigo enterraron con los gastos excesivos las provincias exhaustas. ¿Qué pues se sabrá de sus huesos, que perdidos de la locura de sus pirámides, peregrinan vagos en polvo desconocido? Dura el grito de las locuras de Alejandro, del furor de Cambises, de los delirios de Jerges, de la fiereza de Neron, de los vicios de Calígula, de la malicia de Tiberio, de la ambicion de Julio César, de la temeridad de Aníbal, sí; empero de sus cuerpos no hay ceniza, no hay polvo que dé noticia á los curiosos. Desprécianse en los metales viles sus retratos, y en los preciosos se venden por la codicia. ¿De qué

(1) *Judicabit pauperes populi, et salvos faciet filios pauperum: et humiliabit calumniatorem.*

pues sirvió la suma riqueza? ¿De qué; pues no ha podido defenderlos del olvido, ni rescatar las urnas en que se guardaron desatados en hogueras? De Midas se sabe volvía oro cuanto tocaba, y juntamente que á puro oro murió de hambre. ¿Quién será aquel que llamará rica esta muerte, y no miserable y pobre, pues si dejara de volver en oro una cebolla (pobre y humilde mantenimiento) viviera?

El santo y maestro Job es el ejemplo del buen pobre y del buen rico. Hízole riquísimo y poderoso Dios; y viendo que sabia defender su inocencia de los peligros de la prosperidad, le solicitó él mismo la persecucion y pobreza, sabiendo que quien fué humilde siendo rico, seria constante siendo pobre. Veamos cómo fué rico en sus propias palabras, cap. 29: «¿Quién me dará que me vuelva á aquellos tiempos en que yo era favorecido de Dios, cuando resplandecía, como el sol, su gracia sobre mi cabeza, y á su luz adestrado caminaba seguro en las tinieblas; como fuí en mi adolescencia, cuando secretamente Dios se dignaba de habitar en mi tabernáculo, cuando el Omnipotente me asistía, y yo estaba cercado en torno de mis criados; cuando la abundancia y fertilidad de mis ganados era tanta, que pisaba la manteca, y las piedras me eran manantiales de óleo; cuando salía á la puerta de la ciudad, y en la plaza me erigian trono? Veíanme los mozos y escondíanse de vergüenza; y los viejos, levantándose, estaban en pié por respetarme. Los príncipes callaban, y sellaban su boca con su mano. Detenian los capitanes generales su voz, y de turbados se les pegaba la lengua al paladar. El atento que me oyó me bendecía, y me eran testigos los que estaban presentes: y esto porque habia defendido al pobre que gritaba y el pupilo que carecia de favor. Caia sobre mí la bendicion del que estaba pereciendo, y consolé el corazon de la viuda. Vestime de justicia y adornéme, como con ropa y diadema, con mi juicio. Fuí vista al ciego y piés al tullido. Era padre de los pobres, y la causa que no sabia, diligentemente la investigaba. Quebraba las quijadas á los perversos, y arrancábales la presa de entre los dientes. Decia: Yo moriré en mi nido y multiplicaré mis dias como la palma.»

Estaba Job en el muladar cuando en estas palabras pronunció la historia de sus riquezas. Lo primero dice que Dios lo favorecía, que habitaba con él, que le asistía su luz y que con ella andaba por las tinieblas. Esto refiere primero que sus acciones, porque se vea confiesa que lo que tuvieron bueno procedió de Dios y de su gracia. Dice que le honraban con trono en la plaza, que los mozos con respeto se retiraban de su presencia, y que los viejos por veneracion estaban en pié, que callaban los príncipes y los capitanes; y esto dice que no lo hacian porque era rico, sino porque con la riqueza defendía al pobre, amparaba al pupilo, y con el socorro granjeaba la bendicion del que estaba en el peligro postrero; consolaba el corazon de la viuda, y se vistió de justicia; fué ojos al ciego y piés al cojo, fué padre de los pobres; quebrantó las quijadas á los perversos y arrancóles la presa de los dientes. ¿ Cuándo rico tan fiel y tan humilde y tan reconocido á la bondad y omnipotencia de Dios? ¿ Cuándo se vió riqueza tan bien empleada? Mas encareció Dios estas alabanzas, pues dijo á Satanás, cap. 1: « ¿ Por ventura consideraste mi siervo Job, y que no hay varon semejante á él en la tierra? » Inmensa estimacion es la de un justo, pues Dios, sumo y eterno Señor de todo, se precia y blasona de tener un criado entre tantas criaturas, « simple y recto y que le teme y se aparta de mal. »

Para ver la dignidad y aprecio de los méritos de la pobreza, basta considerar que para premiar Dios un rico, canonizado por su propia boca por incomparable, echó mano del medio de hacerle pobre en el mayor extremo que pudo maquinar la invidia del demonio y recibir la vida del hombre. Dios premió á Job con hacerle pobre el haber sabido ser rico, y Job conoció á Dios el haberle hecho rico con saber ser pobre. Job fué mas pobre que rico, porque pudo ser mas rico y no pudo ser mas pobre. Faltóle la hacienda, faltáronle los hijos, fuéle persecucion la mujer, fuéronle acusacion y escándalo los amigos, faltóle la salud; era unas llagas animadas, poblacion de gusanos; albergábale con horror y asco un muladar; parecia vivir por desprecio de la muerte, no por duracion de la vida, que ya extrañaba en su cuerpo la corrupcion de los cadáveres;

solo se le detuvo en la piel el alma, y en ella la paciencia. Habíanse conjurado contra él ladrones, fuego del cielo, terremotos y huracanes. No dijo que habia perdido nada, sino que lo habia pagado á quien se lo dió: « Dios lo dió, Dios lo quita; como Dios quiso así se ha hecho; sea el nombre de Dios bendito. Desnudo nací del vientre de mi madre, desnudo volveré á él. »

En esta respuesta con tres razones se desempeñó de lo que dijo Dios que era, mostrándose « varon simple y recto », cuando dijo: « Dios lo dió, Dios lo quita. » Esto es simplicidad y justicia, confesar que de sí no tuvo algo, y que todo era de Dios, que cobró lo que habia dado. « Temeroso de Dios, » cuando dijo: « Como Dios quiso, así fué hecho. » No quejarse del fuego, ni del viento, ni del terremoto, ni de los ladrones, reconociéndolos por cobradores de Dios y reverenciéndolos como á ministros de su voluntad, es temer á Dios con temor de hijo, que respeta con alegre obediencia lo que le quitan sus criados por órden de su padre. « Que se aparta de mal, » cuando pidió que « fuese el nombre de Dios bendito; » pues es cierto que no se puede apartar de mal quien no pidiere que sea bendito el nombre de Dios. Todo el bien está en que sea santificado el nombre de Dios: la primera peticion es de la oracion del Señor, despues de llamarle Padre nuestro; con que ajusto mi explicacion. Debe pues el pobre ser simple y recto, temeroso de Dios y apartado de mal; virtudes en que está la verdadera riqueza. A este tal fáltanle los ganados, la casa, los hijos, la salud, la mujer y los amigos; empero no le hacen falta: quédale el conocimiento que tuvo cuando los tenia de que no era suyo lo que tenia. Mírase en el estiércol, con el séquito de gusanos con que los vivos ven con horror en las sepulturas á los muertos, y no se admira, antes los tiene por compañía mas fiel que á la hacienda y á los hijos y á la mujer y á los amigos, pues cuando todos le dejan, ellos le asisten: antes le hacen compañía que agravio. Bendice á Dios que lo permite; no maldice á los que lo ejecutan.

Job supo qué cosas eran bienes y qué precios tenian todas las cosas. Supo lo que vale el temor de Dios, la justicia y la

simplicidad, y que esta no es moneda con que se han de comprar otras cosas ni darse por ellas, sino por ellas todas las demás. Fácilmente dió al pobre el alimento con su hacienda, consuelo á la viuda, amparo al huérfano, socorro al oprimido, y libertad al que era prisionero de los dientes del tirano. Empero no le pudieron obligar Satanás, ni su hacienda, mujer, hijos y amigos, ni su propia salud y vida, á que gastase algo de su paciencia, de su desengaño, de su constancia ni de su verdad.

¡Oh cuán al contrario entienden y platican esto la hinchazón de los ricos y la ignorancia de los que no saben ser pobres! Aquellas cosas solas pensamos que vendemos, por las cuales recibimos dinero; y de balde llamamos lo que adquirimos dándonos á nosotros mismos. Llamamos caro lo que nos cuesta mucho dinero; y como nos cueste poco dinero, llamamos barato lo que nos cuesta nuestras almas. Las cosas que no quisiéramos comprar si por ellas nos pidieran nuestra casa, nuestra heredad, nuestro jardín, nuestras joyas, esas compramos con ansia y con peligro á trueque de nuestra conciencia, de nuestra paz y de nuestra libertad. Da el hombre la quietud por una venganza, la libertad por un oficio, el alma por un gusto; y como no le cueste hacienda, dice que nada le costó. Síguese que el malo y el necio no tiene á su parecer en sí cosa mas vil que á sí mismo, ni cosa que valga menos; pues por lo que se da á sí mismo, dice que da nada. ¡Dichoso aquel que no será culpado en esta mercancía! No puede ser rico quien da lo precioso por lo vil. No puede ser pobre quien compra con lo vil lo precioso. Este es el modo de adquirir riquezas y conservarlas: guardar las del alma, y repartir y dar las del cuerpo. Y pues quien conserva y guarda aquellas cuando le faltan estas es rico, bienaventurado es el pobre que lo fué por no dejarse comprar del oro, del puesto, del séquito, del regalo y de la vanidad. Sucederá lo que á Job, que le dió Dios riquezas grandes para que las despreciase, y suma pobreza para que la estimase sumamente; y porque estimó la pobreza extrema, le restituyó duplicado cuanto habia perdido. Quitóle lo que tenia, y porque se lo volvió con

reconocimiento, se lo volvió con multiplicacion. ¿Quién dudará que Dios socorrerá al pobre, si Dios y hombre lo mandó y encargó tan repetidamente?

Sea fin á mi discurso lo que será fin para el castigo en el fin del mundo.

Cristo Jesus dice por san Mateo, cap. 25, tratando del juicio final: «Entonces dirá el Rey á los que estuvieron á su diestra: Venid, benditos de mi Padre, poseed el reino que os está aparejado antes de la constitucion del mundo. Tuve hambre, y dístesme de comer; tuve sed, y dístesme de beber; era huésped, y me albergastes; estaba desnudo, y me vestistes.» Y porque los que siguen la interpretacion de Judas en el unguento de la Magdalena no acomodasen su malicia con achaque de los pobres á su provecho y usura, replicarán los justos: «Señor, ¿cuándo te vimos hambriento, y te alimentamos; te vimos con sed, y te dimos de beber; cuándo te vimos peregrino, y te albergamos; ó desnudo, y te vestimos; cuándo te vimos enfermo y en la cárcel, y te visitamos? Y respondiendo el Rey, les dirá: De verdad os digo, cuantas veces hicistes eso con uno de mis hermanos los mas minimos, lo hicistes conmigo.» ¡Oh gran dignidad del pobre! ¡Oh inefable valor de la pobreza! Que el día del juicio la última irrevocable sentencia, ya en favor, no dará otra causa á la salvacion eterna sino el haber socorrido al pobre el mendrugo de pan, el jarro de agua, el albergue, el vestido y la visita; y sentencia de condenacion eterna no se fulminará con otras razones, sino con no haber dado al pobre estas sobras y estas cosas de tan poco valor. El propio Evangelio lo dice: «Entonces dirá el Rey á los que estuvieren á su mano siniestra: Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno, que está prevenido para el diablo y sus ángeles. Tuve hambre, y no me distes de comer; tuve sed, y no me distes de beber; era huésped, y no me recogistes; desnudo, y no me distes vestido; estuve enfermo y preso, y no me visitastes.» Dice el texto sagrado que replicarán los malditos lo que los justos, mas con diferente conciencia, y dirán que á él nunca le vieron con hambre ni sed, peregrino, desnudo, enfermo

y preso; y el Rey responderá que vieron á los pobres, y que en el menor dellos lo despreciaron á él y le negaron todo lo referido.

Si esta doctrina del postrero dia del mundo platicasen políticamente los reyes todos los dias, castigando por desamparo suyo el del menor de sus vasallos y premiando por beneficio propio el socorro, lograrían todos sus dias en buen juicio, y el postrero del juicio le esperarían favorable. Por esto dijo san Pedro Crisólogo: «Da la comida, da el hospedaje, da el vestido, si quieres tener á Dios por deudor, y no por juez.» Alentémonos pues los pobres, viendo que en el postrero tribunal nuestro socorro dicta sentencia de gloria y pronuncia salvacion, y nuestro desamparo sentencia de condenacion y de penas eternas. Contentémonos con que Dios reciba lo que nos dan. Conténtese el rico con que Dios le premie con su gloria lo que nos dió.

He sido mucho mas largo en consolar la pobreza que fuí en consolar la muerte, porque aquella aflige toda la vida y cada hora y cada momento, pásase y padécese infinitas veces; y esta sola una vez es forzosa á todos, y universal, lo que no es la pobreza. Si no he conseguido mi intento (á lo que fácilmente me persuado), la pobreza del ingenio y de los estudios y de la virtud me disculpará con la misma pobreza, que por faltarme todas estas partes, queda quejosa de mi doctrina. Jesucristo nuestro Señor dé á vuesamerced su gracia y larga vida, con buena salud. Madrid, 4 de setiembre de 1635.

DON FRANCISCO DE QUEVEDO VILLEGAS.

DESPRECIO.

AL DOCTOR DON MANUEL SARMIENTO DE MENDOZA,
canónigo magistral de la santa iglesia de Sevilla,

Don Francisco de Quevedo Villegas.

Si despreciar el mundo, señor don Manuel, no solo es bueno, sino santo, ¿cómo podrá ser malo ser despreciado del mundo? Como habitacion del cuerpo, le debemos despreciar; como enemigo del alma, le debemos vencer. De todas maneras tenemos batalla en él y con él. El desprecio del mundo es la primera puerta para entrar el hombre en las sagradas religiones, veredas ciertas por donde sube el alma al reino de la paz gloriosa. Bien puede cualquiera despreciar el mundo sin entrar en religion; mas no con tanto mérito como entrando en ella. Grande precio añade la obediencia sobre la voluntad. El mundo cuando desprecia al que le desprecia, en lugar de vengarse, le asegura si es cuerdo, le fortalece si es bueno. No puede despreciar el mundo quien no se desprecia á sí; y quien se desprecia á sí, estima que todo el mundo le desprecia. Hoy, que escribo las alabanzas del desprecio, sentiré el ser tenido en poco; y esto por la desautoridad que ocasiona al crédito de lo que escribo.

Mucho espíritu tiraniza al hombre verse despreciar de otro hombre, porque sabe que la naturaleza, el nacer y el morir no desigualan á uno de otro. No siente menos que el que puede haga mas caso de otro que de él. Padece invidia rabiosa que le enajena y enciende en ira impetuosa; [porque la ira es parto fecundo del desprecio. Así lo dice Plutarco, libro de *Refrenar la ira*. Así lo enseña Homero en el principio de la

Iliada, pues dice que la ira perniciosa é implacable de Aquiles resultó de ver que Agamenon le despreciaba, quitándole á Briseida, que era el premio de sus vencimientos; por lo cual Aquiles solo se queja de que le despreciaba.

Si el desprecio no es estimado y venerado del que se ve en él, no solo es vientre de la ira, sino de cuantas abominaciones puede engendrar en la flaqueza humana con desenfrenada licencia la ignorancia.

Afean el desprecio los malos nombres con que le infaman los ambiciosos. Llaman al despreciado, hombre de quien no se hace cuenta, de quien no se hace caso; vulgarmente dicen que le tienen en poco, que no es bueno para nada. Si la locura hace esta cuenta, prerogativa es que no haga cuenta del despreciado. Si la fortuna hace el caso, seguridad es que dél no le haga. Si es la soberbia quien le tiene en poco, eso poco le vale mucho. Si la nada para que no es bueno, es la ambicion y vanidad, á quien el sabio llama nada, nada tiene tan bueno como no ser bueno para nada. Si el sabio y el bueno despreciados miran á los que les desprecian, conocerán que los llaman lo que ellos son, que los dan el nombre del desprecio que ellos padecen con nombre de estimacion.

Dividamos el desprecio antes de definirle, que de otra manera incurriremos en confusion. Dos géneros hay de desprecio, uno por inutilidad y defectos propios, y este es castigo del que le pasa; otro por defectos ajenos y mal intencionado conocimiento de los poderosos, y este es premio del que le padece, y ejercicio de la virtud. El que se desprecia á sí y desprecia al mundo, sabe ser despreciado. Despreciar el mundo y sentir ser despreciado del mundo, es ser mas soberbio que el mundo. Despreciar el mundo para ser despreciados dél, es ser perfectos. Muchos saben despreciar, pocos ser despreciados. Muchos desprecian el mundo, pocos se desprecian á sí. Los hipócritas quieren ser tenidos por gente que desean ser despreciados, empero no que los desprecien. Desprecianse para que los estimen. Dicen que son los mas malos, porque los tengan por los mejores. Llámanse viles, porque no se los llamen. Son tales, que los castiga quien los cree. Despre-

cio negociador de estima es mohatra de condenacion. ¡Oh cuán grande es el número de fulleros en la virtud, que se llaman despreciados, siendo despreciadores! Quien tiene mas de lo que merece, porque no le dan mas de lo que desea, dice que le desprecia quien lo cura. Infinitos tienen por menosprecio propio la estimacion ajena, y dicen que los desprecia quien los dió mucho, si no se lo dió todo. Estos despreciados son infinitos, porque cada hombre destes es muchos despreciados cada dia. O no se ha de dar y hacer bien á otros, ó ellos se han de tener por despreciados. Estos, como no tienen número, no tienen remedio. No trato de consolarlos, sino de huir dellos.

Quien desprecia la cosas para que los precien los hombres, es loco, y solo consigue su intento del que lo es. Desprecia en público lo que adora en secreto; tiene por premio el aplauso de los que lo ven; págase del ambicioso; y hace mas caudal de los testigos de su hipocresía que de la verdad de su conciencia. Estaba el cínico en la mejor hora del dia, y en medio del mayor concurso del pueblo, enterrándose en polvo y afeándose con lodo; vióle el divino Platon, y descifrando su maña, dijo: «Idos todos, y no se mortificará. Dejalde solo, y dejará descansar los muladares que inquieta revolcándose.»

Hay un género de desprecio soberbio, y es este con que Diógenes se burlaba de los ojos populares. En estos tiene mas presuncion la basura que el oro. Merecen asco, y solicitan admiracion. Ninguna cosa produce peor soberbia que el desprecio fingido. Lo primero, desprecian la verdad y la conciencia, y las advertencias divinas, y luego los juicios y entendimientos de todos. Son ladrones del premio de la virtud, encubridores de la impiedad facinorosa. Hacen que la humildad, toda sagrada, sirva de máscara á la arrogancia, toda sacrílega. Hacen embusteros los instrumentos de la penitencia. Son estos muy peligroso escándalo, porque es dañoso creerlos y temeridad juzgarlos. Solo es seguro cautelarlos por aparentes, y tratarlos con sospecha de lo que no se ve y de lo que pueden ser. Mas se ha de temer en estos la falsificacion que en las joyas y en la moneda. No se ha de fiar del toque, á quien

burlan las muchas hojas; es menester limarlas para reconocer el alma de plomo.

Hay otra alquimia del verdadero y santo desprecio, que tiene pobre y desacreditado el comercio del mundo. Esta es la negociacion ambiciosa. No hay mayor ni peor ni mas mal entretenido negociante que el desprecio político. Este es artífice de aduladores y fabricante de tiranos. Muchos con el desprecio han escalado los puestos, las dignidades, el poder, y á veces los imperios. Invencion suya es el ruin en honra. Es ganzá que no dejan de la mano los que pretenden. Es escala, de que se valen contra sus señores los que sirven; tan engañosa, que por donde parece que bajan, suben. Las cortes y los palacios serán mis historias y mis textos, y cada uno en su casa con su familia me será testigo.

Ninguno se desprecia mas que se desprecian los aduladores y lisonjeros á sí propios; y solo es mas despreciado dellos el que los cree. El adulador se deshace los sentidos y las potencias, él se ciega para ver los defectos del poderoso. ¡ Raro ingenio de la malicia, cegarse para cegar ! Si el príncipe es pequeño, ó le añade la estatura llamándole mediano, ó hace reprehensibles las que no son diminuidas. Si es tuerto, dice que le agracia la lision, y le compara con la vista del dia. Si la calva le tiene la cabeza con la desnudez que se sigue á la hambre de la sepultura, acusa por brutalidad los ornamentos del cabello. Si las facciones le burrajean la cara, en lugar de formársela, dice que tiene semblante perfectamente varonil, y culpa la benignidad apacible de los aspectos hermosos. Si la corcova le hace montuoso el talle, y fragosos el pecho y las espaldas, ó se introduce en gibado, por valerse de la imitacion, ó le califica por señas favorables los promontorios. Si el color del rostro es asustado ó difunto, se vale de una filosofía espuria, para persuadirle que lo aciago es apacible, y todo se ocupa en desentenderse de que él tiene ojos ni el príncipe entendimiento. No hace menor desprecio de sus oidos cuando las necedades que le oye las aclama sentencias, y las locuras advertimientos. ¡ Oh cuánta saliva desperdicia en las exaceraciones, que fuera mas bien empleada en ascos ! No con-

tento con deshacerse en la parte corporal, se desprecia mas rematadamente en las potencias del alma. Si el señor es avaro, le llama pródigo; si perdido, magnánimo; si mentiroso, político; si impío, sagaz; si cruel, justiciero; si blasfemo, afectuoso; si disoluto, entretenido; si cobarde, prudente; si gloton, robusto. Cuando el príncipe hace mal, él lo hace peor. Confiesa que no lo puede ni sabe hacer, y dice que aprende de lo que se escandaliza. Estos tales solo desprecian mas que á sí al que engañan con despreciarse. Estos son con cola, como la lanterna, que alumbra al que la lleva y no la ve, y encandila al que en ella pone los ojos. Son como la lombriz del anzuelo, que viste de un gusanillo las lengüetas, para que despreciando su pequeñez el pescado, abriendo la boca al alimento, la cierre á la prision.

Los pretendientes exceden á estos en el desprecio: desaparecen en la profundidad de las reverencias, agonizan la habla, y con voz desahuciada mas pronuncian cuitas que razones. Traen la vista arrastrando por la tierra, y no hallan dignos los ojos de su cara de otra puntería que la de las suelas de sus zapatos. Ocupanse en levantar lo que se cae, en enfadar los rincones de las antecámaras, para adquirir conmiseracion. Estudian semblantes angustiados, gestos y meneos mendigos; requiebran á todos los criados de los ministros; introducen en limpiaderas contra las motas y pelusa de los ferreuelos de los porteros, y en las casas de los príncipes no hay telaraña segura de sus capas. A nadie llaman, que ellos no respondan. Nadie se sienta, á quien no lleven silla. Nadie sale, á quien no precedan con candelero. Compiten con la miseria humana en acompañar á todos. Deshácense para que los hagan. Bájanse para alcanzar. Hacen preciosa su vileza, pues con ella hartan á los desvanecidos la hambre de sumisiones; porque su soberbia juzga por suficiente el que con menor menoscabo suyo los adora, alimentando su ambicion de bajezas negociadoras. Sea la verdad juez, y determine cuál es mas despreciado, el que mañosamente se desprecia para despreciar á otro, ó aquel que se vende á tan vil precio, neciamente defraudando el premio y el puesto á la severidad ino-

cente de los méritos. No se valen de otras artes los que llaman atentos y mañosos, ya pretendan, ya sirvan; contagio y epidemia que inficiona los lugares magníficos. Verifícase en los tramposos del valimiento con sus señores. Estos tienen la vida de los sueños, que dura en tanto que duerme la cabeza de que se apoderan, y en cerrando los ojos, empiezan á fabricar apariciones, ya medrosas, ya entretenidas, sirviendo de juguete y de embeleco á su ociosidad. Hácenlos el cerebro teatro de ilusiones, y autor de comedias la fantasía, donde representan los sentidos fábulas y marañas. Para adormecerlos el letargo se valen del desprecio propio que afectan, en que disimulan operaciones de beleño; y advirtiéndoles que el trabajo es enemigo del sueño, los persuaden que es indigno de su grandeza, y que toca á la servil condición y bajeza del que sirve. Con esto se apoderan de los negocios y cuidados, y los encaminan por el descanso al sueño. Desnúdanlos y acuéstanlos para que á oscuras empiece la farsa de sus embelecidos á apoderarse de su modorra. Si se desprecian ó le desprecian, pregúntenlo á los sucesos, que no callan la verdad ni la disfrazan.

Mas hemos dicho que escrito destos hipócritas de su mismo menosprecio, porque en estas materias se entiende mas que se lee; y las palabras pronuncian al juicio lo que callan al oído, razonando sin voces con la consideración, porque no tenga la culpa de todos los advertimientos la pluma.

Llegado hemos al verdadero y santo desprecio, y al docto que yace preciosamente despreciado. Consolaréle, no porque lo ha menester, siendo bueno y sabio, sino porque lo han menester los que, siendo bueno y sabio, lo desprecian. Es noble y valiente, es docto y virtuoso, es benemérito por experimentar, y modesto y humilde. Ve gobernar los ejércitos al cobarde, cuya sola valentía fué el caudal con que compró el generalato. Ve al idiota de letras y de virtudes establecer sobre los inocentes por ley su ignorancia en los tribunales. Ve al incapaz, á quien solo el manejo de las maldades y la abundancia de las mentiras introdujeron, apoderado en los mayores ministerios, escogido para la conciencia de los delitos. Há-

llase sin premio, sin asistencia, sin estimacion, derribado en el mas encarecido menosprecio. ¿Tendrá, señor don Manuel, por esto razon de afligirse y quejarse?

Claudiano, doctísimo poeta, y culto con felicidad, no solo dice es justo que se aflija el benemérito despreciado, sino que con desesperacion se lamenten los que le ven despreciar. El lo hizo con elegantísimo arrojamiento, empezando con este dolor el primero libro contra Rufino. No haré españolas sus palabras en versos, porque desatados sus números, se mezclen mas con la prosa que escribo: « Muchas veces trujo dudosa mi mente la opinion si los dioses cuidaban de las tierras ó si no las asistia algun gobernador, y las cosas mortales procedian por acontecimiento incierto. Empero como hubiese examinado las confederaciones que disponen el mundo, y los términos prescriptos al mar, y las vueltas y caminos del año, y las sucesiones de la noche y la luz; entonces juzgaba que todo se establecia con la providencia de Dios, que mandó á las estrellas que se moviesen con ley; que en diferente tiempo naciesen las mieses; que la varia luna con ajeno fuego se llenase, y el sol con el suyo; que alargó las orillas á las ondas, que suspendió la tierra en el centro. Empero cuando ví revolverse las cosas de los hombres en tanta noche, y florecer mucho tiempo los malhechores alegres, y ser despreciados los pios, de nuevo desmayado fallecí á la religion. » De tanto escándalo es ver á los indignos premiados y alegres, y despreciados y abatidos los beneméritos, que le desmayó el crédito de la Providencia al gran poeta el verlo, contra la demostracion con que á confesarla le habian convencido los cielos con todas sus estrellas y imágenes, y el gobierno de la monarquía de la luz, las atenciones del año, la obediencia del ímpetu del mar á la ley que se le escribió en la arena, y el peso de la tierra, que suspendido, se afirma inmoble. Yo he temido mis versos, porque sé reverenciar los exámetros de Claudiano, para que hablase mi lengua con números. Quien se atreviere á justificar el no temerlos, podrá reprehenderme.

Afljase el celoso del bien público, viendo despreciado al benemérito, con la caridad bien ordenada. No se aflija el des-

preciado; ocúpese empero en agradecer á Dios en su menosprecio su paz, su defensa, su medicina y su libertad. Estas cuatro cosas son la difinicion del santo desprecio. Esto hará fácilmente considerando qué desprecian en él, y por qué, y quién le desprecia. Lo que desprecian es la disposicion negada á la asistencia de los delitos, la aversion á ser cómplice, el no ser á propósito para los engaños, el juzgarle por inútil la mentira, por leal la traicion, por mudo la lisonja, por reportado la violencia. Luego al despreciado enseña el desprecio que padece lo que en él es verdadera y cristianamente precioso, como son la aversion á los delitos, la discordia con los malhechores, ser inútil para engañar, ser descartado de la mentira, ser leal para la traicion, mudo á la lisonja y reportado para el ímpetu. Por qué desprecian en el temeroso de Dios estas cosas, es el propio género de consuelo para él. Desprecianlas por embarazo á sus robos, por reprehension á sus costumbres, por estorbo á sus maquinaciones, por impedimento á todos los intentos de la tiranía; por lo cual los propios que le desestiman por malo para el mal, á su pesar lo estiman por bueno para el bien. ¡Oh cuán sacrosanto precepto del apóstol san Pablo ejecuta el que es despreciado porque no es bueno para partícipe con los ministros de la injuria! (*Ad Ephes.*, 4): «No deis lugar al demonio, y no queráis contristar al Espíritu Santo de Dios, en el cual estais señalados en el dia de la redencion.» Todo esto hace quien adquiere el desprecio de los malditos revolvedores del mundo por inútil á sus execraciones; y esto porque, como dice el Apóstol (*Ad Rom.*, 1): «Los que tales cosas hacen son dignos de muerte; no solo los que las hacen, sino tambien los que consienten con los que las hacen.»

En quién le desprecia está el tercero consuelo. Este es quien, inobediente al Apóstol, da lugar al diablo y contrista el Espíritu Santo de Dios. ¿Quién no se alegrará de que no le dé lugar quien se le da al demonio? ¿Quién se alegrará con dádivas de aquel que contrista el Espíritu Santo de Dios? Da la hacienda, que empobrece el espíritu; da la honra, que afrenta el alma; da la dignidad, que envilece la conciencia;

da el oficio, que aprisiona la libertad. Da lo que quita, como el reloj, que da al oído las horas que quita á la vida; que da lo que se puede contar, y no se puede tener ni detener. Los que dan lugar al demonio, dan como el demonio; él dice que da á quien quiere, no á quien merece (*Lúcas, 4*): «Porque á mí me lo entregaron, y yo lo doy á quien quiero.» En todo miente: en decir que á él se lo entregaron todo, y que lo da. Todo lo perdió por la soberbia, menos la naturaleza: todo lo promete para el engaño; con lo que ofrece tonta, y no socorre. ¿Quién pues, á truco de que le prometa lo que no tiene, querrá ser de los que el demonio quiere? El dice que todo se lo da á quien quiere; empero no dice para qué le quiere, por ser su fin la condenacion de su querido. Todo cuanto está en la mano de Satanás es perdicion. Para el primero hombre alargó la mano á la primera dádiva; dióle una manzana, y recibió muerte para sí y para todos. Puso Dios en su mano todos los bienes de Job, y luego fueron todos disipados por el fuego, por los huracanes y por los ladrones. De nada da buen cobro su mano; lo malo da, lo bueno quita. ¿Cómo pues será desdichado ni tenido en poco quien no recibiere dél ni de aquellos que en el mundo le sirven de brazos visibles?

¿Eres virtuoso, y no tienes los premios de la virtud? No eres tú el despreciado, sino los premios que á la virtud debe la república. No careces de premios, pues los mereces; los premios sí carecen del virtuoso, que buscan. Dalos el tirano al facinoroso para que los disfame; niégatelos á tí para que no lo infames á él. Lo que dan á otro no es culpa tuya, sino descanso y paz. El ha de dar cuenta de lo que da al indigno y de lo que quita al benemérito. El principal negocio del virtuoso es, no solo carecer de su estimacion, sino amedrentársela. La mas hazañosa valentía suya es acobardar con su inocencia su liberalidad de tal manera, que siempre huya dél, que su verdad sea horror á sus oídos, y su justificacion formidable á su conciencia.

No solo no has de recibir algo del tirano, antes le has de dar horror y miedo, para que no te dé ni te ofrezca, si sabes estimar las comodidades del menosprecio. El desprecia en tí

la humildad y la inocencia; esto es crimen. Tú desprecias en él la soberbia, la vanidad y la ambicion; esto es mérito. A tí Dios te juzga precioso, á él despreciado; por esto no has de tener queja dél, sino lástima.

Emplea tu consideracion en los furiosos que en su contorno anhelan á sacarle de sus manos el caudal de su poder, y verás que su mas eficaz diligencia para alcanzarlos es acreditarse de peores que los otros; y aquel consigue, que le persuadió que ninguno era tan malo para desacreditarse con él. Los unos á los otros se achacan bondad y se levantan virtudes, porque saben que serán excluidos en creyéndolas, como embarazosos á lo violento de sus disinios. Por esto se andan siempre desmintiendo de bondad, y verificándose de facinorosos y sacrílegos, y apostando á ruines para merecer la eleccion; y con injuriosa maldad son hipócritas de los vicios que no han podido acometer.

Eres valiente, experimentado y dichoso en la guerra; no te dan el generalato, que embaraza al cobarde. Advierte que en esto el tirano desprecia el triunfo y la vitoria, no tu persona. En no dártele, solo te quita el desvelo perpetuo, el cuidado solícito, el frecuente peligro. ¿Qué cosa buena deja de darte quien te quita cuanto es malo? ¿Cómo para la venganza de Dios en su castigo se perdieran los ejércitos, se acabarían las monarquías, si no permitiera Dios la ceguedad en las determinaciones de los que gobiernan? Debes tú reconocer tu desprecio por disposicion soberana á estas ruinas. Tú debes sosegar tu deseo en la eleccion que Dios hace de tí, apartándote de la que en otros hicieron los poderosos. No mandas en el ejército; empero obedeces á Dios, que manda en tí. No vences á los otros, mas véncete á tí propio. Si te dieran el generalato, muchos dijera con invidia que por qué te lo habian dado. No te le dan, y por emulacion del que le tiene, dicen que por qué no te lo dieron. Juzga tú cuánto es mejor la aprobacion despreciado, que el vituperio preferido. Ganó la batalla el cobarde general; alégrate de que Dios glorifique su poder, con los viles de quien echa mano para mortificar la presuncion de los hombres. Perdió la batalla; da gracias á

Dios, que no echó mano de tí para que la perdiezes. Para tí, si sabes estimar tu desprecio, todo es vitoria, así la de los contrarios como la tuya. Milicia es tu vida; no dejas de ser soldado en tanto que eres hombre; no dejas de vencer en tanto que perseveras en ser buen hombre. No mandas á los otros, y por eso no te juzgas por gobernador. Grande gobierno tienes en tí de por vida; virey eres de Dios en tu alma. ¿Cuál provincia es mayor; cuando te sobraré tiempo para gobernar en tí y mandar en tus pasiones, para obedecer lo que Dios te manda? Siempre tienes oficio honroso y ocupacion muy importante, si te ocupas en tu oficio.

¿Eres docto, y te niegan la cátedra, la plaza, la presidencia ó el obispado? Buenas cosas son las que te niegan; mas difíciles y peligrosas. Bueno es ser presidente ó obispo, empero es menester ser buen obispo y buen presidente. Muchos buenos han sido obispos, que en siendo obispos dejaron de ser buenos. Hay muchas bondades que duran con la pretension y se acaban en poseyendo. Uno es el que pretende y otro el que goza. Las dignidades á muchos dan lo que echaban menos para ejecutar sus malas inclinaciones. Muchos pretenden ser jueces, mas para ser delincuentes sin castigo, que para darle á los que lo son. Muchos hombres se condenan á sí en lo que condenan en otros. Mas rigurosamente lo dice san Pablo, á los Romanos, 2: «Inexcusable eres, ó todo hombre que juzgas; en lo que al otro juzgas, á tí mismo te condenas, porque haces lo propio que condenas.» Luego debes reconocer que el príncipe que no te da estos puestos, antes te preserva que te desfavorece. Muchos jueces, obispos y presidentes ha habido y hay buenos; empero estos mas se mortifican en aceptar las dignidades que se exornan con ellas. Aventurada presuncion es prometerte que serás uno dellos. De verdad, mas seguridad es temer los puestos que solicitarlos. Quien teme el ser juez en el tribunal, bien teme el tribunal en que Dios es juez.

Dirásme que no te afligen el obispado, la cátedra, la plaza ó la presidencia que te niegan; sino el decir que no te la dan por encogido, poco activo ó ignorante.

De muy pocos hombres han dicho todos que son sabios ó buenos. No está la sabiduría ni la bondad en las alabanzas ajenas, sino en las noticias y bondad propia. Cuando siendo sabio no sintieres que te desprecien por necio, entonces te puedes sospechar sabio. El aplauso de la ciencia y de la virtud, antes la contrasta que la celebra. Aquel desprecio que te esconde, te defiende. El despreciado es semilla y cosecha de Dios; levántase y fecúndase del estiércol que con su baja-za le fertiliza. El Espíritu Santo dice «que Dios es labrador, que del estiércol levanta al pobre.» Del modo pues que el trigo debe al estiércol el colmo de sus espigas, debe el abatido á su desprecio la abundancia de sus frutos. Es el desprecio-
tan divino bienhechor, que le debemos todo lo que nos quita; que le somos deudores de todo lo que nos niega. No tendrá razon la legumbre de estar mal contenta de la naturaleza porque no le dió en el monte la corpulencia del robre, cuando el rayo, que le abrasa por grande, la perdona por chica. Muchas cosas se defienden por ignoradas, que no pudieran defenderse por fortalecidas. Con grandes y doctas palabras exageró Lucano los privilegios y prerogativas del desprecio en la cabaña pajiza de Amiclas, «cuando tocándola la mano cesárea, no tembló estremecida.» Y dice para muy ponderada enseñanza: «¿A qué templos ó á qué muros pudo acontecer esto?»

Por esto muchos desprecios son estimacion, y muchas estimaciones desprecios. Muda sus nombres el sentimiento vulgar, que ni sabe lo que precia ni lo que desestima. Esclarecidos varones se engañaron en estas veredas; y eligiendo sendas descaminadas, fueron á dar á la parte de adonde huian. Des-avínose Julio César con el desprecio en que estaba, cuando conjeturándole Sila por su desaliño, decia: «Conviene guardarnos deste mozo mal ceñido;» fuése encaramando por los puestos que adquiere la maña, hasta los mayores á que sabe trepar la violencia; con sed de adquirir, no solo estimacion, sino la suprema, arrebató para su ansia todo el albedrío de la fortuna; y el dia que juzgó haber arribado á la suprema estimacion, se precipitó en el mas vil y sangriento desprecio.

Por el contrario, Scipion se vió mayor acreedor á Roma de lo que Roma podia satisfacerle. Temió sus méritos, y que sus hazañas le granjeaban mas invidia de la que podia vencer el que venció las furias de Aníbal. Desprecióse á sí, y despreció la ciudad. Juzgó por mas conveniente que Scipion faltase á Roma, que obligar á que Roma faltase á Scipion. Retiróse pobremente á unos baños, que sobrándoles horror para cárcel, le servian de palacio. Y cuando se desapareció á la admiracion del mundo y al rencor de la invidia, donde pobremente murió en tan voluntario desprecio, entonces empezó su adoracion no en menos sublime afecto que en el del grande Séneca; pues sus baños, donde estaba su sepulcro, le obligaron á decir en la epístola LXXXVI tales palabras: «Esto te escribo, estando mal convalecido, en la misma quinta de Scipion Africano, habiendo adorado las cenizas y aras que yo creo es sepulcro de varon tan grande. Persuádome que su alma volvió al cielo, de donde descendió, no porque gobernó grandes ejércitos (lo que hizo tambien Cambises rabioso, que usó felizmente de su furor), sino por su admirable moderacion, mas admirable en haber dejado la patria que cuando la libró.» No adoró Séneca el polvo de Scipion porque mereció mucho, sino porque despreció lo que merecia. No alaba el haber librado su patria de Aníbal, sino el haberla dejado, despreciándose y despreciándola. Por estos pasos llegó el desprecio á la adoracion.

Estos debemos seguir, señor don Manuel: Scipion defendió su patria peleando, y se defendió de su patria huyendo. A generosa y bien sana imitacion nos convida. Seamos despreciados, y viviremos seguros. Despreciemos cuantas cosas nos quisiera hacer orgullo nuestro desprecio; despreciemos á nosotros propios, no empero despreciemos á alguno, pues el proverbio anciano amonesta «que pequeña centella despreciada, muchas veces produce grandes incendios.» Seamos despreciados, no despreciadores de los otros; y no solo no aborrezcamos á los que nos desprecian, antes los miremos con el afecto que el enfermo á la medicina preservativa de todas sus dolencias. No tiene sabor cristiano aquel verso que dice:

Contemni turpe est, legem donare superbum.

Torpe cosa es ser despreciado ; dar ley es soberbia.

Bien puede temerse que quien tiene por cosa torpe el ser despreciado, no tendrá por torpeza el despreciar ; porque quien busca medio contra la virtud, la hace extremo y viciosa ; pues ella es el medio : si no arismético ni geométrico, lo es músico.

Estimemos, señor don Manuel, el desprecio con ansia de que cada día se aumente. ¡ Dichoso aquel á quien hallare la cuenta del postrero día solo estimador de su desprecio mismo ! ¡ Bienaventurado aquel á quien el mundo despreciare porque le despreció ; que no deja algo que le sea precioso en el mundo ; que no ha gastado su estimacion en otros bienes que en aquellos que nos causó por guarecer nuestros males aquel Señor de quien se dijo : « que se apocó á sí mismo, recibiendo forma de siervo : » *Exinanivit semetipsum formam servi accipiens*. Seguramente podrá vuesa merced y cuantos lo leyeren desestimar este papel por mio, y será ejercitarme y no ofenderme ; empero en mi desprecio me será lícito solicitar estimacion á mi intento, pues será gravámen á mi atrevimiento y á mi ignorancia. Yo merezco ser despreciado, y no sé serlo. Si como merezco el desprecio le consolara, tanto me debieran los buenos como yo debiera al bien. Yo me contentaré con haber dado en este escrito alguna razon modesta, si no docta, de mi ocio.

Dé Dios á vuesa merced su gracia, larga vida, con buena salud. Madrid, 2 de setiembre de 1635.

DON FRANCISCO DE QUEVEDO VILLEGAS.

ENFERMEDAD.

AL ILUSTRÍSIMO SEÑOR DON OCTAVIO BRANQUIFORTE,
obispo de Chephalu en Sicilia

Don Francisco de Quevedo Villegas.

No puedo olvidar la amistad que estando en ese reino (cuando gobernaba el grande y siempre victorioso duque de Osuna) tuve con el señor duque de San Juan, padre de vuesa señoría. No me es licito ser ingrato á su esclarecida memoria, cuya recordacion acompaño con haber vuesa señoría aceptado por herencia aquella aficion con que siempre me hizo merced. Hame socorrido la memoria con aquella epístola en que Séneca escribió á Lucilo que para estudiar el consuelo de la enfermedad molesta y de la muerte forzosa, se fué á comunicar á Aufidio, varon incomparable, que militaba con dolencias continuas, fatigado, mas no vencido, de la poca salud. Yo, que hoy arrojé el ánimo á este propio argumento, ahorro aquella peregrinacion para mejor estudio, repitiendo en mi ánimo la constancia con que ví á vuesa señoría rodeado de achaques importunos y peligrosos, antes inducidos de invidia maléfica que de flaqueza corporal. Víle atender mas al estudio que á la medicina, mas á los libros que á los accidentes, mas á la erudicion que á los aforismos, mas á enseñar que á quejarse. Por esto me ha parecido, pues hablo de vuesa señoría, hablar con vuesa señoría. Oigame como amigo, autoríceme como texto.

Mi Séneca en la epístola LXXVIII dice estas palabras: *Tria hæc in omni morbo gravia sunt, etc.* «Estas tres cosas son en toda enfermedad graves: miedo de la muerte, dolor del cuerpo y intermision de los deleites.»

Atrévome á añadir la cuarta (no solo por la primera, sino por la mayor), en la necesidad de la medicina, dispensada por el médico en conjetura dudosa, que se padece y se paga. Y pues si en esta parte hubiera certeza se desterrara por entonces el temor de la muerte, se aliviara el dolor del cuerpo, se alentara la suspension de los deleites, determino empezar por ella, como gravámen de los demás.

Quien en su misma vida tiene mal de muerte, ¿cómo presume que algun dia ni hora de su vida tiene salud? Quien tiene salud enferma, ¿qué novedad le hace la enfermedad? Quien tiene cuerpo mortal y caduco, ¿cuál accidente extraño? ¿Por qué dice que está enfermo, y no que nació enfermo? ¿Por qué dice que tiene enfermedad, y no que lo es? Poca verdad se oye en los lamentos de los enfermos. Dice que le dió una apoplejía el que debiera decir que se la comió; que se le encendió un tabardillo, el que se hirvió con vino demasiado la sangre; que le ha dado una calentura, quien se la ha dado con sus excesos. No cree para sus desórdenes que puede enfermar, y por eso se queja de haber enfermado. Pé-sale de tener el mal que gustó de tomar, sin advertir que el perder la salud está en su mano tan fácil, como difícil restituirla por la del médico. Severamente fué docto Hipócrates, eruditamente fué docto Galeno; empero ninguno de los dos fué tan docto y erudito, como obscuras y contingentes las causas y principios de las dolencias. Muy excelentes médicos ha habido y hay en el mundo; empero todos curan con lo que saben, por lo que conjeturan de lo que ignoran y no ven. La parlería mas cierta de que se valen es el movimiento del pulso, la color y otras señas de la urina; mas estos son chismes de la naturaleza, no confesion. Juzgan con el uno la desigualdad ó la intercendencia, en la otra lo claro ó lo turbio, lo encendido ó lo benigno, lo seroso ó lo delgado; empero necesita el físico de la sospecha para rastrear las causas, que pueden ser infinitamente diferentes: por donde sin culpa de la ciencia se ocasionan los errores en las curas mas judiciosas.

Es enfermedad la ignorancia, á cuya causa nos curamos de

una enfermedad con otra. Ignora el enfermo la causa por qué padece, y el médico la que cura. Cuando tenemos salud, despreciamos los excesos, confiando en la medicina; en enfermando, que hemos menester la medicina, desconfiados della, ó la desobedecemos dudosos, ó la admitimos cobardes. La posesion de la salud es como la de la hacienda, que se goza gastándola, y si no se gasta, no se goza. No hay peor pobre que el rico que por no gastar su moneda no goza della; ni peor enfermo que aquel que por no gastar su salud no la goza. El temor supersticioso de enfermar es más honesta dolencia que la desórden, empero no es menor. Seguir la naturaleza; satisfacerla, no cargarla; que el alimento sea fácil y no costoso; el que apetece, no el que la inducen y persuaden la imitacion ó la lisonja de los otros sentidos: esta es una buena receta de ingredientes y seguros; mantiene salud nativa y cuerpo acomodado á las edades y fiel á la vejez. Menos burlas padece quien se cura para no enfermar, con esta doctrina, que quien para sanar se cura con esotra.

Yo he vivido una vida que con razon está agradecida á mi salud, por robusta y larga; he tenido enfermedades que no están quejosas de mi condicion: dos han sido. Helas padecido con paciencia, no las he contradicho juntas; he convalecido de balde y presto, no sin reprehension de los amigos, que me juzgaban temerario, y de mis vecinos, que por no ver mi zagan asombrado de mulas á todas horas, me juzgaban sin remedio. Si treinta años de vida pasada no se han graduado de médicos para quien los ha vivido, poco tiene que asegurarse de otros médicos: con diferentes palabras dijo un emperador esto propio. Verdad es que no llamo, estando enfermo, doctor; que así llaman á quien sabe tanto como cree nuestro miedo, al que medra con nuestro peligro. Si el morir no hay médico que lo estorbe, y hay muchos que lo inducen; si la salud es su pobreza, si la enfermedad es su caudal, ¿qué hacen de su juicio los que se persuaden que los médicos los desearán una salud que no les vale nada, y que acabarán una enfermedad que los es contribucion y tesoro? No dudo que algunos seguirán la virtud, ni dudo que muchos atenderán a

las exhortaciones de la codicia. Innumerables son los enemigos que tiene la vida del hombre, innumerables son, mas baratos; el mayor añadimos en el médico, y este comprado. Muriendo le pagamos el delito; sanando, la ignorancia dichosa. Cuando sin saber lo que se dice, amenaza que se muere el doliente, si (á su pesar) sana, se encarama en milagro. Si diciendo que no hay que temer, se muere, se absuelve con que llegó su hora; que si le tomaran su declaracion, se supiera quien la trujo para que llegase. ¡Grande privilegio es, mas doloroso, que solo en el médico sea precioso y honrado el homicidio! Si los ajusticiados hubieran podido dar la honra á sus ministros como el interés, la brida del esparto no invidiara á la de las mulas. Algo he desenfadado el estilo; mas no sin causa he serenado el ceño al discurso, todo funesto: sirva esta cláusula de juglar á la pesadumbre de las veras. Todos enferman por los excesos ó contagios, sustos, golpes ó heridas; mas de ninguna enfermedad se muere sin asistencia de la medicina: pocos males son tan hábiles, que sin la mano del físico sepan acabar con el hombre. Aun en las muertes violentas toman parte, y no hay puñalada con que no sean cómplices sus tientas; apenas le basta á uno que le maten para que no le visiten: llámanlos al muerto para ver si lo está, para que lo declare. ¡Oh miseria humana, que te cure la yerba y la raíz y el mineral con piedad, y que solo el médico te sane con lástima! Viene á ser tan poderosa la paga, que sienten que se acabe el enfermo, porque se acaba la cura, no la vida.

La receta facinorosa nos hace pagar en el barbero las heridas, en el boticario el asco, en sus visitas la sentencia. Danos los jarabes y brebajes, porque ha menester venderlos la botica, no porque ha menester tomarlos el doliente. Créese y págase la jérigonza en las recetas, y bébese la zupia. La basura en los botes la estima el peso, aunque la está acusando la escoba. Bien conoció esto el doctísimo Comendador griego (1) cuando estando enfermo, todos los jarabes que le receta-

(1) Fernan Nuñez de Guzman, llamado el *Pinciano* por haber nacido en Valladolid, fué de los sabios españoles que mas contribuyeron al engrandecimiento de nuestras letras. Discípulo estudioso de Nebrija, y despues de

ron los médicos para darle una purga, y la misma purga, iba echando donde habia de purgar. Vinieron los médicos, y preguntándole si habia purgado, dijo que sí. Registraron los cursos, y viendo tan espantoso color, dijeron: «¿Cómo queria vivir quien tal tenia en su cuerpo?» A que respondió: «Por eso no entró en él.» Segun esto, mandan que tomemos aquellas cosas que viéndolas, juzgan que no puede vivir quien las toma. Ahorro es de vida, ya que no de costa, comprarlas para verterlas. Mas ricos mueren en poder de sus juntas, que pobres desamparados dellas. No niego que sanan muchos á quien visitan; mas estos sin ellos alcanzarán la propia salud de balde y limpia; porque la naturaleza, que trata al hombre por de dentro y de cerca litiga con los achaques, es mas docta que todos los filósofos. Así que, sanando cobran lo que se debia á la naturaleza, y matando lo que ellos le deben.

Por esto siempre he llamado, para guarecer, la dieta (esto es, comer en mi casa), á la sed y al hambre, médicos que andan al paso de la razon, como estotros al de sus mulas. Tengo una vida que se desentiende de mi edad y la desmiente, aunque no la niega; salud confiada en la templanza, las venas sin herida; y si bien ya mi edad es para sentir los motines de los humores, la moderacion de la garganta ha pasado á mas años la mocedad, y el ejercicio robusto entretenido á pedazos el color del cabello, que en menor estacion de tiempo suele desaparecer, desconsolando la presuncion de la barba.

Ni es mal arbitrio, en razon de medicina, el no beber lo que sea necesario arrojar. El plato regalado de la razon fué siempre lo que basta con alegría, el apetito por cocinero, la hambre por reloj: banquete espléndido en un manjar, de quien nunca estuvo quejoso el cerebro ni la garganta; que sustenta y no embaraza; que es juntamente alimento, médico

la universidad de Bolonia, colaborador en la impresion de la famosa Biblia complutense, catedrático de retórica en Salamanca, comendador de la órden de Santiago, y fuera de España siempre respetado y aplaudido, murió en Salamanca á los ochenta años de edad, en el de 1553. Hizo grabar en su sepulcro este letrero *Maximum vitæ bonum mors*, y dejó su riquísima biblioteca á aquella universidad famosa.

y medicina. Mejor quita la moderacion lo supérfluo que Gale-
no. Yo desconfío mucho del tiento de las bebidas, temiendo
que en los retiramientos del estómago y en los escondrijos del
pecho, si sacan lo mas fácil, es la vida. Tengo por cierto que
la escamonea, y otras cosas tales no escogen, sino que arre-
batan sin eleccion las mas veces; que van por lo que no ha-
llan, y sacan lo que no buscan; que sacan algo de lo que
pretenden, y que se sale con ellas mucho de lo que no con-
viene; que nunca hacen tanto provecho con lo que sacan co-
mo daño en entrar á sacarlo. Tengo por sospechosa la crian-
za de los medicamentos entre codicia y oficiales, y recelo
andan con malas compañías entre el cobre y el pozo, y no se-
rá temeridad decir que hay mas adulterios en las composicio-
nes que en los matrimonios. Confieso que hay excepcion de
excelentes y fieles y doctos médicos y artífices; mas no pre-
sumo hallarla yo. No por esto los desprecio, si bien los excu-
so; y cuando mas no pueda, que será algun dia que ya no
puede venir léjos, los llamaré no para escapar, para morir
como es uso y costumbre. Pagarélos: ceremonia introducida,
no socorro eficaz. Llamaré á que me cure el que sé que pe-
lea; y moriré, como hombre, de un dia tras otro, y trillado
del paseo de las horas, sin que tenga culpa en mi acabamien-
to otra cosa que mi composicion, donde se muere por ley, y
no por venta. Esto procuro yo: no sé qué estorbo me pon-
drán los sucesos contingentes.

Probado he no solo que en el enfermo es la cuarta moles-
tia la medicina, sino la primera y la mas grave, y que puede
añadirla á las tres que dijo Séneca. Válgame por alegacion
todos los dolientes, y los vivos que lloran por cuenta della sus
difuntos.

Resta consolar á la vida destas amenazas, desta ciencia y
de las falencias deste ministro. Lo primero, la certidumbre
que he mostrado de la medicina, es juntamente medicina y
eficaz exhortacion á la templanza y conservacion de la salud.
Debemos el temor saludable de enfermar al miedo de no sa-
nar si enfermamos, y el gusto de las viandas saludables al
horror de las pócimas, jarabes y purgas mal acondicionadas y

peligrosas. La preservacion á que persuade este temor, no solo es barata, sino ahorro de cura contingente, de botica des-
apacible, de barbero facinoroso. Si la medicina fuera infal-
ible, hubiera quien enfermara por negociacion y por hipocresía
y por vanidad; sirviera la enfermedad á la astucia y á la in-
tencion. Los enamorados la hicieran fineza, los ministros exa-
geracion de cuidados, los soldados resulta de servicios, los hi-
pócritas penitencia, las mujeres perdidas tal vez afeite y tal
vez achaque para demanda. Esto no se puede dudar, cuando
vemos que todos estos la fingen cuando no la tienen ni se
aventuran á tenerla. Son demostracion desto los pobres, que
las llagas que se pueden sanar se las abren verdaderamente
para adquirir limosna por la conmiseracion. Finalmente, se-
ñor don Octavio, si la medicina no padeciera duda, y las cu-
ras errores, fuera mas numeroso oficio ser enfermos que mé-
dicos. Y de la manera que en las borrascas no hubiera santos
propósitos, arrepentimientos, enmienda de vida, votos pios ni
escarmientos, si se supiera arte para resistir al furor de los
vientos y desenojar las iras de los golfos; así carecieran las
enfermedades de los desengaños de nuestra presuncion y de
los recuerdos á nuestro olvido, cuando no dudara en los socor-
ros de la medicina. Pues siendo esta enseñanza de tanto pre-
cio, ningun cuerdo negará la utilidad que tiene, para doctri-
nar los motines de nuestra naturaleza, la duda de los reme-
dios y la incertidumbre de los artífices

A los animales limitó Dios en el apetito la desórden acha-
cosa. Cada uno apetece su alimento propio; su paladar carece
de golosina. Dióles por médico el instinto. Al hombre dió ape-
tito sin límite y sabor, que siendo licencioso, despuebla para
servir á la gula todos los elementos, hasta calificar en manja-
res las serpientes, en guisados las fieras, y tal vez son potaje
y salsa desmentidos los venenos. Empero dióle la razon por
físico; y los desenfrenados usan peor della que del instinto
las bestias. Solo el hombre sabe lo que le hace mal, y solo al
hombre le sabe bien lo que le hace mal. Dióle Dios, en el en-
tendimiento, médico dentro de sí, y búscale fuera en el en-
tendimiento de otro. Conoce que le es dañosa la demasia, y

quiere mas curarse della que excusarla. Solamente le imita en la golosina la mosca; y por eso se la dió por persecucion, para que viendo en la mas inmunda sabandija su defecto, le aborreciese igualmente, como la aborrece, molesta, glotona, sucia y porfiada. ¡Oh providente caridad de Dios, que diese al hombre por reprehension asistente un animal tan asqueroso como pequeño, para que conociese el horror de su voracidad!

Dos grandes utilidades sacamos para nuestro consuelo de la contingencia y peligro de las medicinas y de los médicos. El uno, el temor que nos amonesta á la templanza y buen regimiento, para no padecer las unas ni los otros. El segundo, si adolecemos por nuestro conocimiento, para desengaño de nuestra fragilidad, para prevencion de nuestra conciencia; pues amenazados de la dolencia, y con poca confianza de los remedios, no dilata el cuerdo ni el virtuoso el apresto de su espíritu. El enfermo que en necesitando de médico no se desahucia, y aguarda á que le desahucie el médico, mucho tiempo invidia á la cuenta de su alma: mas siente que se llegue el tiempo de darla que darla. Mal considera que si toda su vida era corto espacio para prevenir el juicio de una hora sola, que una hora ni un dia ni dos son espacio muy aventurado. Cierto es que un breve arrepentimiento puede dar buen cobro del hombre mas perdido; empero no es buena diligencia para morir con él, vivir sin él. Salvóse en poco tiempo el un ladron, empero en el mismo se condenó el otro. Salvóse Dímas; mas no ha de morir otra vez Cristo Dios y hombre, como entonces murió. Quien se vale del buen ladron para la confianza, acuérdesese del malo para el temor; crea que Dios puede disponerle para que se salve en un momento; mas no viva algun momento sin disponerse para salvarse. La enfermedad incurable es nacer; pues en naciendo, es forzoso morir. Quien desta no se puede curar, ¿cuándo podrá decir que está sano? ¿Qué salud espera de las yerbas? ¿Qué convalecencia de los médicos? No ha de ser el cuidado hacer que la vida sea larga, sino buena. Nuestra muerte no reconoce otro médico eficaz y docto para su salud, sino la buena conciencia.

Para las enfermedades de la vida, solamente es medicina preservativa la buena muerte.

El segundo trabajo de la enfermedad, en mi disposicion, es el miedo de la muerte; y el primero en el órden y distribucion de Séneca.

¿Cómo puede temer la muerte quien no teme el haber nacido? Y quien teme el haber nacido ¿por qué teme la muerte? ¿Cómo puede dolerse de morir quien se alegra de ser hombre? ¿Qué razon halla el hombre mortal de temer lo que es? ¿De qué sirve temer lo que no se puede evitar? Fuerza es que quien teme la muerte tema la vida, porque toda la vida es muerte. Teme el hombre el postrer instante de su muerte, y ama los muchos años della. ¿Quién es tan necio que tema que se acabe lo que aborrece? La verdad responde que todos aquellos que temen el acabar su vida, que es su muerte.

Grande es el desacierto de los hombres: cuando tienen salud, ni temen la muerte ni se acuerdan della; en perdiendo la salud y enfermado, temen la muerte, como si la salud propia no fuera enfermedad incurable, y no mirara igualmente á todos el forzoso que ni cuenta años ni se embaraza en grandezas ni desprecia humildades. Quien teme la muerte tiene miedo de si propio. No es la muerte cosa forastera; con nosotros nace y crece y vive. La muerte de cada uno es su cuerpo; dentro de nosotros habita: no hay vena, no hay miembro donde no resida. Bien considerado, todo nuestro cuerpo es posadas de la muerte. ¿Cómo pues se temerá la muerte y se amará el cuerpo? Manifiesta locura es amar y aborrecer una misma cosa. Señor don Octavio, tal es la persuasion bestial del pecado, que hace que tema nuestra vida la muerte, cuando en juntar y acercar nuestra muerte gastamos nuestra vida. ¿Por qué pues tememos que se acabe de juntar lo que cada día y cada hora juntamos? La golosina de los banquetes, que tanto se celebra; las delicias y placeres de la lujuria, que con tan grandes ansias se buscan y compran; las solicitudes aventuradas de la codicia, que nos son tan apacibles; los deleites de las venganzas temerarias, el sabor halagüeño de la moles-

ta ociosidad del juego, ¿qué otras cosas son sino recogedores de muerte, que con sus desórdenes la juntan, la acercan, la abrevian y la anticipan? No son otra cosa sino disposición y aparato de la muerte que tememos, y ninguno negará que todo nuestro regocijo le tenemos en estas cosas referidas, que nos fabrican y disponen la muerte. ¿Qué pues tememos, habiéndola nosotros fabricado por sumo entretenimiento?

Disculparán algunos el error de su mente con Aristóteles, que en la *Retórica*, lib. I, cap. del Miedo, dice: «Miedo es un dolor y una perturbación de ánimo, que nace de la imaginación de un futuro mal.» Empero esta definición excluye á la muerte por mal futuro; porque la muerte no es mal, ni está por venir, si bien está por acabar de venir. La muerte no es mal, sino bien. No es malo morir, sino morir mal; como no es bien el vivir, sino el vivir bien. Morir es ley, y no daño ni ofensa. En el propio capítulo dice el filósofo Stagirita: «Las cuales cosas luego espantan, cuando están cerca; porque de verdad las cosas que están lejos no espantan. Séame indicio desto que todo hombre sabe que ha de morir; mas porque no sabe que su muerte está cerca, por eso no la teme.» Perdóneme Aristóteles, que no puede ignorar alguno que tiene cerca la muerte; pues todos saben que pueden morir cada instante, y deben saber que no solo la tienen cerca de sí, sino dentro. Por esto dirán los enfermos que la temen, porque ven sus mensajeros en los accidentes y dolores; y los viejos, porque la ven con los ojos que ella les cierra. Empero la muerte no es de las cosas que unos ni otros deben temer porque la tienen cerca: no la han de temer, sino disponerla; no la han de temer, sino recibirla. Quien la acaricia, hace lo que debe; quien la rehusa, hace lo que no puede hacer. Ella se difiere, mas no se evita. Muchas enfermedades suelen dilatar la vida en años, y muchos con salud robusta se precipitan en la mejor edad. Muchos viejos y caducos ven enterrar niñeces y juventudes recién amanecidas y florecientes. La muerte tan cerca está del primero cabello como del último. O la han de temer todos ó ninguno.

Yo aconsejo que ninguno tema la muerte, y que todos te-

man la mala muerte; que ninguno la tema, y que todos la dispongan. Sófocles dijo, serm. CVII, «que la muerte era el postrero de los médicos.» Yo, que el postrero y el mejor, porque de una vez libra, no solo de todas las enfermedades, sino de todos los otros médicos. La muerte sola cura los males, las demás medicinas los entretienen. ¿Quién temerá enfermo su postrero médico y el mejor? Por esto dijo Séneca: «La muerte es remedio de todos los males. ¿Quién temió el remedio del mal que padece?» Y en otra parte el grande Español: «Necio es el tirano que da la muerte por pena al que con la muerte libra de la pena que le pretende dar.» Segun esto, el enfermo no debe temer la muerte, antes estar agradecido á la enfermedad. Dice el gran padre san Jerónimo: «La fortaleza del cuerpo es enfermedad de la muerte, y la enfermedad del cuerpo es fortaleza del alma.» Y esto porque acuerda al hombre de Dios y de sí, despierta su advertencia y castiga su presuncion; desátala de sueño ignorante para que se levante. Dijo el Apóstol: «Porque cuando enfermo, estoy mas fuerte. La virtud en la enfermedad se perficiona.» ¿Qué otra cosa puede ser tan amable como la enfermedad, que perficiona la virtud que nos perficiona? No carece deste bien la vejez, que Ciceron dijo: «La misma vejez es enfermedad.» Y yo, por el contrario y no con menos verdad, digo que la misma enfermedad es vejez. No pues á la enfermedad le sea molesta la muerte con el temor de la opinion cobarde que tenemos della. Por muchas razones debemos perderle el miedo y aguardarla con aficion: «La muerte (dice mi Juvenal) sola confiesa cuántos son los corpezuelos humanos.» Bien merece esta noticia antes curiosidad de saberla que horror para ignorarla.

Pasemos al consuelo sagrado y verdadero. Oigamos á san Pablo: «Desátese la casa desta habitacion; edificacion tienen de Dios.» (II, *Corint.*, 5.) Por esto decia: «Deseo ser suelto y estar con Cristo.» ¿Luego la vida es venta de que se debe desear salir; luego es prision de que se debe procurar libertad? David lo dijo, salmo CXLII: «Saca de la cárcel mi alma.» A estas utilidades se llega el ser logro el morir. Asegúralo el Apóstol: «Para mí Cristo es vivir, morir logro.» ¿Luego de-

bemos codiciar la muerte por preciosa? Tal es en la presencia del Señor la muerte de los santos. Con sabrosa elegancia nos enseña lo que somos, y lo que son y para qué la vida y la muerte, san Leon papa, serm. 1, *De Resurrectione*: «A cualquier hombre, que de otro en otro por alguna conversion se muda, es fin no ser lo que fué, y nacimiento ser lo que no fué. Mas conviene saber para quién se muere ó se vive; porque hay muerte que es causa de vida, y hay vida que es causa de muerte.» Débese pues solamente temer esta vida, y débese amar aquella muerte.

Despues de haber dado sagrada doctrina á los que enfermos temen la muerte, quiero enseñarlos, no sin vergüenza, con el sentir de los gentiles, que vivieron sin luz. Sea el primero mi Juvenal, en la sátira x; poema en que excedió en la doctrina á todos los filósofos, en la elegancia á todos los poetas.

Hase de desear que en cuerpo sano
Reine la mente sana. Pide fuerte
Animo, que carezca de temores
De la muerte, que ponga entre las dádivas
De la naturaleza los postreros
Espacios de la vida, y que tolere
Cualesquiera trabajos.

Menandro dijo: «A quien los dioses quisieron bien, permiten que en la juventud muera.» Sotades la llamó «Puerto de todos los mortales.» Esquilo: «¡Oh muerte! ruégote que no desdeñosa me difieras el llegar á tí. Tú sola curas los males incurables, y ningun dolor sigue á los muertos.» Anaxágoras decia: «Hay dos doctrinas de la muerte: la una, el tiempo antes que naciósemos; la otra, el sueño.»

Examinadas estas dos doctrinas, arribaremos al verdadero conocimiento de los gentiles. Nuestro Séneca, que en la eternidad del alma repetidamente dicen se contradijo, en partes habla con sentimiento casi católico, lo que se lee en la epístola LXXIX: «Entonces tendrá nuestro ánimo que agradecerse á sí, cuando libre destas tinieblas en que se revuelve, mirar la claridad, no con vista flaca, sino que admitiere todo el dia, y fuere vuelto á su cielo, cuando recibiere aquel lugar

que ocupó con la suerte del nacer. Arriba le llaman sus principios. Llegará allí aun antes que sea desatado desta cárcel, luego que se limpiara de vicios, y puro y leve resplandeciere en las contemplaciones divinas. O Lucilo, esto nos importa obrar; á esto hemos de encaminarnos con diligencia, aunque lo sepan pocos, aunque lo vea nadie.» Palabras son estas verdaderas, no solo doctas, sino devotas; y que hacen por acreditar la correspondencia de san Pablo con Séneca, si el estilo de las cartas tuviera parentesco con las canónicas. No menos se afirma en la inmortalidad del alma en la epístola LXXXVI, cuando dice estaba en la villa de Scipion reverenciando sus aras y cenizas, como sepulcro de tan grande varon: «De verdad su alma subió al cielo, de donde vino.»

Olvidando la confusion expresa destes lugares y de otros muchos, Tertuliano, en el principio del libro de *La resurreccion de la carne*, le acusa en tales palabras: «Nada hay despues de la muerte, es de la escuela de Epicuro. Dice Séneca: Todo se acaba despues de la muerte, tambien ella.» No coligió bien Tertuliano, contra nuestro Séneca, pues necesariamente de aquellas palabras se colige que Séneca afirmó la inmortalidad del alma y otra vida; pues si todo lo mortal se acaba con la muerte, y la misma muerte, forzoso es que se acabe con nueva vida y con nacer de nuevo á vida eterna. Lenguaje es sacrosanto matar la muerte, y ser muerte de la muerte. Cristo nuestro Señor la dió muerte con su vida, para que viviésemos sin temerla. Opónenle, ó los que lo aborrecen por español o le invidian por admirable, que dijo: «¿Quieres saber lo que serás despues de muerto? Mira á lo que fuistes antes de nacer;» siendo así que en estas palabras trató del compuesto que resulta de cuerpo y alma, y de sus operaciones, en las cuales le representó que el ocio de la usacion dellas seria semejante al que precedió á su concepcion. Y en estas palabras Séneca tocó la primera de las dos doctrinas de la muerte que Anaxágoras afirmó que habia, diciendo que la primera era el tiempo antes de nacer, y la segunda el sueño.

Esta postrera, que del todo destierra el temor de la muerte la declaró doctamente y piadoso Themistio, serm. cxvii, *De*

laude mortis, cuando respondiendo Timon á las oposiciones de Patrocleo, que acreditaba los temores de la muerte, dice: «Las propias voces con que hablamos del que murió, enseñan que en la muerte no hay algo grave, y son estas: apartóse, fué, descansa; significando claramente partida, tránsito y sosiego. Lo primero, la propia palabra, que es nombre de la muerte, no significa bajar á lugar subterráneo, sino subir al asiento de los dioses; por lo cual es probable que el alma, como desatada de las ligaduras del cuerpo luego que muere, como ya libre, recreándose y descansándose, se junta á Dios y depende dél. Demás, se ha de considerar que la palabra que significa nacer, por el contrario, significa caer en tierra y bajar, porque baja á aquella parte que muriendo el hombre asciende.» Y mas abajo, en el propio discurso, el mismo autor: «O Patrocleo, entenderás que el alma fuera de su naturaleza se junta al cuerpo y se ata á él, y esto porque el sueño es el mas suave de nuestros afectos. Lo primero, acalla en todos, los dolores de los sentidos, por ser deleite agradable y familiar. Demás desto, excede todos los deseos, aun cuando son mas vehementes. Por lo cual, los que encarecidamente son dados á la música, luego que el sueño descende á sus ojos, no le pueden vencer. Mas ¿de qué sirve referir otras cosas, cuando aquel contento que la diciplina y conversacion y la filosofia producen, ocupándonos el sueño, lo aparta del ánima, como llevados y sumergidos de una corriente apacible? Los demás afectos amarran al cuerpo el alma; el sueño le aparta cuando adormece el cuerpo, y la recoge en sí descansada de las molestias de pasiones y afectos que padece, derramada por los sentidos y atenta á diferentes operaciones.» El sueño, segun esto, es una doctrina cotidiana de la muerte, que nos va persuadiendo con su sosiego que es descanso del trabajo, y no trabajo; por esto le llaman imágen de la muerte, por esto hermano. Y así como el sueño es alivio del que vive, así la muerte es sueño del que muere. La Iglesia católica le da este nombre cuando en las postreras palabras de los difuntos ruega: «Descansen en paz.» Son tan parecidos hermanos el sueño y la muerte, que así como el largo desvelo es grave enfer-

medad por la falta del sueño, así la vida larga es grande peligro por las tardanzas de la muerte. Quien en esta vida durmiendo estudia en el sueño que duerme, se previene docto para el sueño de la muerte, que aguarda. Y de la manera que el sueño nos es dulce porque nos descansa del trabajo, nos debe ser apacible mucho mas la muerte, que nos rescata dél.

Si temiera el hombre la muerte por las enfermedades del alma, fuera su miedo útil y loable; mas temerla por las dolencias del cuerpo, que las mas veces son medicina de las del espíritu, es necedad y delito. ¡Oh, señor don Octavio, cuán descaminados son los afectos humanos! Pocos, teniendo salud corporal y alma apestada, estando muertos, se acuerdan de que son mortales; y los mas, en sintiendo un pequeño accidente, tiemblan de la muerte.

Diferente conocimiento tuvo el grande Platon de las enfermedades del cuerpo, pues las buscó para la salud de su alma, yéndose á vivir en lugares pantanosos y mal sanos, porque el contagio del aire, debilitándole el cuerpo para los afectos, se le dispusiese á la virtud y contemplacion. Valiente voz pronunció Stilpon, filósofo (1), cuando dijo que los hombres enfermos eran como los presos en cárcel flaca y rota y en prisiones débiles, que por la flaqueza dellas tenian fácil la libertad.

Demócrito, filósofo de vista muy perspicaz, cegó para poder mejor contemplar el cielo, temiendo la sanidad de los ojos corporales por divertimento de los de la muerte. Y nosotros, que con la luz del sol de justicia, Cristo, vemos lumbré eterna ¿temeremos las dolencias y defectos de la salud y del cuerpo, que nos sirve de sombra y de sepulcro portátil, con que vivi-

(1) Natural de Megara: floreció 306 años antes de Cristo. Dotado de suma viveza de ingenio, hizo prodigios en las ciencias exactas, y fué recibido de los atenienses con muestras de admiracion inauditas. Si como hombre de recto juicio supo despreciar el politeismo, no careció Stilpon de suficiente prudencia para no oponerse á las preocupaciones populares, bien que no bastó para que al fin los atenienses dejasen de perseguirle y desterrarle. Murió, muy anciano ya, en la isla de Egina, habiéndose arrebatado á la vida, segun el decir de varios escritores, con el uso inmoderado del vino.

mos murieado para acabar de morir? Oigamos á san Pedro Crisólogo, serm. XLV: « Qué cosa mas enferma que el hombre, á quien engaña el sentido, burla la ignorancia, cerca el juicio, ofende la pompa, el tiempo deja, la edad muda, entorpece la infancia, la juventud precipita, la vejez quebranta? »

El tercero gravámen es el dolor del cuerpo y las ansias que ocasiona, las quejas á que obliga, las lágrimas que exprime. Séneca dice (1) « que todo esto hacen tolerables los espacios de la intermision, porque la intension del dolor sumo tiene fin. Ninguno puede padecer mucho dolor mucho tiempo. Tales nos dispuso la naturaleza, enamorada de nosotros, que dispuso el dolor ó tolerable ó breve. Los grandes dolores consisten en las mas tenues y delgadas partes del cuerpo: los nervios y los artejos, y todo cuanto es menudo, acérrimamente fatiga luego que concibe en lo estrecho los malos humores. Empero estas partes luego se amortiguan, y con el mismo dolor pierden el sentido del dolor: ó porque el espíritu, prohibido del curso natural y mudado en peor, pierde la fuerza con que nos aflige y amonesta; ó porque el humor corrompido, no teniendo donde corra, él mismo se quebranta: y con estas cosas, que en demasía llenó, quita el dolor ó el sentir. Así la podagra y la quiragra, y todo dolor de niervos, se quita luego que entorpece la parte que atormenta. De todos estos el primer acometimiento aflige, y la duracion acaba el ímpetu; y el fin del dolor es la insensibilidad que el mismo dolor causa. El dolor de los dientes, de los ojos y orejas, por esto son muy agudos, porque nacen en partes angostas. Este es pues el consuelo del dolor grande, que es necesario dejarle de sentir cuando le sientes demasiado. » Hasta aquí son palabras de Séneca. Dígolo porque las he traducido; que si no, fuera locura persuadirme que ellas no se daban á conocer entre mis borrones. Atreveréme á decir algo, no añadiendo á Séneca, sino imitándole.

Ningun hombre lloró ni se quejó de la causa de su dolor,

(1) En su epístola LXXVIII.

que fué su desórden; y todos lamentan su dolor. No es posible no sentir los males, mas es fácil sufrirlos y es gloria vencerlos. Un nervezuelo en una muela podrida triunfa del sufrimiento y de la paciencia y fortaleza de un hombre, y le disfama la boca con quejas, y los ojos con lágrimas, y el rostro con visajes femeniles. Destos tales, es mas verdad decir que los tiene el dolor á ellos, que ellos al dolor. Si se aplacara con llantos ó con gestos, pudiéranse disculpar por medicina.

Consultemos, señor, con nuestra conciencia nuestros dolores: de ella oiremos que son acusacion justa de los distraimientos del miembro que los padece. Concíbennos en pecado, párennos con dolor, y extrañamos vida dolorosa. Mucho mas conveniente fuera curarse los hombres de la impaciencia de los dolores que de ellos, cuanto es mejor guarecer de los achaques del espíritu que de los de la carne. Razon es mitigarlos con remedios, mas no añadir vicios y locuras á los dolores. No hallo razon por qué los dolores sean pesados a la enfermedad y al enfermo, sino consuelo de la una y del otro. A muchos han hecho enmendar la vida, á muchos codiciar la muerte. Hablan claro á la presuncion humana, y en lenguaje de que no puede desentenderse. Las enfermedades sin dolores tienen mucho de lisonjeras; los que las traen, nada que convenga callan: no se contentan con decir al hombre la verdad de su miseria; antes hacen que la confiese á gritos. Grande bien es desengaño persuadido. La verdad mas desnuda que amonesta nuestra flaqueza son los dolores: ¿cómo pues los seremos ingratos? ¿Para qué cosa será de provecho una cabeza que con un dolorcillo se vence y se desconcierta? Bueno es vivir sin dolores, empero mejor es, teniéndolos, sufrirlos. Vivir sin ellos ninguno puede, sufrirlos pueden todos. Lo que merece al doliente la purga, siendo amarga, y á todos los sentidos desapacible, ¿por qué se lo niega al dolor bien sufrido? Este con mas certeza es medicina saludable, que la otra bien pagada y bebida. Mas enmiendas han resultado de los dolores, que convalecencias de las purgas. Enfermedades hay en que es indicacion de salud el dolor, y muchas veces el no sentir el dolor es señal de muerte.

Ya hemos llegado á la postrera y cuarta molestia de la enfermedad, que es la suspension de los deleites.

El enfermo á cuya dolencia es gravámen la intermision de los deleites, está malo y es malo; tan achacosa tiene el alma como el cuerpo. Ama la causa de su mal, que fueron sus deleites, y aborrece su mal. Tal era aquel vicioso que en el *Mercator* de Plauto dijo: « Iré al médico, y allí con tósigo me daré á la muerte, pues me quitará aquellas cosas por cuya causa deseo vivir. » Háblele enfermado el beber vino, la lujuria y la glotonería; y temia que el médico le quitase el uso destas cosas, por las cuales solas él deseaba vivir, y con las cuales no podia dejar de morir. Tal es el desenfrenamiento de nuestro apetito, que nos aflige breve suspension de los vicios; siendo así que la intermision dellos es apetito para volver á ellos. La medicina no los quita, sino los suspende; y el hombre ni puede sufrir la enfermedad que le ocasionan, ni estar un punto sin la ocasion de su enfermedad. Quitale el arte el vino, para quitarle la fiebre; quitale la glotonería, para disponerle los humores; y el mal enfermo quiere mas morir gozando destas desórdenes, que vivir para gozarlas. Quiere ser vicioso de tal manera, que por no dejar de ser vicioso deje de ser hombre. No siente la enfermedad del cuerpo, sino porque siente que le limiten las del alma. Esto sucede. Y da la causa san Pedro Crisólogo (serm. xxxv): « porque el hombre yace voluntariamente en los delitos y por fuerza en las enfermedades. »

Piensa el hombre que porque en la cama no hace alguna cosa está ocioso? Engañase; que la cama con la enfermedad es teatro para ostentar las fuerzas del alma y las del cuerpo. Sus batallas tiene el lecho, y sus hazañas la dolencia. Si el hombre luchando con los dolores los vence, mas es buen soldado que mal enfermo; si agradece al mal la intermision de los deleites, gloriosa victoria adquiere su alma; gran valentía es luchar bien con la calentura y demás accidentes: si no te fuerzan, si no te afligen, si no te derriban, grande y provechoso ejemplo eres. ¡Oh si los enfermos tuvieran auditorio y aplauso, cuán grande ocasion de gloria fuera estar enfermo!

Voz es de Séneca : « No te vea alguno, nadie te atienda, mírate tú á tí propio, tú te alaba. » El tabardillo y el dolor de costado prohíbe al que pasea, el andar ; y al que juega, las manos ; empero no estorba ni aprisiona alguna operacion del espíritu. Padeciendo estos males rabiosos, puede el hombre aprender y enseñar, ejercitar la caridad y la paciencia, ostentar la fortaleza y la constancia, enseñar á la dolencia pestilencial y venenosa que tiene alma en que guardar vida, que no teme su muerte.

Llámase desdichado el enfermo, y crece su mal con sus lamentos, porque en el verano, con los hielos entretenidos á pesar del calor, no bebe copiosamente en julio la condicion del invierno ; porque no bebe los vinos que con la peregrinacion han adquirido mayor fuerza y precio ; porque no ve en su mesa los ostiones y marisco que la gula fué á buscar entre las ondas, que la golosina descerraja de las clausuras de sus conchas ; porque no puede ser pródigo de su vida á persuasion de la miseria de su lujuria. ¡ Oh malaventurado enfermo, que lloras la falta de aquellas cosas mismas por quien sientes la falta de tu salud propia !

Los sagrados apóstoles nos enseñaron á buscar la salud. No se puede llegar á ella, si no se deja todo primero : « Ves que lo hemos dejado todo y te seguimos », dijeron á Cristo, que es salud y vida. Aquella mujer que padecia el flujo de sangre nos enseñó á curarnos : primero con la fe que tuvo, de que tocando al ruedo de la vestidura de Jesus guareceria, se curó de la enfermedad del espíritu ; y luego, tocando, de la corporal. Job fué una poblacion de llagas, todo su cuerpo enfermedades : raíase los gusanos, no los lamentó ; mirábase las úlceras, no las lloraba ; no litigó por sanar, no llamó médico, no pidió medicina, no se mudó de muladar ; toda su batalla fué despreciar estos males, y curar del horror que de verle en ellos tenian los entendimientos de sus amigos, la ignorancia de su mujer. ¡ Oh qué valiente guerrero ! Ningun capitan general triunfó de sus enemigos como él de sus amigos y de sus calamidades. Opónese á las enfermedades del espíritu, no del cuerpo ; persevera en su inocencia y en su fortaleza ; estima

sus calamidades por ocasion de sus victorias; osténtalas, no las acusa; blasónalas, no las padece. Su consuelo dice que «será que afligiéndome con dolor, no me perdone, ni contradiré á las palabras del Santo.» (Cap. vi, 10.) ; Oh animosas palabras! Siempre habian de asistir en los oídos de los enfermos por aforismo de la carne y del espíritu.

Señor don Octavio, Job nos verifica lo que de Séneca hemos referido, y Séneca me persuado lo aprendió de Job. Dice que el enfermo que no puede mover los piés ni las manos, puede aprender y enseñar. Job en todo su libro enseña y da doctrina, sin pedir en algun lugar medicamentos: desea aprender, y pide que le enseñen cuando dice: «Enseñadme y callaré; y si acaso ignoré alguna cosa, instruidme.» (Cap. vi 24.) Cátedra es la cama, lugar es de doctrina, estudio es la enfermedad; en los temerosos y flacos, y asidos al cuerpo y á sus deleites, es patíbulo, donde están á la vergüenza, donde son justiciados de su dolor por la culpa de su pusilanimidad y torpeza. Acuérdate Job de que tuvo salud y fué opulento; empero no pide la salud ni la riqueza; antes refiere la gravedad y el asco de sus males. Suyas son estas razones, capítulo xvi: «Yo aquel otro tiempo opulento, fuí deshecho de repente; venció mi cerviz, quebrantóme y púsome como por blanco. Rodeóme con sus lanzas, hirió mis costados, no perdonó, y mis entrañas las derramó en la tierra. Cargó sobre mí una herida sobre otra; como gigante embistió conmigo. Vestí saco sobre mi piel, y cubrí de ceniza mi carne. Hinchóse mi cara con el llanto, y mis párpados se anochecieron. Esto padecí sin delito de mis manos, teniendo inocentes mis ruegos en la presencia de Dios.» Consuélese el santo Job de tan graves enfermedades del cuerpo con la salud que tiene en su alma. No pide á Dios que le alivie de aquellas; dale gracias porque le limpió destas.

Las enfermedades muchas veces las da Dios por ejercicio á los buenos y á sus amigos; y así sucedió con Lázaro: (Joan 11): «Luego que oyó que Lázaro estaba enfermo, se detuvo en el mismo lugar.» Habíanle escrito sus hermanas: «Ves que está enfermo el que amas:» y aguardó á que le escribiesen:

«Señor, si estuvieras aquí, mi hermano no hubiera muerto.» Conocieron que la muerte es ejecutiva adonde no está Cristo. Y dijo á sus discípulos: «Lázaro es muerto, y me alegro.» ¡Oh lenguaje de Dios hombre, que para su mérito deja luchar con la enfermedad al que ama, y para el ejemplo y el misterio se alegra de que muera! Siempre da Dios mas y mejor que le pedimos. Las hermanas pedian para Lázaro salud, que pudiera adquirir humanamente con la medicina; Cristo las da resurreccion. Pídenle cura, y dales milagro. Persuadámonos, si Dios nos deja en la enfermedad, que conviene; y si acabamos en ella, que nos ha de restituir la resurreccion la vida.

La vida nuestra el último dia se acaba, y el primero empieza á acabarse. La muerte no se muestra igualmente cerca en todas las cosas, mas en todas está cerca; porque no sabemos en qué lugar nos aguarda, debemos esperarla en cualquier lugar. Por no atender á esta consideracion, muchos mueren antes de empezar á vivir. A esta causa el malo cuenta muchos años de tiempo, y ninguna hora de vida. Cierto es que quien siempre contempla la muerte, nunca la teme. La enfermedad y la vejez son doctrina contra los espantos de la muerte: quien las estudia tanto como las padece, doctamente acaba de morir. El dolor del cuerpo es medicina para el sosiego del espíritu; la intermision de los placeres y gustos en la dolencia, es conocimiento de que no son placeres ni gustos los que se han de dejar para tener salud, y de que solo lo son aquellos que ni la enfermedad los suspende ni la muerte los acaba, cuando antes los aumenta y asegura. Ya que vivimos muriendo, muramos para vivir.

Conservemos la salud, para que sin los atajos de vicios y desórdenes la acabe en nuestra composicion el paseo del tiempo: para esto es bueno no adelantarnos al tiempo ni cesar en él. Precioso es el dolor que nos amonesta la fragilidad de nuestra carne: perdonémosle lo congojoso por lo útil. Bien intencionada es la enfermedad que nos va abriendo las puertas de nuestra prision; lo que nos toca, siendo forzoso salir della, no es cuándo saldremos, sino cuáles y para qué lugar. La

muerte por sí es mandamiento de soltura para todos: igualmente suelta á los inocentes como á los reos. Desdichado del que sale de prision temporal para la eterna; este solo empieza una muerte sin fin, del fin de otra muerte.

Y porque la verdadera esperanza en Dios nos quita los miedos inconsiderados del amor desta vida, y Cristo nuestro Señor antes de espirar en la cruz dijo siete palabras, para enseñarnos que en su pasion gloriosa hay caudal para nuestra verdadera salud y para hacer la muerte fecunda de vida y de salvacion, — yo acabaré este tratado (que es el postrero de todos) con las mismas siete palabras con que acabó Jesucristo su vida para matar nuestra muerte, y para que cualquiera cristiano acabe con ellas de manera que pueda empezar por ellas; diciendo:

AFECTO FERVOROSO DEL ALMA AGONIZANTE,

CON LAS SIETE PALABRAS QUE DIJO CRISTO EN LA CRUZ.

«Jesucristo, Hijo de Dios y Dios y hombre verdadero: con los ojos nadando en muerte, antes de espirar te hablo con las palabras que antes de espirar dijiste á tu Padre.

Tú, Señor, para mostrar que en tu pasion hay virtud poderosa á reducir pecadores impenitentes, dijiste:

Padre, perdónalos; que no saben lo que hacen.

Esta palabra dijiste por pecadores que no se conocian ni arrepentian, y por ellas se volvieron hiriendo en los pechos, y se convirtieron despues. No se niegue, Señor, este arrepentimiento, que obró en los pecadores que te crucificaron y te veian crucificar, al pecador por quien te crucificaron y que crucificado te adora.

Despues, para mostrar cuánta eficacia tiene el conocerte y el rogarte, al ladron que en el último trance de tu vida y la suya te conoció, dijiste:

Hoy serás conmigo en el paraíso.

El te dijo que te acordases dél cuando estuvieses en tu reino; yo te digo que te acuerdes de mí cuando estás en él; y al ladrón le digo que interceda por mí para que cobre un compañero con las propias palabras que se perdió el suyo. Señor, en el propio oficio usarás conmigo la misma misericordia, pues toda mi vida he sido ladrón de mi propia vida, hurtándola á tu servicio. Si le fué prerogativa morir á tu lado, yo muero á tus piés; y tu lado, despues de muerto, se abrió para mí como para todos; dió vista á quien le rompió con hierro; no la niegues á quien te la pide con lágrimas. El no llegó tarde, aunque llegó á tí al fin de su vida; no llegue tarde yo, aunque vengo al fin de la mia.

Luego, para esforzar la flaqueza de nuestros méritos, y por mostrar que tu Santísima Madre era con su intercesion la puerta del cielo, dijiste á Juan:

Discipulo, ves ahí á tu Madre.

A tu inmensa liberalidad ¿qué la quedó por dar, pues á tu discípulo diste tu Madre? ¿Qué misericordias no esperaré si las pido á tu muerte por tu Madre? Pues das lo que nadie se atreviera á pedirte, concédeme la salvacion con que ruegas á mí, que te la pido. Si no la merezco por los pecados con que te ofendí, alego á tu piedad que diste vista al que despues de muerto te dió una lanzada. Usa con el hierro de mi alma y vida la magnanimidad que usaste con el de la lanza. Y porque cuando con tu muerte se cumplia tu testamento en Juan, que solo de los discípulos asistia testigo, se representó la congregacion de los creyentes, de la cual la mayor parte era de pecadores que no se conocieron, y despues alcanzaron luz de verdadera fe; y por medio de la penitencia fueron lo que significa la palabra Juan, que se interpreta «en quien está la gracia»; por esto pues dijiste á tu Madre:

Mujer, ves ahí á tu hijo ;

porque los fieles de la Iglesia, que en él se figuraban, supiesen que en tu Madre los dejabas madre.

Y porque conociésemos el tesoro de méritos á que nos diste derecho en tu pasión, dejándolos para caudal de nuestro rescate.

Dijiste :

Dios mio, Dios mio, ¿por qué me desamparaste?

«Padre, pues sin tener yo culpa me dejas en tan grande pena, dales á los hombres que merecen pena, gloria por mis merecimientos. Y pues yo pago su deuda, el desampararme sea causa de ampararlos; que yo no soy capaz de recibir perdón de culpas, por ser mi alma bienaventurada; y así le he merecido para las culpas de los que han ocasionado mi muerte. Y por esto, Padre, la sed que tengo, de que ampires al esclavo del pecado es, pues has desamparado á tu Hijo.»

Tú, Señor, Dios y hombre, dijiste que tu Padre te había desamparado; y yo, miserable gusano, puedo decir que nunca me desamparaste, y que me ampararé con tu desamparo.

Dijiste :

Sed tengo ;

porque tienes sed de mí. ¿Dejaste el vino amargo, y no tienes asco del acibar de mis ofensas? ¿Tuviste sed del que te dió la bebida, siendo peor que la hiel que te daba? Segun esto, no llega á mal tiempo mi vida, esponja de pecados, con la amargura dellos.

Clamaste con voz grande :

Ya se ha acabado ;

que fué decir: «Todas las profecías se han cumplido, y el ser obediente hasta la muerte, con la muerte,» porque yo fui hasta la muerte inobediente toda mi vida. Hase acabado el ser tú sacrificio cruento, y la redención del linaje humano.

Señor, ya yo me acabo; y te suplico que, por los méritos

de tu pasión, pueda empezar á vivir contigo. No tengo mejor modo de lograr este beneficio, arrepentido de mis delitos y acompañado de tu santísimo Cuerpo por viático, que decir fervorosamente contigo:

En tus manos, Señor, encomiendo mi espíritu.

En las de Adán y Eva se perdió en el árbol; en las tuyas en el árbol de la cruz se restaura. Allí la sierpe, que persuadió á la mujer á la primera culpa, quebrantó la cabeza de la mujer, que era Adán. Aquí la mujer (que así misteriosamente llamaste á tu Madre) quebrantó á la propia serpiente la cabeza.

Padre de misericordias, con las palabras que espiraste por mí, espiro. Si la Iglesia promete que con sola una palabra que digas mi ánima será sana y salva, por las siete que dijiste por mí, y yo te repito con dolor de mis malas obras, espero merecer tu clemencia armando mi flaqueza desta confianza. Con mas consuelo muero yo; que fuí causa de tu muerte, que tú; pues siendo por mis iniquidades tu enemigo, oigo que tu primera palabra es por el perdón de tus enemigos; y que despues cuidas de la soledad de tu Madre y de tu discípulo querido; habiendo sido la segunda palabra prometer tu reino al ladrón. Si espirando tienes sed, te dan hiel; yo espirando, si pido bebida, me dan tu sangre en tu cuerpo. Y pues veo que mueres, siendo vida, ¿por qué temeré morir, siendo muerte? Si te veo desnudo y pobre, siendo señor de todo, ¿por qué temeré la pobreza, siendo nada? Si te veo despreciado, siendo Hijo de Dios, ¿por qué, yo, concebido en pecado, temeré el desprecio? Si te veo herido por muchas partes, y que desde la planta del pié hasta la cima de la cabeza no hay sanidad en tu cuerpo, y que no hay dolor como tu dolor, ¿por qué yo, gusano vilísimo, temeré el dolor de la enfermedad? Nada temeré sino mis pecados y tu justicia, mas de tal manera la temeré, que de tí, ofendido como juez, me ampare como hijo.

Y espero que por tu bondad me darás tu gracia para que en tu gloria te alabe con el Padre, á quien rogaste por mí;

y con el Espíritu Santo, que enviaste para mí, como para todos los que fuesen en tu ley y pasión capaces de sus dones; y con tu Santísima Madre, á cuya proteccion, con todos los verdaderamente creyentes, en tí me encomendaste.

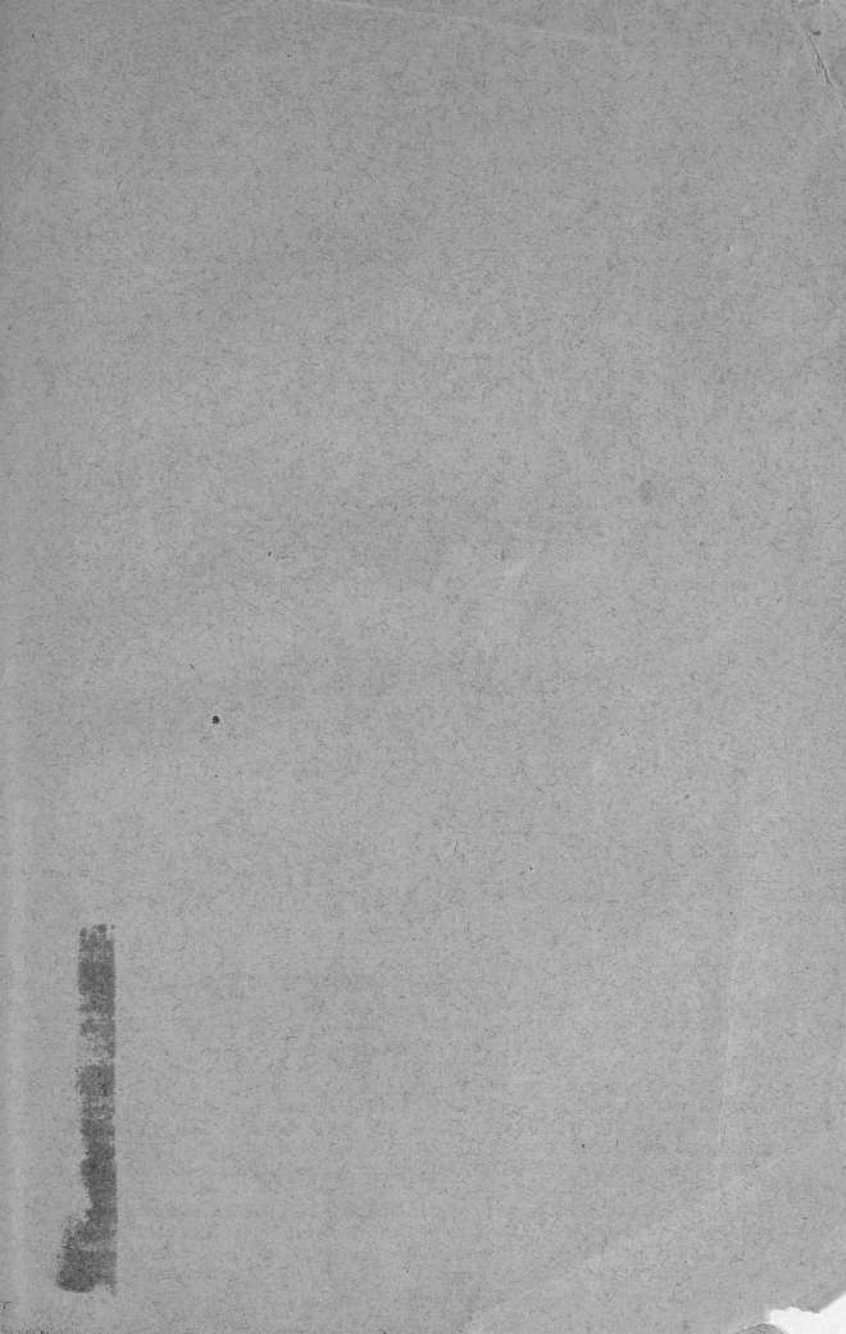
Seas, Señor, bendito por los hombres en la tierra, por los ángeles y santos en el cielo, por los siglos de los siglos. Amen.

FIN DE LAS CUATRO PESTES DEL MUNDO Y LAS CUATRO FANTASMAS DE LA VIDA

ÍNDICE.

| | Págs. |
|---|-------|
| A los doctos, modestos y piadosos. | 5 |
| Proemio.—Al doctísimo y reverendísimo padre fray cristóbal de torres, religioso Patriarca Santo Domingo, verdadero discípulo de la santa doctrina del evangélico de la Majestad del Rey nuestro Señor. | 9 |
| CUNA Y VIDA. | |
| Capítulo primero.—Informa el juicio de la opinion que ha de tener de todas las cosas; alumbra el conocimiento propio; y amanece con el desengaño la noche de la presuncion. | 11 |
| Cap. II.—Ordena el tribunal de las potencias del alma, para que preceda en todas las acciones su consulta. Desarreboza los disfraces con que la hipocresia introduce enmascarados los vicios. | 16 |
| Cap. III.—Descifra los miedos de la opinion vulgar y desarma las amenazas de la credulidad ignorante. Mortifica y doctrina la estimacion propia. Desembaraza de espantos la muerte: no solo prueba que no es fea, sino que es hermosa. Y firma la paz interior encaminando los afectos. | 26 |
| Cap IV.—Cura el seso mal informado, con el desengaño de su ignorancia; dispónole á ser sabio con enseñarle que no lo es. Advértele cuál estudio le conviene, y en qué leccion le asegura, y cuál debe ser la leccion. | 36 |

| | Págs. |
|--|-------|
| Cap. V.—Perfecciona los cuatro capítulos precedentes de la filosofía estoica con la verdad cristiana, acompañándolos con tres oraciones á Jesucristo nuestro Señor. | 42 |
| Doctrina para morir.—Muerte y sepultura. | 52 |
| Virtud militante contra las cuatro pestes del mundo.—Invidia. | 73 |
| Ingratitud.—Segunda peste del mundo. | 88 |
| Soberbia.—Tercera peste del mundo. | 119 |
| Avaricia.—Cuarta peste del mundo. | 149 |
| Muerte.—Carta que declara como es loable el temor de la muerte, y como puede ser necio y reprehensible.—Al doctor don Manuel Serrano del Castillo.—D. Francisco de Quevedo Villegas. | 169 |
| Pobreza.—A don Álvaro de Nonsalve, Canónigo de la santa Iglesia de Toledo.—Don Francisco de Quevedo Villegas. | 177 |
| Desprecio.—Al doctor don Manuel Sarmiento de Mendoza, canónigo magistral de la santa iglesia de Sevilla.—Don Francisco de Quevedo Villegas. | 205 |
| Enfermedad.—Al ilustrísimo señor don Octavio Branquiforte, obispo de Cephalu en Sicilia.—Don Francisco de Quevedo Villegas. | 219 |
| Afecto fervoroso del alma agonizante, con las siete palabras que dijo Cristo en la cruz. | 240 |



Obras publicadas por esta Biblioteca.

ADMINISTRACION, ÁNGELES 14.—BARCELONA

SECCION CASTELLANA

- Los trabajos de Jesús, por Fray Tomás de Jesús, consta de 3 tomos de 300 pág. cada uno á 15 rs. rúst. y 18 media holand.
- La Conversion de la Magdalena, por Malon de Chaide, consta de 2 tomos á 10 rs. en rústica y 12 media holandesa.
- El Principe Cristiano, del P. Rivadeneyra, 1 tomo 5 rs.
- El Filósofo Rancio, del Padre Alvarado, consta de 6 tomos de 320 páginas cada uno á 30 rs. en rústica y 36 media holandesa.
- Hechos políticos y religiosos de San Francisco de Borja, por el P. Nieremberg, 3 tom. 15 rs. rúst. y 18 m. hol.
- El Orinoco Ilustrado, por el Padre Gumilla, consta de 2 tomos de 300 páginas á 10 rs. en rústica y 12 en media holandesa.
- La Providencia de Dios, de D. Francisco de Quevedo, 1 tomo 5 rs. rústica y 6 en media holandesa.
- Historia de Guipúzcoa, del P. Larramendi. 1 tom. 5 rs. rúst.
- El Epistolario y la Victoria de la Muerte, del beato Padre Orozco. Dos tomos, 10 rs. en rústica y 12 media holandesa.
- La Crotalogia, del P. Fernández Rojas. 1 tomo, 5 rs. rústica.
- Meditaciones devotísimas del amor de Dios, por el P. Fray Diego de Estella. 2 tomos, 10 rs. rúst. y 12 media holand.
- San Juan de la Cruz.—Todas sus obras.—4 tomos 20 rs. rústica.
- Exámen de ingenios, por Juan Huarte. Un tomo 5 rs. en rústica y 6 media holandesa.
- Autos sacramentales, por Calderon de la Barca. Un tomo 5 rs. en rústica y 6 en media holandesa.
- Vanidad del Mundo, de Fray Diego de Estella. Tres tomos, 15 rs. rústica y 18 media holandesa.
- Pintor cristiano, 3 tom. rústica, 15 rs.; media holandesa, 18 rs.
- Imitacion de Cristo, (Primera parte), del Padre Francisco Arias, 5 tomos en rústica 25 rs.; en media holandesa, 30 rs.
- La Retórica Cristiana, del P. Fray Luis de Granada, 2 tomos en rústica 10 rs.; en media holandesa 12 rs.
- La guerra del Palatinado y las guerras de los Estados bajos, por D. Francisco Ibarra y D. Carlos Coloma. Dos tomos, 10 rs. en rústica y 12 media holandesa.
- Historia de Vizcaya, por Iturriza, 1 tom. rústica 5 rs.

SECCION LATINA

- In Quatuor Evangelista Commentarii, (Joan Maldonati.) 10 tomos á 95 rs. en rústica y 105 media holandesa.
- Patrologia Hispana. PP. Saeculi IV. (DD. Paciant et Damasi Opera.—Faustini, Ossii, Potamil, Severi, Majoricensis et Coelii, Sedulii Opera.—Theodosii, Bachiarii et D. Philastrii Opera.—Juvenci Opera.—Gaudenci Opera.—Luciferi Opera.)—Seis tomos 57 rs. rústica y 63 media holandesa.
- De Suavitate Dei et Custodia Linguae, del Beato Alonso de Orozco. Dividida en 2 tomos, 19 rs. rústica y 21 med. holand.
- Defensio Fidei Catholicae adversus Anglicanae sectae errores, P. Franc. Suarez, S. J. Seis tomos, 57 rs. rústica y 63 media holandesa.
- Curios philosophici, regali Collegii Salmaticensis Societatis Jesu, in tres partes divisi.—Auctore Ludovico de Lossada, eiusdem Societatis.—10 tomos 95 rs. rústica y 105 media holandesa.
- Metaphisica, P. Franc. Suarez, S. J. Diez y seis tomos 152 rs. rústica y 168 media holandesa.

D. H.
2087

Y LA SEPULTURA Y LAS CUATRO PARTES DE

AS